Isaac Asimov

Historia de los Egipcios

Un recorrido por la fascinante historia de uno de los pueblos más enigmáticos del planeta

BIBLIOTECA TEMÁTICA ALIANZA

ALIANZA
ediciones
del Prado

ISAAC ASIMOV

HISTORIA DE LOS EGIPCIOS



Título original: *The Egyptians*
Traductores: Carlos Caranci y Carmen Sáez

I.S.B.N.: 84-7838-387-5
Depósito Legal: M-37000-1993

Impreso en Coimoff, S.A.
c/ Acero, 1.28500 Arganda del Rey (Madrid)
Diseño de cubierta: A. Uriarte y Digraf
Printed in Spain.

A Walter Lorraine, ¡con firmeza!

Escaneado para: El Caballero Ilustrado.
Por: jvgorrister@yahoo.es
Corrección: fruela2001@yahoo.com

Índice

1. El Egipto prehistórico

El Nilo

En el nordeste de África discurre un río muy poco corriente. Tiene una longitud de 4.157 millas —es el río más largo del mundo— y se llama Nilo, del nombre griego *Neilos*. Se ignora de dónde proviene el nombre griego, pues para el pueblo que vivía en sus orillas era simplemente «El Río».

En la porción más septentrional del Nilo surgió una de las dos civilizaciones más antiguas del mundo; y a lo largo de seis milenios una sociedad compleja pobló sus orillas con numerosas aldeas.

Durante la mayor parte de ese tiempo los orígenes del Nilo fueron un misterio. Sus aguas corrían hacia el norte desde el lejano sur, pero nadie, en el mundo Mediterráneo antiguo, pudo penetrar lo suficiente en las regiones meridionales como para alcanzar sus fuentes. Para los antiguos, el problema de las «fuentes del Nilo» fue tan difícil de resolver como el problema de la otra cara de la Luna» lo ha sido para nosotros hasta que los satélites fueron capaces de fotografiarla.

Sólo en la segunda mitad del siglo XIX los viajeros europeos y americanos consiguieron conocer el Nilo desde sus fuentes hasta su desembocadura. En 1857 el inglés John Hanning Speke llegó hasta un gran lago que llamó Victoria, en honor de la soberana que entonces reinaba en Gran Bretaña. El lago se hallaba justo en el ecuador, y de él nacía el Nilo. Otros ríos afluían al lago desde los montes de Kenya, próximos al sector central de la costa este africana.

A medida que el Nilo corre en dirección norte, hacia el mar, atraviesa cierto número de regiones, en las que su cuenca va estrechándose y haciéndose cada vez más escarpada. Las aguas caen violentamente sobre las rocas y acaban formando cataratas. Los barcos no pueden navegar en tales aguas, y las cataratas sirven para dividir el río en sectores.

Las cataratas se enumeran a partir de la desembocadura del río hacia el interior: la Primera Catarata se encuentra a unas 600 millas de la costa. Hoy la catarata en cuestión está próxima, por el sur, a una ciudad llamada Asuán, pero en los tiempos antiguos en aquellos lugares había una ciudad llamada por los griegos Siene.

El tramo más septentrional del Nilo, entre la Primera Catarata y la desembocadura, es el escenario principal de los acontecimientos que se describirán en este libro. Fue en este tramo, que es navegable en toda su longitud incluso para las más sencillas embarcaciones, donde surgió esta civilización tan notable.

El Nilo discurre a lo largo del borde oriental del Sahara. El Sahara (que en árabe significa precisamente «desierto»), cubre la mayor parte del norte de África, y es tan extenso como Estados Unidos. En realidad, se trata del mayor desierto del mundo. En toda esta región tan amplia no llueve casi nunca. La única agua que puede encontrarse se halla a gran profundidad, salvo en el caso de unos cuantos oasis, en los que el nivel del agua alcanza la superficie.

Pero el Sahara no fue siempre una región desértica. Hace 20.000 años los glaciares cubrían la mayor parte de Europa y vientos fríos llevaban la humedad hasta el norte de África. Lo que ahora es desierto era entonces una tierra placentera con ríos y lagos, bosques y praderas. Los hombres primitivos vagaban por ella, llevando consigo sus instrumentos de piedra sin pulimentar.

De forma gradual, sin embargo, los glaciares comenzaron a retirarse y el clima fue haciéndose cada vez más cálido y seco. Aparecieron las primeras sequías y la situación fue empeorando paulatinamente. Las plantas murieron, y los animales se retiraron a

regiones que conservaban todavía suficiente humedad y en las que se podía vivir.

También los hombres se retiraron, unos hacia el sur, hacia los trópicos; otros, hacia la costa norte. Muchos fueron avanzando hacia las regiones próximas al Nilo, que en estos remotos tiempos era mucho más ancho, y corría perezosamente a través de extensas zonas cenagosas y pantanosas. Con todo, la cuenca del Nilo no era precisamente un lugar adecuado para la vida humana: sólo lo sería cuando las tierras perdiesen algo de su humedad.

Cuando esto ocurrió, el Nilo se convirtió en un don del cielo. Ya no importaba que el clima fuese más o menos seco, pues el Nilo podía proporcionar suficiente agua para la tierra y los hombres, haciendo que la vida a lo largo de sus orillas fuese no sólo posible, sino confortable.

A lo largo del invierno las nieves se acumulan en la cúspide de las montañas de África centro-oriental; en primavera sobrevienen las lluvias y la nieve se deshace. En enormes cantidades, las aguas bajan de los montes hacia los ríos y grandes lagos de la región. Estas aguas van al Nilo, y la corriente se va abriendo paso hacia el norte.

El Nilo se colma a causa de estas aguas, y se desborda, a partir del mes de julio, alcanzando su máxima altura hacia comienzos de septiembre. Y no vuelve a su nivel normal hasta octubre. En los meses en que el río permanece desbordado, las aguas cubren las tierras sedientas y depositan una capa de fresco cieno, que la corriente ha traído desde los montes del lejano sur. De este modo el terreno a lo largo de las orillas del río se renueva constantemente y se mantiene fértil.

Cuando los hombres penetraron por primera vez en la cuenca del Nilo, las inundaciones eran muy vastas y los extensos pantanos a ambos lados del río abundaban en hipopótamos, antílopes, grullas y todo tipo de animales que podían ser cazados por el hombre. Paulatinamente, el aumento de la sequedad fue limitando las tierras inundadas; en ciertos casos éstas quedaron reducidas a la proximidad de las orillas del río, y durante muchos milenios las porciones de tierra que van a beneficiarse por las crecidas serán, en la mayor parte de su recorrido, de una anchura no superior a las doce millas.

Además, los suelos fértiles cultivables se detienen bruscamente en los límites de las tierras inundadas, tan bruscamente que hoy en día hay numerosos lugares en los que una persona puede tener el pie izquierdo apoyado en el suelo fértil y el derecho en suelo desértico.

El Neolítico

Ya que la caza continuaba disminuyendo y la población aumentaba rápidamente en las tierras más próximas al Nilo, era necesario tomar alguna medida. Había que aumentar de alguna manera la cantidad de productos alimenticios. Afortunadamente, se había originado un nuevo modo de vida hacia el año 8000 a. C. —cuando los glaciares de las regiones septentrionales iniciaban su última retirada— en el seno de ciertas comunidades del Asia sudoccidental. En las tierras altas e irrigadas de lo que hoy son Iraq e Irán, a unas mil millas al este del Nilo, el hombre había aprendido a plantar semillas y a recoger el grano que nacía de ellas.

Este puede ser considerado uno de los puntos de partida de la llamada «Edad Neolítica» o «Nueva Edad de Piedra». El hombre neolítico desconocía todavía el uso de los metales, por lo que seguía utilizando instrumentos de piedra. Sin embargo, tales instrumentos estaban cuidadosamente pulidos y eran mucho más elaborados que los instrumentos de piedra sin pulimentar en forma de astilla o de laja de la primera Edad de Piedra y de la época mesolítica.

Otro de los rasgos característicos del Neolítico era el desarrollo de la alfarería, la doma y cría de animales y, como ya dije, la siembra y cosecha de plantas. No sabemos

todavía cómo se llegó exactamente a la invención de la agricultura (o «cultivo de campos»), pero sus ventajas fueron evidentes, pues permitió disponer de alimentos de forma segura.

Con anterioridad a la difusión del modo de vida neolítico, los hombres vivían de la caza y de la recolección de vegetales. Pero sólo había una cantidad dada de caza, plantas y frutos en una determinada región, y en los años malos los hombres se veían obligados a desplazarse a grandes distancias para encontrar alimentos suficientes, El número de habitantes que una región dada podía alimentar era más bien bajo.

Cuando el hombre aprendió a criar animales y a cultivar plantas, fue capaz de producir alimentos en grandes cantidades, mucho mayores que las que obtenía antes con la caza y la recolección. Encerrando a los animales y cercando los campos cultivados, los pastores y agricultores evitaban que los animales silvestres o las demás comunidades humanas se apropiasen de ellos. El abastecimiento de alimentos aumentó y se hizo más seguro, esto fue especialmente cierto en el caso de la agricultura, ya que las plantas resultaron más fáciles de cuidar y obtener (una vez adquirida la suficiente habilidad) que los animales. Debido a que un acre de tierra cultivada podía alimentar a mayor número de personas que un acre de bosque, se dio un aumento de la población realmente «explosivo», allí donde penetró la cultura neolítica.

Asimismo, si el hombre cazador (y, hasta cierto punto, el pastor) necesitaba trasladarse continuamente, el agricultor se vio obligado a sedentarizarse. Era necesario permanecer junto a las tierras donde crecía el grano. Era necesario, además, vivir en comunidad, para protección mutua contra los ataques de los pueblos cazadores y pastores (que no cultivaban cereales, pero que no veían obstáculo alguno en arrebatárselos a los que sí los cultivaban), y construir aldeas: las primeras «ciudades».

Debido a que el hombre se veía forzado a convivir con el prójimo en las aldeas, la independencia de la banda cazadora pronto fue cosa del pasado. Los aldeanos desarrollaron métodos de cooperación con el fin de construir edificios, de organizar la defensa y de cultivar la tierra. En pocas palabras, crearon lo que se ha llamado la *civilización* (derivada de la palabra latina para «ciudad»).

La práctica de la agricultura acabará extendiéndose fuera de sus tierras de origen, el altiplano iranio, a lo largo del milenio siguiente a su invención. La agricultura fue adoptada por otras comunidades, lo que produjo nuevos y espectaculares avances, en particular en dos zonas determinadas. Una de ellas era un valle entre dos ríos, el Tigris y el Eufrates, en el sur. El otro también era un valle formado por la cuenca de un río, el Nilo, a unas mil millas hacia el oeste. El valle del Tigris y del Eufrates se hallaba más cerca del lugar de origen y comenzó antes a practicar la agricultura y, por consiguiente, a desarrollar antes una civilización. Pero el valle del Nilo no se quedó atrás.

El modo de vicia neolítico había llegado a implantarse plenamente en Egipto hacia el 5000 a. C. Las tierras del valle del Nilo conservaban en estos tiempos demasiada humedad y eran bastante salvajes como para dedicarlas cómodamente a la agricultura. Pero al oeste del Nilo, a unas 130 millas al sur de la costa mediterránea había un lago perfectamente adecuado para ello.

Posteriormente esta extensión acuática se denominó lago Moeris, debido a que el historiador y viajero griego Heródoto, que lo visitó hacia el 450 a. C., creyó que era un lago artificial construido por el legendario rey Moeris.

Pero no era artificial en absoluto, y la palabra «Moeris» es simplemente un término egipcio para designar «lago». Su existencia era natural, y recordaba los tiempos en que el norte de África era mucho más húmedo. En el lago había hipopótamos y otros animales menores, y durante cinco siglos, entre el 4500 y el 4000 a. C., en sus orillas hubo florecientes aldeas neolíticas.

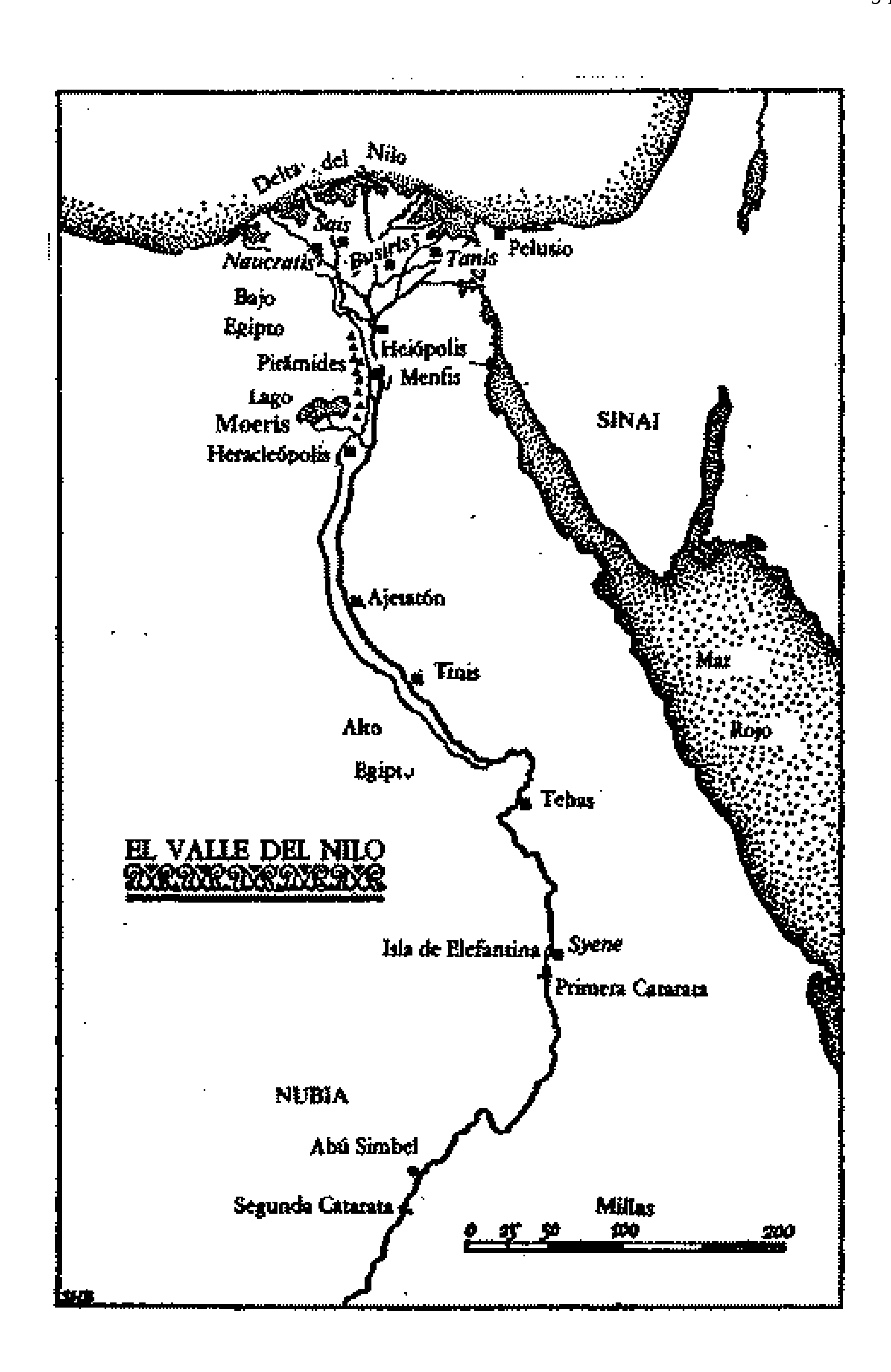
Sin embargo, el lago sufría las consecuencias de la creciente sequía en las tierras que lo rodeaban. A medida que sus aguas descendían y que la vida disminuía, las aldeas establecidas en sus orillas se hicieron menos frecuentes. Al mismo tiempo, con todo, la civilización conocía una mayor elaboración en las tierras cercanas al Nilo, que se hizo más controlable, y cuyas aguas provenían de las lejanas montañas del sur.

Hacia el 3000 a. C. el lago Moeris alcanzó un nivel tal que sólo podía seguir existiendo si se lo conectaba de algún modo con el Nilo, y los habitantes de las orillas del río tendrán que realizar un enorme esfuerzo (que aumentará con el pasar de los siglos) para llevar a cabo tal conexión.

La batalla para conseguirlo se perdió hace unos mil años o más, y en la actualidad el lago ya no existe; en su lugar hay una depresión, en gran parte seca, en cuyo centro se sitúa un lago de escasa profundidad, de unas 30 millas de longitud y 5 de anchura. Esta superficie acuática, llamada Birket Qarun por sus actuales habitantes de habla árabe, es lo que queda del antiguo lago Moeris. A orillas de este pañuelo de agua se encuentra hoy la ciudad de El-Fayum, que da su nombre a toda la depresión.

Los asentamientos neolíticos que fueron apareciendo gradualmente a orillas del Nilo (algo más tarde que en las del lago Moeris) han sido excavados por los arqueólogos. Los restos de cada aldea sucesiva reposan sobre la anterior, y los estudiosos han asignado un nombre a cada nivel (o edad), nombre derivado del de la aldea actual que ha proporcionado mayor abundancia de restos.

Así, se habla de la cultura tasiense, badariense, amratiense, etc. La población del tasiense ya practicaba la agricultura. Los badarienses eran buenos alfareros. Los amratienses criaban ganado vacuno, ovejas y cerdos, y construían barcas de juncos con las que navegaban por el Nilo.



Regadío

Las primeras comunidades agrícolas del Asia occidental crecieron en regiones en las que las lluvias eran suficientemente abundantes como para permitir el crecimiento de las plantas. En las regiones del Tigris y del Eufrates, y, en especial, en las del Nilo, las poblaciones no podían depender de la lluvia para regar sus cosechas. De ahí que se utilizase el agua de los ríos.

En un primer momento fue suficiente esperar a que la inundación disminuyese, y luego sembrar en el terreno fangoso. Pero a medida que la población fue creciendo, las

cosechas obtenidas de esta manera fueron insuficientes. Se hizo imprescindible, en cambio, abrir pasos en la orilla del río con el fin de llevar el agua al lugar o lugares que la necesitaban. Una red de canales (tanto en el Nilo como en el Tigris-Eufrates) permitían irrigar las tierras y conservarlas húmedas en épocas en que, a causa de la falta de inundaciones, se secaban completamente.

Esto dificultó las cosas en un sentido, pues no era fácil excavar canales o mantenerlos en funcionamiento luego. Se trataba, en realidad, de un duro trabajo, mucho más duro que ver caer la lluvia. Y hubo que hacerse de forma colectiva, a través de una cooperación mucho más elaborada que la requerida para los trabajos agrícolas ordinarios.

En realidad, la necesidad de intensificar la cooperación y de desarrollar técnicas de regadío agrícola mucho más avanzadas puede haber sido el acicate que condujo a un desarrollo de la civilización, en esas regiones fluviales, mucho más alto que el alcanzado hasta entonces por las comunidades agrícolas de las regiones montañosas.

Las ciudades a lo largo de los ríos tenían que estar particularmente bien organizadas. Las personas que eran lo suficientemente hábiles y ambiciosas como para hacerse cargo de trabajos tales como la construcción y el mantenimiento de los canales, dominaron, de forma lógica y natural, las ciudades. Por lo general, establecían su prestigio y poder en nombre de algún dios local.

Los hombres primitivos estaban siempre dispuestos a creer que era algún ser sobrenatural quien hacía germinar las semillas y que la tierra diera sus frutos, y el trabajo de los gobernantes de la ciudad consistía en elaborar los ritos mágicos adecuados para convencer a los dioses de que se comportasen bien. Procuraban, además, que tales ritos se realizaran de forma adecuada y exacta. Así, la gente común creería firmemente que la prosperidad de la ciudad y la vida del pueblo dependían de la sabiduría y rectitud de las personas a cuyo cargo estaban los ritos. Así, el valle del Nilo se dotó de una clase sacerdotal que conservaría gran poder durante miles de años.

Las dificultades de la agricultura de regadío carecían de importancia si las comparamos con los beneficios que aportaba. A medida que un mayor número de personas aprendía a colaborar unas con otras, los logros aumentaban. Se hizo necesario, por ejemplo, saber exactamente cuándo se producían las crecidas del Nilo, con el fin de aprovecharlas al máximo. Los sacerdotes encargados del regadío estudiaron cuidadosamente el nivel de las aguas del río, día a día, y llegaron a descubrir que, por término medio, las crecidas se producían cada 365 días.

De ahí que los habitantes del Nilo fueran los primeros en elaborar un calendario basado en el año de 365 días. Cada año estaba formado por doce meses, por ser doce los ciclos completos de cambio en las fases de la luna, que se desarrollaban en algo menos de un año, y porque el pueblo del Nilo (como todos los demás) había usado originariamente un calendario basado en la luna. Se asignó a cada mes una duración de treinta días, y al final de cada año se añadieron cinco días adicionales.

El calendario en cuestión era mucho más simple y manejable que cualquier otro de los inventados hasta entonces. Los historiadores no saben con certeza en qué fecha se adoptó por primera vez, pero podemos suponer razonablemente que fue hacia el 2800 a. C. A lo largo de tres mil años no se inventaría nada mejor, y cuando se dispuso de un calendario más adecuado, éste siguió basándose en el egipcio, con apenas alguna ligera modificación. En realidad, nuestro calendario actual se basa todavía en el egipcio.

Asimismo, las inundaciones anuales del Nilo borraban los límites entre las tierras de propiedad individual. De ahí que fuese necesario buscar alguna fórmula para volver a determinarlos. Sabemos cómo esto dio lugar, lentamente, a métodos de cálculo que conocemos hoy con el nombre de *geometría* («medición de la tierra»). Del mismo modo se desarrollaron otras ramas de las ciencias matemáticas.

Se hizo necesario incluir en los registros los límites de las tierras y las cantidades cosechadas. Había que crear algún sistema de símbolos para los diferentes números, las diferentes personas, los distintos tipos de cereales y productos, y para los diversos acontecimientos.

Los habitantes de las regiones del Tigris y del Eufrates habían inventado, algo antes del 3000 a. C., un tosco sistema pictográfico («escritura mediante imágenes») que imitaba a los objetos que representaba. Los símbolos deben haber sido muy simples en un primer momento, haciéndose gradualmente más complicados hasta llegar a representar todo aquello que los hombres querían decir.

Es posible que los habitantes del valle del Nilo hicieran suyo el concepto de escritura a través de las noticias que les llegaban por medio de los comerciantes y viajeros provenientes de la región Tigris-Eufrates. Rápidamente, la gente del Nilo adaptó ese concepto a sus propios fines y necesidades. Inventaron símbolos propios, mucho más atractivos que los creados por los habitantes del Tigris y del Eufrates. En la región del Nilo, la escritura se había desarrollado plenamente poco después del 3000 a. C.

Este sistema de escritura se hallaba en manos de los sacerdotes. La gente común no era capaz de leer o de escribir el complicado conjunto de símbolos, lo mismo que hoy el hombre de la calle no puede hacer uso de la alta matemática. Los griegos, que algunos siglos más tarde inundaron el país como turistas y soldados, eran incapaces de leer esta antigua escritura, lo que es natural, pero como solían verla representada en los templos, pensaron que tenía un significado religioso, por lo que la llamaron *jeroglífica* («signos grabados sagrados»).

Seguridad

Las necesidades del regadío posibilitaron el desarrollo de grandes civilizaciones en el valle del Nilo y en el del Tigris-Eufrates, aunque con notables diferencias en cada caso. La cuenca del Tigris-Eufrates estaba expuesta por el este, oeste y norte a la actividad de las poblaciones menos desarrolladas de las montañas. Sometidas al terror constante de incursiones y saqueos, las aldeas de esta región fluvial construyeron murallas defensivas. Las aldeas crecieron, fabricaron armas y formaron ejércitos, instruyéndose en técnicas y disciplinas militares.

De este modo las ciudades de la región del Tigris-Eufrates se las arreglaron para mantener alejados a los bárbaros en la mayoría de las ocasiones. Pero en los períodos de paz, ¿qué podían hacer estas ciudades armadas con sus soldados y armamento? Si se los tenía sin hacer nada, podían causar problemas a las ciudades que los empleaban. Como era natural, pues, las ciudades comenzaron a combatirse unas a otras.

Las luchas permitían, a veces, colocar a amplios territorios bajo una única soberanía, con lo que se formaban «imperios». Por otro lado, estas mismas luchas solían llevar a la destrucción de la cooperación y de los medios sobre los que se basaba la prosperidad agrícola, lo que daba paso a una «edad tenebrosa» en la que la civilización declinaba y la prosperidad decrecía, de tal modo que los bárbaros vecinos podían llegar a ser dominadores durante un tiempo.

El pueblo del Nilo se vio libre de todo esto durante siglos. Hacia el este y hacia el oeste de su pacífico valle sólo había desierto, que los ejércitos extranjeros difícilmente podían cruzar. Al norte estaba el Mediterráneo, y en las primeras épocas no había barcos adecuados para el transporte de ejércitos a través de ese mar. En el sur se hallaba la Primera Catarata, que impedía a eventuales enemigos llevar a cabo incursiones por el Nilo.

Durante largo tiempo el pueblo del Nilo vivió casi del todo seguro y aislado. Las aldeas no necesitaron armarse ni mostrarse agresivas. Muy pocas crecieron, y ciertos

autores han descrito al valle del Nilo como una larga sucesión de asentamientos humanos.

Todo esto significaba bienestar, pero también falta de intercambios. En otros lugares y en otros ríos, las poblaciones se hallaban enfrentadas siempre a nuevas situaciones, los invasores aportaban novedades, o ellas mismas se veían forzadas a aprenderlas para defenderse; por el contrario, las poblaciones del Nilo se vieron libres de ello. Los métodos antiguos continuaron siendo útiles generación tras generación.

Así, cuando invasores extranjeros penetraron en el valle del Nilo e instauraron su dominación sobre la población nativa, ya era demasiado tarde. Los nativos habían sido permeados tan profundamente por las antiguas costumbres que se habían convertido en el pueblo más conservador de la Historia (con la excepción, quizá, de los chinos).

Su sistema de escritura, por ejemplo, continuó siendo muy complicado, con gran número de símbolos, algunos de los cuales representaban palabras aisladas, y otros, partes de palabras. Hacia el 1500 a. C., en algún lugar del Mediterráneo oriental había surgido la idea de limitar el número de los símbolos gráficos a unos veinticinco, representando cada uno de ellos una sola consonante. Con «alfabeto» semejante podían escribirse miles y miles de palabras diferentes, y en conjunto, el proceso de la escritura se hizo mucho menos complicado y de más fácil utilización.

Sin embargo, los habitantes del valle del Nilo, orgullosos de su antigua civilización y muy apegados a su viejo modo de vida, se negaron a aceptar el mencionado alfabeto durante casi dos mil años. Siguieron aferrados testarudamente a su engorroso sistema de escritura, en su día tan novedoso y útil, pero ahora convertido en una verdadera traba. Este conservadurismo sólo sirvió para favorecer a otros pueblos más dinámicos, que se colocaron por delante del pueblo del Nilo. (En la actualidad, los chinos se resisten a abandonar sus propios símbolos, tan complicados como los de los egipcios. Pero no creamos que somos superiores: Estados Unidos no abandona su demencial sistema de unidades de medición para adoptar el sistema métrico, mucho más sencillo y lógico, utilizado además por casi todo el mundo).

Como otro ejemplo de conservadurismo, consideremos el calendario. Los sacerdotes del Nilo habían descubierto que el año tenía 365 días y un cuarto. Cada cuatro años tenía, pues, un día más, 366, siempre que el desbordamiento del Nilo sobreviniese en el mismo período del calendario. Pero todos los esfuerzos realizados para que el pueblo aceptase la modificación del calendario fueron siempre vanos. El pueblo seguía aferrado al pasado y a las viejas costumbres aun cuando esto significaba que el cálculo de la fecha de la inundación se hacía innecesariamente complicado.

Los dos Egiptos

Los habitantes del valle del Nilo llamaban a su tierra «Jem». Esto quiere decir, según parece, «negro» en la lengua del país. Cabe pensar que el término se refería a la rica tierra negra que las crecidas dejaban tras de sí, una tierra que presentaba un fuerte contraste con la tostada tierra de desierto a ambos lados del río.

Más tarde los griegos llamaron a esa tierra Aigyptos, que derivaba quizá del nombre, distorsionado, de una gran ciudad egipcia de épocas posteriores, que les era familiar. Nosotros hemos heredado el nombre y llamamos a ese país Egipto.

En los primeros tiempos de la civilización egipcia el país se componía de una serie de pequeñas ciudades o «nomoi», cada una de las cuales poseía su propio dios, y sus propios templos y sacerdotes. Tenían también su propio gobernante, que controlaba la región agrícola vecina, a orillas del río. La comunicación entre las ciudades se llevaba a cabo por el río y era fácil, pues la corriente fluía en una dirección y los vientos solían hacerlo en la contraria. Sin velas se podía ir hacia el norte; con velas, hacia el sur. Naturalmente, los habitantes de una ciudad solían cooperar entre sí, pero las cosas

resultaban mucho más fáciles si las distintas ciudades cooperaban unas con otras. Se formaban ligas en el seno de las cuales las ciudades vecinas podían llegar a acuerdos para resolver en común los problemas generales. De vez en cuando, un gobernante podía ejercer un difuso dominio sobre amplios sectores del río.

En término generales, el valle acabó por considerarse dividido en dos regiones principales. De una parte, estaba el estrecho valle del propio río, que se extendía de la Primera Catarata hasta la región del lago Moeris, a algo más de mil millas del mar. Se trataba de una larga y estrecha lengua de tierra generalmente denominada Alto Egipto.

Al norte del Alto Egipto, el Nilo se ramifica en numerosas corrientes que se despliegan en abanico formando un gran triángulo cuyos lados miden unas 125 millas. El Nilo penetra en el mar a través de una serie de desembocaduras, y la tierra comprendida entre las corrientes es sumamente fértil. Esta región triangular, el «Bajo Egipto», fue creada por el Nilo con el fango de aluvión transportado desde los tiempos más remotos de las lejanas montañas del sur.

En los mapas de Egipto, que hoy dibujamos con el norte en la parte superior, el Bajo Egipto queda encima del Alto Egipto, lo que puede parecer raro. Sin embargo, la denominación toma como punto de referencia al río. Si avanzamos siguiendo la corriente de un río en dirección a su desembocadura, decimos que marchamos «río abajo». La dirección contraria es «río arriba». Si consideramos que el Alto Egipto se encuentra corriente arriba respecto del Bajo Egipto, la expresión cobra sentido.

En el alfabeto griego la letra «delta» se representa por un triángulo equilátero, al menos la mayúscula. Por eso los griegos llamaron delta del Nilo a la región del Bajo Egipto, debido a su forma triangular. (Hoy en día toda desembocadura de río y su zona colindante formada por tierra de aluvión arrastrada por la corriente, se denomina delta, cualquiera que sea su forma. Así hablamos, por ejemplo, del delta del Mississippi, que presenta una forma muy irregular).

2. El Egipto arcaico

La historia

Por lo general, nuestra idea del pasado de la humanidad deriva de tres tipos de fuentes. En primer lugar, tenemos los datos obtenidos de los objetos abandonados por el hombre sin intención de que sirvan para conocer la historia. Ejemplo de ello son los utensilios y los recipientes de barro de los hombres primitivos, restos que arrojan una tenue luz sobre por lo menos un millón de años de historia del hombre.

Pero tales restos no nos cuentan una historia articulada. Es, más bien, como si quisiéramos leer un libro con la luz de un repentino *flash.* Aunque siempre es mejor esto que nada, obviamente.

En segundo lugar, contamos con las narraciones transmitidas oralmente de generación en generación. Estas narraciones nos cuentan sin duda una historia articulada, pero ésta suele quedar distorsionada al ser contada una y otra vez. Resultado de todo ello son los mitos y leyendas que no cabe aceptar como verdades literales, aunque a veces contengan datos importantes.

Así, las leyendas griegas sobre la guerra de Troya se conservaron de generación en generación gracias a la tradición oral. Los griegos de las épocas posteriores las aceptaron como hechos históricos y los historiadores modernos las rechazaron por considerarlas meras fábulas. La verdad parece situarse en un término medio. Los hallazgos arqueológicos del pasado siglo han demostrado que muchas de las referencias de la obra de Homero son a hechos reales (aunque podemos seguir considerando lo que cuenta Homero sobre la participación de los dioses en los acontecimientos como pura fábula).

Finalmente, estarían los documentos escritos que, como es natural, a veces incluyen hechos legendarios. Cuando los documentos escritos se refieren a acontecimientos que son contemporáneos del estudioso, o que pertenecen a su inmediato pasado, disponemos de la más satisfactoria de las fuentes históricas, sin ser, con todo, necesariamente ideal, ya que los escritores pueden mentir, tener prejuicios o equivocarse de buena fe. Asimismo, sus escritos, aun los más fieles a los hechos, pueden sufrir distorsiones accidentales en posteriores copias, o ser alterados deliberada y maliciosamente por propagandistas. A veces, al comparar a un historiador con otro, o al contrastar sus relatos con los resultados de los hallazgos arqueológicos, los errores y distorsiones pueden salir a la luz.

Sea como sea, no disponemos de nada más detallado que los documentos escritos y, en líneas generales, cuando hablamos de la historia del hombre, nos referimos principalmente a los anales que han llegado hasta nosotros bajo forma de escritos. Los acontecimientos anteriores a la utilización de la escritura en tal o cual región se califican de «prehistóricos», sin que ello quiera decir que sean necesariamente «precivilizados».

Así, Egipto conoció dos mil años de civilización entre el 5000 y el 3000 a.C., pero este período de tiempo forma parte de la «prehistoria» egipcia, dado que la escritura no había hecho aún aparición.

Los detalles referentes a la prehistoria de un país son siempre confusos y borrosos, y los historiadores se resignan ante esta realidad. Todavía más frustrante, sin embargo, es contar con documentos escritos, pero en una lengua que no sabemos descifrar. El libro de historia está ahí, al menos en parte, pero está sellado.

Este era el caso, al menos hasta el 1800 d. C, del «Egipto histórico» —es decir, del Egipto posterior al 3000 a. C. —y, en realidad, el de casi todas las demás civilizaciones antiguas.

Hacia esta época, los únicos idiomas antiguos perfectamente conocidos eran el latín, el griego y el hebreo, y, como se sabe, existían historias antiguas importantes escritas en cada una de estas lenguas, historias que han llegado completas o en parte hasta nuestros días. De ahí que la historia antigua de los romanos, de los griegos y de los judíos se conozca bastante bien. Asimismo, las leyendas referentes al pasado prehistórico de cada una de estas civilizaciones han llegado hasta nosotros.

En cambio, la historia antigua de los pueblos de Egipto y de la región del Tigris-Eufrates era ignorada por los hombres del 1800 a. C., excepto a través de las leyendas transmitidas hasta ellos en las tres lenguas que conocían.

En su época, los griegos no se hallaban en mucho mejor situación que nosotros en 1800 d. C. en lo que respecta al conocimiento sobre los egipcios. Tampoco ellos sabrían leer los jeroglíficos, por lo que ignoraban lo concerniente a la historia egipcia durante siglos.

Sin embargo, en tiempos de los griegos la civilización egipcia estaba todavía viva y floreciente. Había sacerdotes que eran capaces de leer fácilmente los antiguos escritos y que probablemente tenían acceso a toda clase de anales referentes a los milenios pasados.

Los curiosos griegos que comenzaron a llegar a Egipto en gran número a partir del 600 a. C. y que se quedaban boquiabiertos ante los logros de una antigua civilización, se interesaban por todo lo que veían, sin duda.

Pero los sacerdotes egipcios eran muy suspicaces hacia los extranjeros y no se dignaban fácilmente a colmar la curiosidad de éstos.

El historiador griego Heródoto viajó por Egipto, acosando a preguntas a los sacerdotes. Muchas de sus preguntas obtuvieron respuesta, e incluso la información en la historia que escribiría más tarde. Con todo, buena parte de la información no parece muy verosímil, y no es fácil descartar la idea de que los sacerdotes tomaran el pelo sardónicamente al «paleto» griego, tan ansioso de información y tan dispuesto a aceptar todo lo que se le decía.

Finalmente, hacia el 280 a. C., cuando ya los griegos dominaban Egipto, un sacerdote de este país acabó cediendo y escribió en griego una historia de Egipto destinada a los nuevos amos, utilizando sin duda algunas fuentes sacerdotales. Se llamaba Manetón.

Durante un tiempo el Egipto posterior al 3000 a. C. fue realmente el «Egipto histórico», aun cuando aceptemos que Manetón escribió una historia necesariamente incompleta, y que pueda haberla escrito desde un punto de vista parcial, como egipcio que era, y sacerdotal.

Por desgracia, sin embargo, la historia de Manetón y las fuentes que utilizó no han sobrevivido. El «Egipto histórico» se hundió en las tinieblas de la ignorancia humana tras la caída del Imperio Romano, y así permaneció durante catorce siglos. No quiere esto decir que la ignorancia sobre Egipto fuera completa. Algunos fragmentos de los escritos de Manetón fueron citados por otros escritores cuyas obras sí sobrevivieron. En concreto, sobrevivieron largas listas de gobernantes egipcios tomadas de la historia de Manetón citadas en las obras de un historiador cristiano de los primeros tiempos, Eusebio de Cesárea, que vivió unos seis siglos después de éste. Pero esto es todo, y no es demasiado. Las listas de reyes no hicieron sino excitar el apetito histórico y convertir a las sombras anteriores en una oscuridad aún más negra.

Naturalmente, había todavía numerosas inscripciones jeroglíficas por todos lados, pero nadie podía leerlas, con lo que todo permanecía decepcionantemente misterioso.

Hacia 1799, un ejército francés a las órdenes de Napoleón Bonaparte se hallaba combatiendo en Egipto. Un soldado francés llamado Bouchard o Boussard se encontró, cuando estaba trabajando en un fuerte en reparación, una piedra negra. El fuerte estaba

próximo a la ciudad de Rashid, en una de las desembocaduras occidentales del Nilo. Para los europeos Rashid era Rosetta, y hoy llamamos a la piedra hallada por el soldado «piedra de Rosetta».

En la piedra de Rosetta había una inscripción en griego que databa del 197 a. C. En sí no era una inscripción importante, pero lo que confería un valor fascinante a la piedra era que contenía también inscripciones en dos tipos de jeroglíficos. Si, como parecía probable, se trataba de la misma inscripción en tres diferentes formas de escritura, entonces de lo que se trataba era de una inscripción egipcia traducida a una lengua conocida.

La piedra de Rosetta interesó a hombres tales como el médico inglés Thomas Young y el arqueólogo francés Jean-Francois Champollion. En particular Champollion utilizó como ayuda adicional la lengua copta, que en su tiempo sobrevivía todavía en unos cuantos lugares de Egipto. Hoy la lengua de los egipcios es el árabe, debido a la conquista árabe de Egipto hace trece siglos. Champollion sostenía, sin embargo, que el copto derivaba de la lengua del antiguo Egipto, que se remontaba a la época anterior a la llegada de los árabes. Antes de morir en 1832, Champollion elaboró un diccionario y una gramática de la lengua del antiguo Egipto.

Evidentemente, Champollion no estaba equivocado, pues en los años 20 del siglo XIX había sido capaz de penetrar el secreto de los jeroglíficos y, poco a poco, todas las inscripciones antiguas pudieron ser leídas.

Sin embargo, las inscripciones no eran verdadera historia, como era natural (¡imaginemos por un momento que tratáramos de conocer la historia de Estados Unidos a través de las inscripciones existentes en nuestros edificios públicos y en nuestras lápidas!). A menudo incluso aquellas que versaban sobre acontecimientos históricos habían sido compuestas única y exclusivamente para alabar a algún gobernante. Se trataba de propaganda oficial que no necesariamente se ajustaba a la realidad.

Pese a todo, poco a poco, a partir de todo lo que los historiadores fueron recopilando de las inscripciones y de otras fuentes, incluidas las listas de reyes de Manetón, la historia egipcia comenzó a ser conocida, y con una amplitud tal que nadie, antes del hallazgo de la piedra de Rosetta, hubiera podido imaginar.

Unificación

Manetón comienza su lista de reyes con el primer hombre que unió a los dos Egiptos, el Alto y el Bajo, bajo su mando. El nombre que tradicionalmente se aplica a este primer rey es Menes, forma griega para el nombre egipcio de Mena. Antes de la unificación, Menes gobernaba al parecer sobre el Alto Egipto.

Durante un tiempo se pensó que Menes era puramente legendario y que este rey no había existido nunca. Sin embargo, alguien tuvo que ser el primero en unificar Egipto, y si no fue Menes, sería algún otro.

Pese a que las antiguas inscripciones han sido concienzudamente estudiadas, existe en este sentido una complicación adicional, derivada del hecho de que los reyes solían adoptar nuevos nombres cuando subían al trono, diferentes de los que se les asignaba al nacer. A veces, incluso, se les imponía otros nombres después de morir. Existen referencias a un rey llamado Nármer en un antiguo trozo de pizarra desenterrado en 1898; en él el monarca aparece en un primer momento con la corona relacionada con el gobierno del Alto Egipto, luego con la corona del Bajo Egipto. Parece, pues, una referencia a un rey que unificó los dos Egiptos, y cabe la posibilidad de que Nármer y Menes no sean sino nombres alternativos de la misma persona.

Sea como sea, Menes o Nármer llegó a ser rey de todo Egipto hacia el 3100 a. C, justo a finales de la prehistoria egipcia. No podemos por menos que preguntarnos cómo lo

logró. ¿Fue Menes un gran guerrero o un astuto diplomático? ¿Se trató de un accidente o de un plan? ¿Se sirvió acaso de algún «arma secreta»?

En primer lugar, existen datos de importantes inmigraciones asiáticas que llegaron a Egipto en los siglos que precedieron el reinado de Menes. Es posible que los asiáticos huyeran de sus tierras, poco seguras y arrasadas por la guerra, hacia la paz y la exuberante fertilidad del valle del Nilo. (Hasta los últimos momentos de la época prehistórica podían verse incluso elefantes en el rico valle del Nilo, gracias a su gran extensión, a su fertilidad y a su escasa población.)

A este período cabe remontar algunas sutiles influencias asiáticas. Por ejemplo, ciertas técnicas arquitectónicas y artísticas egipcias que aparecen después del 3500 antes de Cristo parecen tener una clara relación con las utilizadas en Asia en esa época. Asimismo, las migraciones asiáticas debieron llevar consigo el concepto de escritura procedente de la civilización del Tigris y del Eufrates.

Al parecer, el Alto Egipto sufrió durante este período una mayor influencia asiática que el Bajo Egipto, y a esto hay que atribuir, quizá, el hecho de que fuera el primero, y no el segundo, el que recibió el primer impulso hacia la espiral del desarrollo.

Por otro lado, tal vez esto no sea sino una mera apariencia producto de un accidente arqueológico. El Bajo Egipto está profundamente enterrado por siglos de sedimentación, por lo que es mucho más difícil encontrar restos antiguos allí que en las regiones menos inundadas del lago Moeris y del Alto Nilo. Tal vez radique aquí, y sólo aquí, la razón de nuestra infravaloración del Bajo Egipto. Con todo, cuando Egipto quedó unificado en una sola nación, el conquistador vino del Alto Egipto.

¿Trajeron los inmigrantes asiáticos consigo algo más que un nuevo arte y que el concepto de escritura? ¿Trajeron también una tradición bélica y conquistadora anteriormente inexistente entre los pacíficos egipcios de tiempos primitivos?

¿Fue Menes quizá de origen asiático, con una tradición familiar que hablaba de poderosas ciudades armadas cuyos soldados acabaron dominando a sus vecinos? ¿Quiso acaso emular a sus antepasados y, como ellos, crearse un imperio? En algún lugar, en los siglos anteriores a Menes, los hombres habían aprendido a obtener cobre de las vetas de la península del Sinaí, al noreste de Egipto, y de otras partes. En realidad, la plata, el oro y el cobre habían sido descubiertos mucho antes, bajo forma de pepitas metálicas que no requerían ser fundidas. (Cabe fechar algunos objetos de cobre hallados entre restos del Badariense hacia el 4000 a. C.) También se encontraron trozos de hierro, que solían caer del cielo bajo forma de meteoritos, ocasionalmente. De todos modos, los hallazgos de metal puro solían ser muy poco frecuentes, y el metal que así se obtenía se presentaba en cantidades exiguas, y se utilizaba generalmente para adornos.

Sin embargo, con el desarrollo de las técnicas de fundición se pudo obtener cobre de los yacimientos de mineral en cantidades suficientes como para ser usado para todo tipo de finalidades. El cobre, por sí solo, no es lo suficientemente duro como para fabricar armas y armaduras; pero mezclado con estaño se convierte en bronce, que en cambio sí lo es. El período en el que el uso del bronce se generalizó y pudo ser empleado para dotar a los ejércitos, se denomina Edad del Bronce.

La Edad del Bronce no alcanzaría su apogeo hasta varios siglos después de Menes; no obstante, no hay que descartar la posibilidad de que se dispusiera de bronce en cantidades suficientes como para equipar a los cuerpos especiales de los ejércitos de Menes. ¿Fue acaso con estas nuevas armas con las que implantó su dominio sobre todo Egipto? Quizá no lo sepamos nunca.

Según Manetón, Menes había nacido en la ciudad de Tinis (o Tine), situada en el Alto Egipto, aproximadamente a medio camino entre la Primera Catarata y el delta. Menes y sus sucesores gobernaron el país desde esta ciudad.

Es posible, sin embargo, que Menes se diera cuenta de que si aspiraba a conservar su poder sobre el Bajo Egipto, debía tratar de parecer menos extranjero y gobernar desde una distancia menor. Pero no podía acabar siendo un extraño para el Alto Egipto de donde era originario. El problema se resolvió construyendo una nueva ciudad en la frontera entre ambos territorios —en una zona que cualquiera de los dos podía reclamar como propia— y convirtiéndola, al menos, en capital a tiempo parcial. (En Estados Unidos se buscó una solución semejante cuando por primera vez se llegó a la unificación de los distintos territorios. Una vez adoptada la Constitución, resultó evidente que los estados norteños y los sureños no se tenían excesiva simpatía, por lo que se construyó una nueva capital, Washington, allí donde ambas partes se tocaban.)

La nueva ciudad de Menes fue construida a unas 15 millas al sur del extremo del delta. Al parecer los egipcios llamaron a la ciudad JikuPtáh («casa de Ptah»), y es posible que los griegos hicieran derivar de este nombre el de «Aigyptos», y nosotros, de éste, el de «Egipto». Más adelante la ciudad se llamó Menfe, por lo que el lugar llegó a ser conocido por los griegos como «Menfis», nombre que habría de conservar en la historia.

Menfis siguió siendo una importante ciudad egipcia durante unos 3.500 años, y durante buena parte de este período fue la capital y la sede de la realeza.

La vida de ultratumba

Manetón dividía a los gobernantes egipcios en dinastías (de una palabra griega que significa «tener poder»). Cada dinastía estaba compuesta por miembros de una familia que gobernaba y tenía poder sobre todo Egipto. Manetón elaboró una lista de treinta dinastías que se sucedieron a lo largo de un período de tres mil años.

La lista de dinastías incluye tan sólo a los monarcas que reinaron después de la unificación, por lo que Menes es el primer rey de la I Dinastía. El período anterior a Menes se suele denominar «Egipto predinástico», lo que es casi sinónimo de «Egipto prehistórico».

Las dos primeras dinastías, cuyos reyes eran nativos de Tinis, se llaman dinastías tinitas. Y el período en el que reinaron suele denominarse Arcaico, y duró del 3100 al 2680 a. C, más de cuatro siglos.

Las tumbas nos proporcionan una valiosa información acerca de la creciente importancia de Menfis, incluso en los primeros tiempos del Egipto Arcaico. Y la especial utilidad de las tumbas para el conocimiento de la historia se deriva, a su vez, de la naturaleza de la religión egipcia.

La antigua religión de los egipcios se originó probablemente en los viejos tiempos de la caza, cuando la vida dependía de la suerte de encontrar un animal y de matarlo. De ahí que se diese la tendencia a adorar a una especie de dios animal, con la esperanza de que, al propiciarse a este dios, habría gran abundancia de los animales que el dios controlaba. Si los animales eran peligrosos, la adoración de un dios, en parte bajo la forma del animal en cuestión, evitaría que sus bestias hiciesen demasiado daño. Esta parece ser la razón por la que los dioses egipcios, aun en tiempos posteriores, llevaban cabezas de halcón, chacal, ibis e incluso de hipopótamo.

Sin embargo, cuando la agricultura se convirtió en la forma principal de vida, se injertaron nuevos dioses y nuevas creencias religiosas en las antiguas. Existía el culto natural al sol, que en el soleado Egipto era una poderosa fuerza y, evidentemente, el dador de luz y calor. Asimismo, debido a que las crecidas del Nilo sobrevenían siempre en el momento en que el sol alcanzaba cierta posición entre las demás estrellas, se acabó por atribuir al sol el control sobre todo el ciclo vital del río, y se le consideró el dador de toda vida. Bajo diversos nombres los egipcios adoraron al sol durante milenios. El nombre más conocido del dios sol era Re o Ra.

Es posible que el culto del sol condujera de forma natural a la noción del ciclo de vida, muerte y renacimiento. Cada tarde el sol se ponía por el Oeste, y cada mañana se elevaba de nuevo. Los egipcios imaginaban al sol como un infante que aparecía por el Este, crecía con rapidez, alcanzando el pleno desarrollo a mediodía, la madurez al ir cayendo hacia el Oeste, y la vejez y la muerte al irse poniendo y desaparecer. Pero tras realizar un peligroso viaje a través de las cavernas del mundo subterráneo, volvía a aparecer por el Este, a la mañana siguiente, con el aspecto fresco y joven de un muchacho, renovando así su vida.

En las comunidades agrícolas no es fácil dejar de constatar que también el grano sigue un ciclo semejante, aunque más lento. Madura y es segado y, aparentemente, muere; pero de sus semillas puede nacer nuevo grano en la siguiente estación de siembra.

Con el tiempo, este ciclo de nacimiento, muerte y renacimiento se incorporó a la religión egipcia. Esta se centraba en el dios de la vegetación, Osiris, al que siempre se representaba bajo una forma totalmente humana, sin atributos animales. Según el mito, había sido Osiris quien había enseñado a los egipcios las artes y los oficios, incluida la práctica de la agricultura. En otras palabras, era la civilización personificada.

Según la leyenda, Osiris fue muerto por su hermano menor, Set. (Es posible que Set sea la personificación del desierto árido y seco, siempre al acecho para acabar con la vegetación, si, por alguna razón, la crecida del Nilo llegase a faltar.) La leal y amorosa esposa de Osiris, Isis, representada también con forma humana, había recogido su cuerpo y lo había devuelto de nuevo a la vida; pero Set había descuartizado el cuerpo, y uno de los fragmentos se perdió. Incompleto, Osiris no pudo seguir gobernando sobre los hombres vivos y descendió al mundo subterráneo, donde reinó sobre el dominio de las almas de los hombres, que allí descendían también después de la muerte.

Horus, hijo de Osiris y de Isis (representado por lo general como un dios con cabeza de halcón, por lo que tal vez constituya una supervivencia de los mitos primitivos incorporada a la nueva leyenda agrícola), completó la venganza matando a Set.

La narración encaja también en el ciclo del sol. Osiris representaba al sol poniente, muerto por la noche (Set). Horus es el sol naciente que, a su vez, mata a la noche. El sol agonizante desciende al mundo subterráneo, como Osiris.

Era natural que se llegase a asociar estos ciclos a la humanidad. Muy pocos aceptan la muerte, y a casi todos nos gustaría que la vida continuase de alguna manera más allá de la muerte, o que se «reavivase» después de morir, como sucede con el trigo y con Osiris.

Para garantizar este renacimiento del hombre hay que rendir el debido culto y propiciar a los dioses (en particular a Osiris), que tienen pleno poder sobre estos asuntos.

Los egipcios conservaban cuidadosamente los diferentes rituales, plegarias, himnos y cánticos que debían ser repetidos o cantados si se quería garantizar la supervivencia del alma después de la muerte. Tales rituales fueron acumulándose a lo largo de los siglos, como es lógico, pero en esencia provenían de los tiempos arcaicos e incluso, quizá, del Egipto predinástico.

Un documento que contiene una lista de estas fórmulas —una recopilación más bien heterogénea, sin una interrelación o un orden mucho mayor que el que puede hallarse en el Libro de los Salmos de la Biblia— fue publicado en 1842 por el egiptólogo alemán Karl Richard Lepsius. El escrito le había sido vendido por un individuo que lo había encontrado mientras saqueaba una vieja tumba.

El documento se suele denominar el *Libro de los Muertos,* aunque no es ése el nombre que le dieron los egipcios. La parte principal del libro es una lista de fórmulas y encantamientos para que el alma alcance y atraviese sana y salva la gran sala del juicio. Si era absuelta de todo mal (y la idea egipcia del bien y del mal se parece mucho a la de

cualquier hombre honrado de hoy día), podía entrar en la gloria eterna con Osiris.

Parece ser que la salvación en la otra vida requería asimismo la presencia física del cadáver. Es probable que esta idea haya surgido del hecho de que en el suelo seco de Egipto los cuerpos se descomponen lentamente, de modo que los egipcios pensaron que la prolongación de la duración de la forma física del cuerpo era algo natural e incluso deseable, y buscaron medios para conseguirla.

Así, el *Libro de los Muertos* contiene instrucciones para la conservación de los cadáveres. Los órganos internos (que se descomponen mucho antes) se sacaban y se colocaban en jarras de piedra, si bien el corazón, como núcleo principal de la vida, volvía a ser metido en el cuerpo.

Posteriormente el cuerpo se trataba con productos químicos y se envolvía en vendas untadas con pez para hacerlas resistentes al agua. Los cadáveres embalsamados se llamaron momias, término derivado de la palabra persa para pez. (Pero ¿por qué persa? Pues porque los persas dominaron Egipto durante un tiempo en el siglo V a. C, y luego la palabra pasó a los griegos, y de los griegos a nosotros.)

El interés egipcio por la momificación derivaba quizá de la superstición, pero tuvo ciertos resultados muy útiles. Impulsó a los egipcios a estudiar los productos químicos y su comportamiento. De este modo se alcanzó un gran conocimiento práctico, y hay algunos que pretenden hacer derivar la palabra «química» de «Jem» o «Khem», la antigua denominación egipcia para su propio país.

Por si la conservación fallaba o la momia no era adecuada, se usaban además otros métodos para imitar la vida, a modo de «apoyo». Se colocaban en la tumba estatuas del muerto; numerosos objetos de los usados en vida por el muerto —instrumentos, adornos, modelos reducidos de muebles y de siervos, e incluso alimentos y bebidas— eran colocados en la tumba.

Luego, además, las paredes de la tumba se cubrían con inscripciones y pinturas que representaban escenas de la vida del difunto. Gracias a estas inscripciones y pinturas hemos obtenido muchos conocimientos sobre la vida cotidiana de los antiguos egipcios. Por ejemplo, en ella vemos escenas de caza de elefantes, de hipopótamos y de cocodrilos, y tenemos un ejemplo gráfico de la enorme riqueza del valle del Nilo en los tiempos antiguos.

Hay escenas de festines que nos informan sobre lo que comían los antiguos egipcios. Y contemplamos también pinceladas íntimas de la vida familiar y de niños jugando. Vemos que había calor y amor familiar; que las mujeres gozaban de una elevada posición en la sociedad (mucho más alta que entre los griegos); que a los niños se los mimaba a veces, y se era indulgente con ellos. Resulta más bien irónico que sepamos tanto sobre la vida de los egipcios gracias al interés de éstos por la muerte.

Los métodos para garantizar la vida después de la muerte llegaron a ser muy elaborados y muy caros. Quizá se debió esto a que en un primer momento se aplicaban tan sólo a los reyes. El rey (como solía ser el caso en muchas sociedades antiguas) era considerado representación de todo el pueblo en su relación con los dioses, por lo que, así, gozaba de los atributos de la propia divinidad.

Si el rey entraba en relación con los dioses de acuerdo con las fórmulas adecuadas, el Nilo se desbordaría y las cosechas crecerían, en tanto que la enfermedad y los enemigos humanos serían mantenidos a distancia. El rey lo era todo, pues el rey era Egipto.

Como era natural, cuando el rey moría ningún otro ritual era tan elaborado ni tan bello como el que se le dedicaba, pues se trataba de enterrar a Egipto, y todos los egipcios que habían muerto durante el reinado alcanzarían la vida eterna junto con el rey.

Con el paso del tiempo, sin embargo, y a medida que la riqueza de Egipto aumentaba, los distintos funcionarios importantes de la corte y los gobernadores

provinciales —la nobleza— aspiraron también a un trato semejante.

Ellos también quisieron tumbas y exigieron ser momificados; desearon alcanzar una supervivencia personal, y no una ligada a la supervivencia del rey. Esto dio a la religión una base más amplia, pero contribuyó a desviar un peligroso porcentaje del esfuerzo nacional egipcio hacia un campo más bien estéril, el de los enterramientos. Esto, además, aumentó el poder de la nobleza hasta límites a veces muy peligrosos.

Dado que los ricos y poderosos tenían enterramientos costosos, era natural que surgiese la tendencia a «no ser menos que el vecino». Cada uno trató de superar a los demás, y las familias intentaron obtener prestigio a través de la magnificencia con que enterraban a sus difuntos.

Las riquezas enterradas con los muertos, bajo forma de metales preciosos, atrajeron naturalmente a los ladrones de tumbas. Los mejores métodos de preservar estos tesoros, de esconderlos, de cegar los accesos, de protegerlos con el poder de la ley y la invisible amenaza de la venganza de los dioses no bastaban para salvaguardar los tesoros, y son pocas las tumbas que han sobrevivido mínimamente intactas hasta nuestros días.

Nuestro primer impulso es, naturalmente, el de rechazar con horror a los ladrones de tumbas; primero, porque robar con miras a la ganancia personal es reprobable, y hacerlo a un muerto indefenso lo es aún más; y segundo, porque los arqueólogos se han visto privados, de este modo, de restos valiosísimos sobre el antiguo Egipto.

Por otro lado, tengamos presente que los egipcios, al enterrar tan insensatamente grandes cantidades de oro en una época en que no existía nada que, como el papel moneda, lo sustituyese, estaban descabalando innecesariamente su economía. Los ladrones de tumbas, cualesquiera hayan sido sus motivaciones, fueron útiles al menos para que las ruedas de la sociedad egipcia continuaran girando, al volver a poner en circulación el oro y la plata.

Son las tumbas, además, las que nos hablan de la creciente importancia de Menfis en la época Arcaica. Es una mera cuestión de números, pues hay una enorme cantidad de tumbas antiguas que horadan la piedra caliza de las lomas desérticas que bordean el valle del Nilo al oeste del antiguo emplazamiento de la ciudad de Menfis. Hoy en aquel lugar se alza una aldea llamada Sáqqara, y las tumbas se conocen por este nombre.

Las primeras tumbas eran estructuras oblongas, cuya forma se parece a la de los poyos rectangulares construidos en el exterior de las casas egipcias. Estos poyos se llaman *mastabas* en árabe moderno, y el mismo nombre se da a estas tumbas antiguas.

Las antiguas mastabas se construyeron de ladrillo. La cámara mortuoria, que albergaba los restos del difunto en un féretro protector, a veces hecho de piedra, estaba debajo, y solía estar, por razones de seguridad, cerrada. Por encima se hallaba una habitación abierta al público en la que se veían pinturas sobre la vida del muerto, y a la cual la gente solía acudir para rezar plegarias rituales por el muerto.

Algunas de las más antiguas tumbas de Sáqqara pertenecen al parecer a varios reyes de la I y II Dinastías. Si esto es así, ello quiere decir que Menfis fue su capital, al menos durante parte del tiempo.

3. El imperio antiguo

Imhotep

Se conocen muy pocos detalles relativos a la historia política de las dos primeras dinastías. Disponemos de los nombres de unos veinte reyes incluidos en la lista de Manetón, pero no mucho más. Hay leyendas que afirman que Menes reinó durante sesenta y dos años, que envió ejércitos contra las tribus que controlaban las zonas costeras del Egipto occidental, y que finalmente fue devorado por un hipopótamo, pero no es fácil aceptar todo esto como históricamente verídico, sobre todo lo último, dado que los hipopótamos son vegetarianos.

Sea como fuere, el período Arcaico presenció sin duda un aumento gradual de la prosperidad egipcia y, por ende, del poder del rey divinizado, que controlaba y guiaba esa prosperidad a los ojos del pueblo.

Obviamente, los monarcas deben de haber tenido interés en capitalizar esta interesada devoción popular. Por un lado, inevitablemente les tenía que agradar ser colocados tan alto en la estima del pueblo y ser considerados como dioses. Por otro, se producía algo así como una «realimentación» con respecto a estos asuntos. Cuando más suntuosa fuese la vida y la muerte del rey, tanto más convencido quedaba el pueblo del *carácter* divino de los monarcas y tanto mayor era la seguridad con que éstos reinaban.

Y, lógicamente, la necesidad de obtener tal seguridad resultaba más apremiante cuando subía al poder una nueva dinastía. No sabemos a ciencia cierta de qué manera llegaba a su fin una dinastía y empezaba una nueva. Es posible que una serie de monarcas débiles de una dinastía dejaran que el poder se les escapase de las manos; que algún poderoso general acabara haciéndose con él; que algún inteligente funcionario de la corte se convirtiera, primero, en consejero del rey, luego, en su eminencia gris, y finalmente, en monarca, en tanto que el anterior era apartado o ejecutado sin más. Pero también cabe la posibilidad de que la antigua dinastía se extinguiese por falta de herederos varones, y que un general o un funcionario se casase con un miembro femenino de la familia reinante, convirtiéndose así en el primer miembro de una nueva dinastía.

Es probable que el país acogiese calurosamente al nuevo y vigoroso monarca que sustituía a un gobernante débil, a un viejo chocho o a un pequeño vástago desamparado de la vieja dinastía. Aun así, el respeto hacia una familia de carácter divino no es algo fácil de sustituir, por lo que el monarca de la nueva dinastía podía considerar importante demostrar al pueblo su propia divinidad con algún espectacular despliegue de poder que eclipsase lo que había existido antes.

Esto fue, quizá, lo que sucedió cuando la III Dinastía subió al trono. Las muestras de poder desplegadas por esta dinastía son tan notables que el período que comienza con ella se conoce por Imperio Antiguo. (La razón de este adjetivo es la existencia de períodos posteriores de magnificencia y de poder real en la historia egipcia, que han recibido los nombres de Imperio Medio e Imperio Nuevo.)

El primer rey (o quizá el segundo) de la III Dinastía fue Zoser. Este comenzó su reinado hacia el 2680 a. C, y tuvo la inmensa suerte de tener como consejero a un sabio llamado Imhotep.

Imhotep es el primer científico de la historia cuyo nombre nos es conocido. Con el paso de los siglos surgirían todo tipo de leyendas sobre él. Alcanzó gran renombre como médico cuyas facultades curativas eran casi mágicas; de hecho, muchos siglos después fue incluido en el panteón egipcio como dios de la medicina. Se le atribuye además el hecho de haber guiado al pueblo egipcio, con éxito, a través de años de sequía gracias a haber previsto el almacenamiento de trigo, por lo que es posible que la historia bíblica de

José se base en parte en la leyenda de Imhotep.

Aparte de su fama legendaria como médico, científico y mago, Imhotep fue sin duda el primer gran arquitecto. Fue él quien emprendió la construcción de la mastaba de Zoser, que iba a ser la mayor de las construidas hasta entonces, y que además lo fue en piedra en vez de en ladrillo. Esto satisfizo sin duda la necesidad de Zoser de impresionar a los egipcios con el poder de los reyes de la nueva dinastía.

Imhotep construyó la mastaba, que tenía 210 pies de longitud, por cada lado, y unos 25 pies de altura, en Sáqqara. Fue la primera estructura de piedra de grandes dimensiones del mundo, aunque muestra un conservadurismo típicamente humano en numerosos detalles, pues la piedra está trabajada imitando la madera y la caña de las antiguas y más sencillas estructuras.

Al parecer Zoser no quedó satisfecho de su mastaba; o quizá, el mismo Imhotep, descontento de su propia sobriedad, decidiera hacer algo mejor. Sea cual sea la razón, Imhotep amplió la mastaba por los dos lados, hasta que la base alcanzó una longitud de 400 por 350 pies. Luego colocó una nueva y más pequeña sobre la anterior, seguida más tarde por otra, aún menor, a la que siguieron otras cada vez más reducidas de tamaño. Al final había construido seis mastabas de tamaño decreciente, una encima de la otra, hasta alcanzar una altura total de casi 200 pies.

Además, la mastaba disponía de otras estructuras a su alrededor, de las que quedan algunos restos. El conjunto estaba rodeado por una elevada muralla construida con paneles de piedra caliza de concepción muy elaborada. El recinto tenía 1.800 pies de longitud y 900 de anchura.

Los detalles más refinados de la antigua magnificencia han desaparecido, pero el edificio central —muy deteriorado por falta de cuidados— subsiste todavía, 4.600 años después de haber sido construido. Y es no sólo la primera estructura de piedra de grandes dimensiones que se haya construido, sino que además constituye la más antigua edificación construida por el hombre que existe aún sobre la faz de la tierra.

Los hombres modernos han quedado estupefactos ante la mastaba múltiple de Zoser, y ante las mucho más elaboradas estructuras posteriores, que no tardaron en ser construidas. Para los arqueólogos del siglo XIX, dichas edificaciones surgían de la nada. Parecía que Egipto había sido en un primer momento una tierra de aldeanos neolíticos, no mucho más avanzados que lo que hoy llamamos «hombres primitivos», y que de repente, sin previo aviso, comenzó a producir monumentos que iban a maravillar a las sucesivas épocas, sin excluir a nuestra grandiosa era tecnológica.

Es evidente que Zoser vivió en tiempos de la III Dinastía, y que Manetón nos habla de una primera y de una segunda, pero no hay informes sobre las dos primeras dinastías, y muchos arqueólogos del siglo XIX sospechaban que las listas de Manetón, que contienen los nombres de los reyes antiguos, son míticas.

No debe extrañarnos, pues, que románticos y místicos crean que la civilización egipcia surgió, ya plenamente desarrollada, de la nada, que *quizá* fue llevada a orillas del Nilo desde otro lugar. Un origen «lógico» podría ser la Atlántida, sobre la que escribió el filósofo griego Platón un siglo antes del nacimiento de Manetón.

Según Platón, la primera versión de la historia se debe a los sacerdotes egipcios; éstos nos hablan de una tierra muy antigua, ubicada en el Oeste, que había alcanzado un elevado nivel de civilización y que fue destruida por un terremoto que provocó su hundimiento en el océano.

¿Por qué no suponer, así, que los que pudieron escapar del desastre llegaron a Egipto y establecieron allí una gran civilización (expulsando a los primitivos habitantes del lugar, o esclavizándolos), tras la total desaparición de toda huella de sus orígenes? Naturalmente, todo esto son meras fantasías. Nunca hubo una Atlántida, y Platón

pretendía tan sólo escribir una fábula de intención moral.

Por otra parte, a comienzos del siglo XX los arqueólogos (en especial el inglés Sir Flinders Petrie) comenzaron a encontrar restos importantes de las dos primeras dinastías. Se pudo así establecer con mayor solidez la historia del desenvolvimiento de la cultura y de la técnica arquitectónica desde los primeros tiempos hasta las grandes estructuras de Imhotep.

Qué duda cabe que la construcción por Imhotep de la mastaba múltiple de Zoser constituye efectivamente una gran hazaña, un rotundo avance para su tiempo, algo que nunca nos cansaremos de admirar; pero no surgió de la nada. No hay que atribuirla tampoco a los esfuerzos de los refugiados de la Atlántida. Fue construida por egipcios que trabajaron sobre bases ya establecidas anteriormente gracias a un lento y penoso desarrollo de las técnicas a lo largo de muchos siglos.

Pero el Imperio Antiguo no se desarrolló solamente en la dirección de la construcción de monumentos grandiosos. En tiempos de Zoser se perfeccionó la escritura egipcia (se dice que Imhotep, a quien se atribuyeron posteriormente todos los progresos, realizó mejoras en la escritura, lo mismo que en la arquitectura). Los símbolos jeroglíficos dejaron de ser simples dibujos de objetos, comenzando a ser utilizados para expresar abstracciones y toda la extensión del pensamiento humano.

Las plantas del papiro (la palabra «papiro» nos ha llegado a través de los griegos, pero su origen es desconocido) que crecían a orillas del Nilo fueron utilizadas como materia para recibir la escritura. Se extraía el meollo, se le aplicaba cola, en capas separadas, hasta que se embebía adecuadamente, y luego se lo dejaba secar. El resultado era una superficie admirablemente ligera y duradera, sobre la que se podía escribir con pinceles o plumas hechas con otros tallos. Ningún otro pueblo de la antigüedad dispuso de un material tan adecuado para escribir. En la región del Tigris y del Eufrates se utilizaban voluminosos ladrillos de arcilla, sobre los que se grababan los símbolos gráficos. La escritura sobre arcilla resultaba adecuada, pero carecía de la calidad y belleza de la egipcia.

Las civilizaciones griega y romana utilizaron también el papiro, hasta el momento en que el aprovisionamiento de tallos comenzó a disminuir y su uso se hizo menos rentable desde un punto de vista económico. En la actualidad se usa un material semejante a partir de la madera, al que seguimos llamando *papel* (de *papiro),* aunque ya no proviene de los tallos de esta planta.

La utilización de una superficie, sobre la que se puede escribir, práctica y barata constituye una importante contribución al progreso del saber, puesto que es más sencillo escribir las instrucciones que tener que depender del más inseguro método de transmitirlas oralmente. Esto reviste particular importancia cuando se trata de instrucciones complejas y cuando los errores pueden tener graves consecuencias (como en el caso de técnicas quirúrgicas).

Quizá no sea casualidad que entre los más antiguos tratados escritos en papiro que se han descubierto hasta ahora (que datan del Imperio Antiguo, o bien son copias de tratados de esa época) se halle uno, llamado el Papiro de Edwin Smith, que contiene el tratamiento para heridas tales como fracturas.

Las pirámides

La construcción de tumbas de proporciones gigantescas acabó convirtiéndose en la obsesión nacional. Los sucesivos monarcas de Egipto tenían que erigirse tumbas semejantes, pero mayores y más grandiosas. Las técnicas arquitectónicas progresaron rápidamente impulsadas por ese deseo. Imhotep había utilizado piedras pequeñas para construir su edificio, piedras que imitaban a los ladrillos que se empleaban anteriormente.

Esto representaba un esfuerzo enorme, debido a que es mucho más difícil colocar con cuidado cien piedras en hileras y columnas, que trasladar y colocar en su sitio una roca trabajada de gran tamaño. A mayor tamaño de las piedras empleadas, menor es el tiempo requerido para colocarlas juntas, siempre, naturalmente, que las piedras puedan ser manejadas.

Así pues, los egipcios aprendieron a manejar grandes rocas utilizando rastras, rodillos, grandes cantidades de aceite para reducir la fricción, y haciendo un uso verdaderamente liberal de músculo humano. Los gigantescos monumentos de piedra que se construyeron a lo largo de los dos siglos siguientes han despertado la admiración de todas las épocas, y son algo así como la «marca de fábrica» del Imperio Antiguo, y, en realidad, de Egipto en general.

Dos mil años después, cuando los curiosos griegos llegaron a Egipto, se quedaron boquiabiertos, espantados, ante estructuras que ya eran antiguas para su tiempo, a las que denominaron *pyramides* (singular *pyramís),* término de origen incierto. Nosotros hemos heredado la palabra y hemos adoptado el plural, «pirámide», como singular.

La mastaba múltiple de Zoser es la única en su género que nos queda. Los monarcas posteriores debieron de caer en la cuenta de que una pirámide presentaría un aspecto más esmerado si sus lados fuesen elevándose hasta el vértice con suavidad, en vez de hacerlo por pisos (la estructura de Zoser se ha denominado, por ello, «pirámide escalonada»).

La innovación se produjo, aproximadamente, algo después del 26l4 a. C. cuando una nueva dinastía, la IV, ocupó el trono egipcio. Bajo esta dinastía, el Imperio Antiguo alcanzó su culminación cultural.

Es probable que el primer rey de la dinastía, Sneferu, desease demostrar su propia divinidad y la de su ascendencia eclipsando a sus predecesores de la III Dinastía. Así, emprendió la construcción de una pirámide escalonada mayor que la de Zoser: una pirámide de ocho pisos. Seguidamente llenó los huecos entre piso y piso hasta que los lados presentaron un aspecto uniforme desde la base al vértice. Finalmente, el conjunto se cubrió con piedra caliza blanca y suave, que debía de brillar notablemente bajo el espléndido sol egipcio, aventajando en magnificencia y belleza a cualquier monumento del pasado.

Por desgracia, la piedra caliza que recubría la pirámide ha sido arrancada hace mucho tiempo por sucesivas generaciones, con el fin de usarla para otros fines (y lo mismo sucedió con la piedra caliza que recubría las demás pirámides). Asimismo, parte del relleno entre los pisos de la pirámide se ha caído, de tal modo que ésta parece construida con tres escalones desiguales.

Sneferu construyó otra pirámide, en la que cada estrato de piedra es ligeramente menor que el inferior, de tal modo que la pirámide no tiene pisos, sino que presenta una inclinación uniforme, incluso sin el relleno. En la parte superior, de todos modos, se cambió la inclinación, que se hizo menos empinada, de tal modo que se alcanzaba la cúspide con mayor rapidez. Quizá Sneferu estuviese envejeciendo, y los arquitectos desearon terminar cuanto antes para tener preparada la tumba para cuando muriese el rey. Se la denomina la Pirámide Inclinada.

Después de Sneferu, todas las pirámides (quedan unas ochenta en total) fueron verdaderas pirámides, de lados suavemente inclinados.

La magnificencia de la IV Dinastía, expresada en las pirámides y, sin duda, en el esplendor de los palacios que debió construir para los monarcas aún vivos, supuso un acicate para el comercio. Las riquezas que Egipto almacenaba podían emplearse en el extranjero para adquirir materiales y productos imposibles de obtener en el país.

La península del Sinaí fue ocupada por los ejércitos egipcios para apoderarse de

sus minas de cobre —cobre que se utilizaba en el país y para fabricar adornos que se cambiaban en el extranjero—.

Una de las más necesarias importaciones no podía obtenerse muy cerca del país. Se trataba de troncos de árboles altos y derechos; troncos que podían servir como pilares fuertes y bellos, que eran mucho más fáciles de manejar, para la construcción de estructuras no monumentales, que la piedra, tan pesada y difícil de esculpir. Pero el tipo de árboles adecuado no crecía en el valle del Nilo, cuya vegetación era semitropical, sino en las laderas de la costa oriental del Mediterráneo, precisamente al norte de la península del Sinaí.

Esta región tenía varios nombres. Los antiguos hebreos denominaban Canaán a la parte meridional de dicha costa y Líbano a la mitad septentrional. Los «cedros del Líbano», que eran el tipo de árbol que los reyes de la IV Dinastía deseaban, se mencionan varias veces en la Biblia como el más bello y notable de los árboles.

En siglos posteriores, los griegos llamaron Fenicia a la costa oriental del Mediterráneo, y a las tierras del interior, Siria. Estos nombres son ya familiares y son los que voy a usar desde ahora.

Los reyes de la IV Dinastía podían haber enviado expediciones comerciales por tierra, a través del Sinaí, y luego en dirección norte, donde se obtenían los cedros. Sin embargo, esto habría significado un viaje de unas 700 millas en total, y viajar por tierra era difícil y arduo en aquellos tiempos. Además, cargar con los gigantescos troncos a lo largo de esa enorme distancia habría sido totalmente imposible.

La alternativa era alcanzar Fenicia por mar. Sin embargo, los egipcios no eran pueblo marinero (y nunca llegaron a serlo). Su única experiencia derivaba de la navegación por el tranquilo y suave curso del Nilo, por el que se movían sin problemas. E incluso, bajo Sneferu, existían barcos de 170 pies de longitud que recorrían el Nilo en ambas direcciones.

Pero los barcos adecuados para la navegación fluvial no lo eran tanto para aguas más peligrosas, como las del Mediterráneo en caso de tempestad. Con todo, empujado por el deseo de obtener madera, Sneferu envió flotas de hasta cuarenta barcos hacia los bosques de cedros. Estos barcos, algo reforzados, pasaron lentamente del Nilo al Mediterráneo y, bordeando la costa, llegaron a Fenicia. Una vez cargados con los gigantescos troncos y otros productos de valor, iniciaban con gran cautela su viaje de retorno.

Sin duda algunos barcos se perdían debido a las tempestades (como sucede en todas las épocas, incluso en la nuestra), pero quedaban los suficientes como para hacer rentable el viaje. Los egipcios se aventuraron también en el pequeño mar Rojo, situado al este de Egipto, abriéndose camino por esa vía marítima hasta la Arabia meridional y la costa de Somalia. De allí traían incienso y resinas.

Se enviaban también expediciones Nilo arriba, más allá de la Primera Catarata, hacia las misteriosas selvas del sur de las que se traían el marfil y las pieles de animales. (Ya en tiempos de la IV Dinastía, el crecimiento demográfico del valle del Nilo y su intensiva explotación agrícola estaban dejando sentir sus efectos sobre los animales de mayor tamaño, y los elefantes habían sido empujados hacia él sur, más allá de la Primera Catarata).

La Gran Pirámide

El sucesor de Sneferu fue Jufu. Con este monarca, la elevación de pirámides alcanzó su apogeo, pues a él se debe la construcción de la mayor de todas. Esto ocurrió hacia el 2580 a. C, precisamente un siglo después de que Imhotep lanzara la moda. Tal era la rapidez (para aquellos tiempos) con que avanzaba la tecnología egipcia.

Jufu construyó su pirámide monstruo en una meseta rocosa, a pocas millas al norte de Sáqqara, cerca de donde se halla hoy la ciudad de Giza. Cuando la pirámide estuvo terminada, su base, cuadrada, medía 755 pies por cada lado, es decir, cubría una superficie de trece acres. La pirámide medía de la base a la cúspide 481 pies. Esta «Gran Pirámide» está formada por trozos de piedra —en número de 2.300.000, según se estima, con un peso medio de dos toneladas y media por pieza—. Cada uno de ellos fue transportado desde las canteras próximas a la Primera Catarata, a unas 600 millas de distancia (por vía fluvial, naturalmente —sobre barcos arrastrados río abajo por la corriente del Nilo—).

Entre las rocas de granito se construyeron redes de pasajes que conducían a una cámara cercana al centro del enorme edificio, que habría de albergar el ataúd del rey, su momia y sus tesoros.

Teniendo en cuenta el estado de la ingeniería en aquellos tiempos y el hecho de que la estructura se ejecutó prácticamente con las manos (no se usó ni siquiera la rueda), la Gran Pirámide constituye sin duda la más noble realización arquitectónica del mundo —si exceptuamos, quizá, la Gran Muralla China—.

Los hombres no han dejado de maravillarse ante la Gran Pirámide, la mayor construcción erigida por el hombre; una construcción que no ha sido superada en los 4.500 años de su existencia. Los griegos la calificaron junto con las demás pirámides vecinas de una de las «siete maravillas del mundo», y de las siete enumeradas por ellos, sólo las pirámides pueden admirarse todavía. Y tal vez sigan en pie incluso después de que las naciones modernas hayan desaparecido como el antiguo Egipto y la antigua Grecia.

Naturalmente, la Gran Pirámide atrajo la atención de Heródoto, el cual trató de informarse preguntando sobre ella a los sacerdotes egipcios. Estos le contaron ciertas historias fantásticas que no podemos aceptar, aunque una parte de la información parece razonable. Le dijeron que se había tardado veinte años en construir la Gran Pirámide, y que en ella habían trabajado cien mil hombres. Y esto puede muy bien ser cierto.

También le dijeron el nombre del rey que la había erigido, pero Heródoto tradujo el extraño nombre egipcio a algo que sonase «más griego» y más habitual a sus oídos, por lo que Jufu se convirtió en Keops; y nosotros estamos mucho más familiarizados con la versión griega, sobre todo con su ortografía latina *Cheops* (por lo general, la versión griega de los nombres egipcios nos es conocida mejor en su ortografía latina, y de ahora en adelante los escribiré siempre con ortografía latina).

Nos gusta creer que los cien mil constructores de la pirámide eran esclavos, sometidos al látigo de despiadados vigilantes. Muchos creen, por haberlo leído en la Biblia, en el libro del Éxodo, que muchos de los esclavos eran judíos. Sin embargo, la Gran Pirámide y las edificaciones hermanas fueron construidas unos mil años antes de que los israelitas llegaran a Egipto, y en todo caso, es muy probable que las pirámides fueran construidas por hombres libres que trabajaban a gusto y recibían un buen trato.

Debemos recordar que en la cultura egipcia de aquellos tiempos existían buenas razones, generalmente aceptadas, para la construcción de tales pirámides. En efecto, se construían para complacer a los reyes divinizados y a los dioses, y para garantizar la paz y prosperidad del pueblo. Probablemente los constructores emprendían su tarea con el mismo espíritu con el que los hombres del Medievo construían sus catedrales, o los de hoy sus presas hidroeléctricas. En efecto, varios historiadores han sugerido que las pirámides fueron erigidas en una época en que las crecidas del Nilo imposibilitaron los trabajos agrícolas, por lo que una de las razones de tal decisión fue crear trabajo y mantener ocupado al pueblo.

El interés por la Gran Pirámide en el último siglo se ha basado en aspectos

místicos. Debido a que la estructura es tan gigantesca y se halla realizada con tanta precisión (los lados de la base cuadrada están orientados de manera casi exacta en dirección norte-sur y este-oeste) muchos han estimado que los egipcios tenían acceso al gran saber, a la ciencia, y que ciertas mediciones incluían los valores de cantidades matemáticamente importantes. Se pensó asimismo que ciertas características menores de los pasadizos interiores eran oráculos que predecían el futuro en sus más insignificantes detalles y que el final de los pasadizos daban la fecha del fin del mundo (no tan lejano en nuestros días). Incluso algunos creían que el hecho de que la Gran Pirámide hubiese sido edificada junto al punto en que se cruzan los meridianos 30° de latitud norte y 30° de longitud este, indicaba que los egipcios sabían que la Tierra era esférica, que 360 grados forman una circunferencia y, lo que es más importante, que con una antelación de muchos miles de años, ¡sabían ya que el primer meridiano iba a ser establecido arbitrariamente sobre la ciudad de Londres!

Otros han pensado, además, que la Gran Pirámide era un observatorio astronómico, y alguien escribió en cierta ocasión un libro (que me fue enseñado en forma manuscrita) en el que sostenía que la estructura en cuestión era en realidad una pista de lanzamiento para cohetes espaciales.

Por desgracia, todas estas especulaciones carecen de fundamento. Los egiptólogos han demostrado de manera concluyente que la Gran Pirámide es exactamente lo que se supone que es: una tumba especialmente complicada. Por lo demás, no sirvió para el fin a que estaba destinada, es decir, la de proteger el cuerpo y los tesoros del difunto Jufu. Pese a que el ataúd estaba colocado en el centro del mayor edificio de piedra jamás construido, y pese a que los pasadizos que llevaban hasta la cámara mortuoria habían sido camuflados y cegados, los ladrones fueron capaces de penetrar en él. Así, cuando los exploradores modernos pudieron abrirse paso finalmente hasta el centro de la pirámide, sólo encontraron un sarcófago sin tapa en una habitación vacía.

La pirámide de Jufu representa la culminación. A partir de entonces comienza el declive de este tipo de arquitectura.

Jufu tuvo como sucesor a su hijo mayor, luego a su hijo menor. Este fue Jafre, al que Heródoto denomina Kefrén; construyó una pirámide notablemente más pequeña que la de su padre, hacia el 2530 a. C. Trató de engañarnos al construir su pirámide sobre una elevación mayor, de modo que el vértice superase el de la pirámide de Jufu. Buena parte de la piedra caliza que la recubría se conserva cerca de la cúspide.

Sucesor de Jafre fue su hijo Menkure o, como los griegos lo llamaron, Micerino. Este edificó una tercera pirámide, la menor de las tres, hacia el 2510 a. C.

Las tres pirámides están agrupadas en Giza, y representan un silencioso testimonio de la grandeza del Imperio Antiguo de hace cuarenta y cinco siglos. Hoy no podemos contemplarlas, naturalmente, como eran en su día. Y no sólo por la pérdida del revestimiento de piedra caliza. Cada pirámide estaba rodeada por otras más pequeñas y por mastabas destinadas a otros miembros de la familia real. Había templos, calzadas, estatuas, etc. A lo largo de la calzada que conduce a la pirámide de Jafra, por ejemplo, se alzaban no menos de veintitrés estatuas del rey. Lo que se solía construir no era pirámides aisladas, sino conjuntos de pirámides.

Hay un monumento que no es una pirámide, construido durante la IV Dinastía, que rivaliza en fama con las propias pirámides. Se trata de una gigantesca escultura que representa a un león echado, erigido junto a la calzada que lleva a la pirámide de Jafre, a sólo 1.200 pies al sudeste de la Gran Pirámide. Se trata de una roca que aflora del suelo, cuya forma sugiere la de un león agazapado. El cincel del escultor hizo el resto.

La cabeza del león es humana, y representa la de un hombre que lleva el tocado real. Se lo considera un retrato de Jafre, y el conjunto es una demostración del poder y de

la majestad del monarca.

En siglos posteriores los griegos crearon mitos relativos a monstruos con cuerpo de león y cabeza humana (de mujer más que de hombre, sin embargo), que se inspiraron probablemente en las esculturas egipcias. Los griegos debieron considerar que tales monstruos eran peligrosos para el hombre, pues llamaron a estas mujeres-león *esfinges*, término derivado de la palabra griega que significa «el que estrangula». Existe un famoso mito referido a una esfinge griega; según aquél, el monstruo obligaba a los que pasaban por el lugar a descifrar enigmas, y mataba a los que no los acertaban. Por esta razón, de toda persona que cultiva un aire misterioso se dice que es como la esfinge.

Los griegos aplicaron el mismo nombre a las estatuas egipcias que representaban a leones con cabeza humana, de las que había miles en la región. Aunque sólo una era de gran tamaño, y ésa era la construida por Jafre. Se trata de la «Gran Esfinge», y su silencioso cavilar en el desierto refuerza la idea de misterio que evoca la palabra. El rostro de la Gran Esfinge se encuentra hoy gravemente deteriorado, debido a que los soldados de Napoleón, haciendo gala de un comportamiento criminal, se divirtieron en utilizarlo como blanco en sus prácticas de tiro.

También las pirámides de las dinastías posteriores, aunque de menor tamaño y más toscas, nos son útiles, ya que sus muros interiores están cubiertos de himnos y encantamientos destinados a facilitar la entrada del rey o de la reina en el más allá. Los Textos de las Pirámides, como se los llama, son guías valiosos para el conocimiento del pensamiento religioso egipcio. Además, los textos en cuestión, junto al Libro de los Muertos, son los documentos religiosos más antiguos de que disponemos.

Decadencia

La IV Dinastía terminó sus días hacia el 2500 a. C., pocos años después de la muerte de Menkure y tras un espléndido siglo lleno de hechos grandiosos. ¿Sé debió esto a la prematura muerte del sucesor de Menkure y a la falta de un heredero masculino, o tal vez al triunfo de una rebelión? No hay manera de saberlo. Incluso la leyenda permanece silenciosa.

No hay dudas de que había facciones. Egipto había permanecido bajo un único poder durante cinco siglos antes de la IV Dinastía, pero ello no había podido acabar completamente con las tradiciones separadas de las distintas ciudades ni con la rivalidad entre ellas. Dicha rivalidad cobraba expresión en el ámbito de lo religioso, ya que cada ciudad poseía sus dioses particulares, como resto de los viejos días de la desunión. Un cambio dinástico significaba a menudo un cambio en el carácter del culto religioso, lo que a su vez podía inducir a los diferentes grupos de sacerdotes a intrigar con el fin de cambiar la dinastía al primer signo de debilidad del monarca reinante.

Así, los reyes de la IV Dinastía rendían culto a Horus, en particular, y lo consideraban el antepasado real. Y como el dios de la ciudad de Menfis era Ptah, creador del Universo según la tradición menfita, y patrón de las artes y oficios, a éste también se le hacía objeto de culto especial.

Sin embargo, treinta millas al norte de Menfis, estaba Onu, donde el dios-sol Ra gozaba de especial consideración. La ciudad permaneció fiel a Ra durante miles de años, por lo que los griegos, siglos más tarde, la llamaron Heliópolis, esto es, la «ciudad del sol».

Los sacerdotes de Ra eran poderosos; tan poderosos, que incluso los grandes reyes de la IV Dinastía consideraron oportuno halagarlos incorporando el nombre del dios-sol a sus nombres reales, como fue el caso de Jafre y de Menkure.

Por esto, cuando la IV Dinastía se fue debilitando —por las razones que sean—, tras la muerte de Menkure, los sacerdotes de Ra aprovecharon el momento y de alguna

manera lograron colocar a uno de ellos en el trono. Comenzaba así la V Dinastía, que duró un siglo y medio, y fue sustituida por la VI Dinastía hacia el 2340 a. C.

La construcción de pirámides comenzó a decaer bajo las Dinastías V y VI. Ya no se erigieron más monstruos, sino sólo edificios pequeños. Es posible que los egipcios se hubiesen cansado de lo demasiado grande, una vez que la novedad había pasado. Quizá se debió a que su construcción consumía una proporción excesiva del esfuerzo nacional y se había convertido en un claro factor de debilitamiento del país.

Las artes continuaron floreciendo, con todo, y en el campo militar los egipcios progresaron notablemente. El momento culminante de los éxitos militares se alcanzó bajo Pepi I, el tercer rey de la VI Dinastía, nativo de Menfis. Pepi I dejó más monumentos e inscripciones que cualquier monarca del Imperio Antiguo, y hay una pequeña pirámide en Saqqara que es suya.

Este tenía un general llamado Uni, al que conocemos por una inscripción. De oscuro oficial de la corte pasó a ser jefe de un ejército. Logró rechazar hacia el noroeste a los nómadas del desierto, por cinco veces, conservar y reforzar la península del Sinaí, posesión egipcia rica en metales, e incluso fue capaz de penetrar en los territorios asiáticos al noroeste del Sinaí. Supervisó también expediciones al sur de la Primera Catarata.

Es posible, sin embargo, que las aventuras militares —junto a los efectos acumulados de la construcción de pirámides y templos— agotasen los recursos egipcios de esa época, y sirviesen para profundizar el declive de la prosperidad del país. Entre otras cosas, a medida que el dominio y las obras del reino aumentaban, el rey se vio obligado a delegar su poder, al tiempo que crecía el poder de los funcionarios, generales y dirigentes provinciales. Y de modo proporcional, mientras el poder de éstos se hacía mayor, el del rey decrecía.

Las exigencias de la aristocracia con vistas a obtener enterramiento y momificación independientes, así como su reclamación de un acceso al más allá también individual, se hicieron muchos más fuertes en esta época. En cierto sentido, cabe considerarlas como demandas progresistas, pues llevaban implícita la idea de salvación individual, basada en el comportamiento y los actos de cada individuo, independientemente de su posición social y tendían al rechazo de la idea de que el pueblo, como parte del alma real, pudiese alcanzar el más allá de un modo automático. Sólo a través de una democratización de este estilo y de la religión era posible incluir en ella un alto contenido ético.

Por otro lado, cuando los nobles se hacen poderosos, suelen pelearse entre sí, y las energías que así se gastan no se emplean en resolver los problemas comunes de la nación, y es el pueblo, en su conjunto, el que sufre las consecuencias.

En el año 2272 a. C., un hijo menor de Pepi I subió al trono de su padre con el nombre de Pepi II, pero debía de ser apenas un niño en aquel tiempo: sabemos esto porque en cierto sentido, su reinado fue único en la historia. Duró, con arreglo a los elementos de juicio de que disponemos, noventa años. Es el reinado más largo que se registra en la historia.

Precisamente la larga duración del reinado resultó desastrosa para Egipto.

En primer lugar, durante la primera década, aproximadamente, del reinado, un monarca tan joven es incapaz de gobernar, y el poder ha de estar necesariamente en manos de algún regente o funcionario de la corte. Tales regentes no suelen tener hacia el rey todo el respeto debido, y la designación para el cargo suele dar ocasión a continuas intrigas palaciegas. La permanencia de un muchacho en el trono durante muchos años (como vemos en la historia moderna) se presta a acelerar la tendencia general al traslado del poder del rey a la nobleza.

Esto debió de suceder durante el reinado de Pepi II. Las tumbas de los aristócratas fueron cada vez más elaboradas, y aunque el comercio egipcio aumentó, éste se hallaba en manos de ciertos nobles en vez de estar en las del gobierno central.

Cuando Pepi II se convirtió en rey propiamente dicho, la nobleza era ya demasiado fuerte como para ser manejada fácilmente, y el rey hubo de moverse con cautela. Más tarde, en los últimos decenios de su reinado, cuando ya era viejo y débil —quizá incluso senil—, sus débiles dedos debieron de dejar escapar las riendas totalmente. Es posible que no fuera más que la sombra de un rey, encerrado en su palacio y esperando morir. Los nobles lo alababan de boquilla y esperaban su muerte.

Pepi II murió en 2182 a. C, y en menos de dos años Egipto se desintegró. Ningún rey fue capaz de someter a la pendenciera nobleza. La VI Dinastía, y con ella el Imperio Antiguo, llegó a su fin, tras casi cinco siglos.

Todas las ventajas de la unificación se habían perdido en Egipto, que se hundió en la anarquía más espantosa.

Pero un papiro ha sobrevivido, perteneciente (quizá) a los últimos tiempos de la VI Dinastía. Su autor, Ipuwer, se lamenta de los desastres que agobian al país a causa del caos y de la apatía. Es posible que sus quejas hayan sido poéticamente exageradas, pero aun así, se trata de una gráfica descripción de un país en decadencia y de un pueblo que sufre.

Tan gráficas son las descripciones de Ipuwer[1] que el escritor israelí Immanuel Velikovsky, en un libro publicado en 1950, *Worlds in Collision,* sostiene que las palabras de Ipuwer describen las plagas bíblicas contenidas en el Libro del Éxodo, plagas que sobrevinieron por causa de una gigantesca catástrofe astronómica.

Esto, con todo, es mera fantasía. Las catástrofes astronómicas del libro de Velikovsky son científicamente imposibles, e Ipuwer (cuyas exageraciones poéticas no deben ser tomadas al pie de la letra) escribió acerca de un período que antecede en casi mil años a la fecha en que, según todos los indicios, se escribió el Libro del Éxodo.

[1] Dice entre otras cosas: «... la risa ha perecido y no se ha vuelto a dar. La aflicción ronda por el país, mezclada con lamentos... El país se ha entregado al hastío..., el trigo ha perecido por todas partes... El granero está vacío y quien lo custodiaba yace cuan largo es sobre el suelo...».

4. El Imperio Medio

Tebas

Luego siguió un siglo de confusión, una «Edad Oscura» de guerra civil, inquietud y pretendientes en lucha por el trono. Durante este período fueron saqueadas todas las magníficas tumbas de los faraones constructores de las grandes pirámides.

No se conoce prácticamente ningún detalle de la historia de los diversos fragmentos de Egipto en este período. Sus insignificantes gobernantes precisaban de todas sus fuerzas para sobrevivir, y no les quedaba energía para preocuparse de monumentos e inscripciones.

Manetón enumera cuatro dinastías en este intervalo de tiempo, pero cada uno de los reyes es una figura borrosa, que no puede haber tenido mucha importancia. Es probable que fueran jefes locales que aspiraban a la dignidad real, pero con escaso poder fuera de su propio territorio.

La VII y VIII Dinastías operaban desde Menfis y probablemente basaron sus pretensiones en el prestigio de la ciudad, capital del Imperio Antiguo. La IX y X Dinastías tuvieron su sede en Heracleópolis —como los griegos la llamaban—, en el lago Moeris.

Indiscutiblemente, si Egipto hubiera sido cualquier otro país del mundo de esa época (o de cualquier otro siglo posterior) este período de fragmentación habría constituido una terrible tentación para las naciones circundantes. El país habría sido invadido y ocupado por quién sabe cuánto tiempo. Fue una suerte para Egipto que su debilidad coincidiese con una época en que ningún país vecino se encontraba en situación de sacar partido de ello.

Finalmente, la salvación llegó de una lejana ciudad del Sur —en realidad se hallaba a 330 millas al sur de Menfis y sólo a 125 millas al norte de la Primera Catarata—. El principal dios de la ciudad era Amón, o Amén, dios de la fertilidad, completamente desconocido en tiempos del Imperio Antiguo, pero cuya importancia iba creciendo a medida que la ciudad se fortalecía en este período de general debilidad. Se llamaba a sí misma Nuwe, que significa «la ciudad», es decir, «la ciudad de Amón», y de aquí proviene el nombre bíblico de No, que se utiliza para designarla. Cuando algunos siglos después llegaron los griegos, la ciudad había crecido y se había engrandecido con magníficos templos. De ahí que los griegos la llamaran Dióspolis Magna o «gran ciudad de los dioses». El nombre de uno de los suburbios de la ciudad sonaba a oídos griegos como Tebas, que era el nombre de una de sus propias ciudades. Así aplicaron también este nombre a la ciudad egipcia. De este modo, Tebas es el nombre con que mejor se conoce a la ciudad y aunque no es una denominación muy conveniente debido a su posible confusión con la ciudad griega, es el que debe ser utilizado.

Tebas debió prosperar durante las Dinastías V y VI, con la ampliación de las rutas comerciales hasta más allá de la Primera Catarata. Y se libró del peor de los desórdenes que debilitaron el poder del Bajo Egipto, cuando Menfis, Heliópolis y Heracleópolis lucharon encarnizadamente entre sí por el poder.

En el año 2132 a. C, hacia mediados de este siglo oscuro, llegó al poder en Tebas una estirpe de gobernantes capaces, que pusieron bajo su control sectores cada vez mayores del Alto Egipto. Manetón los incluye en una XI Dinastía. Durante ocho años éstos lucharon contra los monarcas heracleopolitanos y, finalmente, hacia el 2052 a. C. el quinto rey de la dinastía, Mentuhotep II, completó la conquista.

Una vez más, ciento treinta años después de la muerte de Pepi II, Egipto se halló bajo el control de un único monarca. Puede decirse que el período del «Imperio Medio» había comenzado. El nuevo período se reflejó también en la religión, pues el dios tebano

Amón era ahora tan poderoso (desde que su ciudad era la sede de la dinastía gobernante) que los sacerdotes del gran Ra se vieron forzados a reconocer al nuevo dios como un segundo aspecto del suyo. Los egipcios comenzaron a hablar del dios Amón-Ra como del más importante de los dioses.

También en esta época Tebas comenzó a crecer y a prosperar, y empezó a enriquecerse con tumbas y monumentos. E incluso logró sobrevivir a su dinastía. Transcurrido apenas medio siglo tras la fundación del Imperio Medio, la XI Dinastía atravesó tiempos difíciles. Los últimos Mentuhotep (tanto el IV como el V) contaron con un capaz primer ministro llamado Amenemhat, que también era de familia tebana, lo cual puede inferirse del hecho de que el dios Amón (o Amén) forma parte de su nombre.

Los detalles no nos son conocidos, pero Amenemhat seguramente se rebeló, y en el 1919 a. C. subió al trono como Amenemhat I, primer rey de la XII Dinastía. Retiró la capitalidad a Tebas, que se encontraba demasiado al sur como para garantizarle la posibilidad de un control efectivo sobre el turbulento norte, y fijó su capital en Lisht, a unas veinticinco millas al sur de Menfis. A pesar de todo, el impulso ascendente de la ciudad de Tebas no se frenó. Sería de nuevo capital siglos después y seguiría siendo una de las principales ciudades del mundo durante otros quince siglos.

Nubia

Un Egipto unificado comenzó de nuevo a hervir de actividad. Se continuó la construcción de pirámides, y tanto Amenemhat I como su hijo fueron enterrados en unas erigidas cerca de Lisht. Amenemhat I reafirmó el poderío egipcio en el Sinaí, continuó comerciando con el Sur y puso a los nobles bajo control. Parecía como si todos los males del siglo oscuro hubieran sido superados, pero nada se supera del todo nunca. Los monarcas del Imperio Medio no dispusieron nunca del poder total de los del Imperio Antiguo. Los nobles del Imperio Medio no fueron nunca completamente domados.

Aún así, la XII dinastía, como la IV, constituyó una «edad de oro», y si las pirámides fueron más pequeñas, el arte fue más elaborado. Algunas de las joyas de las tumbas del Imperio Medio consiguieron escapar a ladrones y sobrevivir hasta nuestros días para ser descubiertas por los hombres actuales, que pudieron admirar la delicada belleza de sus complicados detalles. En las tumbas se colocaron miniaturas, modelos en madera pintada, que representaban tridimensionalmente la vida del difunto; y en 1920 se descubrió un escondrijo intacto de este tipo en una tumba de Tebas. En muchos sentidos, el refinamiento de estas pequeñas obras de arte resulta más agradable que la magnificencia, a veces opresiva, de los grandes monumentos.

La producción literaria del Imperio Medio alcanzó también elevadas cotas. De hecho, posteriormente los egipcios consideraron la época de la XII Dinastía como el período clásico de la literatura. Por supuesto, muy poco ha llegado hasta nuestros días. Y sólo Dios sabe hasta qué punto lo que sobrevive (a través de los accidentes de la Historia) puede compararse con lo que desapareció.

Por primera vez, se escribió una literatura de tipo secular (esto es, distinta de los mitos y de la literatura religiosa). O, al menos, por primera vez obras de este tipo logran sobrevivir hasta nuestra época, proporcionándonos el ejemplo más antiguo de este género de literatura.

En ellas hay emocionantes historias de aventuras con toques de fantasía, como ocurre, por ejemplo, en el cuento del náufrago que encuentra una serpiente monstruosa. Tenemos «El cuento de los dos hermanos», que nos recuerda un relato de *Las mil y una noches* y que puede haber inspirado algunas partes del cuento bíblico de José. Y el «Cuento de Sinuhé» que nos ha llegado casi intacto y que narra la historia de un exiliado egipcio y de su vida entre las tribus nómadas de Siria. Su interés reside, sin ninguna duda,

en su exótica localización y en su descripción de costumbres extrañas para los egipcios.

La ciencia también avanzó. Cuando menos, se ha descubierto un documento, llamado el Papiro Rhind, que, aparentemente, es una copia de un original escrito en la XII Dinastía. Este documento explica cómo operar con fracciones, calcular áreas y volúmenes, etc. Las matemáticas egipcias eran muy empíricas y parecen haber consistido en una simple expresión de reglas aplicadas a casos individuales (como las recetas de un libro de cocina), sin la hermosa generalización desarrollada trece siglos después por los griegos. Aunque, por supuesto, nos encontramos en desventaja para juzgarlas al conocer sólo el Papiro Rhind. No sabemos lo que pueden haber contenido los documentos perdidos para siempre.

Además acaecieron ejemplos de lo que posteriormente llegaría a ser llamada Literatura del Sentido Común que son colecciones de doctos refranes y de máximas dirigidas a orientar a los jóvenes en la vida. El ejemplo más familiar es el libro bíblico de los Proverbios. Sin embargo, hay equivalentes egipcios que son por lo menos mil años más antiguos. Una de estas series se atribuye al propio Amenemhat I y se supone que es un conjunto de exhortaciones a su hijo, enseñándole cómo ser un buen rey[2]. En ella Amenemhat hace algunas amargas observaciones suscitadas quizá por un atentado contra su vida por parte de algunos funcionarios de la corte[3].

Es posible que Amenemhat fuese asesinado, pero si fue así, esto no significó ningún cambio en la dinastía, pues fue sucedido por su hijo Senusret I, para el que, según la leyenda, había escrito su colección de doctos refranes. El nuevo monarca, que reinó del 1971 al 1928 antes de Cristo, nos es mejor conocido por la versión griega de su nombre, Sesostris.

Sesostris I dirigió hacia el exterior las energías del Imperio Medio y se convirtió en el primer rey egipcio que realizó importantes conquistas en el extranjero.

Un lugar lógico de expansión fue el sur, las tierras centradas alrededor del curso del río Nilo, aguas arriba a partir de la Primera Catarata. Los reyes egipcios habían tenido relaciones comerciales con estas tierras desde los tiempos de Sneferu, siete siglos antes, pero indiscutiblemente este comercio había sufrido interferencias periódicas por parte de las tribus hostiles. Sneferu había efectuado incursiones hacia el sur para proteger el comercio y lo mismo había hecho Pepi II, de la Sexta Dinastía.

Sesostris creyó que con una conquista a gran escala del territorio y colocándolo bajo un completo control egipcio, el comercio podría facilitarse y con ello aumentar el bienestar y la prosperidad de Egipto.

La decisión de Sesostris hizo que las regiones al sur de Egipto conociesen el momento histórico más brillante de que habían gozado hasta ese momento (aunque, probablemente, ésta es una pobre compensación por haber tenido que sufrir una invasión). Los egipcios y los escritores bíblicos conocían estas tierras del sur con el nombre de Kush. Sin embargo, para los griegos llegarían a ser conocidas como Etiopía, término derivado posiblemente de una expresión que significaba «cara quemada», que hacía referencia a la coloración negroide de sus gentes (por otra parte, el nombre puede provenir de la distorsión de la misma palabra que dio lugar a «Egipto»).

Pero «Etiopía», aunque utilizada comúnmente por los modernos historiadores de Egipto para referirse a la región, es un nombre especialmente engañoso, pues en los tiempos modernos se ha aplicado a un país muy al sudeste de la antigua Etiopía de los griegos. El país que en tiempos modernos ocupa la sección del Nilo al sur de la Primera

---

[2] «Actúa mejor que tus predecesores mantén la armonía entre tus súbditos y tú, para que no sucumba el temor.»

[3] «Ten cuidado con tus subordinados..., no confíes en tu hermano, no conozcas al amigo y no intimes con nadie.»

Catarata es Sudán (palabra árabe que significa «negro», por lo que el origen de ese nombre es el mismo que el de Etiopía). Con todo, el Sudán moderno se extiende por grandes zonas más allá de las antiguas regiones sobre las que estamos discurriendo.

Así pues, el nombre más apropiado y el único que se utilizará será Nubia. Este nombre se aplica directamente a la región en cuestión y no a ninguna otra y no puede ser confundido con cualquier otro término aplicado en la actualidad a ningún país contemporáneo. La palabra deriva de un término nativo que significa «esclavo», lo cual quizá describe la suerte a la que se vio sometida la población por parte de primitivos invasores de la región.

Si Sesostris I tenía intención de comenzar una carrera de conquistas, necesitaba un ejército, pero no tenía gran cosa. Egipto gracias a su seguridad, no contaba con una tradición militar. El ejército del Imperio Antiguo era pequeño y estaba precariamente armado, apenas mejor que uno de la guardia real o el equivalente de una policía local. Era suficiente para mantener el control sobre las mal organizadas y primitivas tribus que ocupaban el Sinaí. Incluso en el Imperio Medio, los ejércitos —que habían aumentado en número y mejorado su equipo como resultado de las luchas civiles durante el siglo de anarquía—, no habrían podido enfrentarse con los ejércitos de las potencias asiáticas del Este, más allá de los horizontes egipcios. Sin embargo, Nubia estaba habitada por pueblos primitivos, que ni tan siquiera se encontraban en situación de rechazar ejércitos tan poco impresionantes como los egipcios.

Por ello, Sesostris I pudo superar con sus fuerzas la Primera Catarata, construir fuertes a lo largo del Nilo, dejar contingentes de ocupación a lo largo del trayecto hasta la Segunda Catarata, doscientas millas río arriba de la Primera. Los reyes posteriores de la dinastía penetraron aún más profundamente hacia el Sur, y con el tiempo establecieron puestos comerciales en la Tercera Catarata, que se encontraba a otras doscientas millas más allá.

Indudablemente, los egipcios se enorgullecían de esta exhibición de poder a costa de un pueblo vecino mal armado e incapaz de rechazarlos. (A nivel nacional, parece que siempre se concede un gran valor al hecho de derrotar a alguien más débil). Quince siglos después, cuando Heródoto visitó Egipto, los egipcios estaban dolidos de su propia debilidad y los sacerdotes sólo podían refugiarse en un pasado mítico. Exageraban las hazañas de los monarcas conquistadores del pasado y pretendían que éstos habían conquistado la totalidad del mundo conocido. ¿Y cuál era el nombre que daban a este mítico conquistador egipcio? Sesostris.

El laberinto

Bajo Amenemhat III, hijo y sucesor de Sesostris I, floreció el comercio con un país llamado Punt. No sabemos mucho sobre Punt, excepto que estaba bañado por el mar Rojo y que probablemente era un país costero de la mitad meridional de ese mar. Se trataba quizá de la región que hoy llamamos Yemen, en el sur de Arabia, o bien de Somalia, en la costa africana opuesta. En cualquier caso, en dicha región se obtenía oro, oro que podía utilizarse para el comercio con las ciudades cananeas, a lo largo de las costas de Siria. El poderío egipcio, que se basaba en parte en sus mercaderes y en parte en su ejército, penetró por primera vez en Siria por la fuerza. Y no sería la última.

Por lo demás, las artes propias de tiempos de paz tampoco se descuidaron, y los reyes de la XII Dinastía se interesaron por la mejora del lago Moeris. Su superficie había disminuido sobremanera desde la época en que, veinticinco siglos antes, los poblados neolíticos florecieron en sus orillas, y había dejado de estar conectado con el Nilo. Amenemhat I había ordenado que el canal del Nilo fuera ensanchado, ahondado y liberado del cieno. Así pues, el agua fluyó de nuevo, el lago recuperó su extensión

primitiva y se restauró la fertilidad de la región.

Los faraones del Imperio Medio tuvieron también idea de utilizar el canal de lago Moeris como medio para formar un depósito natural para las crecidas del Nilo. Bloqueando o desbloqueando el canal, el lago podía utilizarse para regular la corriente de agua, drenando el Nilo cuando ésta se elevaba demasiado, y conservando el agua cuando la crecida era muy baja.

Considerando los trabajos egipcios en este campo no es sorprendente que Heródoto, inspeccionando el lugar unos catorce siglos después, pensase que también el lago era obra del hombre.

La XII Dinastía alcanzó el cenit de su poder y prosperidad bajo Amenemhat III, que gobernó cerca de medio siglo, de 1842 a 1797 a. C. Durante su reinado, el poderío egipcio se extendió de la Tercera Catarata al interior de Siria, es decir, a lo largo de novecientas millas. La población, según las opiniones de los estudiosos, rondaría, por esta época, alrededor del millón y medio de habitantes. Nunca, sin embargo, el poder personal del más grande de los reyes del Imperio Medio alcanzó al de los constructores de pirámides del Imperio Antiguo.

(Quizá fue bajo el reinado de Amenemhat III, o de uno de sus inmediatos predecesores, cuando el legendario patriarca Abraham habitó en Palestina. Si aceptamos las historias de la Biblia, parece ser que Abraham viajó libremente a través de Canaán y Egipto, lo cual parece indicar que ambas regiones se hallaban bajo el mismo gobierno en esta época).

Amenemhat III expresó el poderío de su reino, arquitectónicamente, edificando dos pirámides de unos 240 pies de alto. Además, construyó estatuas colosales que le representaban, junto a un complicado grupo de palacios, todo ello rodeado por un solo muro, a lo largo de las orillas del lago Moeris. Estas construcciones sirvieron, en parte, como tumbas. Las demostraciones de fuerza y poderío no habían bastado para preservar las momias de los constructores de pirámides, por lo que Amenemhat III trató de usar la astucia para confundir a los potenciales ladrones de tumbas por lo intrincado de la construcción en vez de mantenerlos alejados por la masa.

Heródoto quedó estupefacto ante este complicado palacio, al que consideró una maravilla superior a las pirámides. Nos habla de sus tres mil quinientas habitaciones, la mitad de las cuales se encontraban por encima y la otra mitad por debajo del nivel del suelo (no se le permitió entrar en las habitaciones subterráneas que, naturalmente, eran cámaras funerarias). Heródoto también describe sus múltiples e intrincados pasadizos.

Los egipcios denominaron esta estructura con una palabra que significaba «el templo a la entrada del lago». Los griegos convirtieron esta expresión egipcia en *labyrinthos*, en español «laberinto». La palabra se utiliza actualmente para denominar cualquier intrincado conjunto de pasadizos.

El tamaño del laberinto egipcio, su cuidada ejecución, sus blancos mármoles, su rica ornamentación, todo ello hace tanto más lamentable el hecho de que no haya sobrevivido intacto para admiración de nuestra época. Con todo, debemos admitir que no siempre el ingenio de los arquitectos del Imperio Medio cumplió su finalidad. Con el tiempo, todas las tumbas que contenía fueron saqueadas gracias al obstinado ingenio de los ladrones de tumbas.

Sin duda, muy pocas personas habrán oído hablar de este laberinto egipcio del Imperio Medio, pero muchos habrán oído hablar acerca del laberinto de los mitos griegos. Este laberinto mítico está situado en Knossos, la capital de la isla de Creta (a unas cuatrocientas millas al noreste del delta del Nilo). En él, según el mito, vivía el minotauro, un hombre con cabeza de toro, que fue muerto por el héroe ateniense Teseo.

A principios del siglo XX se comprobó que los mitos griegos referentes a Creta

tenían una base real. En esta isla existió una antigua civilización, casi tan vieja como la egipcia, y a lo largo de todo el período del Imperio Antiguo hubo relaciones comerciales entre ambas naciones. (Los egipcios no fueron grandes navegantes, pero los isleños de Creta sí. De hecho, Creta instauró el primer imperio naval de la historia).

Los palacios cretenses de Knossos comenzaron a construirse hacia la época del Imperio Medio egipcio. En su construcción debieron de influir fuertemente los relatos sobre el laberinto egipcio y así puede haber surgido la imitación cretense. Y fue ésta la que entró a formar parte de los mitos griegos. (Indiscutiblemente el minotauro surge a raíz del hecho de que los toros —como símbolo de fertilidad— desempeñaban un papel importante en los ritos religiosos cretenses).

Tampoco la XII Dinastía olvidó su origen tebano. Esta ciudad meridional fue embellecida y se edificaron templos y otros edificios si bien resultarían empequeñecidos por las actividades de una dinastía tebana posterior.

Pero tras la muerte de Amenemhat III ocurrió algo. Quizá subió al trono un gobernante débil y la nobleza aprovechó la oportunidad para disputar entre sí. Quizá la construcción del laberinto había debilitado la prosperidad egipcia como siglos antes habían hecho las pirámides.

Sea cual fuese la razón, pocos años después de la muerte del gran rey, toda la gloria y la prosperidad del Imperio Medio tocaron a su fin. Había durado dos siglos y medio, sólo la mitad de tiempo que el Imperio Antiguo.

De nuevo, el reino se dividió en fragmentos, gobernados por nobles que peleaban entre sí. De nuevo, oscuros monarcas aspiraron al trono.

Manetón habla de dos Dinastías, la XIII y la XIV, que deben de haber gobernado al mismo tiempo, por lo que ninguna pudo reivindicar con propiedad su señorío sobre el país. En realidad, una vez más la obra de Menes se vio desbaratada temporalmente y los dos Egiptos se separaron. La XIII Dinastía gobernó sobre el Alto Egipto desde Tebas, mientras que la XIV gobernó el Bajo Egipto desde Xois, ciudad situada en el centro del delta.

De nuevo, durante un siglo, se produjo una situación de caos y sobrevino una segunda Edad Obscura. Sin embargo, en esta ocasión, las dinastías enfrentadas no tuvieron la suerte de luchar en solitario hasta el momento en que una u otra se las ingeniase para alcanzar el control sobre la nación unida. En lugar de ello, estaba sucediendo algo que nunca había ocurrido antes en la historia del Egipto civilizado. El país fue invadido por extranjeros, prestos a sacar ventajas de la debilidad egipcia.

Los egipcios, que ya tenían una historia de mil quinientos años de civilización, que contaban con un país en el que la pirámide más antigua ya tenía mil años, despreciaban a los extranjeros. Es cierto que habían comerciado con ellos, pero siempre desde posiciones de riqueza, cambiando adornos y artilugios hábilmente fabricados por simples materias primas: madera, especias, metal bruto. Cuando los ejércitos egipcios habían salido fuera de sus fronteras hacia Nubia o Siria, habían sido capaces de instaurar su dominio sobre pueblos mucho menos poderosos y tecnológicamente menos avanzados que ellos. Sin duda, los egipcios se sentían tan orgullosos de su país como los ingleses de Gran Bretaña en los días de la reina Victoria, o los norteamericanos respecto a Estados Unidos hoy en día.

¿Cómo fue posible, pues, que un montón de miserables extranjeros pudiese arrasar Egipto —aunque se tratase de un Egipto dividido— y dominarlo sin lucha?

Los Hicsos

Los historiadores egipcios posteriores, totalmente avergonzados por este episodio, parecen haber hecho lo posible para suprimir todo lo referente a este período de sus libros

de historia, con el triste resultado de que no conocemos prácticamente nada sobre el período o sobre los invasores.

Realmente, apenas sabemos algo más que el nombre de los invasores. En el siglo I d. C., el historiador judío Josefo cita a Manetón en el sentido de que a los invasores se los llamaba hicsos, lo que suele traducirse corrientemente por «reyes pastores». La consecuencia que extraemos es que eran nómadas cuya subsistencia dependía del pastoreo de animales tales como las ovejas, forma de vida que los egipcios civilizados, ligados a la agricultura desde hacía tiempo, consideraban bárbara.

Puede que esto haya sido así, pero actualmente se piensa que éste no es el verdadero sentido del término. Por el contrario, se cree que la palabra proviene del egipcio *hik shasu*, que significa «gobernantes de las montañas», o simplemente «gobernantes extranjeros».

Por otra parte, es cierto que los hicsos entraron en Egipto por el noreste, a través de la península del Sinaí; que eran asiáticos y producto del poderío militar relativamente complejo de este continente. En el pasado, Egipto había penetrado en Asia aunque no muy profundamente, y ahora Asia le estaba devolviendo este dudoso cumplido.

Hasta el 1720 a. C, el pueblo de la región del Tigris-Eufrates, el más avanzado militarmente de Asia, no había chocado directamente con Egipto. Los contactos habían sido de tipo comercial y cultural, pero no militar. Las novecientas millas que separaban las dos civilizaciones fluviales habían actuado como un efectivo aislante a lo largo del primer período de su historia.

Durante la época arcaica de Egipto y en los primeros siglos del Imperio Antiguo, las ciudades del Tigris-Eufrates permanecieron desunidas. Lucharon entre sí incesantemente, edificaron murallas alrededor de sus ciudades para defenderse y posteriormente desarrollaron el arte de la guerra de asedio para derribar y atravesar tales murallas. Estuvieron demasiado ocupadas entre sí como para complicarse con aventuras exteriores.

Sin embargo, hacia el 2400 a. C., un gobernante llamado Sargón, de la ciudad de Akkad, impuso su poder sobre toda la región, creando un imperio que con el tiempo pudo haber alcanzado, en breve, Siria y el Mediterráneo. En esta época Egipto era fuerte y la V Dinastía reinaba en paz. Ni Sargón ni sus sucesores se aventuraron a alargar sus precarias líneas de comunicación hasta tal punto que les permitiese atacar las tierras del Nilo.

El imperio de Sargón declinó y desapareció en menos de dos siglos, y cuando el Imperio Antiguo se desintegró en el caos, la región del Tigris-Eufrates era de nuevo, simplemente, un conjunto de ciudades en continua enemistad, y no pudo sacar ventaja de ninguna manera.

Coincidiendo con la época en que estaba llegando al poder el Imperio Medio egipcio, un grupo de nómadas llamados amorritas se establecieron en la región del Tigris-Eufrates. Convirtieron en capital a una ciudad (entonces sin importancia), sobre el río Eufrates, llamada Bab-ilu («la puerta de Dios»). Para los griegos el nombre de la ciudad se transformó en Babilonia y es por este nombre por el que mejor la conocemos. Babilonia llegó a ser una gran ciudad bajo los amorritas y siguió siéndolo quince siglos más tarde. Por esta razón solemos referirnos, cuando hablamos de historia antigua, a la región del Tigris-Eufrates con el nombre de Babilonia.

Hacia el 1800 a. C., el rey babilonio Hammurabi gobernaba sobre un imperio casi tan extenso como el de Sargón. Sin embargo, en esta época, el Imperio Medio egipcio estaba en ascenso, y una vez más, los asiáticos, que atravesaban un período de poder, no intentaron cruzar sus espadas con Egipto, ni siquiera impedir que este país lanzase sus tentáculos hacia el sur de Siria.

El ciclo de ascenso y caída de imperios en Egipto y Asia se había sincronizado

bien y Egipto resultó el más afortunado. Con todo, el período de fortuna iba a terminar pronto.

En todas las guerras que tuvieron lugar en Asia en zonas relativamente amplias, se había desarrollado una importante arma de guerra: el caballo y el carro. El caballo había sido domesticado en algún lugar de las grandes praderas que se extendían entre Europa y Asia, al norte de los centros civilizados babilónicos.

Los nómadas siempre habían venido del norte pero, por lo general, se había logrado rechazarlos. Los nómadas tenían la ventaja de la sorpresa, y estaban más habituados a luchar. Generalmente, los habitantes de las ciudades eran pacíficos, pero habían formado ejércitos y construido murallas. Eran capaces de resistir. Los amorritas penetraron en Babilonia pero se establecieron primero en las pequeñas ciudades, y tomaron las grandes sólo cuando adoptaron la civilización babilonia.

Sin embargo, tras el reinado de Hammurabi, los nómadas llegaron del norte con su nueva arma. Ligeros carros de dos ruedas tirados por caballos formaban ahora la vanguardia de su ejército. Sobre el carro iban dos hombres de pie, uno de ellos guiaba el caballo y el otro se concentraba en el manejo de una lanza o de un arco. Sus armas, diseñadas para ser utilizadas mientras el carro corría rápidamente, eran más largas, más robustas y de mayor alcance que las que bastaban para los lentos soldados de a pie.

Podemos imaginar el efecto que producía una masa de caballería al galope sobre un grupo de infantes que nunca antes se habían encontrado ante nada semejante. Los fogosos caballos, con sus atronadores cascos y sus crines al viento, formaban, sin duda, una imagen aterradora. Ningún soldado de a pie, no acostumbrado a resistir a la caballería, podía hacer frente a los veloces animales sin sentir temor. Y si los soldados se desbandaban y huían, como solía suceder, los jinetes podían rodearlos en un instante, convirtiendo una retirada en una derrota completa.

En la época posterior a Hammurabi, los jinetes nómadas conquistaron todos aquellos lugares en los que penetraron, salvo en los casos en que su codiciada presa fuese lo suficientemente rápida como para unirse a ellos, para adoptar también el caballo y el carro, o para buscar refugio en el interior de las ciudades amuralladas.

Las ciudades de Babilonia pudieron mantenerlos a raya durante un tiempo, pero una tribu, conocida por los babilonios por el nombre de kashshi, y por los griegos por el de kasitas, avanzaba sin cesar. En el 1600 a. C, habían erigido un imperio sobre Babilonia que duraría cuatro siglos y medio.

En el oeste, las ciudades sirias, peor organizadas, no pudieron resistir a los jinetes del norte tanto tiempo como las ciudades babilónicas. Los nómadas conquistaron Siria. Algunas de las ciudades cananeas fueron tomadas; otras se les unieron como aliadas.

Una horda compuesta por nómadas y cananeos descendió sobre Egipto. No constituían un solo pueblo o tribu y no se llamaban a sí mismos hicsos. El nombre les fue puesto por los egipcios y el que se les designase por un único nombre no implica que formasen un único pueblo.

Tampoco fueron los hicsos la avanzadilla de un imperio conquistador. Fueron cualquier cosa menos eso. Más bien eran una horda abigarrada de invasores. Pero tenían caballos y carros (por cierto, arcos y flechas mejores que los de los egipcios).

Los egipcios carecían de caballos. Para el transporte utilizaban asnos, mucho más lentos. Tampoco poseían carros. Quizá un rey inteligente hubiese procurado adoptar rápidamente las armas del enemigo, pero en esta época Egipto se hallaba desmembrado y formaba un simple cúmulo de principados. La buena suerte de Egipto se había agotado.

Ante la llegada de los jinetes, los infantes egipcios huyeron. El país sucumbió sin luchas en el 1720 a. C., menos de ochenta años después de la muerte del gran Amenemhat III.

Pero no todo Egipto sucumbió. Los hicsos no eran muy numerosos y no se atrevieron a dispersarse demasiado a lo largo del Nilo. Se desentendieron del lejano sur y concentraron su interés en el rico delta y en las zonas circundantes. Gobernaron sobre un imperio formado por el Bajo Egipto y por Siria.

Establecieron su capital en Avaris, en la orilla noreste del delta del Nilo, una ubicación central para un reino que tenía un pie en el delta y otro en Siria. Dos linajes de reyes hicsos gobernaron sobre Egipto, y Manetón se refiere a ellos como las Dinastías XV y XVI (es importante recordar que los gobernantes extranjeros también se catalogaban entre las dinastías). No sabemos prácticamente nada de estas dinastías, pues los egipcios de épocas posteriores prefirieron ignorarlas y no las incluyeron en sus escritos. Cuando se las menciona en alguna inscripción, es sólo con una hostilidad extrema.

De ahí surgió la creencia de que los hicsos eran extremadamente crueles y tiránicos y de que devastaron Egipto sin piedad. Sin embargo, parece que esto no es cierto, sino que gobernaron con razonable honradez.

Lo que ofendió realmente a los egipcios fue que los hicsos conservaran sus propias costumbres asiáticas y no prestaran ninguna atención a los dioses egipcios. A los egipcios, que durante miles de años habían seguido sus propias costumbres como la única forma de vida decente y que no conocían apenas nada de las extranjeras, no les cabía en la cabeza que los demás pueblos tuviesen otros modos de vida, y que los tuvieran en tan alta estima como los egipcios el suyo. Los hicsos fueron para los egipcios un pueblo ateo y sacrílego, y, por ello, no podían ser perdonados jamás.

En realidad, según todos los indicios, los reyes de la segunda dinastía de los hicsos, la XVI, acabaron amoldándose a los modos egipcios. Quizá no llevaron a cabo esta integración con la suficiente profundidad como para ganarse los corazones de los egipcios, pero sí bastó para enajenarse a los asiáticos. Este puede haber sido un importante factor en el debilitamiento de la dominación hicsa.

Puede que durante el período de dominación de los hicsos, entrasen en Egipto gran cantidad de inmigrantes asiáticos desde el sur de Siria (Canaán). Bajo un gobierno nativo, una inmigración de esta índole habría despertado grandes recelos y no se habría alentado su entrada en el país. Los reyes hicsos, en cambio, debieron acoger a estos inmigrantes como compatriotas asiáticos con los que podían contar para su programa de mantener a los nativos egipcios bajo control.

De hecho, la historia bíblica de José y sus hermanos tal vez refleje este período de la historia egipcia. Sin duda, el benévolo monarca egipcio que convirtió a José en su primer ministro, dio la bienvenida a Jacob y asignó a los hebreos un lugar en Goshen (en el delta al este de Avaris), no pudo haber sido un egipcio nativo. Fue sin duda un rey hicso.

De hecho, el historiador Josefo, que trató de demostrar la pasada grandeza de la nación hebrea, les atribuyó una historia de conquistas manteniendo que los hicsos *eran* los hebreos y que conquistaron Egipto en este período. Esta afirmación, sin embargo, no se ajusta a los hechos.

5. El surgimiento del imperio

De nuevo Tebas

Mientras los hicsos gobernaban en el norte, Tebas con sus recursos del glorioso Imperio Medio, se encontraba bajo el gobierno de los sacerdotes de Amón. Gradualmente éstos consolidaron su poder, se acostumbraron a no tener autoridad superior a la que rendir pleitesía —al menos en el Alto Egipto— y comenzaron a hacer planes para aumentarlo.

Hacia el 1645 a. C, setenta y cinco años después de la llegada de los hicsos, los gobernantes de Tebas reclamaron el título de reyes y, de hecho, se consideraban ya los legítimos reyes de todo Egipto. De esta forma se inició un linaje de gobernantes que Manetón registró como Dinastía XVII, que coexistió con la XVI de los hicsos.

La situación de los «reyes» tebanos no pudo ser especialmente grandiosa al principio. El opulento norte estaba gobernado por invasores. Las fortalezas nubias habían sido incendiadas y destruidas. Todo lo que poseían era su propia ciudad y un estrecho tramo del Nilo, unas cien millas aproximadamente hacia el norte y hacia el sur. No obstante, supieron defender sus posiciones.

Dos cosas operaron en su favor. Cuando un pueblo guerrero habituado a vivir en una ruda simplicidad, conquista y ocupa una región civilizada, rápidamente se acostumbra a la comodidad y al lujo y cada vez se vuelve más renuente a complicarse la vida con las dificultades y penalidades de la vida militar. En pocas palabras, cesa de ser guerrero. (Con frecuencia, los historiadores tienden a considerar dicha pérdida del gusto por la guerra como un signo de «decadencia», como si hubiese algo despreciable en no ser un matón y en no desear participar en asesinatos colectivos. Quizá, por el contrario, deberíamos pensar que cuando se cesa de experimentar placer por la guerra es cuando se comienza a ser civilizado y decente).

Sea como fuere, los hicsos se sedentarizaron y «suavizaron». Sus gobernantes y líderes, en especial, se convirtieron en egipcios por cultura y costumbres y dejaron de ser guerreros tan formidables como solían.

El segundo factor fue que las «armas secretas» dejan de serlo cuando se las utiliza. Los egipcios del sur comenzaron a aprender a emplear los caballos y los carros y pudieron enfrentarse a los hicsos casi en igualdad de condiciones.

Los reyes de la Dinastía XVII lucharon contra los hicsos y lentamente comenzaron a hacer progresos. Extendiendo su poder hacia el norte, a expensas de las tierras dominadas por los invasores. En tiempos de Kamosis, el último rey de la dinastía, los hicsos no poseían ya sino los territorios inmediatos a su capital.

Ni Kamosis, ni la XVII Dinastía duraron lo bastante como para presenciar la victoria final. No sabemos a ciencia cierta lo que ocurrió. Probablemente Kamosis murió sin hijos que lo sucediesen y podríamos suponer que entonces asumiría el poder algún extraño, pero tenemos razones para pensar que fue un hermano el que subió al trono, en cuyo caso, no habría suficientes motivos para iniciar una nueva dinastía. Sin embargo, no podemos decir qué criterios empleó Manetón para clasificar sus dinastías. Quizá pensó que Egipto estaba tomando un nuevo impulso con la expulsión final de los hicsos y que por ello se merecía una nueva dinastía, independientemente de que lo precisasen las relaciones familiares o no.

La Dinastía XVIII (tebana como la XVII) estaba destinada a ser la más importante de la historia egipcia. Llegó al poder en el 1570 a. C, y su primer representante fue Ahmés, que completó la obra de su predecesor y, probablemente, hermano Kamosis.

En una última batalla en el delta, Ahmés derrotó por completo a Apofis III, el

último de los reyes hicsos y lo expulsó de Egipto. Persiguió incluso a los hicsos que huían hasta Palestina y los volvió a derrotar.

Así, los hicsos, que habían entrado repentinamente en las páginas de la historia y habían gobernado un rico imperio durante siglo y medio, salieron de dichas páginas de modo igualmente repentino, desapareciendo tan silenciosa y misteriosamente como habían entrado. Con todo, esto es tan sólo una ilusión, pues únicamente es el nombre —y no el pueblo— el que aparece y desaparece. Los hicsos constituían una alianza difusa de tribus semíticas formada por poblaciones de Siria y de las regiones vecinas adonde ahora volvían. Como hicsos dejaron de existir, pero como tribus semíticas —cananeos, fenicios, amorritas— continuaron existiendo para disputar a Egipto las orillas orientales del Mediterráneo durante largo tiempo.

Habiéndoselas entendido con los hicsos, Ahmés se dedicó a restablecer el poder egipcio en el norte de Nubia y a imponerse con mano firme sobre la nobleza. El intervalo de los hicsos había enseñado a los egipcios al menos una lección y la turbulenta nobleza se doblegó ante el trono. El mundo se había vuelto demasiado peligroso para andarse con juegos de ambición. Así, la situación egipcia volvió a ser muy similar a la que era bajo la gran IV Dinastía, por lo que el gobierno de Ahmés señala el comienzo de un nuevo período de poder, tras un lapso de dos siglos. La parte de historia egipcia que sigue suele denominarse Imperio Nuevo.

No hay duda de que algunos de los asiáticos que entraron en Egipto durante la dominación de los hicsos se quedaron después de que los egipcios se hicieran cargo del poder de nuevo. Es dudoso que los egipcios considerasen con afecto a estos asiáticos, ya que pensaban que habían sido inicuamente tiranizados por ellos durante cinco generaciones. Lo normal, con arreglo a las costumbres de la época, era que esclavizasen a los restos de los odiados y una vez temidos extranjeros, hoy derrotados.

Podríamos hallar incluso una excusa lógica. Si alguna vez los asiáticos intentaban invadir Egipto de nuevo, aquellos asiáticos que quedasen en territorio egipcio podían servir de natural «quinta columna». Así, pues, por razones de seguridad, debían ser despojados de todo poder. Es esto lo que pudo dar lugar a las posteriores leyendas israelitas concernientes a su período de esclavitud en Egipto, tras el ascenso del faraón que «no conoció a José».

Pero el Imperio Nuevo era diferente en un aspecto importante de los Imperios Antiguo y Medio. Egipto había aprendido las cosas de la vida. Los egipcios habían descubierto que no estaban solos en el mundo, que no constituían la única potencia civilizada, rodeada de seres inferiores. Había otras potencias militares que eran peligrosas, y a las que Egipto debía aplastar si no quería ser aplastado.

Ahora Egipto tenía carros; contaba, además, con una tradición victoriosa sobre un poderoso enemigo. Aparecieron reyes que se mostraron orgullosos de conducir sus ejércitos a la conquista fuera de las fronteras egipcias. El rey ya no era sólo sacerdote y dios; también era un gran general. De algún modo, esto enalteció aún más al rey ante los ojos del pueblo y le convirtió en un símbolo de poder mayor y más efectivo. Como dios, su consecución de buenas cosechas era callada y poco espectacular; como general, los trofeos, despojos y prisioneros que traía constituían un testimonio estrepitoso de hazañas que servían para enriquecerle a él, a sus soldados y a su pueblo.

En el Imperio Nuevo, el rey egipcio obtuvo un nuevo título.

El pueblo siempre ha sido reacio a dirigirse al monarca directamente. Su posición le parece demasiado relevante como para ser empañada con un tratamiento ordinario. En los tiempos modernos, es común decir «Vuestra Majestad» y «Su Majestad» en vez de «usted» y «él», cuando se habla de un rey. Incluso en la democrática América difícilmente nos atreveríamos a dirigirnos a un presidente con una fórmula común de

tratamiento, se le llama «Señor Presidente». Y con frecuencia se dice «la Casa Blanca opina que... », cuando en realidad esto significa que el presidente opina esto o lo otro.

De forma similar, los egipcios acostumbraban a referirse al rey por su lugar de residencia, su enorme palacio, que llamaban *per-o* («la gran casa»). Nuestra versión del nombre es «faraón».

Estrictamente hablando, el título no debe aplicarse a los reyes anteriores a la Dinastía XVIII, pero por lo general se hace así, gracias a la influencia de la Biblia. Los primeros libros de la Biblia se basan en leyendas que fueron transcritas una vez terminado el Imperio Nuevo. El título de «faraón» utilizado en este período se ha aplicado anacrónicamente, a reyes anteriores: al rey de la XII Dinastía con quien trató Abraham y al rey de los hicsos a quien sirvió José.

La expansión

Amenhotep I, hijo y sucesor de Ahmés I, accedió al trono en 1545 a. C. (algunos egiptólogos prefieren el nombre de Amenofis, pues aunque por lo general no hay desacuerdo respecto al sentido de las palabras egipcias, con frecuencia se plantean respecto a la pronunciación).

Bajo Amenhotep I, se evidenció el nuevo genio de Egipto. Sus ejércitos penetraron profundamente en Nubia y el poderío egipcio se asentó en zonas tan remotas como jamás se habían alcanzado en los días de Amenemhat III, tres siglos antes. Este rey consolidó las posiciones egipcias allende el Sinaí y, además, avanzó hacia el oeste del Nilo.

Al oeste de Egipto se encuentra el desierto del Sahara pero en la época del Imperio Medio no era aún tan árido ni estaba tan despoblado como hoy en día. Las zonas costeras seguían siendo lo suficientemente fértiles como para mantener a una población considerable. Había viñedos, olivos y ganado en cantidad, en zonas que ahora son demasiado secas como para que crezcan algo más que matorrales y vivan algunas cabras. Por aquellos días, había incluso oasis interiores, alrededor de los cuales podía agruparse la gente; oasis que eran más extensos que cualquier otro existente hoy día.

Siglos después, los griegos colonizaron parte de la costa africana al oeste de Egipto. A partir de como se llamaba a sí misma una determinada tribu nativa, los griegos obtuvieron la palabra «Libia», y la aplicaron a todo el norte de África al oeste de Egipto. Por consiguiente, los habitantes de los oasis y costas occidentales de Egipto son llamados libios en nuestros libros de historia. (La región se conoce todavía con este nombre y desde 1951 forma parte de la república independiente de Libia).

Los libios, aunque de raza y lengua semejantes a las de los egipcios, permanecían muy atrasados desde un punto de vista cultural con respecto a éstos. La producción agrícola garantizada por los periódicos desbordamientos del Nilo había proporcionado suficiente bienestar como para permitir el crecimiento de una civilización inmensa. Nada de esto podía ocurrir en la muy marginal economía libia, donde los pastores estaban organizados en tribus dispersas y donde la civilización existente era, a lo sumo, un diluido reflejo de la del Nilo.

A los libios les resultaba rentable organizar incursiones ocasionales contra las pacíficas comunidades agrícolas del Nilo. Si estas comunidades eran tomadas por sorpresa, los frutos de la rapiña eran abundantes, y las expediciones punitivas enviadas al desierto por los encolerizados egipcios eran esquivadas fácilmente por hombres que, después de todo, conocían cada palmo del desierto.

Tales incursiones aumentaban en número y efectividad durante las épocas en que Egipto estaba desunido y en guerra intestina, pues resultaba imposible para los egipcios mantener un sistema efectivo de puestos avanzados para vigilar a los intrusos libios.

Durante el período de los hicsos, debido a que Egipto atravesaba el momento de mayor confusión de su historia, las incursiones libias resultaron mucho más dolorosas.

Amenhotep I vio que el freno más efectivo podía ser un movimiento sistemático hacia el oeste. Los oasis del oeste del Nilo y los puntos de apoyo de las costas debían estar ocupados permanentemente por contingentes del ejército egipcio. Los incursores libios, si a pesar de todo seguían apareciendo, vendrían de puestos avanzados más hacia occidente. Tendrían mayor distancia que recorrer para alcanzar su presa y volver, y deberían atravesar un peligroso pasadizo egipcio. De esta forma, los riesgos serían demasiado elevados como para que tales intentos resultaran rentables.

Amenhotep I llevó adelante el plan con tanto éxito que el Imperio Nuevo extendió el poderío egipcio en todas direcciones y sobre regiones mucho más extensas que las dominadas por los Imperios Antiguo y Medio. Egipto dominaba sobre los nubios por el sur, los libios por el oeste y los cananeos por el noroeste. Por ello resulta adecuado referirse al Imperio Nuevo como el período del «Imperio egipcio».

El sucesor de Amenhotep I no fue su hijo, e incluso parece que tampoco perteneció a la familia real. Probablemente tampoco se trató de un usurpador, pues Manetón no inicia con él una nueva dinastía, sino que vincula tanto al nuevo rey como a sus sucesores, con la Dinastía XVIII. Quizá Amenhotep no tuvo hijos y fue su yerno quien le sucedió, yerno cuyo estatus legal y cuya pertenencia a la dinastía fueron determinados gracias a su esposa.

Sea como fuere, el sucesor fue Tutmosis I, nombre que con frecuencia aparece como Totmés. Llegado al poder en el 1525 a. C, Tutmosis I prosiguió vigorosamente la política de Amenhotep. Penetró aún más profundamente hacia el sur, alcanzando la Cuarta Catarata, con lo que bajo su gobierno Egipto dominaba unas 1.200 millas del río Nilo —un enorme trecho para esa época—.

Sin embargo, las mayores hazañas del nuevo faraón tuvieron lugar hacia el noroeste, donde las costas más orientales del gran mar Mediterráneo entraron a formar parte de la esfera de poder egipcia durante tres siglos.

Los cananeos, que vivían en las tierras conocidas luego por los griegos como Siria, habían creado una civilización importante. Jericó, en el norte del mar Muerto, era una de las ciudades más antiguas del mundo, y puede remontarse como comunidad agrícola hasta el 7000 a. C., en una época en que ni el Nilo, ni la zona Tigris-Eufrates habían sido alcanzadas por la civilización.

Las ciudades cananeas, sin embargo, no contaban con vías fluviales adecuadas que las relacionaran entre sí y nunca estuvieron efectivamente unidas. Siguieron siendo «ciudades-Estado» separadas hasta el fin de su historia. Por esta razón, no pudieron nunca competir con los imperios unificados de Egipto y Babilonia. Y excepto en aquellos casos, poco frecuentes, en los que tanto Egipto como Babilonia se debilitaron simultáneamente, no pudieron conservar su independencia durante largos períodos, y mucho menos erigir su propio imperio.

Los ejércitos egipcios habían estado en Siria antes. Amenemhat III, en el apogeo del Imperio Medio, había conquistado una ciudad que algunos identifican con Sequem, a cien millas al norte de las fronteras de la península del Sinaí. Ahmés I había penetrado en Siria persiguiendo a los hicsos y Amenhotep I había ganado importantes batallas en este país.

Tutmosis I decidió llegar más lejos. Penetró con un gran ejército en Siria y avanzó hacia el norte hasta Carkemish, sobre el alto Eufrates, cuatrocientas millas al norte de la península del Sinaí. Allí erigió un pilar de piedra para atestiguar su presencia,

Los soldados egipcios, hijos de la soleada tierra del Nilo, quedaron fascinados por la lluvia: «un Nilo que cae del cielo» Se asombraron también ante la dirección de la

corriente del Eufrates. El Nilo corría hacia el norte, por lo que «norte» significaba para ellos «río abajo», pero he aquí que se encontraron con el Eufrates, un río que «fluyendo hacia el norte fluía hacia el sur».

Bajo el Imperio Nuevo, se puso de moda un nuevo estilo de grandiosa arquitectura. Ya no eran las pirámides de los Imperios Antiguos y Medio. No se edificó ninguna nueva pirámide. Por el contrario, los faraones dirigieron sus esfuerzos hacia los pilares gigantescos y las estatuas colosales.

La ornamentación alcanzó su máximo desarrollo en Tebas, capital de los faraones de la XVIII Dinastía. En esta época, la tendencia no fue avanzar hacia el delta o hacia el lago Moeris, como había sido el caso de las dinastías tebanas XI y XII. Quizá el Bajo Egipto perdió prestigio por haber estado bajo la dominación de los hicsos, mientras que Tebas había permanecido libre y finalmente había constituido la vanguardia de la liberación. Además el extenso territorio nubio, ahora bajo dominio egipcio, había hecho de Tebas una ciudad con una situación más central que la que había tenido en siglos anteriores.

Tutmosis I y sus sucesores edificaron enormes templos en Tebas. Cada faraón intentó eclipsar a su predecesor por la cantidad de piedra y por la complejidad de la ornamentación. Por su parte, Tutmosis I amplió el templo de Amón en el barrio norte de Tebas, lugar donde se levanta la moderna ciudad de Karnak. En el barrio sur de Tebas, ocupado hoy por la ciudad de Luxor, sería edificado, con el tiempo, otro enorme y magnífico templo.

Tebas se encontraba en la margen oriental del Nilo. En la orilla occidental se levantaba un vasto cementerio real. Aún era necesario esconder el cadáver del rey con el fin de que los tesoros enterrados con él pudieran salvaguardarse. Los métodos que se habían utilizado previamente para ello habían fallado y Tutmosis I intentó hacer algo distinto.

En lugar de edificar una pirámide en forma de montaña y situar la tumba en el medio, se utilizaron masas naturales de roca. Se cavaron profundos pozos en la tierra a través de la roca de un farallón y se diseñaron corredores en forma de laberinto para desconcertar a los eventuales ladrones de sepulcros y las tumbas con sus tesoros fueron situadas en cámaras protegidas, en la medida de lo posible, por todo tipo de falsas pistas y corredores sin salida.

Una de las tumbas llegó a estar a 320 pies de profundidad y se accedía a ella a través de tortuosos pasajes de 700 pies de longitud.

Tutmosis I fue el primero en ser enterrado en el farallón, pero después de él cerca de sesenta faraones lo imitaron. Finalmente, la colina quedó convertida en una ciudad de los muertos.

Pero todo esto tampoco sirvió para nada. Los tortuosos túneles, las ingeniosas pistas falsas, las entradas ocultas, los poderosos hechizos, todo falló. Todas las tumbas excepto una, fueron saqueadas apenas unas décadas después de la inhumación. La única que permaneció intacta hasta nuestros días, quedó a salvo debido a una mera casualidad. Los escombros de una tumba posterior cubrieron y escondieron su entrada, y durante treinta y cinco siglos nadie pensó en mirar qué había debajo.

A partir del reinado de Tutmosis I, durante varios siglos, Tebas se convirtió en la ciudad más grande y más suntuosa del mundo, maravillando a todos los que la contemplaron. No debemos despreciar tal embellecimiento como mera vanagloria (si bien esto es una parte importante), pues una capital tan increíblemente refinada no sólo llena al pueblo de orgullo y de un sentimiento de poder, sino que, al mismo tiempo, desanima a los posibles enemigos, ya que éstos juzgan el poder por la magnificencia. Las ciudades magníficamente embellecidas presentan una «imagen» importante y

desempeñan un papel en la guerra psicológica. En la época moderna, Napoleón III embelleció París por esta razón y hace unos años las potencias occidentales han promovido deliberadamente —y, por cierto, con notable éxito— la prosperidad de Berlín Occidental al objeto de minar la moral de la Alemania Oriental.

La gran reina

A Tutmosis I le sucedió un monarca aún más notable. Este no fue Tutmosis II, su hijo y sucesor. Tutmosis II gobernó en unión de su padre hasta el fin del reinado de este último y en nombre propio durante muy corto tiempo, si es que lo llegó a hacer.

El verdadero sucesor fue, más bien, una mujer, hija de Tutmosis I y esposa de Tutmosis II.

Era bastante común que los príncipes egipcios se casasen con sus hermanas, costumbre que hoy nos parece extraña. Al respecto podemos aducir todo tipo de razones. Puede que la herencia de la tierra pase originalmente a través de las hijas, procedimiento antiguo, proveniente quizá de un período primitivo anterior al establecimiento de la idea de la paternidad, o incluso de una época en la que las mujeres controlaban las labores agrícolas (mientras los hombres continuaban cazando) y por ello eran propietarias de la tierra. Los anticuados y ultraconservadores egipcios pudieron haber perseverado en esta antigua idea y haber pensado que el hijo del rey no sería nunca verdaderamente rey hasta que no se hubiese casado con la hija del rey, que era la auténtica heredera.

También puede ser que los príncipes egipcios considerasen necesario casarse sólo con sus iguales —actitud presuntuosa que suele darse en las casas reales—. Ciertamente, dicha actitud era común entre la realeza europea y se mantiene hasta nuestros días. Los matrimonios reales europeos se realizaban frecuentemente entre primos hermanos, o entre tíos y sobrinas. El dogma de la Iglesia no permitía tales alianzas entre las personas corrientes, pero el escaso número de individuos de sangre real las hacían, en este caso, necesarias, por lo que la Iglesia concedía dispensas especiales.

Sin embargo, para la casa real egipcia no existía otra de igual rango, en todos sus días de gloria. Así, pues, la presunción pudo dictar el matrimonio entre hermana y hermano, o hermanastra si el padre tenía más de una esposa, como solía ser el caso.

Tutmosis II se había casado con su hermanastra Hatshepsut. Cuando Tutmosis II murió, en el 1490 a. C, a su joven hijo, cuya madre era una concubina (y no Hatshepsut), le correspondía, en teoría, ser el nuevo faraón con el nombre de Tutmosis III, pero éste era demasiado joven para reinar y Hatshepsut, su tía y madrastra, actuó como regente.

Hatshepsut fue una mujer enérgica y pronto asumió los plenos poderes de un faraón. En los monumentos que construyó, se representa a sí misma con vestiduras masculinas y con forma de varón —omitiendo incluso los pechos e incluyendo una barba postiza—. Fue la primera mujer importante en la historia que llegó a gobernar, cuyo nombre conocemos.

Por supuesto que una barba falsa no puede lograrlo todo. Así Hatshepsut no podía mandar adecuadamente un ejército ni esperar que los generales (e incluso aún más quizá los soldados comunes) obedeciesen a una mujer. O tal vez se debiese a que no tuvo especiales deseos de hacerlo. Su reinado representa un intervalo de paz en la belicosa historia de la dinastía, y Hatshepsut se dedicó a enriquecer el país mediante la industria en vez de hacerlo mediante el saqueo. Por ejemplo, estuvo especialmente interesada en las minas del Sinaí y trató de expandir el comercio egipcio.

Edificó un hermoso templo al otro lado del río, frente a Tebas y sobre sus muros pintó cuidadosamente escenas de una expedición comercial a Punt patrocinada por ella. Los productos importados están cuidadosa e incluso bellamente dibujados e incluyen una pantera y algunos monos (¿desearía Hatshepsut estos animales como mascotas o tendría

un zoo real?). Las escenas también muestran a la gran reina supervisando el transporte de dos obeliscos desde las canteras próximas a la Primera Catarata.

Los obeliscos son estructuras que originalmente fueron erigidas en honor de Ra, el dios-sol; son largos, estrechos, compuestos por pilares de piedra ligeramente ahusados colocados verticalmente y coronados por una punta en forma de pirámide, que originalmente estaba plateada con un metal brillante para capturar los rayos del sagrado sol. (Cabe preguntarse si no fueron también utilizados para arrojar una sombra que sirviese como reloj de sol que indicase la hora del día).

El nombre de «obelisco» proviene de una palabra griega que significa «aguja», término utilizado por los posteriores turistas griegos como una especie de sobrentendido humorístico.

Los obeliscos habían sido erigidos por primera vez durante el Imperio Antiguo y en esa época no fueron especialmente altos. Los egipcios los labraban de una sola pieza de granito rojo, y tales piezas eran increíblemente difíciles de manejar adecuadamente, en especial cuando su longitud aumentó. Bien fueran utilizados, en los primeros tiempos, como relojes de sol, o como monumentos funerarios, los obeliscos de diez pies de altura se consideraron suficientemente altos.

Sin embargo, durante el Imperio Medio, cuando se edificaron pirámides más pequeñas, se pudo dedicar mayor esfuerzo a los obeliscos. Llegaron a estar situados ante los templos, uno a cada lado de la puerta y finalmente casi todos los templos tuvieron varios de estos objetos bastante impresionantes, en su entrada, Heliópolis fue particularmente rica en obeliscos. Se elevaban en fila, con sus caras recubiertas de jeroglíficos, que daban el nombre y título del faraón bajo cuyo reinado habían sido construidos, junto con todas las jactanciosas autoalabanzas que el faraón desease incluir. Un obelisco del Imperio Medio tenía 68 pies de altura.

En el Imperio Nuevo, cuando las pirámides desaparecieron para siempre, se convirtió casi en una manía erigir enormes obeliscos. Tutmosis I construyó uno de 80 pies de altura, y Hatshepsut erigió dos de 96 pies.

El obelisco más alto que ha sobrevivido hasta nuestros días tiene 105 pies de altura y en la actualidad se halla en Roma. Otro obelisco, de unos 96 pies de altura, construido originalmente durante el reinado de Hatshepsut, fue transportado al Central Park de Nueva York en 1881. Allí se le conoce popularmente como la Aguja de Cleopatra, por la más famosa reina de Egipto, quien, sin embargo, reinó unos 1.500 años después de haberse construido el obelisco. Hay otra «Aguja de Cleopatra» en Londres.

Única y exclusivamente tres de todos los obeliscos que fueron construidos quedan hoy en Egipto, uno en Heliópolis y dos en el antiguo emplazamiento de Tebas. De estos últimos uno es del tiempo de Tutmosis I y el otro del de Hatshepsut.

Los obeliscos plantean a los hombres modernos un interesante rompecabezas. Son extremadamente pesados, el mayor de ellos pesa unas 450 toneladas. ¿Cómo pudo colocarse de pie una pieza única de piedra de ese peso, sin que se rompiera su quebradiza estructura, considerando las limitadas herramientas que poseían los antiguos egipcios? Se ha pensado en diversos métodos para hacerlo pero no todos los egiptólogos están de acuerdo en los detalles. (Encontramos el mismo problema en relación con los primitivos britanos que levantaron las inmensas rocas planas de Stonehenge, que, por cierto, fueron erigidas hacia la misma época en que Hatshepsut se sentaba en el trono de Egipto).

En tanto que las pirámides egipcias no han sido imitadas, ni mucho menos superadas por culturas posteriores, los obeliscos sí lo han sido. El más conocido de todos los obeliscos modernos es el Monumento a Washington, terminado en 1884 en memoria de George Washington. Como corresponde a los avances de la tecnología y la energía desde la época de la Dinastía XVIII, el Washington Monument es mayor que cualquiera

de los construidos por los egipcios. Tiene 555 pies de altura y su base cuadrada tiene 55,5 pies de lado (todos estos cincos no son una simple coincidencia).

Sin embargo, hicimos trampa. El Washington Monument no está construido de una sola enorme roca, sino de mampostería corriente, y nunca nos impusimos la tarea de tener que erigir una larga y frágil pieza de piedra como hicieron los egipcios.

En la cumbre

La reina Hatshepsut murió en 1469 a. C, y por aquella época Tutmosis III contaba unos veinticinco años y suspiraba por una oportunidad para mostrar su temple. Considerando lo que luego llevaría a cabo, es difícil comprender cómo había estado tan absolutamente sometido al puño de su despótica tía-madrastra mientras ella vivió. Podemos hacernos una idea de qué clase de mujer debió de haber sido para poder dominar al tipo de hombre que Tutmosis III demostró ser una vez libre de ella.

No hay ninguna duda sobre el amargo resentimiento del nuevo faraón y sobre su larga opresión por ella, ya que éste le pagó con la misma moneda, mediante una profanación sistemática de los monumentos dejados por Hatshepsut. Su nombre fue borrado de todos aquellos lugares en que fue posible, y el faraón lo sustituyó por el suyo propio, o por el de uno de los primeros Tutmosis. Incluso dejó su tumba incompleta, el mayor acto de venganza que cabría tomar contra ella según la mentalidad egipcia.

Es más, tomó la determinación de brillar en un área que Hatshepsut había descuidado, la militar. No fue una simple cuestión de vanidad, sino una necesidad. La situación de Siria se había deteriorado mucho desde los grandes días de su abuelo Tutmosis I. Había surgido una nueva potencia.

Dos siglos antes, un pueblo no semita, los hurritas, habían llegado desde el norte. Es posible que fuera su presión la que pusiese a las tribus semíticas de Siria en movimiento y las empujase hacia el sur, contra Egipto, instaurando la dominación de los hicsos. Sin duda, entre éstos se encontraban contingentes hurritas.

Sin embargo, los hurritas se asentaron principalmente al norte del alto Eufrates, donde consolidaron lentamente un fuerte reino conocido como Mitanni, que se extendía a través de los tramos superiores de los ríos Tigris y Eufrates. Su esfera de influencia llegó casi hasta los enclaves sirios del Imperio egipcio, lo que representó un nuevo y gran peligro para la influencia egipcia en la zona.

Un rey egipcio fuerte tal vez hubiera avanzado hacia el norte en una especie de guerra preventiva para evitar que esto sucediera, pero la política pacifista de Hatshepsut, por beneficiosa que fuera para el propio Egipto alentó potenciales disturbios en las distintas fronteras del Imperio.

Cuando Tutmosis III accedió al trono, los príncipes cananeos de Siria pensaron que había llegado el momento de acabar con el señorío egipcio. La historia anterior del nuevo faraón que lo presentaba como un rey títere, dominado por una mujer, les dio todas las razones para pensar que podía ser un incompetente en la guerra. Además, tras ellos, alentándolos, sin duda, con dinero y promesas de ayuda militar, se encontraba el nuevo y brillante reino de Mitanni, robustecido por recientes conquistas.

Pero Tutmosis III reaccionó al instante y con violencia marchó hacia el interior de Siria y se enfrentó a la coalición armada de las ciudades cananeas en Megiddo, la «Armagedón» bíblica, que se encontraba a unas cincuenta millas de la ciudad que llegaría a ser famosa en el mundo entero con el nombre de Jerusalén. En este lugar, Tutmosis obtuvo una gran victoria y, a continuación, inició un sistemático e infatigable esfuerzo para completar la labor de una vez por todas.

La ciudad de Kadesh, a unas 120 millas al norte de Megiddo, que era el corazón y el espíritu de la coalición combatía encarnizadamente. Aunque le costó seis campañas,

finalmente Tutmosis III alcanzó y tomó Kadesh en el 1457 a. C.

Tras Kadesh se encontraba la todavía poderosa amenaza de la propia Mitanni. Tutmosis III llevó a cabo once campañas más, avanzó hacia el Eufrates, tal como había hecho Tutmosis I (pero contra una oposición mucho mayor), lo cruzó, como no había logrado hacer su abuelo, e invadió el reino de Mitanni. Victorioso como siempre, sometió a Mitanni a tributo.

Este fue el punto álgido del prestigio militar egipcio, y en ocasiones Tutmosis es llamado Tutmosis el Grande o el Napoleón de Egipto. Si la pericia militar lo hubiese sido todo, Tutmosis podría ser considerado, sin más, un general competente. Sin embargo, la administración nacional fue firme y eficiente y la prosperidad de Egipto se engrandeció tanto como su poderío militar. Por ello Tutmosis III puede ser considerado como el faraón más grande de todos.

Tutmosis III murió en el 1436 a. C., tras haber reinado durante treinta y tres años. El impulso que logró dar a Egipto le hizo conservar su magnífico auge durante tres cuartos de siglo y su población tal vez alcanzó cotas cercanas a los cinco millones.

Amenhotep II, Tutmosis IV y Amenhotep III fueron el hijo, nieto y bisnieto de Tutmosis el Grande y salvaguardaron con éxito la herencia del gran faraón. No hicieron ningún intento para extender el imperio y quizá no habría sido prudente hacerlo, ya que el Egipto de la época muy probablemente se extendía hasta donde podía hacerlo sin peligro. Las líneas de comunicación no habrían resistido una ulterior expansión.

Tutmosis IV persiguió una deliberada política de paz con Mitanni y trató de hacer que esta paz fuese estable, abandonando el exclusivismo egipcio hasta el punto de casarse con una princesa mitanni. Y terminó también el último obelisco planeado por Tutmosis III, ese monstruo que se halla hoy en Roma.

Bajo el gobierno de Amenhotep III, el hijo de la reina mitanni y de Tutmosis IV, la prosperidad egipcia alcanzó sus cotas más elevadas. Amenhotep III, que accedió al trono en el 1397 a. C. y que reinó durante treinta y siete años, prefirió el lujo en el interior a la lucha en el exterior, lo cual también benefició a Egipto. Sus predecesores habían embellecido Tebas sin cesar y habían ampliado el templo de Amón. El rey continuó su labor, utilizando el dinero de los tributos que le llegaban de todos los rincones del imperio.

Al parecer estuvo muy enamorado de su reina Tiy, procedente también de Mitanni. La asoció a él en las inscripciones monumentales y construyó para ella un lago de recreo, de una milla de largo, en la orilla occidental del Nilo.

Tras la muerte del rey se edificó en su honor un espléndido templo, cuya entrada estaba flanqueada por dos grandes estatuas suyas. La situada más al norte, tenía la propiedad de emitir una nota alta poco después del amanecer. Sin duda existía un dispositivo interno colocado allí por los sacerdotes de Amón para impresionar a los incautos. Y, con toda seguridad, los devotos resultaron impresionados, del mismo modo que los viajeros griegos posteriores.

Está claro que a los griegos debieron llegarles bastante pronto rumores sobre estas asombrosas estatuas, que, al parecer, inspiraron uno de sus mitos. Entre las leyendas griegas referentes a la guerra de Troya (que tuvo lugar siglo y medio después de la época de Amenhotep III), hay una relacionada con un rey de Etiopía, nombre que bien puede haber sido utilizado para referirse a Tebas y a los lejanos tramos meridionales del Nilo, que por aquel entonces se encontraban bajo dominación egipcia. Este rey, llamado Memnón, luchó a favor del bando troyano y se lo suponía hijo de Eos, diosa del amanecer. Fue muerto por Aquiles y se cree que la estatua norte de Amenhotep III es el propio Memnón que «canta» para llamar a su madre con un grito cada mañana.

6. La caída del imperio

El reformador religioso

La gloria de Egipto resultó comprometida por la reina Tiy, esposa de Amenhotep III y la madre del nuevo faraón, Amenhotep IV. Era una mujer mitanni y, según parece, no simpatizaba con el sistema religioso egipcio, tan infinitamente complejo. Prefería sus propios ritos, más simples.

Es posible que su amante esposo (también él medio mitanni) la escuchara afectuosamente, e incluso estuviese de acuerdo con ella. Sin embargo, poco podía hacer, ya que ello hubiera significado oponerse al poderoso clero que había gobernado a los píos egipcios durante siglos y que ahora había acumulado tanto poder que ni siquiera un faraón podía superar.

Pero Tiy debió de hacer algunos conversos, pues el hálito de una nueva religión se hizo sentir en los últimos años de Amenhotep III. Naturalmente, el primer converso de Tiy fue su propio hijo, y algunos otros debieron seguir este camino, por los beneficios que pudiera reportarles el estar del lado de la «verdadera religión» cuando el nuevo faraón se sentase en el trono.

Mientras vivió Amenhotep III su hijo poco pudo hacer, pero cuando el viejo rey murió en el 1370 a. C, el nuevo rey (de ascendencia mitanni por tres de los cuatro costados) comenzó a poner en práctica las nuevas ideas que había recibido de su madre y que, quizá, había ido elaborando por sí mismo.

Abandonó incluso su propio nombre, Amenhotep, pues conmemoraba a Amón (significaba «Amón está complacido») uno de los dioses egipcios que él despreciaba como mera superstición. Su dios era el glorioso sol, que adoraba de un modo distinto al de los egipcios. Lo adoraba no como a un dios, en el sentido habitual de representarlo bajo forma humana o animal, sino que era el mismo disco del sol lo que veneraba, el fulgurante y redondo sol, que imaginaba emitiendo rayos que terminaban en manos; manos que derramaban los favores divinos de la luz, del calor y de la vida sobre la tierra y sus habitantes (lo que, desde un moderno punto de vista científico, no es una idea del todo equivocada).

El rey llamó Atón al disco solar, y se nombró a sí mismo Ajenatón (también llamado Ijnatón o Akhenatón), que significa «agradable a Atón».

Ajenatón, como se lo conoce en la historia, tenía intención de imponer sus creencias a los egipcios. Fue el primer «fanático» religioso conocido de la Historia, a menos que contemos a Abraham, el cual, según la leyenda judía, destrozó los ídolos de su ciudad natal de Ur por convicciones religiosas, unos seis siglos antes de Ajenatón.

Ajenatón construyó templos para Atón y preparó un ritual completo para el nuevo dios. Existe por otra parte un hermoso himno al sol, que se encontró esculpido en la tumba de uno de sus cortesanos. La tradición lo atribuye a la imaginación del propio faraón, y es un himno que suena casi como un salmo bíblico[4].

---

[4] Así reza una traducción parcial del himno:

"Tú estás en mi corazón
Y no hay nadie más que te conozca
Salva a tu hijo...
El mundo existe por tu mano...
Tú eres la vida para ti mismo
Todos viven a través de ti...
Ya que tú creaste la tierra

En realidad, el entusiasmo de Ajenatón por Atón era tan grande que no se contentó simplemente con añadirlo a los demás dioses egipcios, o incluso con convertirlo en el dios principal del panteón egipcio, sino que decidió que Atón debía ser el *único* Dios y que todos los demás dioses debían ser eliminados. Se trata, pues, del primer monoteísmo de la Historia que conocemos, a menos que, de nuevo, aceptemos el monoteísmo de Abraham.

Hay quien arguye que el Moisés bíblico vivió en la época de Ajenatón y que el faraón egipcio recogió de aquel gran profeta algo así como una versión distorsionada del judaísmo. Pero podemos asegurar que esto no fue así, ya que no es posible que Moisés viviera en la época de Ajenatón, y si acaso vivió, sin duda lo hizo por lo menos un siglo más tarde. También hay quien afirma que Moisés adoptó la idea monoteísta de Ajenatón y que después le añadió ciertos refinamientos.

Sea cierto o no que Ajenatón enseñara a Moisés, en lo que fracasó fue en enseñar al pueblo egipcio. Los sacerdotes tebanos retrocedieron horrorizados ante un hombre al que sólo podían considerar como ateo y vil profanador de todo lo que era sagrado; un faraón más extranjero que egipcio, que podía compararse a los propios hicsos.

Sin ninguna duda, los sacerdotes arrastraron al pueblo tras de sí. Los egipcios habían sido educados en el amor a la belleza y magnificencia de los templos y al aterrador ritual creado por los sacerdotes. Y no querían de ninguna manera sustituir esto por una extraña mezcolanza de ideas acerca de un disco solar.

Ajenatón tuvo que conformarse con rendir culto al sol en el seno de su propia corte, en su familia y entre sus cortesanos más fieles. El principal consuelo provino sin duda de su esposa Nefertiti, mujer más conocida para la mayoría de las personas que su regio marido, y ello únicamente a través de una obra de arte. Y el propio arte, como podemos ver, también resultó completamente revolucionado durante el reinado del «monarca hereje». Desde los tiempos del Imperio Antiguo los egipcios habían empleado ciertos métodos estilizados para sus retratos. La cabeza tenía que ser representada de perfil, pero el cuerpo se retrataba de frente, con los brazos estirados, estrechamente pegados a los costados, y con las piernas y pies de nuevo de perfil. Las expresiones eran únicamente las correspondientes a una tranquila dignidad.

Con Ajenatón se impuso un nuevo realismo. Ajenatón y Nefertiti se representan en poses informales, en momentos de afecto, jugando con sus hijos. No se hizo ningún esfuerzo para ocultar que Ajenatón era un hombre bastante feo, carilargo, barrigudo y de muslos gruesos. (Todo este «arte moderno» debió conmocionar a los egipcios convencionales casi tanto como las excéntricas opiniones religiosas del faraón). Es posible que Ajenatón sufriese una afección glandular, pues murió cuando todavía era joven.

Pero la mejor obra de arte es un retrato, un busto de piedra caliza pintada, hallado en 1912 ante los restos de un taller de escultor, en las ruinas de lo que una vez fue la capital de Ajenatón, y que hoy se encuentra en el Museo de Berlín.

Se cree que es de Nefertiti y constituye sin duda, una de las obras de arte egipcias más exquisitamente bellas. Ha sido copiado y fotografiado infinidad de veces, y gran número de personas han podido admirar algún tipo de reproducción en alguna ocasión. Y ha llegado casi a fijarse en la mente de la gente como representación ideal de la belleza egipcia, lo que es más bien irónico, pues probablemente Nefertiti no era sino otra princesa asiática.

Y los haces crecer para tu hijo,
Que emergió de tu cuerpo:
El rey... Ajenatón...
Y su Esposa Principal... Nefertiti...»

Entre paréntesis, diremos que es bastante triste que el aparentemente idílico matrimonio formado por Ajenatón y Nefertiti no fuera, por lo que parece, muy duradero. En los últimos tiempos, Nefertiti cayó en desgracia y el rey se divorció de ella o la desterró.

Alterado y desanimado por la obstinada resistencia de los tebanos, Ajenatón tomó la desesperada decisión de abandonar la gran ciudad real. Con su familia, y con los cortesanos que había logrado convertir, decidió construir, en el 1366 a. C, una nueva capital, una ciudad pura dedicada, desde un principio, al nuevo culto. Eligió un lugar en la orilla oriental del Nilo, a medio camino entre Tebas y Menfis, y allí erigió Ajetatón (el «horizonte de Atón»).

En esta ciudad construyó templos, palacios y mansiones para sí mismo y para la nobleza leal. El templo de Atón era un edificio muy poco convencional, pues carecía de techo; así, el sol que adoraba podía lucir libremente en el interior del templo edificado en su honor.

En Ajetatón, Ajenatón se retiró del mundo real, y se rodeó de otro artificial —un mundo en que había triunfado su versión de la religión—, y se consagró a perseguir al antiguo clero, y a ordenar que el nombre de Amón fuese borrado de los monumentos, y suprimidas las referencias a los «dioses» en plural.

La monomanía de Ajenatón lo apartó de todo otro interés que no fuera el religioso, haciéndole descuidar los asuntos militares y los problemas exteriores. Estos últimos eran apremiantes, pues las incursiones de los nómadas tocaban ya Siria por el este. A Ajenatón le llegaban constantemente mensajes de sus generales y virreyes de Siria, informándole sobre la peligrosa situación y solicitando refuerzos.

Por lo que parece, Ajenatón ignoró todas las demandas de auxilio. Quizá era un pacifista convencido y sincero que no quería luchar. Quizá pensaba que la única batalla verdadera era la religiosa y que todo lo demás era secundario. O quizá pensaba que si Egipto sufría, merecía estos sufrimientos por haber rechazado lo que él consideraba la verdadera fe.

Cualquiera que fuese la razón, el prestigio exterior de Egipto experimentó un declive desastroso, y todo lo ganado y conservado por Tutmosis III y sus sucesores en el siglo anterior acabó perdiéndose. Al parecer fue durante el reinado de Ajenatón cuando diversas tribus de habla hebrea formaron naciones en las fronteras de Siria. Estas tribus se denominaban Moab, Ammón y Edom, nombres con los que estamos familiarizados gracias a la Biblia.

Más importancia que estos exiguos grupos tribales del desierto, que apenas eran algo más que pequeñas molestias para el poderoso Egipto, revistió el surgimiento, en el norte, de una nueva gran potencia.

En el Asia Menor oriental un pueblo que hablaba una lengua indoeuropea (familia lingüística a la que pertenecen la mayoría de los actuales idiomas europeos) se había convertido gradualmente en una nación fuerte. Eran los hatti, como los llamaban los babilonios, los hititas de la Biblia, y es por este nombre por el que se los conoce generalmente.

Durante el tiempo en que Egipto había estado bajo el yugo hicso, los hititas habían gozado de un período de poderío bajo monarcas eficientes. Este es el período del «Imperio Antiguo» hitita, que se prolonga del 1750 al 1500 a. C. Sin embargo, el surgimiento de Mitanni provocó el declive de este Imperio Antiguo, y en tiempos de Hatshepsut los hititas eran tributarios de Mitanni. Cuando el poderío de Mitanni fue quebrado por Tutmosis III, los hititas volvieron a tener una oportunidad, recobrando el terreno perdido, y ganándolo a medida que Mitanni lo perdía.

En el 1375 a. C., un monarca, que tenía el «líquido» nombre de Shubbiluliu subió

al trono hitita. Este reorganizó el país con sumo cuidado, estableciendo un poder central y reforzando al ejército. Cuando Ajenatón accedió al trono egipcio y comenzó a preocuparse por —y a preocupar al pueblo egipcio— con controversias religiosas, Shubbiluliu vio llegada su oportunidad. Inició una enérgica campaña contra Mitanni, que por aquel entonces era aliada o, en realidad, títere de Egipto.

Mitanni solicitó ayuda de Egipto, pero ésta nunca llegó. Así declinó rápidamente y en el transcurso de un siglo desapareció de la historia, dejando su lugar al poderoso «Imperio Nuevo» hitita que ahora se enfrentaba a Egipto amenazadoramente.

El fracaso de la reforma

Ajenatón murió en el 1353 a. C., dejando tras de sí a seis hijas pero a ningún hijo. Dos de sus yernos reinaron durante breve tiempo tras su muerte, e incluso en el curso de estos cortos períodos de tiempo las transformaciones intentadas por el reformador comenzaron a malograrse y a desaparecer como si nunca hubiesen existido; quedaba el daño irreparable que la controversia religiosa había ocasionado a Egipto.

Los conversos de la religión de Ajenatón abandonaron rápidamente la nueva religión. La ciudad de Ajetatón fue gradualmente abandonada, desmantelada y se dejó que se hundiera en el polvo como si fuese una morada de perversos demonios.

Los sacerdotes de la antigua religión recuperaron su poder progresivamente y volvieron a cambiarlo todo. Tutanjatón, el segundo yerno de Ajetatón que llegó a reinar y que fue faraón del 1352 a 1343 a. C., cambió su nombre por el de Tutankhamón, como testimonio faraónico oficial de que Amón había vuelto a su puesto de dios principal.

Con todo, quedó un eco de Ajenatón que repercutiría hasta los tiempos recientes. En el lugar de la desaparecida Ajetatón se encuentra hoy la ciudad de Tell el-Amarna. En 1887, una campesina descubrió un escondrijo que contenía unas trescientas tablillas de arcilla con inscripciones cuneiformes (la escritura de Babilonia que ya entonces los arqueólogos comprendían bien). Resultaron ser mensajes de los reyes asiáticos de Babilonia, Asina y Mitanni a la corte real egipcia —y también de los príncipes vasallos de Siria, que pedían ayuda ante la presión de los nómadas invasores—.

En unos pocos años se iniciaron cuidadosas excavaciones en la zona. Como Ajetatón había sido edificada a partir de la nada en territorio virgen y debido a que la ciudad había sido abandonada para siempre, tras la muerte de Ajetatón, y puesto que ninguna edificación posterior se había vuelto a construir en aquel lugar, constituyó un hallazgo de valor inestimable para determinar la amplitud de la reforma religiosa intentada por Ajenatón, por no hablar de los detalles referentes a la diplomacia y a los acontecimientos militares de la época.

De hecho, fue tan completo el deseo clerical de venganza y tan perfecta su laboriosidad para suprimir todos los vestigios de Ajenatón de las estructuras monumentales de Egipto, que si no hubiéramos encontrado estos registros, habríamos terminado por saber muy poco, o nada, acerca de esta importante época para la historia de Egipto y de la religión. Las «cartas de Tell el-Amarna» constituyeron el descubrimiento egipcio más importante después de la Piedra de Rosetta.

El yerno de Ajenatón, Tutankhamón, posibilitó otro gran descubrimiento, un gran tesoro —y en esta ocasión en sentido literal—. En sí mismo fue un faraón sin ninguna importancia. Sólo contaba doce años cuando accedió al trono y escasamente superaba los veinte cuando murió. Con todo, tras su muerte recibió los suntuosos funerales usuales.

Su tumba fue saqueada una vez, pero por suerte, sus ladrones fueron capturados durante el robo y obligados a devolver el botín. Quizá se difundió la noticia de la forzada devolución y por ello la tumba no fue forzada de nuevo. Dos siglos más tarde, cuando se estaba excavando una tumba para otro faraón, las piedras fueron dispuestas de tal forma

que cubrieran la entrada de la tumba de Tutankhamón.

Así permaneció cubierta e intacta. Hacia el 1000 a. C, había sido saqueada cada pirámide conocida y cada tumba excavada en la roca. Ningún tesoro permaneció en su sitio, excepto el de Tutankhamón.

En 1922 una expedición arqueológica británica, bajo la dirección de Lord Carnarvon y Howard Carter, descubrió accidentalmente la tumba y desenterró el tesoro, suntuoso y magnífico. Aparte de su grandiosidad y de su utilidad para el estudio de la cultura del antiguo Egipto, el principal interés del descubrimiento reside en la forma en que dio lugar al mito de la «maldición del faraón». Lord Carnarvon murió menos de un año después del descubrimiento como resultado de una picadura de mosquito infectada complicada con una neumonía. Todos los suplementos dominicales reprodujeron la noticia y suscitaron atemorizados, una polémica al respecto, pero es bastante poco probable que la muerte tenga nada que ver con ninguna maldición del faraón.

Tras el desastroso fracaso de Ajenatón, la Dinastía XVIII que había proporcionado a Egipto dos siglos de gloria, fue deslizándose hacia un lastimoso final. A Tutankhamón le sucedió un faraón llamado Ay, que trató de mantener las creencias de Ajenatón, pero éste era un intento completamente desesperado.

La liquidación final del culto de Atón fue encomendada por el implacable clero a un general. Por lo común, los generales constituyen una fuerza conservadora opuesta a los cambios sociales. A esto se añadía, en este caso, la exasperación por el declive del prestigio militar egipcio.

Un general llamado Horemheb se convirtió en faraón en el 1339 a. C., sucediendo a Ay, y bajo su gobierno volvieron con toda su fuerza las viejas costumbres. En realidad, Horemheb no pertenecía a la Dinastía XVIII, pero, por lo general, se lo incluye como el último miembro de este linaje, pues había sido un oficial importante con Ajenatón y no fundó una dinastía reinante propia.

El orden fue restaurado y se enviaron expediciones egipcias para restablecer el imperio en Nubia. Sin embargo, no se intentó nada respecto a Siria. Shubbiluliu había muerto en el 1335 a. C., pero había dejado tras de sí un poderío hitita con el que Horemheb prefirió no enredarse.

Horemheb murió en el 1304 a. C., y uno de sus generales ascendió al trono con el nombre de Ramsés I (o Rameses I); éste era bastante viejo y sólo reinó un año aproximadamente. Fundó, sin embargo, una dinastía, por lo que se le considera el primer rey de la Dinastía XIX. Su hijo Seti I le sucedió en el 1303 a. C., y por fin los egipcios vieron cómo se recuperaba todo su poderío. El nuevo faraón invadió Siria e hizo sentir una vez más la fuerza de Egipto en aquella región. Pero no todo le fue tan fácil con los hititas, y hubo de llegar con ellos a una paz de compromiso. Consiguió también vencer a los libios. En el interior, edificó templos muy elaborados en Tebas y Abidos, ciudad situada a cien millas río abajo de Tebas. Construyó asimismo una elaborada tumba para sí mismo en el farallón donde dormían los reyes de la Dinastía XVIII (o donde deberían haber dormido si sus tumbas no hubieran sido saqueadas). Todo era como en los viejos tiempos; o, más bien, podía haber sido como en los viejos tiempos de no ser por la herencia dejada por el inestable período de Ajenatón. Los hititas seguían estando presentes y había que enfrentarse con ellos. Y esto iba a ser un problema para el hijo y sucesor de Seti I, un faraón que, sin duda, iba a ser el más llamativo de todos los que se habían sentado en el trono egipcio.

El gran egotista

Hijo de Seti I fue Ramsés II, que le sucedió siendo aún joven, en el 1290 a. C, y que reinaría durante sesenta y siete años, el reinado más largo de la historia egipcia, si

exceptuamos el de Pepi II.

Su reinado se caracterizó por una excepcional autoalabanza. El poder de Ramsés era absoluto, y cubrió Egipto, de un extremo a otro, con monumentos en su honor, con inscripciones que relataban jactanciosamente sus victorias y su grandeza. No vaciló tampoco en poner su nombre en monumentos más antiguos y en apropiarse de las hazañas de sus predecesores.

Amplió las ya vastas estructuras del enorme y complejo templo de Tebas (que hoy se conoce como Karnak), y levantó obeliscos y estatuas colosales en su honor. Una vez hecho esto, el complejo templo alcanzó prácticamente su forma definitiva, y fue el mayor templo (en tamaño) nunca construido, ni entonces ni ahora. Una sala, la Sala Hipóstila, es la mayor nave del templo, cubriendo 54.000 pies cuadrados. Su techo estaba sustentado por un verdadero bosque de gigantescas columnas —134 en total—, algunas de las cuales tenía 12 pies de grosor y 69 pies de altura.

Bajo su reinado, Tebas alcanzó su cenit, extendiéndose a ambos lados del Nilo, con un contorno de murallas de 14 millas de longitud y una gran acumulación de riquezas traídas de todos los confines del mundo civilizado. Otros pueblos, que vieron u oyeron rumores al respecto, quedaron sumidos en un maravillado temor.

Así, por ejemplo, Tebas es mencionada en la *Ilíada*, poema épico en el que el poeta griego Homero (que posiblemente lo compuso tres siglos después de la época de Ramsés II) cantaba la guerra de Troya, que tuvo lugar no mucho tiempo después de la muerte de Ramsés.

En el poema, Homero dice por boca de Aquiles, cuando éste rechaza los sobornos para volver a la guerra, que ninguna cantidad de dinero podía inducirle a hacerlo. «No, aunque me ofrecieran... todo lo que contiene la Tebas egipcia, que conserva los mayores tesoros del mundo, Tebas, con sus cien puertas, donde doscientos hombres salen por cada puerta con caballos y carros...»

Pero el tiempo, todo lo puede, y Tebas hace tiempo que desapareció, y el magnífico templo de Karnak está en ruinas, que no por imponentes dejan de ser sólo ruinas. Una de las estatuas de Ramsés, la mayor construida en Egipto, está hoy rota y derribada. Fue su caída *cabeza*, (o los informes referentes a ella) lo que inspiró al poeta inglés Percy Bysshe Shelley su escalofriante poema irónico «Ozymandias»:

Hallé a un viajero proveniente de un antiguo país
Que dijo: «Dos enormes y rotas piernas de piedra
Se elevan en el desierto... Cerca de ellas, en la arena,
Medio enterrado, yace un rostro destrozado, con enojados
Y fruncidos labios, y despectivo gesto de frío mando,
Cuentan que su escultor conocía bien estas pasiones
Que aún sobreviven, grabadas en estos objetos sin vida,
La mano que las escarneció, y el corazón que alimentó:
Y en su pedestal aparecen estas palabras:
"¡Mi nombre es Ozymandias, rey de reyes:
Contempla mis obras tú el Poderoso, y pierde toda esperanza!"
Nada queda de todo esto. Alrededor, las ruinas
De este colosal hundimiento, infinitas y desnudas
Solitarias y uniformes las arenas se extienden a lo lejos.»

No sólo fue en Karnak donde Ramsés II puso en práctica su enorme egocentrismo. Muy hacia el sur, a 120 millas río arriba, hacia la Primera Catarata, donde por lo general, no solían aventurarse los constructores egipcios, edificó un templo notable.

En la actualidad, en este lugar, se levanta la ciudad de Abú Simbel, adormecida a lo largo de siglos de olvido. La gran reliquia del pasado fue descubierta en 1812 por el explorador suizo Johann Ludwig Burckhardt. En una depresión del tajo halló cuatro enormes figuras sedentes de Ramsés II, cada una de ellas de 65 pies de altura. Estaban en compañía de estatuas menores de otros miembros de la familia real. Forman parte del templo erigido en honor de Ra, el dios-sol. El dios-sol era la divinidad favorita de Ramsés, y el propio nombre del faraón egipcio significa «hijo de Ra». El templo está orientado de forma que el sol naciente penetre en su interior y caiga sobre las estatuas de Ra, y Ramsés (¿quién otro podría ser?) está en el centro.

En 1960 comenzó a construirse una enorme presa cerca de la Primera Catarata, formándose un lago largo y ancho corriente arriba, a partir de la presa. El templo y las colosales estatuas de Abú Simbel habrían quedado bajo las aguas de no haberse hecho algo al respecto. Pero tras tremendos esfuerzos y enormes gastos, se pudo transportar la mayor parte de este complejo a terrenos más elevados. Si el espíritu de Ramsés hubiese podido contemplar esta operación, se habría sentido satisfecho, indiscutiblemente.

Fue tan impresionante la autoadoración de Ramsés, y la propaganda a su favor tan eficiente, que en ocasiones se le denomina Ramsés el Grande. Según mi modo de ver, sería más adecuado llamarlo Ramsés el Egomaníaco.

Militarmente, Ramsés II da la impresión de haber restaurado el gran imperio de Tutmosis III, pero la impresión es falsa. Sin duda, Nubia se encontraba bajo dominio egipcio, hasta la Cuarta Catarata, y los libios continuaban sometidos. Pero aún quedaba Siria y, en el norte de Siria, el poderío hitita.

En los primeros tiempos de su reinado Ramsés II marchó contra los hititas, y en el 1286 a. C. se enfrentó a éstos en la gran batalla de Kadesh, ciudad que un siglo antes había encabezado la coalición cananea contra Tutmosis III.

El desarrollo de la batalla es oscuro. El único relato que poseemos es la versión oficial de las inscripciones de Ramsés. Según parece el ejército egipcio fue cogido desprevenido y casi estuvo a punto de ser hecho pedazos por la avasalladora caballería hitita. Se había iniciado ya la retirada, y el propio Ramsés II y su guardia personal estaban siendo atacados. Pero, de repente, Ramsés, desechando toda precaución, determinó vencer o morir, y atacando al enemigo sin ninguna ayuda, lo mantuvo a raya hasta la llegada de refuerzos. Reanimados por el fantástico valor de su faraón, el ejército se recuperó, y transformó una derrota ya cantada en victoria, aplastando a los hititas.

Que se nos perdone si nos resistimos a creer todo esto. Ramsés era perfectamente capaz de contar toda clase de mentiras acerca de sí mismo, y no hay por qué tomar en serio la imagen del faraón en el papel de un Hércules o de un Sansón, luchando solo contra todo un ejército. Ni hay por qué creer que la batalla de Kadesh fuese realmente una gran victoria egipcia. Es muy dudoso que lo haya sido, pues el poderío hitita no disminuyó un ápice después de la batalla, y Ramsés tuvo que combatir a los hititas durante otros diecisiete años.

Lo más probable es que la batalla de Kadesh no fuese decisiva, o, en todo caso, constituyera una apretada victoria hitita. A pesar de la desmedida jactancia de Ramsés II, Egipto acabaría firmando un tratado de paz en el 1269 a. C., en el que se reconocía la dominación hitita en el sur del Eufrates, y por el que la soberanía egipcia quedaba limitada a la porción de Siria más próxima a Egipto. Ramsés se conformó con incorporar una princesa hitita a su harén, como forma de sellar el contrato, y el resto de su reinado se desarrolló bajo el signo de la paz.

Así pues, aunque *pareciese* que Ramsés II era Tutmosis III redivivo, y que con él Egipto logró recuperar su máximo poderío, no fue así. Tutmosis III tenía en el norte a un Mitanni derrotado y tributario; Ramsés II tenía allí a un poderoso e invicto imperio hitita.

Con todo, la larga y sangrienta guerra entre las dos potencias fue fatal para ambas. Aunque parecían fuertes, su vigor interno había quedado absolutamente socavado por la prolongada lucha, y ninguna de las dos estaba ya en condiciones de resistir los golpes de cualquier adversario nuevo y robusto.

Según la tradición, Ramsés II es el «Faraón de la Cautividad», el que, según el *Libro del Éxodo de* la Biblia, esclavizó a los israelitas, sometiéndolos a penosas tareas. Una de las razones para pensar así es el comentario según el cual los israelitas «edificaron para el faraón las ciudades almacenes de Pithom y Raamses» *(Éxodo,* 1:11).

Esto parece bastante posible. La Dinastía XIX parece tener su origen en la porción oriental del Delta, donde los israelitas, según la leyenda bíblica, vivían en Goshen. Ramsés dedicó natural atención a su territorio patrio, edificando un templo en Tanis, cerca de la desembocadura más oriental del Nilo, y elevando en su interior un coloso de 90 pies que (obviamente) representaba al propio faraón. Construyó también elaborados palacios y almacenes (no «ciudades de tesoros» como se tradujo equivocadamente en la versión del rey Jacobo) a los que se refiere la Biblia. Ramsés debió utilizar estos almacenes para aprovisionar a sus ejércitos durante las campañas de Siria contra los hititas. Y no hay duda de que para su construcción empleó trabajadores forzados locales.

La prolongada duración del reinado de Ramsés II, como en el caso de Pepi II, fue funesta para Egipto. El vigor de Ramsés declinó; deseaba descansar. La nobleza aumentó su poder y el ejército decayó. Cada vez más, Ramsés optaba por nutrir a sus ejércitos con extranjeros mercenarios, que combatían a cambio de un sueldo, en vez de hacerlo por deber y patriotismo.

Esta ha sido una trampa en la que han caído repetidamente a lo largo de los siglos naciones prósperas y seguras. Los ciudadanos, ricos y acomodados, no ven ninguna utilidad en soportar la dureza de la vida militar, cuando hay extranjeros ansiosos de hacerlo en su lugar por una paga. Es más sencillo darles un poco de dinero, del que hay gran cantidad, que privarse de tiempo y comodidad, de los que nunca hay bastante. Para los gobernantes, además, los mercenarios son preferibles incluso a los soldados nativos, ya que los primeros pueden enfrentarse con mayor seguridad y sin piedad a los desórdenes internos.

Pero todas sus posibles ventajas son infinitamente inferiores a sus grandes desventajas. En primer lugar, si la nación atraviesa tiempos difíciles y no puede pagar a sus mercenarios, estos soldados pueden saquear alegremente lo que esté a su alcance y provocar mayor terror y peligro en el país que un enemigo invasor. En segundo lugar, cuando los gobernantes comienzan a depender de los mercenarios para sus guerras y de sus guardias de corps, acaban convirtiéndose en instrumentos de estos mercenarios, no pueden dar un paso si aquéllos no lo aprueban y, al final, se ven reducidos a la condición de marionetas o cadáveres. Esto ha sucedido una y otra vez a lo largo de la historia.

El fin de la gloria

Por fin, Ramsés II terminó su largo reinado en el 1223 a. C., muriendo a una edad próxima a los noventa años. Su muerte pareció llegar en un gran momento. El imperio estaba más extendido que nunca, y precisamente su enemigo más importante comenzaba a debilitarse inesperadamente. Esto no se debió a ningún esfuerzo directo de Egipto, sino más bien a los efectos de la inestabilidad interna y de la guerra civil. Por otro lado, Egipto era rico, próspero y estaba en paz. El propio Ramsés, que había tenido numerosas esposas, dejó tras de sí una verdadera multitud de hijos e hijas.

El sucesor de Ramsés fue Merneptah, su decimotercer hijo. Merneptah, que ya tenía sesenta años, intentó proseguir la política de su padre. Reprimió las rebeliones de la porción egipcia de Siria y, al hacerlo, inscribió el nombre de Israel, por primera vez, en la

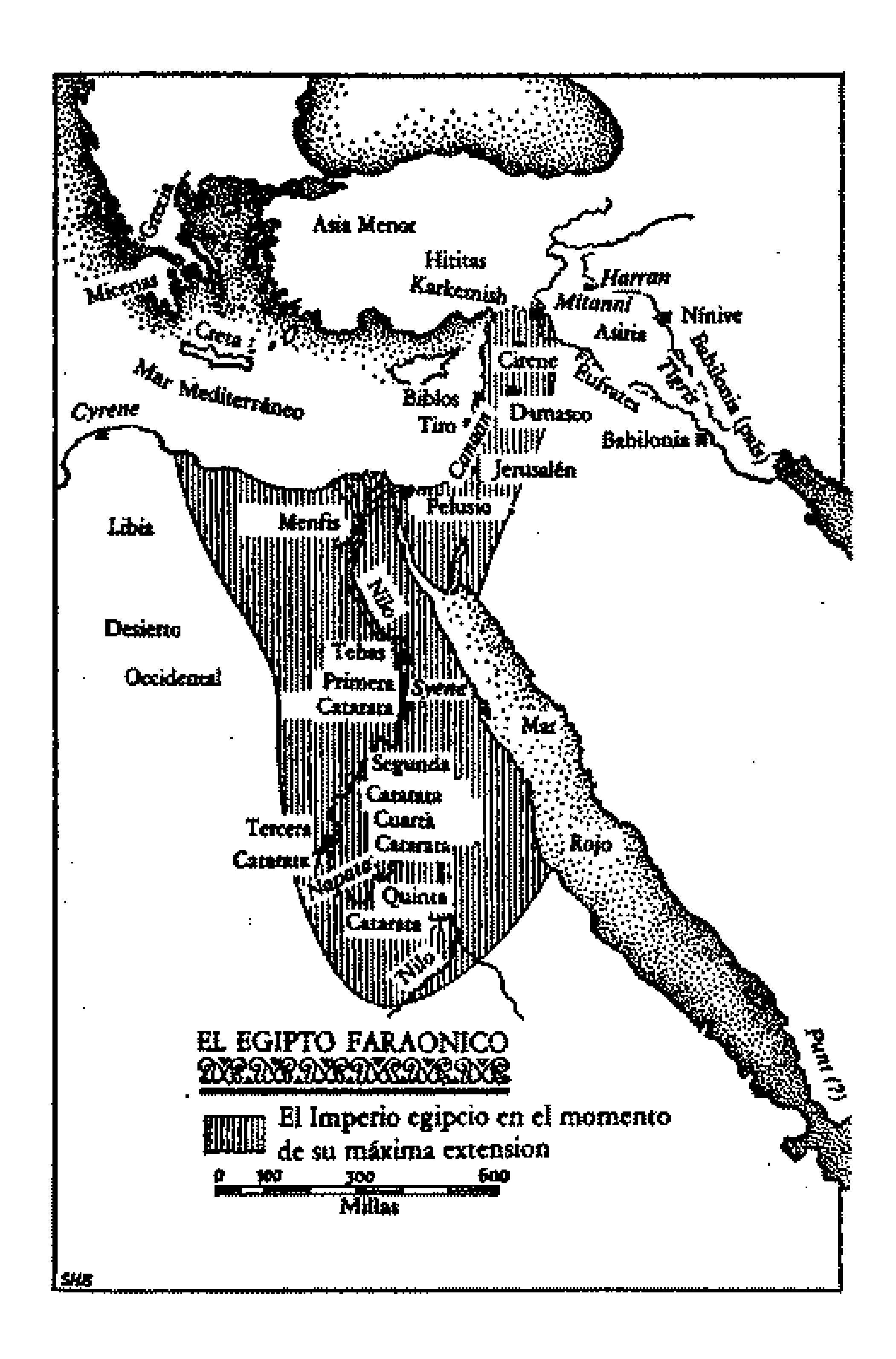
historia.

Al parecer, como en tiempos de Ajenatón, nómadas del desierto, provenientes del este, estaban acercándose en masa hacia las ciudades cananeas. Los nómadas eran esta vez el pueblo que posteriormente entraría en la Historia con el nombre de israelitas. Estos hallaron en su camino a las ciudades cananeas, rodeadas por los reinos de Ammón, Moab y Edom, fundados en la época de Ajenatón por poblaciones emparentadas con los israelitas. En este caso la sangre no resultó ser más espesa que el agua y los reinos ya establecidos se opusieron a los recién llegados. Parece ser que el ejército de Merneptah tomó parte en la lucha y obtuvo una victoria, pues en la inscripción de Merneptah éste se jacta del hecho de que «Israel está arrasado y no tiene semillas». En otras palabras, su potencial humano fue destruido. Es evidente que esto no era sino una de las exageraciones propias de todos los partes de guerra oficiales.

Según parece, Merneptah dirigió campañas triunfantes también en Lidia; pero la chispa se encendió y provino de un lugar completamente inesperado. Los invasores cayeron sobre Egipto desde un lugar que se había dado por seguro durante miles de años: desde el mar.

Los egipcios no habían sido nunca un pueblo marinero y siempre habían vivido en paz con los cretenses, pueblo de navegantes. Sin embargo, la civilización cretense había difundido su cultura en el continente europeo, hacia el norte, en la región que conocemos como Grecia. Durante el período de la dominación de los hicsos sobre Egipto pueblos de habla griega habían erigido bellas ciudades en el continente y habían adoptado las formas de vida cretenses.

Pero mientras que Creta, cuya riqueza dependía del monopolio del comercio mediterráneo, había seguido siempre caminos pacíficos, no ocurría lo mismo con las tribus griegas del continente. Luchaban entre sí violentamente y se hallaban siempre en peligro de ser invadidos de nuevo por otras tribus del norte. Erigieron ciudades con espesísimas murallas; la principal se llamó Micenas, por lo que este primer período de la historia griega se denomina Época Micénica.



Los micénicos, envueltos en continuas guerras, desarrollaron depuradas técnicas militares, y una vez hubieron aprendido a construir barcos, se aventuraron por los mares, y la propia Creta no fue capaz de hacerles frente. Mientras Egipto atravesaba un período de poderío, en el momento de apogeo de la Dinastía XVIII, los piratas micénicos completaron la conquista y ocupación de Creta.

Pero los piratas se hallaban muy distantes, al otro lado de lo que a los egipcios les parecía un vasto e insalvable brazo de agua salada. Nadie temía nada en el confiado Egipto de los días imperiales.

Y los egipcios continuaron sintiéndose seguros frente a esas gentes del norte

durante los dos siglos posteriores a la ocupación micénica de Creta. Y esta situación podía haber continuado por más tiempo, pero los propios micénicos sufrían presiones desde el norte, donde habitaban otras tribus de habla griega más primitivas, que aún no habían sentido el influjo suavizante de la civilización cretense. Lo que sentían, en cambio, era el duro impulso del hierro.

Durante dos mil años las armaduras se habían fabricado con bronce, aunque el hierro se había utilizado para hacer escudos más duros, puntas más aguzadas y duraderas y filos más cortantes. El problema era que el hierro resultaba ser un metal excesivamente raro, que se obtenía únicamente de forma muy ocasional, cuando se encontraban meteoritos. El hierro podía obtenerse en minas en terreno rocoso, como el cobre, pero de manera no tan fácil como éste. Se necesitaba alcanzar mayores temperaturas y una técnica más complicada.

Parece ser que fueron los hititas los primeros que idearon un método práctico para fundir el mineral de hierro. Los conocimientos referentes a esas técnicas se difundieron pronto, y los ejércitos comenzaron a recibir pequeñas remesas de armas de hierro. Las primitivas tribus griegas, llamadas dorias, poseían algunas armas de hierro, lo que multiplicaba su presión sobre los micénicos.

Los micénicos, viendo que las cosas en el norte se ponían cada vez más difíciles, encontraron un alivio en la expansión hacia el sur y el este. La guerra de Troya tuvo lugar en tiempos de Merneptah, o muy poco después, y se debió probablemente a un empuje micénico hacia el este. Otras bandas de piratas se desplazaron hacia el sur, desembarcando en las costas libias. Con la decidida ayuda de las tribus libias comenzaron a efectuar incursiones en las ricas tierras egipcias. (Las leyendas griegas nos cuentan cómo Menelao, rey de Esparta, cuando volvía de la guerra de Troya, pasó algún tiempo en Egipto, lo que quizá sea un borroso recuerdo de las antiguas hazañas realizadas en las costas africanas.)

En realidad, toda la orilla oriental del Mediterráneo se hallaba en llamas. Los frigios, pueblo del oeste de Asia Menor, arremetieron hacia el este contra una nación hitita desgarrada y ensangrentada, que estaba casi al borde del suicidio a causa de una guerra civil. Los frigios completaron la tarea de la contienda civil y hacia el 1200 a. C, el imperio hitita, que por algún tiempo había disputado a Egipto el liderazgo del mundo civilizado, llegaba a su fin y desapareció, como fuerza de importancia, de la Historia. (Con todo, las ciudades hititas subsistieron en Siria, y uno de los soldados del ejército del rey David de Israel fue, dos siglos después, Uriah el Hitita).

Egipto atravesaba un período de caos como resultado de las incursiones de estos «Pueblos del Mar»: el único nombre que supieron darles los confusos egipcios. Pero a diferencia del reino hitita, Egipto, vacilante y con los ojos vidriosos como consecuencia de los esfuerzos realizados para rechazar a los pueblos del mar logró sobrevivir. Jamás volvería a ser todo igual que antes.

Según la tradición, Merneptah fue el «Faraón del Éxodo», aquel sobre el que se abatieron las plagas concitadas por Moisés, y aquel que resultó ahogado en el mar Rojo.

Puede que algo de esto fuera cierto, y que la historia de las plagas se originase en el borroso recuerdo de la catástrofe que sacudió a Egipto tras el desembarco de los piratas y el saqueo del país.

En realidad, durante los desórdenes, algunos de los esclavos asiáticos del país pudieron muy bien aprovechar la oportunidad para huir y unirse a sus parientes que estaban intentando conquistar Canaán.

Aunque mucha gente acepta las narraciones bíblicas al pie de la letra, el hecho indiscutible es que en ninguno de los escritos históricos egipcios conocidos se menciona a los israelitas esclavizados, a Moisés o a las plagas bíblicas. Y, ciertamente, tampoco hay

referencia alguna a un faraón ahogado en el mar Rojo.

Pero, aunque los detalles bíblicos se consideran exageraciones legendarias surgidas con la transmisión oral de las historias, es posible que el núcleo básico sea real; es decir, que los asiáticos entraran en Egipto durante la época de los hicsos, fueran esclavizados durante el Imperio Nuevo y tratados con especial dureza bajo Ramsés II, y que escaparon en tiempos de Merneptah para unirse a los israelitas que estaban atacando a las ciudades cananeas.

En realidad podemos preguntarnos incluso si el culto de Atón establecido por Ajenatón pudo sobrevivir a lo largo de siglo y medio, transcurrido desde la época del rey herético. ¿Pudo vivir una minoría religiosa, despreciada y perseguida, de manera tan humilde y vil como para no ser mencionada en los anales e inscripciones oficiales? ¿Encontraría audiencia entre los esclavos asiáticos, también despreciados y perseguidos? Y cuando los asiáticos partieron, ¿se llevaron consigo la noción de un dios único, noción que llegaría a arraigar entre los israelitas y que, a través de ellos, se difundiría entre cientos de millones de personas a lo largo de los siglos? ¿Quién puede decirlo?

Merneptah murió en 1211 a. C, y durante los siguientes veinte años le sucedieron varios reyes débiles y oscuros.

No obstante, una vez más, surgió un egipcio adecuado a la ocasión; y una vez más, pareció que Tebas iba a ser el núcleo sano para un nuevo renacimiento. El gobernador de Tebas, que decía ser descendiente de Ramsés II, accedió al trono en el 1192 a. C., fundando así la XX Dinastía. Logró doblegar a los nobles y establecer su dominio sobre todo Egipto, dejando un país unificado a su hijo Ramsés III, que subió al trono en el 1190 a. C.

Ramsés III reinó durante treinta y dos años, y representó un último aliento de vigor autóctono, que era precisamente lo que se necesitaba en ese momento, pues Egipto se encontró con que tenía que enfrentarse a otra invasión de Pueblos del Mar. Esta vez los invasores se veían engrosados por un grupo llamado Peleset en las inscripciones, y que eran, casi con toda seguridad, los filisteos de la Biblia. Este contingente desembarcó en la costa meridional del Asia Menor, proveniente quizá de Chipre, isla situada a setenta millas al sur de esa costa.

Los invasores saquearon a su paso las costas orientales del Mediterráneo, entrando en Egipto desde Siria como en su día habían hecho los hicsos. Sin embargo, no lograron coger a Ramsés III por sorpresa y éste los derrotó totalmente. Para conmemorar la victoria se grabaron escenas de la batalla en los muros de los templos. Uno de estos bajorrelieves muestra a los navíos egipcios combatiendo contra los de los filisteos —lo que es una de las primeras representaciones de una batalla naval—.

Los derrotados filisteos fueron obligados a establecerse en la costa al nordeste de Egipto. Con todo, esta victoria representó la última boqueada de Egipto y el fin de su gloría. Desde este momento se replegó exhausto hacia el Nilo y su imperio se desvaneció. El Imperio Nuevo había terminado, tras cuatro siglos de poder, y ya no habría nunca más otro Imperio «Novísimo» de igual poderío.

Con un Egipto impotente, los israelitas irrumpieron a través del río Jordán, y comenzaron a dominar a las ciudades cananeas. Durante dos siglos israelitas y filisteos lucharían por el dominio a las mismas puertas de Egipto, y éste será incapaz de mover un dedo para intervenir en la lucha en un sentido o en otro.

7. Dominación extranjera

Los libios

Ramsés III murió en el 1158 a. C, y le sucedió una confusa serie de reyes, todos ellos llamados Ramsés (de Ramsés IV a Ramsés XI), todos sin importancia, todos débiles. Estos reyes son los Ramésidas.

Durante los ochenta años que reinaron estos Ramésidas (1158-1075 a. C), todas las tumbas de Tebas, excepto una, fueron saqueadas. Fueron robados incluso los tesoros funerarios del propio Ramsés II. Con ocasión del entierro de uno de estos Ramésidas —Ramsés IV, en el 1138 a.C.—, la tumba de Tutankhamón, que había gobernado dos siglos antes, quedó eficazmente cubierta, lo que le permitió permanecer intacta hasta los tiempos modernos.

A medida que el poder de los faraones declinaba, el de los sacerdotes aumentaba. La victoria del clero sobre Ajenatón había arrojado una sombra sobre la corona, desde entonces. Incluso Ramsés II hubo de andar con cautela en lo que respecta a los derechos de los sacerdotes. Durante las Dinastías XIX y XX cada vez más tierras, campesinos y riquezas habían ido a parar a manos de éstos. Y como el poder de una religión arraigada desde mucho tiempo atrás tiende a ser conservador e intransigente, esto resultó ser un mal asunto para el país.

Los Ramésidas fueron marionetas en manos del clero que, probablemente, recordaba que bajo la dominación de los hicsos los sacerdotes de Amón gobernaron sobre Tebas y el Alto Egipto. Cuando, finalmente, Ramsés XI murió en el 1075 a. C., no ocupó su trono ningún sucesor directo. En cambio, el sumo sacerdote de Amón que era también el jefe del ejército, puso en práctica lo que ya era una realidad, autoproclamándose gobernante de Egipto. Pero no llegó a ser soberano de un reino unificado.

En la región del Delta apareció un segundo grupo de gobernantes, cuya capital fue Tanis, la ciudad de Ramsés II. Este linaje de príncipes tanitas fueron denominados por Manetón Dinastía XXI.

Egipto era en este momento más débil que nunca pues estaba dividido, y la labor que Menes había llevado a cabo dos mil años antes parecía de nuevo destruida.

Lo único que se conoce con certeza acerca del Egipto de la Dinastía XXI es una aislada mención bíblica que, en sí misma, subraya el estado de deterioro en que había caído la poderosa tierra de Tutmosis III y de Ramsés II.

Durante la época de la Dinastía XXI finaliza la contienda en Siria. Los israelitas habían hallado a su líder en el guerrero judío David, y bajo su mando, los filisteos habían sido completamente derrotados, y sometidas las pequeñas naciones circundantes. Este fue uno de esos raros momentos en la historia en que las dos civilizaciones del Nilo y de la región del Tigris-Eufrates estaban atravesando un período de debilidad, dando la oportunidad al rey David de fundar un imperio israelita que llegaría a alcanzar desde la península del Sinaí hasta el curso superior del río Eufrates, abarcando virtualmente toda la orilla oriental del Mediterráneo. Incluso las ciudades costeras cananeas (es decir, fenicias), aun manteniendo su independencia, fueron aliados subordinados de David y de su hijo Salomón.

Bajo los reinados de David y de Salomón Israel fue más fuerte que la parte de Egipto gobernada por los monarcas de la Dinastía XXI. Egipto llegó a considerarse afortunado al aliarse con Israel, y el faraón cedió a una de sus hijas para el harén de Salomón (1 Reyes 3:1). El nombre del faraón no aparece en la Biblia, pero Salomón reinó entre el 973 y el 933 a. C, lo que coincide casi exactamente con los años del reinado de Psusennes II, el último rey de la dinastía egipcia.

Psusennes tuvo sus dificultades. Durante las sucesivas generaciones de debilidad egipcia, el ejército había ido dependiendo cada vez más estrechamente de tropas mercenarias, y en particular de mandos libios para que lo dirigieran. Es casi una evolución inevitable el que un ejército compuesto por mercenarios sea dócil solamente bajo el mando de un mercenario; y también el que los generales mercenarios dominen invariablemente el régimen, y en ocasiones lo derriben.

Durante el reinado de Psusennes II el comandante era un libio llamado Sheshonk. Su apoyo era absolutamente necesario a Psusennes, que se vio obligado a aceptar alianzas matrimoniales entre las dos familias. La hija del faraón casó con el hijo de Sheshonk —un signo fatal, pues demostraba claramente que el general abrigaba intenciones respecto al trono—. Es probable que Psusennes diese otra de sus hijas a Salomón, con la esperanza de poder contar con el apoyo israelita contra la posible usurpación del general.

Si fue así, el faraón quedó frustrado. En el 940 a. C., a la muerte de Psusennes II, Sheshonk ocupó el trono tranquilamente. En realidad, ¿quién iba a oponérsele, con su ejército mercenario controlando Tanis?

El nuevo faraón tomó el nombre de Sheshonk I, primer monarca de la Dinastía XXII. En ocasiones se la denomina la Dinastía Libia, aunque resulta engañoso llamarlo así. No hubo una verdadera conquista libia de Egipto, y los soldados libios que reinaron estaban asimilados a los modos egipcios.

Sheshonk estableció su capital en Bubastis, a unas treinta y cinco millas río arriba de Tanis. Volvió a unificar el valle del Nilo, recobrando el control sobre Tebas. Tras siglo y cuarto de división, Egipto volvía a ser una potencia unida.

Sheshonk trató de vincular a Tebas con el Delta convirtiendo a su propio hijo en sumo sacerdote de Amón.

Posteriormente dirigió su atención hacia Israel, cuya alianza con su antecesor le había ofendido probablemente. En un primer momento no recurrió al ataque directo, sino que se valió de la intriga. El norte de Israel se sentía a disgusto con el dominio de una dinastía de Judea, e intentó rebelarse. La rebelión fue aplastada pero su líder, Jeroboam, encontró asilo junto a Sheshonk. A la muerte de Salomón, en el 933 a. C., Sheshonk envió de nuevo a Jeroboam a Israel, donde esta vez la rebelión logró triunfar.

El breve imperio de David y de Salomón se desmoronó para siempre. La porción septentrional, la más extensa y la más rica, conservó el nombre de Israel y fue gobernada por reyes que no descendían de David. En el sur estaba el pequeño reino de Judá, centrado alrededor de Jerusalén, donde la dinastía de David retendría el poder durante más de tres siglos.

Sheshonk se halló frente a un reino de Judá muy disminuido, agitado por las revueltas, y estimó que no habría ningún peligro en lanzarse a una aventura exterior. Como Tutmosis III y Ramsés II cruzó el Sinaí. Pero esta vez el enfrentamiento no era con un poderoso Mitanni o con un Imperio hitita. Egipto no se habría atrevido a hacerlo en esta etapa de su historia. Era tan sólo el débil Judá a quien se atacaba. En el 929 a. C., pues, Sheshonk invadió este país con resultados que han sido registrados en la Biblia (donde el monarca egipcio es llamado Shishak). El faraón ocupó Jerusalén, saqueó el Templo y, sin ninguna duda, sometió a Judá a tributo durante algún tiempo.

Como consecuencia de todo ello, Sheshonk se consideró un conquistador, erigiendo monumentos en Tebas en los que se enumeraban sus conquistas. Incluso amplió el templo de Karnak y puede que fuera durante su reinado cuando se dieron los toques finales a la inmensa Sala Hipóstila.

Sin embargo, Sheshonk no fue sólo el primer rey de su dinastía, sino también el único que mostró algún vigor. Su sucesor, Osorkon I, subió al trono en el 919 antes de Cristo, y se encontró con un Egipto bastante rico y próspero, pero apenas pudo hacer algo

más que mantenerse. Tras su muerte, en el 883 a. C, se reanudó el inexorable declive.

El ejército era ingobernable, y sus generales estaban empeñados en apoderarse de todo lo que estaba a su alcance. Tebas se separó una vez más en el 761 a. C., y sus gobernantes fueron incluidos por Manetón en la Dinastía XXIII.

Tal era la triste situación de Egipto en estos momentos, cuando, por primera vez en su historia, el impulso conquistador venía de Nubia hacia el norte, en vez de hacerlo desde Egipto hacia el sur.

Los nubios

Bajo el Imperio Nuevo, Nubia había sido en la práctica una prolongación meridional de Egipto. Todos los hallazgos arqueológicos de ese período son enteramente de tipo egipcio.

Sin embargo, durante algunos siglos, en tiempos del declive egipcio, Nubia parece desaparecer de nuestra vista. Indiscutiblemente, con un Egipto fragmentado la mayor parte del tiempo, y con gobiernos rivales en Tebas y en el Delta, no había oportunidades para que los faraones dominasen los largos tramos del Nilo más allá de la Primera Catarata. Así, los propios autóctonos hubieron de hacerse cargo de Nubia.

El centro de su poder fue establecido, según parece, en Napata, situada inmediatamente después de la Cuarta Catarata. Esta ciudad representa el límite práctico de la penetración egipcia (Tutmosis III dejó en ella una columna con inscripciones); había experimentado la influencia de la refinada civilización egipcia, y aun así, estaba lo suficientemente lejos de Egipto como para que su seguridad no peligrase, salvo en casos extremos.

Sin embargo, Nubia siguió siendo egipcia por su cultura. Cuando Sheshonk ocupó Tebas, un grupo de sacerdotes de Amón se refugió en Napata, donde fueron bien recibidos. Sin duda alguna, se consideraron algo así como un «gobierno en el exilio» e incitaron a los príncipes nubios a invadir Egipto y restaurar al clero leal en el poder.

Ciertamente, bajo la influencia de los sacerdotes, Nubia se hizo más profundamente egipcia en materia de religión que el propio Egipto, más ortodoxa en el culto a Amón. A los naturales deseos de sus monarcas nativos de obtener la gloria por medio de la conquista, se añadió la idea de que podía resultar piadoso buscar esa gloria. Hacia el 750 a. C., el avance nubio hacia el norte era un hecho.

La conquista no fue difícil, dado que un Egipto tan desorganizado era una presa asequible. El monarca nubio Kashta conquistó Tebas casi de golpe, donde fueron reinstaurados los descendientes del clero exilado. El sucesor de Kashta, Pianji, se aventuró más hacia el norte, adentrándose en el Delta hacia el 730 a. C.; se lo considera el primer monarca de una nueva dinastía (llamada con frecuencia Dinastía Etíope, que deriva del nombre que los griegos daban a la patria de Pianji). En ciertas partes del Delta dos gobernantes egipcios resistieron durante algún tiempo. Manetón considera a los egipcios como la Dinastía XXIV, y a los conquistadores nubios, como la XXV.

El hermano de Pianji, Shabaka, le sucedió en el trono en el 710 a.C., trasladando la capital de Napata a la lejana, más grande y más prestigiosa ciudad de Tebas.

Una vez más, sería un error considerar a la Dinastía Etíope como un dominio extranjero. Sin duda, los monarcas eran nativos de regiones exteriores al Egipto propiamente dicho, pero, como la Dinastía Libia, culturalmente eran completamente egipcios.

Pero en Asia occidental estaba surgiendo un nuevo imperio, que iba a eclipsar a los antiguos reinos Mitanni y de los hititas, y que iba a establecer nuevos récords de crueldad.

Los asirios

El nuevo imperio fue el de Asiria.

Asiria tuvo su origen en el alto Tigris durante la época del Imperio Antiguo egipcio. Tomó prestada su cultura de las ciudades-Estado de la región del Tigris-Eufrates inferior, y erigió una próspera nación mercantil.

Durante algunos siglos Asiria estuvo dominada por las naciones vecinas que tenían una mejor organización militar. Así, por ejemplo, fue tributaría de Mitanni y participó en la derrota que a esta nación infligió Tutmosis III. Un siglo después cayó bajo el dominio hitita.

Tras el fin de los hititas, en el 1200 a. C., por algún tiempo las cosas se pusieron bastante difíciles para Asiría, ya que el caos provocado por las migraciones de los Pueblos del Mar produjo una especie de Edad Oscura que afectó a todo el Occidente de Asia.

Pero entonces ocurrió algo singular y de consecuencias espectaculares. Los asirios habían aprendido el secreto de la fundición del hierro de los hititas, como habían hecho otros pueblos de la época, pero aquéllos fueron los primeros que realmente supieron sacar pleno rendimiento del nuevo metal.

No equiparon a sus ejércitos sólo con algunos elementos de hierro, como hicieron los dorios que habían invadido Grecia, sino que crearon gradualmente un ejército, el primero en su género en la historia, totalmente «férreo». Una vez más, el efecto fue el de un «arma secreta», como lo había sido, mil años antes, el caballo y el carro.

Los asirios tuvieron su primer ensayo de victoria militar cuando su rey, Tiglath-Pileser I, condujo sus ejércitos hacia occidente, hasta el Mediterráneo, alrededor del 1100 a. C, en tiempos de los Ramésidas.

Con todo, Asiria se vio obligada a retroceder cuando nuevas invasiones de nómadas cruzaron las regiones occidentales de Asia. Esta vez se trataba de tribus arameas que acabarían instaurando un reino al norte de Israel y de Judá. Este reino era denominado por los propios arameos y por los israelitas Aram, pero en la versión de la Biblia del rey Jacobo el reino recibe el nombre griego de Siria.

Aproximadamente en los tiempos en que la Dinastía Libia gobernaba Egipto, Asiria se recuperó. Sus ejércitos fueron equipados con máquinas de guerra hasta entonces nunca vistas, como arietes macizos, ideados para el asedio de ciudades amuralladas. Hacia el 854 a. C., los ejércitos asirios invadieron Siria y apenas pudieron ser rechazados por una coalición sirio-israelita.

Pero la debilidad de las civilizaciones fluviales, que había hecho posible el imperio de David y de Salomón, era cosa del pasado. El fin de los pequeños reinos de la costa mediterránea estaba próximo.

En el 732 a. C., mientras los nubios conquistaban Egipto, el rey asirio Tiglath-Pileser III destruyó el reino sirio y ocupó Damasco, su capital. Diez años después, uno de sus sucesores, Sargón II, destruyó Israel y ocupó su capital, Samaria. En el 701 a. C., el hijo y sucesor de Sargón, Senaquerib, asedió la propia Jerusalén.

Los faraones nubios, recién instalados en el Delta trataron desesperadamente de alejar la amenaza asiria. Nada semejante había ocurrido desde el tiempo de los hicsos. Los mitanni y los hititas no se habían alejado demasiado del Eufrates, pero los asirios habían avanzado directamente hasta las fronteras del propio Egipto. Y lo que es más, practicaban un tipo de guerra deliberadamente sádico y cruel, pero muy efectivo (a corto plazo) en lo que atañe a paralizar el espíritu de resistencia y en llenar de presagios amenazadores hasta los ánimos más distantes.

Egipto sabía que tenía pocas oportunidades de resistir frontalmente a los terribles ejércitos acorazados asirios. El faraón nubio Shabaka trató, en cambio, de infundir un espíritu de resistencia en sirios, israelitas, judeos y fenicios. Sus emisarios desparramaron

dinero y palabras melifluas por doquier, y trataron de hacer lo posible para suscitar desórdenes detrás de las líneas asirías. Egipto estaba acumulando cuidadosamente sus propias fuerzas y esperaba que, de algún modo, Asiría corriese hacia el desastre, o se encontrase demasiado ocupada con una u otra cosa como para tener tiempo para Egipto.

Finalmente, cuando el ejército asirio se encontraba asediando Jerusalén, Shabaka estimó que había llegado la hora de combatir y envió a su sobrino Taharka contra Senaquerib. Los egipcios fueron derrotados, pero la batalla fue dura, y Senaquetib, con un ejército ya muy debilitado, y ante las noticias de rebeliones en su imperio, decidió retirarse por algún tiempo, y dejar la lucha para otra ocasión. Egipto pudo salvarse, y también Jerusalén se alegró de ello, pues había obtenido así otro siglo de vida.

Senaquerib fue asesinado en el 681 a. C, después de haber conseguido reprimir todos los desórdenes y de haber pacificado salvajemente el Imperio asirio por medio del terror.

Su hijo, Esarhaddón, pudo permitirse el lujo de volver a mirar hacia el exterior. En buena lógica, había que tomar alguna medida contra Egipto. Mientras se permitiera a Egipto utilizar su riqueza para fomentar intrigas antiasirias, Asiría tendría que combatir una revuelta tras otra. De ahí que el rey asirio hiciera marchar a su ejército hacia el oeste.

Por entonces ocupaba el trono egipcio Taharka, y Esarhaddón se habría sentido complacido de tener la oportunidad de cruzar su espada con el hombre que había desbaratado la primera embestida asiria hacia occidente.

Taharka y sus egipcios pelearon con el coraje de la desesperación. En el 675 a. C., derrotaron claramente a los asirios en una batalla, pero esto sólo sirvió para retrasar el inevitable final. Tras corregir su primer exceso de confianza, Esarhaddón volvió a la lucha con mayor decisión. En el 671 a. C., tomó Menfis y el Delta, y obligó a Taharka a huir al sur.

Pero Taharka no estaba acabado. Preparó un contraataque y descendió río abajo de la manera más efectiva. Esarhaddón murió en el 668 a. C., antes de que pudiera organizar una nueva expedición; pero su hijo Asurbanipal lo hizo en su lugar. Capturó de nuevo Menfis, y, además, hizo algo que ni los propios hicsos hicieron: perseguir a Taharka hasta su refugio de Tebas.

En el 661 a. C., conquistó y saqueó Tebas, poniendo fin a la dinastía de faraones nubios. Estos continuaron reinando en Nubia durante mil años más, pero su civilización declinó y su breve siglo de grandeza se esfumó para siempre.

8. El Egipto saítico

Los griegos

La segunda ocupación semita de Egipto (la asiría), tuvo lugar mil años después de la primera (los hicsos). La invasión asiria penetró más profundamente, pues alcanzó Tebas, pero no fue tan intensa. Los asirios se contentaron con gobernar a través de delegados egipcios renombrados por su hostilidad hacia los nubios. Su elegido fue un príncipe de Bajo Egipto llamado Necao. Prisionero de guerra de los asirios, había estado con ellos el tiempo suficiente como para apreciar quiénes eran sus amos, y aceptó servirlos como su virrey egipcio. Cumplió su cometido fielmente, muriendo al final al lado de los ejércitos de Asurbanipal, en la guerra contra los nubios.

Su hijo Psamtik —llamado Psamético por los griegos— le sucedió en el trono.

Este esperó con cautela una oportunidad para romper con Asiría, pues era evidente que sus días de gloria habían pasado. Asurbanipal se hallaba acosado por gran cantidad de problemas. Babilonia se hallaba en perpetuo estado de rebeldía. El país independiente de Elam, al este de Babilonia, luchaba tenazmente contra Asiria. Una nueva oleada de nómadas, los cimerios, descendieron rápidamente sobre el Asia Menor procedentes de las tierras al norte del mar Negro y devastaron todo el país como un tornado.

El hábil Asurbanipal se las ingenió para manejarlo todo en su beneficio. Acabó con los elamitas en dos campañas, y aniquiló un reino con veinte siglos de antigüedad tan completamente, que hoy día apenas sabemos nada de él. Venció también a los cimerios. Pero por todo ello tuvo que pagar un precio, pues Asurbanipal no podía estar en todos los sitios a la vez. Y al estar ocupado en otros lugares, no pudo conservar Egipto.

Psamético, que procedía con tiento, pudo liberarse del conquistador. Contrató mercenarios del otro lado del Mediterráneo, en el Asia Menor occidental, donde acababa de ser fundado el reino de Lidia sobre las ruinas de los nómadas cimerios. Como Egipto, Lidia se hallaba en las fronteras occidentales del Imperio asirio y también estaba ansioso de liberarse de su yugo.

Los mercenarios lidios lucharon del lado de Psamético, y en el 652 a. C., la última guarnición asiria era expulsada de Egipto, sólo nueve años después del saqueo de Tebas. En su totalidad el episodio asirio había durado sólo veinte años y, en conjunto, Egipto, que se había unido frente al peligro exterior, resurgió más fuerte que antes y Psamético acabó gobernando como Psamético I. Egipto contaba de nuevo con un faraón nativo.

Psamético fundó la Dinastía XXVI, con arreglo al cómputo de Manetón. Estableció la capital en Sais, en el brazo más occidental del Nilo, a unas treinta millas del mar. Por ello, la dinastía de Psamético se denomina, a veces, "Dinastía saítica", y el Egipto de la época, "Egipto saítico".

Psamético fue un soberano capaz, y bajo su gobierno Egipto experimentó no solamente una renovación económica, sino un renacimiento artístico. Se produjo un retorno deliberado a los tiempos pasados, como si Egipto estuviera ansioso de sacudirse el polvo de un mundo confuso; un mundo en el que los imperios asiáticos se mostraban más fuertes que él, y en el que para engrosar sus ejércitos había que recurrir a bárbaros reclutados en ultramar. Pese a ello, se pretendía volver a los grandes días en los que sólo Egipto existía y en los que era posible ignorar al resto del mundo. Los tiempos de los constructores de pirámides fueron ensalzados, se estudiaron una vez más los ensalmos y rituales religiosos que aparecían en esas tumbas antiguas, se revigorizaron los clásicos literarios del Impero Medio y se repararon los daños causados en Tebas por los asirios. En todo ello, en realidad, la Dinastía Saítica seguía las directrices religiosas ortodoxas de los

faraones nubios que la habían precedido.

Sin embargo, el mundo contemporáneo no podía ser ignorado. Si Psamético aspiraba a salvar a Egipto, no tenía otro remedio que llegar a algunas fórmulas de convivencia con el mundo.

El factor nuevo más importante fue la presencia de los griegos. Los griegos habían atravesado la Edad Oscura que había seguido a la guerra de Troya, y surgían ahora con creciente gloria. Su poder y cultura aumentaban rápidamente, y habían heredado de sus predecesores, micénicos y cretenses, dos cosas que los egipcios consideraban muy valiosas.

Las constantes guerras, defensivas e internas, habían enseñado a los griegos técnicas militares que los hacía inigualables como soldados, hombre a hombre. Así pues, durante cinco siglos, los griegos fueron los mejores mercenarios del mundo, y ningún ejército no griego fue nunca lo suficientemente grande como para no experimentar alguna mejora con la incorporación de contingentes griegos, que servían de punta de lanza. Esto fue así a partir del momento en que los griegos desarrollaron cuerpos de infantería pesada que, en comparación con los asiáticos y egipcios, por lo general armados ligeramente, constituían casi un tanque andante.

En segundo lugar, los griegos amaban el mar. Contaban con una tradición marinera sólo superada por la de los fenicios. Mientras duró su Edad Oscura los griegos habían atravesado el mar Egeo y fundado ciudades en el Asia Menor, que a veces superaban incluso a las que dejaban tras de sí. En el siglo VIII a. C, en un momento en que Egipto se hallaba sumido en la decadencia, los marinos griegos alcanzaron las costas del mar Negro y, hacia occidente, las de Italia y Sicilia.

Psamético sabía todo esto, y decidió sacar ventajas de ello. Para ello se requería osadía, pero Psamético era el faraón más heterodoxo desde Ajenatón, y, a diferencia de este último, poseía una sensibilidad especial de lo que podía y de lo que no podía hacerse.

Psamético había empleado a mercenarios griegos en sus ejércitos, y los había estacionado en guarniciones poderosas en el este del Delta, destinadas a recibir el embate más duro proveniente de cualquier posible invasor oriental.

Pero, al menos en cierta medida, ese peligro estaba despejado. ¿Por qué no utilizar, pues, el talento griego para fines pacíficos además de bélicos? Los egipcios eran sin duda tan buenos comerciantes como los griegos, pero carecían de barcos (o del deseo de construirlos y emplearlos) para transportar las mercancías a través de los mares. Hacia el 640 a. C., Psamético alentó a los griegos a instalarse en Egipto como colonos (con el consiguiente horror, sin duda, de los conservadores egipcios, que recelaban siempre de los extranjeros).

A sólo diez millas al sur de Sais surgió un núcleo de comerciantes griegos. Allí fundaron la base comercial de Naucratis, palabra que significa "dominador del mar".

Por su lado, hacia el 630 a. C., los griegos colonizaron la costa libia. A unas 500 millas al oeste de Sais, fuera de la esfera de influencia egipcia, los griegos fundaron una ciudad que llamaron Cirene, que servía de núcleo a una próspera región de habla griega durante muchos siglos.

Psamético gobernó cincuenta y cuatro años, muriendo en el 610 a. C. Fue el más largo reinado egipcio, y el más próspero, desde el de Ramsés II, seis siglos antes. Psamético vivió lo suficiente para ver la total destrucción de Asiria; aunque los últimos diez años de su reinado quedaron oscurecidos por nuevos problemas exteriores.

Los caldeos

Asurbanipal, que había dominado sobre Egipto brevemente, había muerto en el 625 a. C., y por primera vez en siglo y cuarto, Asiria careció de un rey fuerte. Babilonia,

aún invicta y rebelde, halló su oportunidad.

La ciudad de Babilonia y la región circundante estaba bajo el control de los caldeos, tribu semítica que había penetrado en la zona hacia el año 1000 a. C. En el último año del reinado de Asurbanipal, el príncipe caldeo Nabopolasar gobernó Babilonia como virrey asirio. Lo mismo que Psamético, se decidió a tomar la iniciativa por su cuenta cuando vio que el poderío asirio había declinado lo suficiente como para hacerlo sin peligro y, también como Psamético, buscó aliados en el exterior.

Nabopolasar los halló entre los medos. Se trataba de un pueblo de lengua indoeuropeas, establecido en una región al este de Asiria en el 850 a. C., cuando Asiria estaba en los comienzos de su imperio. Durante el apogeo de Asiria, Media le fue tributaria.

En la época en que murió Asurbanipal, sin embargo, un jefe medo llamado Ciaxares había logrado unir a cierto número de tribus bajo su mando y formar un fuerte reino. Fue con Ciaxares con quien Nabopolasar concluyó su alianza.

Asiria, bloqueada, se vio enfrentada a los medos por el este, y a los babilonios por el sur. Los ejércitos asirios reaccionaron atacando, pero su fuerza, gastada pródigamente a lo largo de los siglos, sin apenas una pausa, había desaparecido. Asiria se resquebrajó, se arruinó y acabó derrumbándose sobre sí misma.

En el 612 a. C., Nínive, capital de Asiria, fue conquistada, y un grito de alegría se elevó de los pueblos sometidos que tanto habían sufrido bajo su dominio. (Entre los gritos de triunfo no fue el menos importante el de un profeta de Judea llamado Nahum, cuyo jubiloso poema aparece en la Biblia).

Sólo dos años después de este trascendental acontecimiento, Necao I (llamado como su abuelo) sucedió a su padre en el trono egipcio. Necao se encontró con una situación difícil. Una Asiria débil era lo ideal para Egipto. Pero que ésta hubiera sido sustituida por potencias nuevas, vigorosas y sedientas de imperio, podía resultar nefasto.

Pese a esto, Necao pensó que no todo se había perdido. Incluso después de la caída de Nínive, fragmentos del ejército asirio se habían refugiado en Harrán, a 225 millas al oeste de Nínive, logrando resistir durante varios años.

Necao decidió hacer algo al respecto. Podía atacar la costa oriental del Mediterráneo, siguiendo las rutas del gran Tutmosis III. Se trataba, a su modo de ver, de una política doblemente acertada, pues aunque no tenía tiempo para socorrer a Harrán, al menos podía proteger la costa oriental del Mediterráneo y contener a los caldeos —esos nuevos creadores de imperios— a una considerable distancia de Egipto.

En el camino de Necao, sin embargo, se encontraba el pequeño Estado de Judá. Habían transcurrido ya cuatro siglos desde que David instaurase su breve imperio, y lo que quedaba de él, Judá, subsistía aún, gobernado por Josías, descendiente de David. Judá había sobrevivido a la caída del reino septentrional de Israel, había resistido a las tropas de Senaquerib y, en verdad, se las arregló para sobrevivir a Asiria.

Y ahora se enfrentaba a Necao. Josías de Judá no podía permitir el paso de Necao sin oponérsele. Si Necao resultaba victorioso le sería fácil dominar Judá; si resultaba derrotado, los caldeos bajarían hacia el sur en busca de venganza contra Judá, por haber dejado pasar a los egipcios. Por ende, Josías preparó a su pequeño ejército.

Necao habría preferido no perder tiempo en Judá, pero no tenía elección. En el 608 a. C, Necao se enfrentó a Josías en Megiddo, en el mismo lugar en que Tutmosis III había derrotado a la coalición de príncipes cananeos casi quince siglos antes. La historia se repitió ahora. Los egipcios resultaron vencedores de nuevo, y el rey de Judá fue muerto. Por primera vez en seis siglos, el poder egipcio dominaba en Siria.

Sin embargo, también los caldeos hacían progresos. Por entonces controlaban ya toda la región del Tigris-Eufrates. Nabopolasar era viejo y estaba enfermo, pero tenía un

hijo llamado Nabucodonosor, muy hábil, que condujo a los ejércitos caldeos hacia el oeste. Josías había sido derrotado y muerto por Necao, pero había retrasado la marcha del ejército egipcio el tiempo justo para que Nabucodonosor pudiera llegar hasta Harrán y ponerle sitio. En el 606 a. C., tomó la ciudad, y los últimos restos del poderío asirio se desvanecieron. Y Asiria desapareció de la Historia.

Esto dejaba a caldeos y a egipcios frente a frente. Se encontraron en Karkemish, allí donde en cierta ocasión Tutmosis I erigiera un cipo para conmemorar la primera vez que los ejércitos egipcios llegaron a orillas del Eufrates.

Si la señal conservaba algún poder mágico en la posterioridad, éste, sin embargo, no revirtió en favor de Egipto. Necao podía derrotar al exiguo ejército de Judá, pero las poderosas huestes de Nabucodonosor eran harina de otro costal. Los egipcios fueron aplastados, y Necao salió de Asia tambaleándose y algo más deprisa que cuando había entrado. El sueño de Necao de restaurar el poder imperial de Egipto duró apenas dos años, y nunca más volvería a intentarlo.

En realidad Nabucodonosor, militar realmente vigoroso, pudo haber perseguido a Necao hasta Egipto y haber ocupado el país si Nabopolasar no hubiese muerto en ese momento, y Nabucodonosor no hubiese tenido que volver a Babilonia para asegurarse la sucesión.

Relativamente en paz, gracias a este afortunado evento, Necao tuvo oportunidad de madurar planes en beneficio de la economía egipcia. Su principal interés se centró en las vías navegables. Egipto era el país de un río de cientos de canales, pero también limitaba con dos mares, el Mediterráneo y el Rojo. A lo largo de las orillas de ambos, los navíos egipcios se habían aventurado con preocupación durante dos mil años o más, hasta Fenicia en el primer caso, y hasta Punt en el segundo.

De vez en cuando los monarcas egipcios habían pensado en la conveniencia de que se excavase un canal desde el Nilo al mar Rojo. De este modo, el comercio podría extenderse de mar a mar, y los barcos podrían ir de Fenicia a Punt directamente.

En los primeros tiempos de la historia egipcia la región entre el Nilo y el mar Rojo era menos seca de lo que sería luego, y en los confines del Sinaí había algunos lagos que ahora no existen. Es probable que en los Imperios Antiguos y Medio existiese algún tipo de canal, que utilizaba estos lagos, pero que requeriría cuidados constantes y que, cuando Egipto atravesó épocas de agitación, quedó obstruido y desapareció. Su recuperación, además, debido a la creciente aridez del clima, se fue haciendo progresivamente más difícil.

Ya Ramsés II había considerado su reconstrucción, pero sin llegar a nada, quizá porque gastó demasiadas energías disparatadamente en la construcción de estatuas en su honor. También Necao soñó con ello, pero fracasó, quizá porque su aventura asiática le había restado fuerzas.

Sin embargo, parece ser que Necao tenía otra idea. Si los mares Mediterráneo y Rojo no podían ser conectados mediante un canal artificial, quizá pudiesen serlo por su vía natural, la del mar. Según Heródoto, Necao decidió descubrir si se podía ir del Mediterráneo al mar Rojo circunnavegando África. Con este fin contrató a navegantes fenicios (los mejores del mundo), obteniendo el éxito deseado, con un viaje que duró tres años. O, al menos, esto es lo que cuenta Heródoto.

Con todo, aunque Heródoto transmite esta historia, afirma rotundamente que no la cree. Y las razones de este escepticismo son que, según los informes, los marinos fenicios creyeron haber visto el sol de mediodía al norte del cenit, al cruzar por el extremo sur de África. Heródoto dice que esto es imposible, ya que en todas las regiones conocidas del mundo, es sol queda al sur del cenit al mediodía.

El desconocimiento de Heródoto de la forma de la Tierra lo condujo a

conclusiones erróneas. Está claro que en la zona templada septentrional el sol de mediodía se halla siempre al sur del cenit. Sin embargo, en la zona templada meridional el sol está siempre al norte del cenit.

En verdad, la extremidad meridional de África se halla en la zona templada del sur. El hecho de que los marinos fenicios informasen sobre la posición norte del sol de mediodía, lo que es algo que parecía poco probable a la luz del "sentido común", es una prueba evidente de que habían presenciado el fenómeno realmente, y de que, por consiguiente, habían circunnavegado África. En otras palabras, no es probable que hubiesen contado una mentira tan burda si no hubiese sido verdad.

Con todo, la circunnavegación, si bien tuvo éxito como aventura, fue un fracaso en cuanto a proporcionar información sobre las posibilidades de nuevas rutas comerciales. La duración del viaje fue demasiado larga. Por cierto, hasta dos mil años después no fue posible llevar a cabo el viaje alrededor de África.

Los judíos

Nabucodonosor continuó siendo una amenaza para Egipto a lo largo de sus cuarenta y cuatro años de reinado. Sin embargo, después de Karkemish, Egipto no osó aventurarse al exterior para enfrentarse a él. En cambio, Necao y sus sucesores inmediatos prosiguieron la política de los faraones nubios contra Asiria. Con dinero y palabras alentaron a las naciones subordinadas de la costa mediterránea a mantener constantes intrigas y rebeliones con el fin de desestabilizar a los temidos caldeos.

Una política como ésta, un siglo antes, había permitido a Egipto mantenerse libre por un tiempo, pero había costado la existencia a Siria e Israel. Judá, que había sobrevivido al imperio asirio, no había extraído la lección de la suerte corrida por sus vecinos septentrionales. Al preferir el débil Egipto a la poderosa Caldea, estaba dispuesta a hacer el juego a Egipto y a enfrentarse a los caldeos, confiando en las débiles promesas de ayuda egipcias.

En el 598 a. C. Judá rehusó rendir tributo a Nabucodonosor, y Jerusalén fue asediada; tuvo que capitular, y cierto número de sus hombres más importantes, incluido el propio rey, fueron trasladados a Babilonia, al exilio.

Con todo, durante el reinado de un nuevo monarca, siguió jugándose el mismo juego, pese a las elocuentes llamadas de atención del profeta Jeremías, que solicitaba a la nación que se negase a escuchar a Egipto, pidiendo, en cambio, que se llegase a un entendimiento con los caldeos. Una década después Judá volvió a rebelarse, y esta vez Nabucodonosor tomó Jerusalén, destruyó el templo y llevó consigo al cautiverio a casi toda la aristocracia. El reino judío llegó a su fin y lo mismo le sucedió a la dinastía de David.

Ni siquiera entonces Nabucodonosor tuvo las manos libres para volverse contra Egipto. La ciudad fenicia de Tiro seguía resistiéndosele, por lo que estimó que no era conveniente marchar hacia el sur mientras esta poderosa ciudad continuase siendo un enemigo a sus espaldas.

El profeta judío Ezequiel, desde su exilio de Babilonia, predicaba confiadamente que Tiro sería destruida y que Egipto sería entonces arrasado de un extremo a otro (sus palabras están en la Biblia), pero las predicciones del profeta no se hicieron realidad.

Tiro, construida sobre una isla rocosa, a cierta distancia de la costa fenicia, con una poderosa flota que suministraba alimentos, y una población capaz de luchar con la testarudez característica de las poblaciones semíticas, mantuvo a raya a Nabucodonosor durante trece años. Del 585 al 573 a. C. Nabucodonosor se aferró a la garganta de la ciudad, con su propia testarudez semítica, y aun así no pudo provocar el estrangulamiento final. Con el tiempo, el asunto terminó por aburrimiento, con un acuerdo de compromiso,

por el que Tiro daba por terminada su política anticaldea, pero conservaba su autogobierno. Nabucodonosor se había hartado de tanta guerra.

No tenemos muchos informes referentes a la segunda mitad de su reinado, pero existen indicios de que intentó llevar a cabo una invasión de Egipto; pero si lo hizo, debió fracasar. La política de Egipto había tenido éxito de momento en su intento de salvaguardar su independencia, aunque a un alto precio para sus aliados.

Necao murió en el 595 a. C., mientras aún existía Jerusalén. Le sucedió su hijo Psamético II. El conflicto entre Nabucodonosor y Judá permitió que Psamético dirigiera su atención, al menos en parte, en otras direcciones: hacia el sur. En Napata gobernaban todavía los reyes nubios, y siempre podía suceder que recordasen que sus antepasados habían gobernado Egipto un siglo antes, y sintieran la necesidad de volver a hacerlo. Era también una cuestión de orgullo para los egipcios: era necesario castigar a los nubios por su presunción.

Así pues, Psamético envió al sur a un ejército que penetró en el interior de Nubia tras una afortunada expedición, que incluso pudo haber alcanzado Napata. Sin embargo, no se hizo ningún intento para permanecer en el país. El Egipto de la XXVI Dinastía no era el Egipto del Imperio Nuevo. Con la invasión se daba por satisfecho, y los monarcas nubios, tras haber asimilado cierta dosis de humildad, podían ser dejados en paz.

Esta expedición nos es más conocida hoy debido a un singular acontecimiento humano que tuvo lugar durante el retorno. El ejército expedicionario egipcio contaba entre sus filas a cierto número de mercenario griegos. De vuelta el ejército con estos mercenarios, acamparon, al parecer, durante un tiempo, en las proximidades de Abú Simbel, donde seis siglos y medio antes Ramsés II había erigido su elaborado templo dedicado a sí mismo y al dios-sol (en este orden de importancia, estoy seguro), junto a las cuatro estatuas sedentes.

Los griegos no tenían el respeto temeroso de los egipcios ante esos monumentos del pasado, y algunos de ellos grabaron sus nombres aquí y allá en los pilares, en escritura griega antigua. Los arqueólogos modernos están fascinados por la luz que esto arroja sobre el desarrollo del alfabeto griego; y a los hombres en general les tiene que encantar este testimonio de que cierta puerilidad une a todos los hombres, del pasado y del presente.

Psamético II tomó también prudentes medidas contra todo intento nubio de ejercer represalias. La Primera Catarata planteaba dificultades, aunque no insalvables. Por consiguiente, Psamético estableció una guarnición permanente en la isla de Elefantina, isla del río Nilo que se encuentra río abajo inmediatamente después de la catarata. Esto sirvió como línea defensiva del sur de Egipto.

La guarnición de Elefantina estaba compuesta fundamentalmente de mercenarios judíos. Los reveses sufridos por Judá frente a Nabucodonosor provocaron una constante lluvia de refugiados judíos sobre Egipto. Eran rudos y combatientes, y Psamético los contrató de buena gana.

En 1903 se descubrió en Elefantina un escondrijo repleto de documentos y, con ellos, gran cantidad de interesante información sobre el desarrollo del modo de vida judío durante los dos siglos posteriores al establecimiento de la guarnición. En Judá, los descendientes de los hombres llevados al cautiverio de Babilonia habían ido regresando poco a poco, a partir del año 538 a. C. En el 516 se construyó un nuevo templo. Los judíos de Elefantina, en cambio, estaban apartados de estos acontecimientos. El judaísmo se había desarrollado hasta adoptar su forma moderna durante el exilio de Babilonia, y fue en el nuevo templo donde arraigó esta forma y se convirtió en una ortodoxia elaborada. Los judíos de Elefantina, alejados de todo esto, tenían sus propios rituales tradicionales, creando una herejía insólita, desdeñosamente ignorada por los sumos sacerdotes del

Templo de Jerusalén.

A Psamético II le sucedió su hijo Haibria en el 589 antes de Cristo (al que se refiere la Biblia con el nombre de faraón Hofra). Era Haibria quien gobernaba cuando Jerusalén cayó y fue destruida. Este faraón recibió a cierto número de judíos que formaron el núcleo de una población de judíos egipcios que, a lo largo de los seis siglos siguientes, serían un elemento importante en la vida egipcia y, naturalmente, de la vida judía.

El asedio de Tiro por parte de Nabucodonosor se prolongó durante casi todo el reinado de Haibria. Este trató de ayudar a Tiro, pero su intento sirvió de poco. No obstante, Egipto pudo centrar libremente su atención hacia otros asuntos, dejando a los tirios la tarea de mantener alejado de Egipto al lado caldeo.

Haibria continuó y amplió la política de los primeros faraones de la dinastía, en lo que se refiere a la utilización de mercenarios griegos. Por primera vez en la historia de Egipto, se hicieron intentos de crear algo así como una marina nacional. Haibria utilizó barcos tripulados por los expertos marinos griegos, y con ellos ocupó la isla de Chipre, a unas 250 milla al norte del Delta. Esto no se debió tan sólo a un acto de vanagloria; una posición fuerte en esta isla, respaldada por una flota eficaz, le permitía sacar ventaja a Nabucodonosor aunque Tiro cayese, y aun en el caso de que la ciudad cayese, mantener a salvo a Egipto.

Haibria creyó oportuno también guardarse la retaguardia en prevención de cualquier acción decidida que viniese de parte de los caldeos. La colonia griega de Cirene se estaba expandiendo a costa de las tribus libias y éstas llamaron al faraón para que las protegiera. Haibria no podía tener en el oeste a tribus inquietas, vengativas y dispuestas a saltar contra él cuando sus ejércitos estuviesen ocupados en el este contra los caldeos. Por ello, decidió enviar a un ejército contra Cirene y enseñarle buenas maneras.

Pero aquí se enfrentó a un dilema. El núcleo de sus fuerzas armadas estaba compuesto por mercenarios griegos, y en verdad habría sido temerario por su parte hacerlos marchar contra una ciudad griega. En teoría, los mercenarios luchaban contra cualquiera a cambio de una paga, pero la teoría no siempre coincidía con la práctica. Haibria temía que en algún momento culminante parte de sus fuerzas mercenarias se pasasen de improviso al enemigo, uniéndose así a sus colegas griegos.

Por ello dejó a los griegos en el país y mandó contra Cirene solamente a contingentes egipcios.

Pero los egipcios no estaban demasiado entusiasmados con la idea de luchar contra los temidos griegos. Indiscutiblemente, durante muchos años, había habido una notable hostilidad por parte de los egipcios contra los odiados extranjeros, y los egipcios que formaban parte del ejército debían de sentirse particularmente doloridos por el especial favoritismo demostrado hacia los griegos. Debieron de creer que los extranjeros obtenían todo los altos cargos y que se les tributaban todos los honores. (El hecho de que en la lucha soportasen el mayor peso parece habérsele escapado a los críticos).

Fue fácil, pues, para oradores nacionalistas egipcios arengar al ejército reclutado para Cirene, diciéndoles que Haibria estaba tratando simplemente de librarse de sus soldados egipcios, empujándolos a pelear contra los griegos de aquella ciudad para ser masacrados, y que tras esto el faraón seguiría adelante sólo con los griegos.

El ejército se rebeló y Haibria tuvo que enviar a uno de sus oficiales, Ahmés, egipcio nativo popular entre los soldados, para que apaciguase a los hombres. Pero Ahmés era realmente demasiado popular entre los soldados, que exigieron que se convirtiera en su nuevo faraón.

Ahmés consideró la propuesta y decidió que no debía de ser tan malo ser faraón, por lo que se colocó a la cabeza de los rebeldes. Con gran entusiasmo volvieron sobre sus

pasos y marcharon sobre el Delta, y en su excitación se las compusieron para derrotar a un contingente de mercenarios griegos (sin duda mucho menos numeroso que el ejército egipcio), que el infortunado Haibria había enviado contra ellos.

Haibria fue ejecutado y en el 570 a. C. Ahmés fue reconocido como faraón de Egipto. Casó con una hija de Psamético II (hermana o hermanastra del supuesto Haibria), legitimando su gobierno y dando lugar a que fuese incluido por Manetón en la Dinastía XXVI.

A este faraón se le conoce mejor por la versión que de su nombre dieron los griegos: Amasis.

9. El Egipto persa

Los persas

Aunque Amasis debía su trono a una reacción antigriega, no podía volverse de espaldas a la realidad. Tenía que utilizar a mercenarios griegos, y los utilizó. Tenía que servirse de comerciantes griegos, e impulsó el crecimiento de Naucratis, convirtiéndola, de poco más que un campamento comercial, en una ciudad en el pleno sentido de la palabra. Necesitó la seguridad que le proporcionarían las alianzas con los griegos, y las acabó firmando.

En particular, se alió con la isla de Samos, en el mar Egeo, junto a la costa del Asia Menor. La isla era pequeña, pero en los últimos años del reinado de Amasis se dotó de una gran flota. Amasis, que aún controlaba Chipre, pudo utilizar, por su parte, la flota de Samos. De hecho, se casó incluso con una mujer griega de la ciudad de Cirene.

Todas estas atenciones hacia los griegos tuvieron que ver con la amenaza que provenía del este —aunque en los primeros años del reinado de Amasis la amenaza parecía haber perdido intensidad—. Ese fastidioso viejo de Nabucodonosor murió finalmente en el 561 a. C., y sus sucesores fueron débiles, pacíficos o ambas cosas a la vez. Durante un cuarto de siglo Caldea no representó en absoluto un problema par a Egipto; en realidad, fue un cómodo vecino.

No hay nada más seguro que un vecino en declive, y toda una nación que considere importante su propio interés trata en el fondo de preservar la integridad de ese vecino. Necao había tratado de apuntalar a la moribunda Asiría, y ahora Amasis trató de rendir el mismo servicio a la moribunda Caldea.

Caldea se moría, sin ninguna duda, apenas medio siglo después de haber alcanzado la gloria y el poderío. En tiempos de la caída de Asiría dos conquistadores, Caldea y Media, se habían repartido el botín. Caldea había ocupado el rico valle del Tigris-Eufrates y todo lo que pudo agarrar hacia el oeste. Media se había contentado con la franja de territorio más extensa pero menos desarrollada, y mucho más pobre, que estaba situada al norte y al este de Caldea. A lo largo de setenta y cinco años Media había tenido un régimen muy pacífico y no expansionista.

Pero al sur de Media existía una provincia, exactamente al sureste de Babilonia, que sería conocida por los griegos como Persis, y por nosotros por Persia. Los persas estaban estrechamente emparentados por lengua y cultura con los medos.

Hacia el 560 a. C, un jefe persa de ilimitada ambición y habilidad comenzó a ser conocido. Su nombre era Ciro.

Ciro, evidentemente, tenía puestos los ojos en el trono medo, y para ello contaba con la ayuda de Nabonido, rey de Caldea, que, sin duda, deseaba fomentar la guerra civil en su gran vecino septentrional. En el 500 a. C., Ciro marchó contra la capital meda, la ocupó en una sola campaña y se sentó en el trono del Imperio medo, que desde ahora sería conocido como Imperio persa.

Nabonido se percató demasiado tarde de que al ayudar a Ciro había obrado erróneamente. Lo que éste deseaba (y, por lo general, deseaban todas las naciones en tales circunstancias) era que estallase una prolongada guerra civil que debilitara a ambos bandos y disminuyese el poderío de la nación durante generaciones. La rápida victoria de Ciro había sustituido a un tranquilo y estancado monarca por otro vigoroso y marcial. Nabonido trató de ayudar a cualquier nación que se ofreciese a contrarrestar a Ciro; pero era ya demasiado tarde.

En el 547 a. C., Ciro derrotó a los lidios del Asia Menor occidental, y toda la península fue incorporada a sus dominios, incluidas las ciudades griegas de la costa.

En el 540 a. C., Ciro se dirigió hacia la propia Caldea. Su afortunada carrera continuó, y en el curso de un año había ocupado Babilonia y puesto fin a la breve existencia del Imperio caldeo. Ciro murió en el 530 a. C., durante la lucha por extender su imperio hacia el interior del Asia Central. A veces se le llama Ciro el Grande, y es un calificativo merecido, pues no fue simplemente un conquistador, sino también un hombre humanitario que trató tolerantemente a aquellos a los que conquistaba.

A la muerte de Ciro, el Imperio persa abarcaba todos los grandes centros de civilización de Asia occidental y también grandes partes de las regiones donde habitaban los nómadas. Había erigido, pues el mayor imperio que el mundo mediterráneo había visto nunca.

Mientras, en Egipto, Amasis había contemplado con horror el desarrollo de este imperio. El recuerdo de Siria y Caldea se tornaba insignificante ante este nuevo coloso. Amasis había hecho todo lo que pudo para impedir su crecimiento, apoyando uno detrás de otro a todos los enemigos de Ciro, pero había fracasado siempre. Ahora Egipto se hallaba solo y desamparado en la trayectoria persa, y Persia (como anteriormente Asiría y Caldea) no estaba dispuesta a ser clemente con la nación que había intrigado constantemente contra ella.

Pero la buena estrella de Amasis, que primero lo había llevado hasta el trono, y luego le había dado un reinado de cuarenta y cuatro años sobre un Egipto próspero, continuó hasta el final. Cuando Persia ya estaba lista para el golpe y Egipto temblaba ya frente a lo que le esperaba, Amasis murió, en el 525 a. C., demasiado pronto como para ver a los persas asestar el golpe. Su hijo, que heredó el trono y que tomó el nombre de Psamético III, fue quien tuvo que enfrentarse al peligro.

Cambises, hijo de Ciro, sucedió a su padre en el trono persa. El nuevo monarca había gobernado ocasionalmente, en Babilonia, cuando su padre había estado ausente en campaña. En esta ocasión se aprestó a dar el siguiente paso lógico de la política expansiva persa: una acción definitiva contra Egipto.

Las fuerzas egipcias se hallaban estacionadas en una fortaleza en la costa mediterránea, al este del Delta. Se llamaba Per-Amén, o Per-Amón, es decir, "morada de Amón", pero la conocemos mejor por su nombre griego posterior, Pelusio, que significa "ciudad de barro". No lejos de allí había sido donde el ejército asirio de Senaquerib había tenido que afrontar una resistencia lo suficientemente firme como para verse obligado a volver sobre sus pasos, pero esto apenas había representado más que una escaramuza para un ejército que se encontraba muy ocupado en otras partes.

Ahora Pelusio iba a sufrir su primer y verdadero bautismo de fuego, y ello tuvo desastrosas consecuencias para Egipto. Cambises, simplemente, arrolló al ejército egipcio, lanzándolo desordenadamente a una precipitada huida, y ésta fue toda la lucha que hubo. Tras eso, avanzó contra la atemorizada Menfis, y una vez más Egipto se encontró bajo una dominación extranjera.

No sabemos mucho sobre la estancia de Cambises en Egipto, salvo por lo que se refiere a lo que nos cuenta Heródoto, y éste (que visitó Egipto aproximadamente un siglo después) consiguió su información de un clero egipcio nacionalista que era amargamente antipersa. Por tanto, su retrato de Cambises es la imagen groseramente exagerada de un tirano cruel y medio loco que se complacía en profanar deliberadamente lo que los egipcios consideraban sagrado, y en burlarse de las costumbres de éstos.

Por ejemplo, mientras Cambises estaba en Egipto, los egipcios descubrieron un toro que presentaba los requisitos, más bien exigentes, que los calificaban como Apis, manifestación terrenal del dios Osiris. Naturalmente, el toro es un símbolo frecuente de fertilidad, y el hallazgo de Apis significaba la promesa de buenas cosechas y de tiempos felices. Por tradición, Apis era saludado con gran júbilo y se le tributaban honores

divinos.

Cambises (también según Heródoto), al volver de una expedición desastrosa, halló a los egipcios en fiestas y se imaginó que estaban celebrando su derrota, por lo que montó en cólera. Al comunicársele que el júbilo tenía su razón de ser en el hallazgo de Apis, Cambises, con gran desprecio hacia ese dios, desenvainó su espada e hirió al toro.

A nosotros esto nos parece una atrocidad leve (si pensamos en las que se cometen en nuestros días), pero para los egipcios representó un acto mucho más horroroso que el de la propia conquista de su país. Lo más probable, en realidad, es que esto sea pura leyenda, y que Cambises gobernara Egipto tan razonablemente como puede esperarse de un dominador.

Cambises no tenía la intención de limitarse a Egipto. Aceptó la sumisión de los libios del oeste del Nilo, y la de la ciudad griega de Cirene, que medio siglo antes había resistido el asalto de Haibria. Después había vuelto sus ojos hacia Nubia, en el sur (y quizá incluso hacia la colonia fenicia de Cartago, más hacia el oeste). Marchó hacia el sur, penetrando en Nubia, y saqueó de paso Tebas (como había hecho Asurbanipal siglo y medio antes). Se las arregló para colocar la mitad septentrional de Nubia bajo control persa antes de retornar para reponer sus fuerzas y acumular nuevos pertrechos. (Las fuentes utilizadas por Heródoto, que eran hostiles a los persas, transformaron esto en la desastrosa derrota que dio lugar a la atrocidad cometida contra Apis).

No hay duda de que Cambises habría proseguido su victoriosa carrera, pero en su país estalló una disputa dinástica. Un impostor, que decía ser el hijo mayor de Ciro, se autoproclamó rey. Cambises volvió precipitadamente para enfrentarse a él, pero murió en el camino. (El desfavorable relato de Heródoto insinúa que pudo haberse suicidado tras haberse vuelto loco por influencia de los dioses, ofendidos por su sacrilegio).

Los monarcas de Persia se cuentan entre las dinastías egipcias como la XXVII, y esta vez la dinastía era verdaderamente extranjera. No era como las dinastías libia y nubia, que fueron egipcias en todo excepto en su origen; o como la de los hicsos, que se egiptizaron. Ni era como los asirios, que estuvieron presentes sólo breve y efímeramente.

¡No! La Dinastía XXVII fue realmente extranjera, y gobernó con mano dura.

Los atenienses

No hay duda de que la dominación persa resultó beneficiosa por varios conceptos. Así, una vez pasados los pocos meses de confusión que siguieron a la muerte de Cambises, un miembro de la familia real, Darío, se hizo con el control. Darío I gobernó durante treinta y cinco años (del 521 al 486 a. C.) y sin duda alguna fue el más capacitado de los reyes persas, por lo que a veces se le ha llamado Darío el Grande.

Este rey reorganizó su inmenso imperio, conduciéndolo hasta altas cotas de eficacia, y gobernó bien Egipto. Se las arregló para terminar el canal del Nilo al mar Rojo, que Necao había dejado inacabado, y el comercio egipcio floreció. De hecho, Egipto, bajo el dominio de Darío conservó sus antiguos modos de vida, fue tan próspero como nunca lo había sido bajo Ahmés, y el tributo que pagaba a los persas no era excesivamente opresivo. ¿De qué se quejaban los egipcios entonces?

Sin embargo, con tres mil años de historia a sus espaldas, los egipcios protestaban bajo un régimen extranjero, quizá por la única razón de que era extranjero. Así pues, esperaban su oportunidad. Antes o después, Persia acabaría estando ocupada en algún rincón de sus amplios dominios, y entonces podía llegar la hora.

El propio Darío coadyuvó a que estos deseos se cumplieran, al no ser capaz de resistirse a emprender nuevas conquistas de países extranjeros, con el fin de igualar las

hazañas de sus predecesores. En el 515 a. C. cruzó el mar hasta Europa, conquistando y anexionándose regiones al norte de Grecia, subiendo río arriba por el Danubio.

Las ciudades independientes de Grecia se alarmaron mucho y, como autodefensa, se aprestaron a ayudar a todo movimiento que pudiese entorpecer o debilitar a Persia. En el 499 a. C, cuando algunas de las ciudades griegas del Asia Menor, que habían estado bajo dominio persa durante medio siglo, se rebelaron, las ciudades-Estado independientes de Grecia enviaron barcos a ayudarlas. El irritado Darío pudo dominar la revuelta, y determinó, además, castigar a Atenas por su injerencia, sin que mediase provocación alguna, en los asuntos internos persas.

En el 490 a. C., Darío envió una fuerza expedicionaria persa relativamente pequeña contra Atenas, donde, ante la sorpresa del mundo, fue derrotado por un ejército de atenienses incluso menor que el suyo, en la batalla de Maratón. Darío, más furioso aún, comenzó a planear una expedición de mayor envergadura.

Los egipcios habían estado observando cuidadosamente el curso de los acontecimientos. Las ciudades griegas del Asia Menor habían osado rebelarse contra el coloso persa. Ciertamente, habían sido aplastadas, pero posteriormente los atenienses habían resistido también a los persas y habían resultado victoriosos. Sin duda, las energías persas se consumirían completamente en vengar este insulto; y en cualquier caso, Darío era demasiado viejo y estaba demasiado enfermo como para multiplicarse en otras direcciones. Era la oportunidad esperada por Egipto.

De ahí que Egipto se rebelara como consecuencia de la batalla de Maratón; y al principio todo fue bien. En el 486 a. C. murió Darío, y había muchas razones para pensar que en la confusión de los primeros años de reinado del nuevo rey podría obtenerse de nuevo la independencia de Egipto.

El trono persa fue ocupado por Jerjes, hijo de Darío, que se vio enfrentado sin más con Atenas y con Egipto. Tenía que elegir. Había heredado de su padre los grandiosos deseos de venganza contra Atenas, pero Atenas era una pequeña ciudad, mientras que Egipto era una provincia grande, próspera y populosa. No había duda de que era más acertado ocuparse antes de Egipto.

Así pues, los planes de invasión de Grecia se suspendieron, y todo el poderío persa se volcó contra el infortunado Egipto, que fue derrotado y sometido de nuevo; pero esto llevó tres años a los persas, lo que significó una prolongada demora de los planes de Jerjes para invadir Grecia. La tregua de tres años fue bien aprovechada por los atenienses, que mejoraron y ampliaron notablemente su flota. Y fue esta flota la que permitió a los griegos derrotar a los persas en Salamina, en el 480 a. C, y romper el espinazo a los invasores.

El mundo actual, que hace derivar gran parte de su cultura de la antigua Grecia, encuentra en la victoria de la débil Grecia sobre la gigantesca Persia la repetición de una de esas maravillosas historias, de la que nunca nos cansaremos, en que los protagonistas son David y Goliat. La sorpresa y satisfacción que provocó la salvación de Grecia ha perdurado de generación en generación a lo largo de veinticinco siglos, pero aun así, y sin restarle mérito a la hazaña griega, es justo que puntualicemos que sin la desafortunada revuelta egipcia, la victoria griega no habría tenido lugar.

Egipto, que en varias ocasiones había empujado a sus pequeños vecinos a sacrificarse por el interés egipcio, en esta ocasión (por supuesto contra su voluntad y sin intención) se sacrificó por la causa griega. Nunca en su historia, quizá, prestó un servicio tan grande al género humano.

Pero con el sojuzgamiento de la rebelión, Egipto tampoco fue pacificado. Su pueblo, incitado por los sacerdotes, siempre estuvo presto a rebelarse. El momento crucial podría llegar con el fin del reinado persa, pues entonces existiría la posibilidad de que una

reñida sucesión y una guerra civil no dejase tiempo a Persia para atender rebeliones lejanas. O, mejor aún, tal vez el nuevo monarca fuese un hombre débil sin interés por largas y fatigosas campañas para hacer volver al redil a las provincias lejanas.

Así pues, la muerte de Jerjes en el 464 a. C. marcó la señal para una nueva rebelión. Los elementos dirigentes fueron esta vez las tribus nómadas del desierto libio, que seguía siendo relativamente libres aunque estuviesen nominalmente bajo dominio persa. Uno de sus líderes, Inaros, llevó a sus fuerzas al Delta, donde se le unieron, de buen grado, multitud de egipcios. El virrey persa, hermano del difunto Jerjes, fue muerto durante una dura batalla, y Egipto pareció alcanzar de nuevo la independencia.

La posición egipcia parecía tanto más segura cuanto que Persia no carecía de problemas. Atenas, desde los días de Salamina, había mantenido una guerra continua contra Persia, lanzando constantes picotazos contra los límites del imperio. Tales acciones de los atenieneses no ponían en peligro, naturalmente, el núcleo del poder persa, pero mantenían a los persas demasiado ocupados como para emplear a todas sus fuerzas contra Egipto.

Además, a las primeras noticias de una revuelta egipcia, los barcos atenienses vinieron en ayuda de los rebeldes, desembarcando una fuerza expedicionaria.

Sin embargo, por desgracia para Egipto, el nuevo monarca persa resultó no ser un hombre débil. Se trató de Artajerjes I, hijo de Jerjes. Este envió una poderosa fuerza contra Egipto, que logró someter a los rebeldes, confinándolos a una isla del Delta. Aquí los rebeldes resultaron inexpugnables mientras los barcos atenieneses estuvieron con ellos, pero Artajerjes se las arregló para desviar el brazo de Nilo en el que se encontraba la isla, dejando a las barcas varadas e inutilizables. Acabaron siendo destruidos. Un segundo contingente de navíos atenienses resultó destruido en un cincuenta por ciento antes de que alcanzara el escenario de la lucha.

La rebelión fue dominada en el 455 a. C., la mayor parte de las fuerzas griegas fue aniquilada e Inaros capturado y ejecutado.

Todo este asunto representó un desastre de gran magnitud para Atenas, pero apenas se lo ha mencionado en la historia, en parte porque aconteció en plena "Edad de Oro" ateniense (en cierto sentido, la más importante de las "edades de oro" que el mundo haya visto nunca), y los sombríos colores de la derrota de Egipto se han diluido en la gloria de lo que estaba aconteciendo en una ciudad que estaba edificando el Partenón, escribiendo las tragedias más importantes del mundo, esculpiendo sus mejores estatuas y creando su más grande filosofía.

Con todo, la derrota ateniense trastocó su política exterior, desanimó a sus amigos, alentó a sus enemigos y ayudó a preparar el terreno para el desastre que habría de sepultarla medio siglo más tarde. Si la primera revuelta egipcia contra los persas había salvado a Atenas, la segunda contribuyó a arruinarla.

El último nativo

Egipto esperó de nuevo. Dos nuevos reyes persas surgieron y desaparecieron. Y, en el 404 a. C, el segundo de ellos, Darío II, murió. Esta vez se planteó una reñida sucesión. El hijo menor de Darío dirigió un ejército, compuesto de gran parte por mercenarios griegos, contra su hermano mayor. Pero el hermano mayor venció, llegando a gobernar con el nombre de Artajerjes II. Y mientras esto ocurría, Egipto tuvo tiempo de rebelarse, y esta vez con éxito, alcanzando una vez más una precaria independencia.

La independencia se prolongó durante sesenta años, en gran medida gracias a la ayuda griega. Como consecuencia de esto, los mercenarios griegos fueron particularmente numerosos en esta época, debido a que dos ciudades griegas, Atenas y Esparta, habían librado una terrible guerra, entre el 431 y el 404 a. C., en la que,

finalmente, Esparta había resultado vencedora, estableciendo brevemente su supremacía sobre Grecia. El fin de la guerra había dejado sin empleo a gran número de soldados que no tenían gran cosa que hacer en una Grecia agotada y asolada por la larga contienda. Por consiguiente, se alquilaban de buen grado a egipcios o a persas.

En este último período de independencia gobernaron brevemente Egipto tres dinastías nativas. Fueron las Dinastías XXVIII, XXIX y XXX. Todas ellas esperaban un momento crucial, en el que Persia se sintiera lo bastante fuerte como para volver contra Egipto. Hacia el 379 a. C., cuando la Dinastía XXX llegó al poder, la invasión persa parecía inminente.

El primer rey de la Dinastía XXX fue Nectanebo I, que inmediatamente procedió a reforzar su posición obteniendo lo mejor que pudo encontrar en cuestión de mercenarios griegos. Contrató a Cabrias, general ateniense que contaba con un alentador currículum de victorias. Cabrias aceptó el cargo sin permiso de Atenas (que, por aquel entonces, no deseaba ofender a Persia). Reorganizó el ejército egipcio y lo instruyó en las tácticas modernas, convirtiendo al Delta en un campamento poderosamente defendido. Mientras tanto, los persas estaban reuniendo sus fuerzas en las fronteras.

Artajerjes vaciló, antes de atacar, al tener frente a él a Cabrias. Por lo que presionó con éxito sobre Atenas para que llamase al general. Cabrias fue obligado a abandonar Egipto, pero había hecho un buen trabajo. Cuando los persas atacaron se encontraron con tan firme resistencia que hubieron de retirarse, dejando libre a Egipto, Nectanebo I murió en el 360 a. C. siendo gobernante de una nación independiente y bastante próspera.

A Nectanebo le sucedió Teos, que tuvo que enfrentarse todavía al problema persa. Por aquel entonces, empero, la situación en Grecia había variado sorprendentemente. Esparta había sido derrotada por la ciudad griega de Tebas, y tras algunos siglos de hazañas militares, había sido reducida a la impotencia. En ese momento uno de sus dos reyes era Agesilao, uno de los mejores generales de la Grecia de entonces; con todo, no pudo salvar a Esparta. Tan desesperada era la situación de Esparta, que Agesilao, que en su juventud había dominado a Grecia y que incluso había dirigido una fuerza expedicionaria al Asia Menor para luchar, victoriosamente, contra el Imperio persa, se vio obligado a vender su talento, en un esfuerzo por obtener dinero con el que continuar luchando en defensa de la derrotada Esparta.

El orgulloso rey espartano se vio constreñido a servir como mercenario a cambio de una paga. Contratado por Teos, desembarcó en Egipto con un contingente de espartanos. Pero Teos se llevó un desengaño ante la presencia de este anciano (por aquel entonces Agesilao contaba unos ochenta años) marchito, débil y cojo. Teos se negó a ceder al viejo héroe el control total de las fuerzas armadas egipcias, y le obligó a mandar tan sólo a los mercenarios. Entre tanto Cabrias había vuelto y se había puesto al frente de la flota egipcia.

Teos se sentía ahora suficiente fuerte como para tomar la ofensiva contra Persia, que estaba decayendo progresivamente. En varias ocasiones tropas griegas se habían internado a su gusto en el país, y Artajerjes II, que estaba llegando al final de un reinado de cerca de medio siglo, estaba envejecido y se había tornado indeciso. El gigante, al parecer, se tambaleaba.

Así pues, las fuerzas egipcias penetraron en Siria. Pero había demasiados cocineros para un solo pastel. Pronto estalló la disensión entre atenienses, espartanos y egipcios, y el proyecto abortó. Además, por si fuera poco, uno de los parientes de Teos reclamó el trono, y cuando Teos ordenó a Agesilao que lo liquidase, el anciano espartano se negó acremente: él había venido a luchar contra los enemigos de Egipto, no contra los egipcios.

Teos se vio obligado a huir junto a los persas, y el nuevo pretendiente ocupó el

trono de Egipto con el nombre de Nectanebo II. Agesilao había tenido ya bastante y decidió volver a Esparta, pero murió en Cirene en el viaje de regreso.

En el 358 a. C. Artajerjes II murió por fin; heredó el trono su hijo Artajerjes III, con el que Persia mostró un vigor inesperado.

Artajerjes III preparó su primer ataque contra Egipto en el 351 a. C., pero fue rechazado por los egipcios gracias también a su vanguardia compuesta por mercenarios griegos. Durante tres siglos los egipcios había utilizado a los griegos contra sus enemigos, pero esta era la última vez que iban a hacerlo con tanto éxito (cuando los griegos volvieron, lo hicieron como amos, no como servidores).

El monarca persa tuvo que posponer su segundo ataque a causa de las revueltas de Siria y de las continuas incursiones de los piratas griegos. Le costó mucho reprimir a los revoltosos y restablecer la paz. En el 340 a. C. marchó contra Egipto de nuevo, esta vez encabezando él mismo el ejército.

En gran parte, se trató de una lucha de griegos contra griegos, pues hubo mercenarios por ambos lados. Tras una dura batalla, los griegos del lado persa resultaron vencedores sobre los griegos del lado egipcio, en la batalla de Pelusio. Cerca de dos siglos antes los persas mandados por Cambises habían ocupado todo Egipto tras una única batalla en ese mismo lugar, y ahora los persas dirigidos por Artajerjes III habían hecho lo mismo. Una vez penetrada la dura corteza de Pelusio no había nada detrás de ella que pudiese detener a los persas con eficacia.

Nectanebo II huyó a Napata, para acogerse a Nubia. Tuvo el triste honor de ser el último gobernante autóctono de todo Egipto, terminando con él una historia que había comenzado con Menes unos tres mil años antes.

Manetón, que escribió medio siglo después, finaliza la enumeración de las dinastías con Nectanebo II. Sin embargo, nosotros continuaremos.

Los macedonios

Artajerjes III restableció en Egipto el dominio persa, con gran crueldad. Pero tampoco Persia iba a durar mucho. Y en Grecia iban a tener lugar grandes y sorprendentes acontecimientos.

A lo largo de siglos las ciudades griegas habían luchado entre sí, y hacia el 350 a. C. aproximadamente la lucha había quedado en tablas. Ninguna ciudad era capaz de dominar a las restantes. Atenas, Esparta y Tebas lo habían intentado, en ese orden, pero habían fracasado completamente.

Algunos griegos comenzaban a pensar que las distintas ciudades se estaban arruinando mutuamente, y que sólo una guerra exterior —sólo una guerra combatida unitariamente, una "guerra santa"— contra el enemigo común, Persia, podía salvarlas.

Si esto era así, por fin, ¿quién iba a dirigir la cruzada? Por supuesto, el vencedor de la contienda entre las ciudades, pero no había tal vencedor, y parecía que nunca iba a haberlo.

Y no lo había, al menos entre las ciudades-Estado.

En el norte el Grecia, sin embargo, estaba Macedonia, pero los griegos lo despreciaban, por considerarlo semibárbaro. Es cierto que había tenido escasa importancia en los primeros tiempos de la historia griega. Durante el prolongado período en que las ciudades griegas lucharon contra Persia y derrotaron a sus ejércitos, Macedonia había permanecido bajo dominio persa e incluso había combatido del lado persa.

Sin embargo, en el 356 a. C., cuando Egipto daba sus últimas boqueadas como país independiente, accedió al trono de Macedonia un hombre poco frecuente. Este hombre, Filipo II, reorganizó el ejército macedonio e introdujo la "falange", cuerpo dispuesto en orden cerrado formado por soldados armados con equipo pesado, que habían

sido instruidos, gracias a un entrenamiento continuo, a manejar a la perfección largas lanzas, por lo que cada agrupación parecía un puerco espín en movimiento.

Poco a poco, por medio de sobornos, mentiras, y acciones militares cuando éstos fallaban, Filipo se hizo con el control del norte de Grecia. En el 338 a. C., en una batalla decisiva en Queronea, junto a la ciudad griega de Tebas, derrotó a los ejércitos aliados de Tebas y Atenas, obteniendo el dominio sobre toda Grecia.

Ahora podía iniciarse la gran guerra santa contra Persia, pues el líder esperado había surgido ya. Filipo II fue elegido para esta tarea por las sometidas ciudades griegas. Pero en el 336 a. C., precisamente cuando iba a dar comienzo a la invasión, y cuando los primeros contingentes estaban cruzando el mar hacia Asia Menor, Filipo fue asesinado, como consecuencia de disturbios internos.

Por un momento, todo el proyecto se tambaleó, entonces tomó cartas en el asunto el hijo de Filipo, Alejandro III, que tenía veinte años. Las tribus y ciudades dominadas por Filipo consideraron que el advenimiento de un sucesor de veinte años era una señal suficiente para rebelarse, pero no pudieron haber cometido mayor error, pues acertaríamos en suponer que Alejandro III fue, en algunos aspectos, el menos corriente de los hombres. Por una parte, nunca perdió una batalla, incluso bajo las más arduas y desmoralizantes condiciones; y por otra, parecía no necesitar más que un momento para tomar decisiones (decisiones correctas, si juzgamos por los resultados). Llegó a mandar sobre algunos entre los mejores generales jamás reunidos antes en un solo ejército, y no tuvo dificultades en dominarlos a todos (en esto último sólo es comparable a Napoleón).

En los comienzos de su reinado Alejandro marchó rápidamente contra las tribus en rebelión, acabó con ellos de un certero golpe, arremetió luego, en el sur, contra Grecia, donde inmediatamente tomó el control de las ciudades. En el 334 a. C. dejó Grecia y se volvió hacia Asia.

Entre tanto, Artajerjes III de Persia había muerto en el 338 a. C. y, después de un período de disturbios, un amable alfeñique fue a parar al trono, en el 336; éste fue Darío III. Nadie podía hacer frente con éxito a Alejandro (pronto conocido por Alejandro Magno, y de todos los monarcas denominados el "Grande", Alejandro fue el único que lo fue más allá de toda discusión), pero Darío III no pudo ni siquiera intentarlo.

Las avanzadas persas, que se habían confiado excesivamente, fueron derrotadas inmediatamente en el río Granico, en el Asia Menor noroccidental.

Alejandro bajó por la costa del Asia Menor, penetrando luego hacia el interior, derrotando al grueso del ejército persa (muy superior en número al suyo, pero no en la calidad de las tácticas o de los mandos) en Issos, ciudad situada en la esquina noroccidental del Mediterráneo.

Luego bajó a lo largo de la costa siria, deteniéndose sólo para reducir a Tiro, tras un asedio de nueve meses (quizá el más duro enfrentamiento de su carrera, pero sin importancia en comparación con los trece años que empleó Nabucodonosor).

En el 332 a. C., Alejandro estaba en Pelusio, pero los egipcios no combatieron contra él en este lugar, como habían hecho (infructuosamente) contra Senaquerib, Cambises y Artajerjes III. Sólo hacía nueve años que Persia había derrotado a Nectanebo II y había bañado en sangre a Egipto, y el recuerdo de la derrota estaba aún fresco. Alejandro fue acogido por unos egipcios transportados por la alegría de la liberación. En realidad, parece que los egipcios intentaron un acercamiento a Alejandro cuando éste estaba aún en Issos, implorándole que salvase a su país.

Alejandro tuvo gran cuidado en no hacer nada que estropease esta primera impresión favorable. Se doblegó a las costumbres egipcias y realizó los sacrificios necesarios a los dioses, según los ritos locales. Trataba de que no lo considerasen un conquistador, sino un faraón egipcio.

Para facilitar el cumplimiento de este propósito, viajó hasta el oasis de Siwa, en Libia, a unas 300 millas a occidente del Nilo, donde existía un templo de Amón, muy venerado. Allí efectuó los ritos necesarios para su consagración como faraón, e incluso aceptó ser hijo divino de Amón, según la costumbre egipcia.

Esto suele interpretarse con frecuencia como un indicio de la megalomanía de Alejandro, de sus aspiraciones a la divinidad, pero como los egipcios no habrían aceptado a un faraón que no fuese a la vez dios, Alejandro no tenía otra elección razonable. No obstante, sentó un precedente, y los monarcas posteriores, seis siglos y medio después, cuando el mundo mediterráneo se convirtió al cristianismo, insistían, por lo general, en ser tratados como divinidades, aun cuando esto era algo que no estaba en absoluto de acuerdo con la primitiva tradición griega.

Los griegos equipararon a Amón, principal dios egipcio, debido a una tradición que databa de la Dinastía XI, diecisiete siglos antes, a su más importante dios, Zeus. De ahí que el templo de Siwa fuese dedicado a "Zeus-Amón" (o a "Júpiter-Amón", según la posterior versión romana).

Existe una relación especial entre este templo y la química moderna. El combustible es, como puede suponerse, muy escaso en el desierto, y los sacerdotes de Siwa utilizaban estiércol de camello. El hollín que quedaba tras la combustión en los muros y techos del templo contenía cristales salinos blancos que se llamaron, en latín, *sal ammoniaca* ("sal de Ammón"). De estos cristales puede obtenerse un gas, y este gas se llamaría más tarde amoníaco.

¡De esta forma el gran dios de Tebas, al que Ajenatón había desafiado sin éxito y que Ramsés II había considerado segundo respecto de sí mismo, sobrevive hoy en el nombre de un gas mordiente, conocido por las amas de casa principalmente como componente de productos de limpieza!

Era evidente que Alejandro no podía quedarse en Egipto como faraón, ya que tenía que conquistar todavía el resto de Persia y muchos años de campaña por delante. Seleccionó a egipcios nativos para que gobernasen el país en su ausencia, pero no les entregó poderes económicos (pues el dinero sirve para financiar rebeliones). Puso el control de las finanzas en manos de un griego de Naucratis, un tal Cleomenes. Este hombre, con poder para imponer impuestos, fue el verdadero gobernante del país, aunque para salvar las apariencias ante los egipcios no tenía título alguno.

Antes de abandonar Egipto, Alejandro examinó un lugar en la desembocadura del brazo más occidental del Nilo, donde ya había una pequeña ciudad. Indicó dónde debían construirse los cimientos de un suburbio que debería alzarse al oeste de la ciudad. La antigua ciudad y el nuevo barrio, juntos, serían llamados Alejandría en honor de Alejandro. Tras la marcha de éste en el 331 a. C. Cleomenes se encargó de que se edificase la ciudad. Alejandro nunca volvería a ella. Fue proyectada por el arquitecto Dinócrates de Rodas, que la concibió con calles rectas que se cruzaban en ángulo recto.

Alejandro ordenó la construcción de muchas ciudades, casi todas ellas llamadas Alejandría, pero, con mucho, la más importante de todas fue la de Egipto. Alejandría se hizo cargo de las funciones comerciales de Naucratis que, como consecuencia, declinó. Y como la antigua ciudad mercantil de Tiro había sido destruida, a causa del asedio de Alejandro, Alejandría se convirtió en el centro comercial del Mediterráneo oriental, creciendo rápidamente hasta convertirse en una metrópoli que haría las veces de capital de Egipto. Desde entonces, las antiguas capitales de Menfis y Tebas irían declinando progresivamente.

10. El Egipto ptolemaico

El primer Ptolomeo

Bajo el gobierno de Cleomenes Egipto prosperó y se apartó temporalmente del torbellino de los acontecimientos, mientras Alejandro corría a lo largo y a lo ancho del Imperio persa, venciendo dos grandes batallas e innumerables batallas menores, y erigiéndose en monarca de todo ello. (Darío III, el último rey persa, fue asesinado por sus propios hombres en el 330 a. C).

Alejandro regresó a Babilonia en el 324 a. C. tras sus expediciones a lejanos confines, y debía de estar haciendo nuevos planes de conquista en otras direcciones, cuando murió en el 323 a. C.

Cuando murió era todavía un hombre joven de 33 años, y no dejó tras de sí una sucesión segura. Tenía una madre muy pendenciera, una esposa persa, un hermanastro deficiente mental y un hijo pequeño póstumo. Ninguno de ellos contaba para nada.

Según una leyenda, mientras estaba agonizando preguntaron a Alejandro quién iba a heredar su imperio. Se cree que en su postrer suspiro logró decir: "El más fuerte".

En realidad, no debió de decir nada de esto, pero sus generales actuaron como si lo hubiera dicho. Cada uno de ellos tomó una parte y trató de utilizarla como base para apoderarse de todo el resto. Los más importantes generales, desde el punto de vista de este libro, fueron Ptolomeo, Seleuco y Antígono. Este último fue ayudado valiosamente por su hijo Demetrio.

Ptolomeo (o, según la forma griega, Ptolemáios) era hijo de un noble macedonio, aunque existían rumores que lo hacían hijo ilegítimo de Filipo y, por consiguiente, hermanastro de Alejandro. (Este rumor pudo haber sido difundido deliberadamente por el propio Ptolomeo para acrecentar su propio prestigio. La bastardía era un precio exiguo a cambio de una relación familiar con el gran Alejandro).

Tan pronto como Alejandro Magno hubo muerto, Ptolomeo se apropió del gobierno de Egipto, ejecutando inmediatamente a Cleomenes (un pobre pago por una excelente administración). La elección de Egipto fue prudente. Egipto era un país rico, cuya producción agrícola, debido a las crecidas regulares del Nilo, y a la experta laboriosidad del pueblo proporcionaba a sus gobernantes una riqueza sin igual.

Ptolomeo fue también lo bastante inteligente como para apoderarse del cuerpo de Alejandro y enterrarlo en Menfis —un hábil golpe psicológico, si se tiene en cuenta que el mundo entero estaba maravillado ante la fulgurante vida de Alejandro, que estaba considerado como una especie de semidiós.

Ptolomeo fue el primer general que se dio cuenta de que la victoria total y extender el gobierno sobre todo el imperio constituían empresas imposibles. Puede ser que ni siquiera lo estimase deseable. Tal vez se sintiese a gusto siendo sólo gobernante del rico Egipto; y después de todo, ¿qué objeto tenía exponerse a los problemas y trastornos que le ocasionaría el tratar de conquistar el resto del imperio? Lo único que quería, aparte del valle del Nilo, eran sus accesos inmediatos por el oeste y por el este como defensa ante posibles invasores y una flota capaz de controlar el mar en el norte.

Hacia el oeste la cosa era fácil. Ptolomeo tenía que obtener, tan sólo, la sumisión de Cirene y la de los oasis libios, que habían estado sometidos a Persia y a Alejandro Magno, y que no habían provocado ningún problema al pasar bajo el régimen de Ptolomeo.

Hacia el este era caso igualmente fácil. En el 320 a. C, Ptolomeo llevó a su ejército hasta Siria, atacando astutamente Jerusalén en sábado. Los piadosos judíos de la época rehusaron combatir en ese día, ni siquiera en autodefensa, y Jerusalén, que había resistido

a Senaquerib y a Nabucodonosor con admirable tenacidad, se rindió a Ptolomeo sin mover un dedo.

Sería en el norte donde Ptolomeo encontraría problemas. Había construido una flota y la envió en expedición a Grecia y a diversas islas griegas, en un esfuerzo por buscar aliados y afirmar su dominio. Aquí se enfrentó con Antígono y Demetrio, y en 306 a. C. los barcos de padre e hijo infligieron una espectacular derrota a la flota ptolemaica.

Antígono, que contaba por aquel entonces setenta y cinco años, y estaba ansioso por conseguir la supremacía antes de morir, adoptó inmediatamente el título de rey de Asia, anticipándose a la victoria final. Ptolomeo, aunque dolido por la derrota, no podía permitir que este golpe psicológico quedase sin respuesta. Se proclamó rey también él; luego se las arregló para rechazar un débil intento de Demetrio y Antígono para invadir Egipto, reforzando así su nuevo título.

Como rey de Egipto, Ptolomeo fundó una dinastía que duró tres siglos, más que cualquiera de las dinastías nativas que habían gobernado Egipto en un lapso de tres mil años. La dinastía de Ptolomeo puede denominarse Dinastía Macedonia o de los Lagidas, por el nombre del padre o presunto padre, de Ptolomeo, Lagos (o bien, Dinastía XXXI, si nos inclinamos por el criterio numérico).

Más frecuentemente, la dinastía se llama de "los Ptolomeos", ya que todos los reyes de ella, sin excepción, llevaron ese nombre. Así, podemos hablar del Egipto de la época como del Egipto Ptolemaico.

No sólo fueron Antígonos y Ptolomeo los generales que se convirtieron en reyes. Seleúco, que se había establecido en Babilonia, adoptó también el título de rey. La dinastía que fundó se conoce con el nombre de seleúcida, y el imperio que construyeron en Asia occidental, el Imperio Seleúcida.

Ptolomeo I —como lo llamaremos desde ahora— no se retiró del Mediterráneo septentrional por una única derrota. Reconstruyó la flota y esperó una oportunidad. En el 305 a. C. Demetrio sitió la isla de Rodas, que había continuado siendo aliada de Egipto a pesar del descalabro de Ptolomeo. Sus habitantes ofrecieron una firme resistencia, y los barcos de Ptolomeo se hicieron a la mar para contribuir a la defensa. Demetrio tuvo que abandonar y marcharse con sus navíos, y los agradecidos isleños dieron a Ptolomeo el título de Sóter ("salvador").

En los siglos siguientes a Alejandro se hizo habitual que los reyes adoptasen, o se les asignase, algún apodo lisonjero con el que distinguirse de los demás y poder pasar a la historia. (Por lo general, cuanto peor o más débil era un monarca, más pretencioso y adulador era el apodo). Esta costumbre imperaba también entre los reyes selúcidas y en diversas dinastías del Mediterráneo oriental, pero nosotros la utilizaremos tan sólo en relación con los reyes egipcios. Así, el primer Ptolomeo puede ser llamado Ptolomeno I Sóter.

Como de todos los generales Antígono era el más ambicioso y el menos deseoso de transigir o de renunciar al poder supremo, Ptolomeo, Seleúco y algunos otros se aliaron contra él. En el momento de formar esta unión, Ptolomeo y Seleúco acordaron informalmente repartirse Siria. Ptolomeo se quedaría con la mitad sur.

A medida que las campañas contra Antígono progresaban, el cauto Ptolomeo comenzó a temer una derrota y a retirar sus tropas. Cuando se libró la batalla final, en el 301 a. C., en Ipso, en el Asia Menor central, fue Antígono el que resultó derrotado y muerto, mientras que su hijo Demetrio fue enviado a un exilio temporal.

Seleúco se hallaba ahora en una posición óptima. Fue capaz de establecer su dominio sobre casi toda la parte asiática del Imperio de Alejandro. Reclamó, además, el sur de Siria, aduciendo que Ptolomeo había perdido el dominio sobre esta región por su pusilánime comportamiento antes de la batalla de Ipso. Sin embargo, Ptolomeo se negó a

abandonarla. El sur de Siria, y en particular Judea, siguieron bajo dominación egipcia durante un siglo. Esta fue la primera empresa egipcia en el campo del imperialismo en Asia (si exceptuamos la estancia de Necao durante tres años) desde la época de Ramsés III, ocho siglos antes.

Sea como fuere, Siria siguió siendo la manzana de la discordia entre los Ptolomeos y los Seleúcidas durante siglo y medio, provocando una serie de guerras que, al final, acabaron destruyendo ambos reinos.

Ptolomeo I gozó de una larga vida, en beneficio de Egipto, sobre el cual gobernó de manera justa e indulgente —gobernó tan bien, de hecho, que al final logró granjearse la estima de sus súbditos a pesar de ser extranjero—. Fue el primer monarca egipcio que acuño moneda en Egipto, y con él floreció la economía. La segunda mitad de su reinado transcurrió en paz, aunque nunca perdió de vista el hecho de que en Seleúco, que también gozó de larga vida, tenía un temible enemigo.

En el 285 a. C. Ptolomeo I tenía ochenta y dos y no se sentía capaz ya de cumplir los deberes de su cargo. Por ello decidió abdicar, pero antes tuvo que tomar ciertas decisiones en materia de sucesión. Deseaba que el rey que lo sustituyera fuese tan prudente como él, y capaz, igual que él, de mantener a distancia a Seleúco y a sus sucesores.

Ptolomeo I había tenido cierto número de hijos, dos de los cuales (de diferentes madres) eran, en esta época, importantes. Ambos llevaban el nombre de Ptolomeo. El mayor era Ptolomeo Keraunos, o Ptolomeo "el Rayo"; el más joven era Ptolomeo Filadelfo, nombre que se le dio tardíamente por razones que veremos más adelante.

Ciertamente, el mayor era un rayo, inclinado a actuar irreflexivamente y a dañar a otros y a sí mismo con sus acciones. El joven era tan prudente y moderado como su padre. Sin vacilar, Ptolomeo exilió a Keraunos y permitió a su joven hijo compartir con él las tareas de gobierno, abdicando más tarde, en el 285 a. C., en su favor. Ptolomeo vivió hasta el 283 a. C., muriendo en paz, al final de una larga y afortunada vida.

Ptolomeo Keraunos acabó encontrándose en la corte de Seleúco, que lo recibió de buen grado. Seleúco veía en el joven a un posible pretendiente al trono egipcio y, por lo tanto, a alguien que podía servirle como un instrumento manejable en caso de necesidad. Seleúco no era como Ptolomeo. Su avanzada edad no lo llevaba a pensar en la abdicación. Todavía iba detrás del señuelo del poder y proseguía las interminables guerras con el vigor y la persistencia de un hombre joven.

En el 281 a. C. ganó su última batalla, derrotando y matando a otro de los ancianos generales de Alejandro Magno. Con Ptolomeo I muerto también, Seleúco era ahora el último de todos los generales de Alejandro que seguía con vida, un hecho que le proporcionaba la más viva complacencia (contaba unos setenta y siete años en este momento cumbre de su longeva vida).

Pero su complacencia no duró mucho tiempo. De resultas de su última victoria, viajó hasta Macedonia, donde debía tomar posesión del territorio patrio del gran Alejandro. Pero cuando Seleúco llegó, Ptolomeo Keraunos entró en acción. Habían perdido la oportunidad de alcanzar el trono de Egipto, pero estaba decidido a gobernar en algún sitio. Y no parecía ser de ninguna utilidad esperar que el inmortal Seleúco muriese de una vez, por lo que Keraunos, en el 280 a. C., arregló la cuestión apuñalándolo.

El último general de Alejandro había muerto, y ahora ambos hijos de Ptolomeo Sóter eran reyes. El joven, rey de Egipto; el mayor, de Macedonia. Pero el mayor, que había obtenido el trono por medio del asesinato, no iba a disfrutarlo por largo tiempo. Al año siguiente Macedonia fue invadida por tribus bárbaras provenientes del norte, y en la horrible confusión y devastación ocasionada, Ptolomeo Keraunos perdió la vida.

Alejandría

Ptolomeo hizo de Alejandría su capital y desde ella gobernó, al igual que los demás Ptolomeos que le sucedieron. En realidad, Alejandría representaba casi todo el Egipto que contaba algo, en lo que concernía a los extranjeros. Para los egipcios, en cambio, apenas era una parte de Egipto. Los Ptolomeos respetaban las costumbres egipcias y rendían pleitesía, al menos de palabra, a todos los dioses egipcios; nunca hubo una rebelión realmente seria contra la dinastía extranjera, como las habidas contra los hicsos, los asirios y los persas. Sin embargo, para los egipcios, Alejandría era un pequeño rincón no egipcio. Era gobernada según las costumbres griegas y estaba llena de griegos y judíos (estos últimos llegaban libremente como inmigrantes desde Judea, que en aquella época formaba parte del reino egipcio).

Quizá esto fuese incluso algo bueno desde el punto de vista de los egipcios. Al aislar a los griegos en la capital, el resto del país resultaba ser tanto más egipcio.

Así pues, podríamos decir, según la cuenta de la vieja, que Alejandría, bajo los Ptolomeos, era griega en un tercio, en un tercio judía y en el otro egipcia. Considerando su prosperidad, su sofisticación, su cosmopolitismo y su carencia de historia antigua, Alejandría era la Nueva York de la época.

Ptolomeo I y su hijo Ptolomeo II no se contentaron simplemente con hacer de Alejandría una ciudad grande, populosa y próspera. Ambos se afanaron en convertirla en un centro de saber, y en esto tuvieron éxito. (Los dos primeros Ptolomeos estuvieron tan a la par en esto que es difícil precisar con exactitud cuáles fueron los logros de uno y cuáles los del otro).

Ptolomeo I fue escritor, y elaboró una biografía de Alejandro Magno, de estilo directo y sin pretensiones. El hecho de que la biografía se perdiese —era una biografía basada en un conocimiento de primera mano— es una de las grandes pérdidas del saber. Sin embargo, un historiador griego, Amano, que escribió cuatro siglos y medio después, elaboró una biografía de Alejandro que se basa en su mayor parte en la de Ptolomeo. La biografía de Amano ha sobrevivido, y a través de ella poseemos indirectamente la de Ptolomeo.

Ptolomeo I heredó la biblioteca del gran filósofo griego Aristóteles, y no escatimó esfuerzos para ampliarla. Contrató a un erudito ateniense para que supervisase la organización de una gran biblioteca, que con el tiempo se convertiría en la mejor y más famosa del mundo antiguo; una biblioteca que no sería igualada y mucho menos superada, hasta diecisiete siglos después, hasta que la invención de la imprenta generalizó el uso del libro.

Junto a la biblioteca había un templo dedicado a las Musas (*Mouseion* en griego, *Museum* en latín, es decir, Museo) en el que los sabios podían trabajar en paz y sin molestias, libres de impuestos y mantenidos por el Estado. Atenas, que hasta entonces había sido el centro del saber griego, perdió terreno ante Alejandría en todos los campos, excepto en el de la filosofía. Los intelectuales iban a donde había dinero (como sucede hoy con la "fuga de cerebros", debida a la cual los intelectuales y profesionales europeos se marchan a Estados Unidos). En su apogeo, se dice, el Museo hospedaba a 14.000 estudiantes, por lo que el establecimiento era como una gran universidad, aun para las medidas de hoy.

Fue en Alejandría donde Euclides elaboró su geometría, donde Eratóstenes midió la circunferencia de la Tierra sin abandonar Egipto, donde Herófilo y Erasístrato realizarán enormes progresos en anatomía, y Ctesibio perfeccionó y depuró el reloj más ingenioso de los tiempos antiguos, que funcionaba con agua.

La ciencia alejandrina era de inspiración principalmente griega, pero la tecnología egipcia también contribuyó. Si Egipto estaba menos versado que Grecia en la teoría,

estaba más capacitado en las cuestiones prácticas. Largos siglos de experimentación en el campo de los embalsamamientos habían dado lugar a gran cantidad de información y saber en química y medicina.

Los eruditos griegos no dudaron ni un momento en adoptar los conocimientos egipcios. Para los egipcios, Tot, el dios con cabeza de Ibis, era el depositario de toda la sabiduría, y los griegos lo asociaron a su propio dios Hermes. Hablaban de Hermes Trismegisto ("Hermes Tres veces grande"), y bajo su divino amparo rebosaba la ciencia que ahora llamamos alquimia.

El primer investigador de importancia en la "jemeia" greco-egipcia, que conocemos por su nombre, fue Bolos, de Mendes, ciudad del delta del Nilo. Escribió hacia el 200 a. C. y utilizó el nombre de Demócrito como pseudónimo, por lo que con frecuencia se le cita como Bolos-Demócrito.

Bolos aceptó la creencia, que probablemente prevalecía en esa época, de que los diferentes metales pueden convertirse el uno en el otro, y basta sólo descubrir los métodos adecuados. La conversión del plomo en oro ("transmutación") siguió siendo una meta inalcanzable para los estudiosos durante los dos mil años siguientes.

Aunque los Ptolomeos siguieron siendo griegos en el idioma y en la cultura, se cuidaron también de fomentar la cultura egipcia. Así, por ejemplo, fue Ptolomeo II quien patrocinó la historia de los egipcios de Manetón, y el que realizó un viaje de exploración por el legendario Nilo.

Los Ptolomeos respetaron también la religión egipcia. En realidad, trataron de fomentar un tipo de religión que fusionase las formas egipcias con las griegas, y produjese algo que pudiese relacionarse particularmente con ellos mismos. Así, Osiris, junto a su manifestación terrenal, el toro, Apis, se convirtió para los griegos en Serapis. Se le relacionó además con Zeus, y Ptolomeo I construyó un magnífico templo en su honor en Alejandría, al que se llamó Serapeion, Serapeum en latín.

Ptolomeo II llevó su observancia de las costumbres egipcias hasta tal punto que revivió la costumbre faraónica de los matrimonios entre hermanos y hermanas. Cuando se casó por segunda vez, lo hizo con su hermana Arsínoe, que anteriormente había estado casada con su medio hermano Ptolomeo Keraunos. Por este matrimonio —muy feliz y bien avenido— Arsínoe sería conocida por "Filadelfos" ("la que ama a su hermano"), sobrenombre que fue aplicado luego a Ptolomeo II (tras su muerte). Tanto Ptolomeo como Arsínoe eran bastante maduros por aquel entonces, y no tuvieron hijos.

Incluso los judíos recibieron su parte de esta protección ptolemaica. En realidad, los judíos parecen haber sido objeto de una divertida curiosidad por parte de los primeros Ptolomeos. Se los consideró un pueblo de antigua historia, con un conjunto de extraños pero interesantes libros sagrados. Ptolomeo I conoció lo suficientemente bien, al parecer, las costumbres judías como para atacar Jerusalén en sábado, sabiendo que estaría desprotegida. Los Ptolomeos permitieron a los judíos conservar sus propias costumbres y gozar de cierta dosis de autogobierno en Alejandría; aunque esta medida no era del todo popular entre los griegos.

El medio alejandrino se hizo tan grato para los inmigrantes judíos, que el griego se convirtió pronto en su idioma, olvidando el arameo, que se hablaba en Judea, y el hebreo, en el que estaban escritos los libros sagrados. Los libros sagrados fueron olvidados mientras esta situación pudo continuar. De ahí que, bajo el patrocinio de Ptolomeo II, se trajeran estudiosos de Judea para asesorar en la traducción de estas escrituras al griego.

La traducción griega de la Biblia es conocida como la de los Setenta, pues según la tradición fue traducida por setenta sabios.

Cuando, finalmente, la Biblia apareció en latín, su primera versión provenía de la de los Setenta. Así, en los primeros tiempos del cristianismo se utilizó la versión de los

Setenta, en griego o en latín, versión que se hizo posible gracias a los Ptolomeos, desempeñando un importante papel en la historia cristiana.

Ptolomeo II tampoco olvidó su herencia macedonia. Hizo trasladar el cuerpo del gran Alejandro de Menfis a Alejandría, edificando un monumento especial para conservarlo.

Gracias a la ilustrada actividad de Ptolomeo I y de Ptolomeo II, Alejandría se convirtió no sólo en el centro comercial del mundo griego, sino, también, en su centro intelectual. Y seguiría siéndolo durante nueve siglos.

El apogeo de los Ptolomeos

Ptolomeo II se interesó por expandir y continuar la prosperidad de Egipto. Durante su reinado, el sistema de canales, del que dependía la agricultura egipcia, fue llevado a un alto grado de eficiencia. Puso de nuevo en funcionamiento el canal que unía el Nilo al mar Rojo; exploró el Alto Nilo, implantó guarniciones y fundó ciudades en el mar Rojo, en la orilla egipcia y en la de enfrente, en la costa de Arabia, para proteger el comercio.

Modificó también la política faraónica primitiva respecto del lago Moeris. En vez de tratar de mantener el nivel alto, lo drenó parcialmente y lo dispuso todo para que el suelo fértil que había quedado expuesto pudiese ser regado mediante una amplia red de canales conectada con el Nilo. La población aumentó en esa zona, y las ciudades se multiplicaron. La región continuó progresando, convirtiéndose en la más rica provincia de una tierra ya rica durante unos cuatro siglos.

Para proteger la navegación por el Mediterráneo, Ptolomeo II construyó un faro en el puerto de Alejandría, en la isla Faros, con un coste de 800 talentos (al menos dos millones de dólares en moneda actual), el mayor del mundo antiguo. Los maravillados griegos lo consideraron una de las "siete maravillas del mundo". Tenía una base cuadrada de 100 pies por cada lado, y en su cúspide (algunos dicen que tenía de 200 a 600 pies de altura) había un fuego perpetuamente encendido. El faro estaba coronado por una gran estatua de Poseidón, el dios del mar. Se suponía que una hoguera de leña, siempre encendida, sería visible a una distancia de veinte millas. Los detalles de su arquitectura nos son desconocidos, salvo por lo que se ve en algunas monedas ptolemaicas que han llegado hasta nosotros, ya que quince siglos después de su construcción, el faro quedó totalmente destruido por un terremoto.

Con todo, la rivalidad entre los Ptolomeos y los Seleúcidas continuó. A Seleúco I le sucedió su hijo Antíoco I, y los hijos se enfrentaron entre sí con casi igual hostilidad. Entre el 276 y el 272 a. C. combatieron la "Primera Guerra Siria", en la que Ptolomeo II resultó vencedor al final, por lo que pudo extender su dominio sobre Fenicia y sobre partes del Asia Menor. Entre el 260 y el 255 a. C. se combatió una nueva "guerra siria", la Segunda, con Antíoco II, tercer rey seleúcida. Esta vez los egipcios fueron menos afortunados, y algunas de las ganancias de la Primera se perdieron.

En aquella época, se concedió quizá poca atención a uno de los pasos más importantes dados por Ptolomeo II en política exterior. En Italia, una ciudad llamada Roma había ido apoderándose paulatinamente de gran parte de la península. En la época en que Ptolomeo II llegó al trono, Roma controlaba toda Italia central y amenazaba a las ciudades griegas del sur de la península.

Los griegos llamaron a Pirro para que los ayudara. Este era un general macedonio, pariente lejano de Alejandro Magno. Pirro, que era un general capacitado y amante de la guerra, respondió entusiásticamente, y utilizó a sus falanges y a algunos elefantes de guerra que llevó con él a Italia (un truco que Alejandro había aprendido mientras luchaba en la India) para derrotar dos veces a los romanos. Sin embargo, los romanos insistieron

tenazmente, y en el 275 a. C. lograron derrotar finalmente a Pirro, expulsándolo de Italia. Hacia el 270 a. C. habían ocupado todas las ciudades griegas del sur de la península.

Ptolomeo II no se dejó ofuscar por su simpatía hacia los griegos. Pensaba que los romanos eran una nación en auge y que sería mucho mejor estar con ellos que contra ellos. Así, pues, se alió con los romanos, y afianzó la alianza cuando Roma entró en guerra con Cartago a propósito de Sicilia. En verdad, la alianza llegó a ser una tradición para Egipto, alianza a la que los Ptolomeos nunca renunciaron.

Ptolomeo II murió en el 246 a. C. Le sucedió su hijo mayor Ptolomeo III. De nuevo Egipto tuvo un gobernante vigoroso y esclarecido. Recuperó Cirene, que durante algunos años había logrado independizarse de Egipto.

Pero la eterna discordia con los seleúcidas continuó en pie, exacerbada esta vez por problemas familiares.

Al término de la Primera Guerra Siria, Ptolomeo II había dado en matrimonio a su hija Berenice, hermana del joven príncipe que con el tiempo sería Ptolomeo III, a otro joven príncipe que con el tiempo iba a ser Antíoco II.

Antíoco II murió el mismo año que Ptolomeo II, por lo que Ptolomeo III, al subir al trono, esperaba ver al hijo de su hermana convertirse en el cuarto rey seleúcida. Sin embargo, Antíoco II había tenido anteriormente una esposa que aún vivía. Esta mujer asesinó a Berenice y a su hijo, y el hijo de esta primera esposa reinaría con el nombre de Seleúco II.

Esto fue causa suficiente de guerra para Ptolomeo III. Con el fin de vengar a su hermana, se dirigió contra las posesiones seleúcidas, en lo que fue la Tercera Guerra Siria. Llegó hasta Babilonia, ocupándola temporalmente. Ningún monarca egipcio, en toda la larga historia del país, se había aventurado tan lejos del Nilo, y esta campaña representa el momento culminante del poderío Ptolemaico. Por primera vez desde los tiempos de Ramsés II, mil años antes, Egipto volvía a ser la primera potencia del mundo.

Sin embargo, Ptolomeo III se dio cuenta de que esta incursión era en el fondo algo poco realista. En realidad, no pensó nunca que podría controlar indefinidamente el país que había ocupado temporalmente. Decidió retirarse voluntariamente, abandonando el núcleo del imperio seleúcida a los Seleúcidas, conservando solamente esas partes cercanas a Egipto que, según pensaba, podía controlar con ventaja.

Se trajo consigo algunas de las estatuas y objetos religiosos que habían sido llevados allí por Cambises tres siglos antes y volvió a colocarlos en su sitio. Los agradecidos egipcios le concedieron el sobrenombre de Evérgetes ("el benefactor"), y es así, como Ptolomeo III Evérgetes, como mejor se lo conoce en la Historia.

Hay una leyenda al respecto según la cual, durante la campaña de Ptolomeo contra los Seleúcidas, la reina, una princesa cirenaica llamada también Berenice, rezó para que volviese sano y salvo, y, para reforzar sus plegarias se cortó la cabellera y la ofreció a los dioses en un templo dedicado a Afrodita. Pero alguien robó la cabellera, y para consolarla, un astrónomo griego le dijo que había sido llevaba al cielo por los dioses, y señaló algunas débiles estrellas que, afirmaba, eran su cabello. Se dice aún que estas estrellas representan la constelación de "Coma Berenices", o "Cabellera de Berenice".

El vigor bélico de Ptolomeo se extendió asimismo en otras direcciones: avanzó hacia el sur y penetró en Nubia, como ya habían hecho en alguna ocasión los faraones en tiempos que, ya para aquel entonces, eran muy remotos.

Pero Ptolomeo III tampoco descuidó las actividades pacíficas. Continuó ayudando al Museo con todo el entusiasmo que había caracterizado a su padre y a su abuelo. Durante su reinado la Biblioteca alcanzó quizá los 400.000 volúmenes y ordenó que todos los viajeros que llegasen a Alejandría prestasen sus libros para que fuesen copiados. Ciertamente, todos los Ptolomeos, incluso los peores, fueron entusiastas

protectores de las artes.

Ptolomeo III continuó con la política de favorecer a los judíos. Les concedió la plena ciudadanía alejandrina, sobre bases iguales a las de los griegos (en una época en que esto se denegaba incluso a los egipcios nativos). De hecho, a su vuelta de la campaña contra los Seleúcidas, Ptolomeo III, en el curso de un estudiado programa de acción de gracias hacia todos los dioses de los pueblos sobre los que gobernaba, hizo sacrificios, de manera adecuada, en el Templo de Jerusalén.

Cuando Ptolomeo III murió, en el 221 a. C., Egipto había gozado de 111 años de gobierno prudente y beneficioso, desde el momento en que Alejandro Magno había aparecido por primera vez en Pelusio. Lo que constituía un récord que difícilmente podía tener parangón en cualquier época anterior en la que reinaron nativos. Sucesivamente, Alejandro, Cleomenes y tres Ptolomeos habían salvaguardado la seguridad, prosperidad y paz interna de Egipto.

Pero ahora, los grandes días estaban llegando a su fin una vez más.

El declive de los Ptolomeos

Sucesor de Ptolomeo III fue Ptolomeo IV, hijo mayor del gran Evérgetes, el cual se proclamó enseguida a sí mismo Filópater, "el que ama a su padre". Como el primer acto de su reinado consistió en ejecutar a su madre (la Berenice cuya cabellera se recuerda en los cielos) y a su hermana, el hecho de que adoptase el sobrenombre mencionado tiene un sentido cínico, que oculta una completa carencia de amor familiar.

Sin embargo, quizá no fue así. Al faltar documentos completos como los que tenemos de otros acontecimientos históricos, tenemos que basarnos en ocasiones en habladurías, y la habladuría más proclive a sobrevivir es siempre la más interesante; es decir, la más chocante.

El nuevo Ptolomeo fue, según parece, un monarca débil, amante del lujo, que dejó el gobierno en manos de sus ministros y favoritos. Esto fue especialmente nefasto para Egipto, pues en el imperio seleúcida acababa de subir al trono, en el 223 a. C., un monarca vigoroso y ambicioso: Antíoco III, hijo menor de Seleúco II.

Decidido a hacer pagar las derrotas sufridas por su padre a manos de Ptolomeo III, Antíoco III atacó a Egipto, en la Cuarta Guerra Siria, casi inmediatamente después de la muerte del gran Ptolomeo. En un primer momento Antíoco III llevó la iniciativa, pero en el 217 a. C. se enfrentó al grueso del ejército, con el propio Ptolomeo IV a la cabeza, en Rafia, junto a la frontera egipcia. Ambos bandos poseían elefantes Antíoco tenía elefantes asiáticos, y Ptolomeo, africanos, más grandes pero menos dóciles. Esta fue la única batalla en que se enfrentaron ambas especies. Los elefantes asiáticos resultaron victoriosos, pero el ejército asiático fue derrotado. El ejército egipcio consiguió una aplastante victoria, y durante algún tiempo pareció que continuaba la suerte de los Ptolomeos.

Sin embargo, presionado por el avance seleúcida, el Gobierno egipcio había permitido que se armase a los propios egipcios nativos. Esta fue una decisión equivocada. El dominio ptolemaico no era ya lo que había si en tiempos pasados, y los soldados egipcios comenzaron a permitirse rebeliones ocasionales, aunque ninguna revistiera especial gravedad.

Ptolomeo IV y sus ministros trataron de mantener la situación. Mientras vivió Ptolomeo IV, Egipto continuó bajo control, y Antíoco III prefirió ocuparse de otros lugares.

Ptolomeo IV tenía una afición poco usual. Le gustaba construir barcos inmensos, demasiado grandes como para ser de alguna utilidad, por su incomodidad y falta de maniobrabilidad. El mayor barco que poseía tenía 420 pies de longitud y 57 de anchura.

Contaba con cuarenta bancos de remos, con una verdadera ciudad de cuatro mil hombres que manejaban los cuatro mil remos. Debía de parecer un gigantesco superciempiés. Por supuesto, sólo servía para enseñarlo, pues habría ido al encuentro de un desastre inmediato en caso de guerra.

El reinado de Ptolomeo IV fue testigo también de un triste incidente, que señaló la decadencia griega.

Desde la época de Filipo II de Macedonia las ciudades griegas habían estado dominadas por este reino septentrional. Los intentos de las ciudades griegas para liberarse individualmente, fracasaron siempre. Cuando intentaron formar "ligas", éstas acabaron luchando entre sí, e invariablemente los vencidos se volvían hacia Macedonia.

En el 236 a. C., cuando Ptolomeo III ocupaba aún el trono de Egipto, un rey reformador, Cleomenes III, accedió al poder en Esparta, y soñó con volver a hacer de la ciudad lo que había sido antaño, un siglo y medio antes, en los días en que era la potencia dirigente de Grecia. La Liga Aquea (una unión de ciudades situadas al norte de Esparta) luchó contra Cleomenes, y cuando fue derrotada por éste, buscaron ayuda en Macedonia, perdiendo así la última oportunidad de independencia para Grecia. En el 222 a. C. los macedonios aplastaron a Cleomenes y a sus espartanos. El rey y algunos otros pudieron escapar a Egipto.

Ptolomeo III los acogió amablemente, quizá porque los consideraba instrumentos útiles en caso de guerra contra Macedonia. Sin embargo, cuando Ptolomeo IV llegó al trono, vio en Cleomenes tan sólo una carga, y lo colocó bajo un virtual arresto domiciliario en Alejandría.

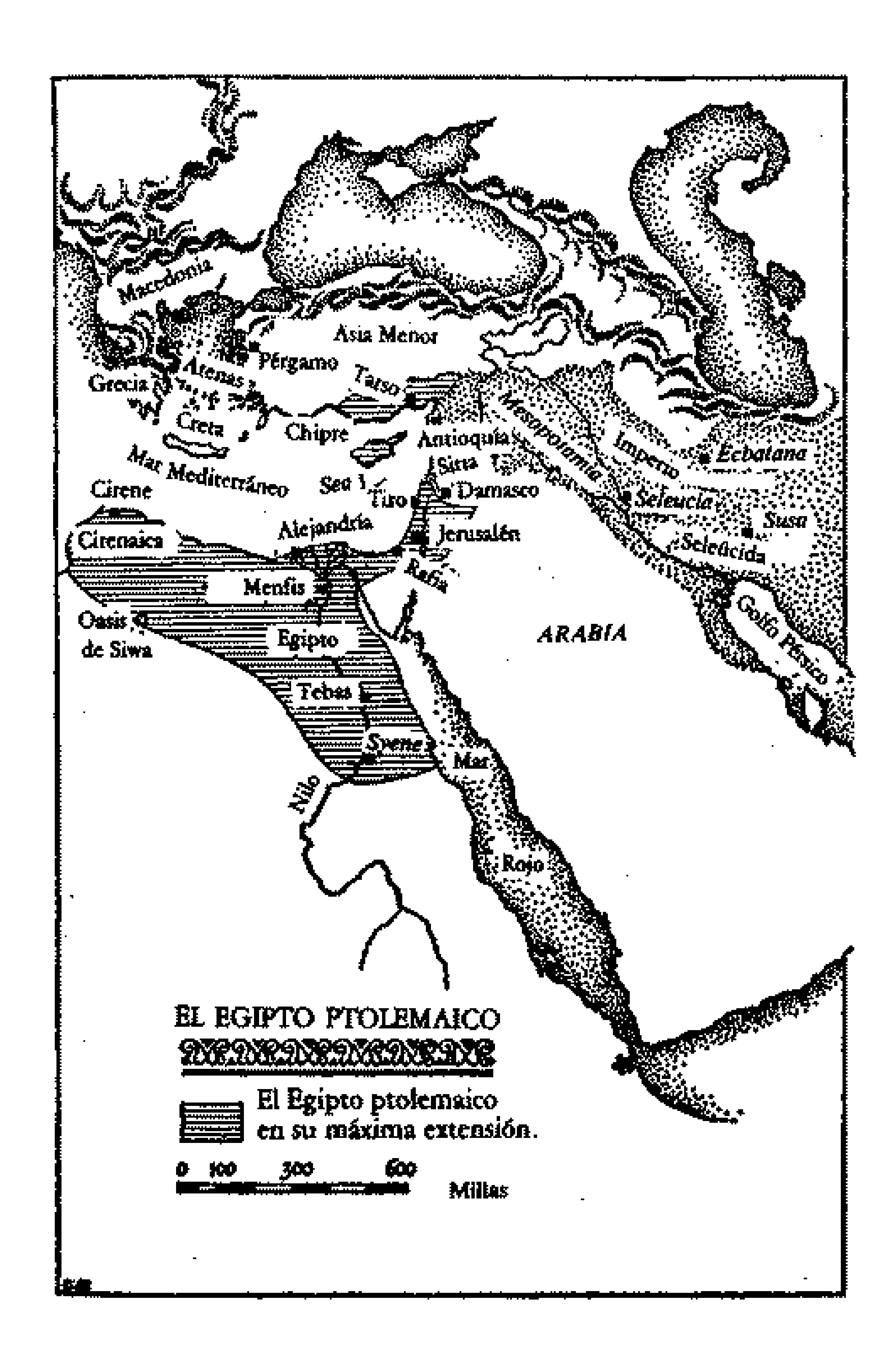
Cleomenes, irritado por lo que no era evidentemente más que un encarcelamiento, aprovechó una ocasión, en el 220 a. C, cuando Ptolomeo IV estaba ausente de Alejandría, y se escapó. A continuación trató de levantar a los griegos de Alejandría contra Ptolomeo y empujarlos a que establecieran un gobierno libre según el viejo estilo griego. Pero las masas sólo se asombraron ante este tipo singular que vociferaba cosas incoherentes, pues ya no sabían lo que significaba la libertad. Cleomenes nació fuera de su época, al final se dio cuenta de ello y se suicidó.

Ptolomeo IV murió en el 203 a. C. Por primera vez los Ptolomeos carecían de un heredero adulto. El príncipe que le sucedió era un niño de cinco años, Ptolomeo V, que fue llamado Ptolomeo Epifanes, o "manifestación de Dios", aunque el pobre niño era cualquier cosa menos eso. El Gobierno egipcio quedó paralizado por las disputas entre los funcionarios por el poder, y los nativos aprovecharon la ocasión para rebelarse.

Por si esto fuera poco, Antíoco III se dio cuenta inmediatamente de que había llegado su oportunidad. Desde la batalla de Rafia había estado ocupado en varias campañas en las regiones orientales de lo que en otro tiempo fuera el imperio persa, regiones conquistadas por Alejandro y heredadas por Seleúco I. Hacía poco tiempo que habían recuperado la independencia, pero ahora Antíoco III las había obligado a someterse de nuevo, y su imperio, al menos sobre el papel, era inmenso. Decidió hacerse llamar Antíoco el Grande.

Cuando Ptolomeo IV murió y el nuevo faraón resultó ser un niño de cinco años, Antíoco entró en tratos inmediatamente con Filipo V, que entonces reinaba en Macedonia. Se aliarían contra Egipto, vencerían fácilmente y se repartirían el botín. Filipo se adhirió codiciosamente a este plan y en el 201 a. C. dio comienzo la Quinta Guerra Siria.

Había, sin embargo, un factor con el que ambos reyes no habían contado, un país que se encontraba a Occidente: Roma.



En la época de Ptolomeo II, medio siglo antes, Roma había iniciado una terrible guerra contra Cartago, que se había prolongado, con algunas pausas, hasta entonces. En verdad, en un determinado momento, en el 216 a. C, pareció que Roma podía ser derrotada, cuando el general cartaginés Aníbal (uno de los pocos generales que podía haber competido incluso con Alejandro) invadió Italia y aplastó a los romanos con tres formidables victorias.

Sin embargo, Roma se recuperó, en el resurgimiento más impresionante de toda su historia, y en el 201 a. C., cuando Antíoco y Filipo preparaban su alianza para atacar a

Egipto, Cartago acabó siendo derrotada y Roma alcanzó la supremacía en todo el Mediterráneo occidental.

El Gobierno egipcio, abocado a una total ruina a manos de sus enemigos aliados, y acordándose del viejo tratado con Roma, al que siempre había sido fiel, pidió ayuda a los romanos.

Y Roma estaba más que dispuesta. Después de todo, en los tristes días de las victorias de Aníbal, Ptolomeo IV de Egipto había enviado grano a Roma, mientras que Filipo V de Macedonia había firmado un tratado de alianza con el cartaginés. Roma no tenía intención de pagar la enemistad de Filipo con amable indulgencia. Sobre la marcha entró en guerra contra Macedonia, y Filipo V, que acababa de comenzar a desempeñar su papel en el despedazamiento de Egipto, se encontró con que tenía que enfrentarse a Roma.

Pero Antíoco III continuó adelante, de todos modos. Podía entendérselas con Egipto por sí solo, mientras Macedonia neutralizaba a Roma. Estando sólo él en Egipto, podría hacer mucho más en su propio beneficio. No le preocupaba demasiado Roma. Si él era Antíoco el Grande, conquistador de vastos territorios, ¿por qué preocuparse por unos bárbaros occidentales?

Por ello continuó la guerra, y, de hecho, en el 195 a. C. había vencido ya a los ejércitos egipcios. Inmediatamente después Antíoco se anexionó toda Siria, incluida Judea, que de este modo, tras experimentar durante un siglo y cuarto la moderada dominación ptolemaica, se encontró bajo lo que iba a ser una mucho más dura dominación seleúcida.

Pero quedaban los romanos. Estos habían derrotado a Macedonia, aunque con algunas dificultades, y Filipo V se había retirado a un cerrado y sombrío aislamiento. Las pequeñas naciones del Asia Menor occidental, dominadas por Macedonia, que siempre habían temido el poderío seleúcida en el este (especialmente bajo el ambicioso Antíoco III), se apresuraron a ponerse bajo la protección de Roma. Todo empujaba a Roma a actuar contra Antíoco, que había hecho suyas las posesiones egipcias del Asia Menor.

Los romanos conminaron a Antíoco III a abandonar el Asia Menor, pero éste no les prestó atención. Aníbal el general cartaginés, que estaba exiliado en su corte, apremiaba a Antíoco para que le entregase un ejército con el que invadir Italia una vez más. Sin embargo, Antíoco estimaba que se podía cuidar de Roma sin grandes problemas. Llevó un ejército a Grecia y perdió el tiempo en naderías.

Los romanos marcharon sobre Grecia y golpearon duramente a Antíoco. Volviendo a la realidad, el monarca seleúcida retrocedió hacia Asia Menor, adonde lo siguieron, impasibles, los romanos, y donde lo batieron con dureza aún mayor. Antíoco III había chocado con la realidad de la vida. Firmó una paz desventajosa, y salió de Asia Menor.

Sin embargo, pudo seguir en Siria, que Egipto no había recuperado. Roma había salvado la parte esencial de Egipto, el valle del Nilo; no se sentía llamada a garantizar a Egipto sus posesiones imperiales. Todo lo que Egipto había poseído en Asia Menor fue dividido entre las diversas naciones de esa península -todas ellas no eran más que títeres de Roma-. El único territorio que el Egipto ptolemaico conservó fuera del valle del Nilo fue Cirenaica, en el oeste, y la isla de Chipre en el norte.

Hecho esto, Roma abandonó a su suerte a los imperios orientales. Podían pelear entre sí cuando quisiesen, siempre que ninguno de ellos llegase a crecer tanto como para aplastar completamente a los demás.

Por aquel entonces Ptolomeo V había alcanzado ya la edad de gobernar. Su mayoría de edad fue celebrada como correspondía, y una proclamación rutinaria en honor de su mayoría de edad quedó grabada en griego y en dos modalidades de egipcio en un

trozo de basalto negro. Esta inscripción, la Piedra de Rosetta, se recuperó justamente dos mil años después y sirvió de clave para el conocimiento de la historia antigua de Egipto. Sólo por esto, Ptolomeo no vivió en vano.

Alejados los peligros provenientes del exterior gracias a Roma, el joven Ptolomeo pudo prestar atención al orden interior. Tuvo éxito en dominar algunas inquietantes rebeliones. Tras la muerte de Antíoco III, en el 187 a. C, Ptolomeo V comenzó a soñar con reconquistar Siria, pero murió en 181 a. C., cuando no tenía más de treinta años. Es posible que fuese envenenado.

Dejó dos hijos pequeños. El mayor, Ptolomeo VI, fue conocido como Filomater, o "el que ama a su madre". Mientras vivió su "amada" madre, ésta controló Egipto y mantuvo al país en paz. Cuando murió en el 173 a. C., Ptolomeo VI era todavía demasiado joven como para valerse por sí mismo, y cayó bajo la influencia de sus bravucones ministros que soñaban con reconquistar Siria. Una vez más volvía a empezar el viejo juego de luchar contra los Seleúcidas.

Pero Ptolomeo VI no era un guerrero (en realidad fue el más amable y humano de todos los Ptolomeos). Frente a este ser pacífico se hallaba el hijo menor del llamado Antíoco el Grande, el nuevo rey Antíoco IV, a la cabeza del imperio seleúcida. Antíoco IV era bastante más capaz que su sobrevalorado padre, pero tenía cierta tendencia a la temeridad y al mal carácter.

Ante el primer síntoma de beligerancia egipcia, Antíoco IV se lanzó hacia la frontera, derrotó a los egipcios en Pelusio, alcanzó las propias murallas de Alejandría y llegó incluso a capturar al Ptolomeo VI. Quizás habría podido conquistar Alejandría, pero Roma, desde lejos, le hizo saber que esto sería ir demasiado lejos.

Ya que Ptolomeo VI no podía ejercer como rey estando en cautividad, los egipcios, en el 168 a. C., nombraron rey a su hermano menor, que reinaría con el nombre de Ptolomeo VII. Inmediatamente Antíoco liberó a Ptolomeo VI, proporcionándole ayuda, y esperando poder presenciar una buena y jugosa guerra civil. Sin embargo, ambos Ptolomeos echaron por tierra la baza de Antíoco, aviniéndose a gobernar juntos.

Irritado, Antíoco marchó sobre Egipto de nuevo, dispuesto a ocupar Alejandría y resolver la cuestión de una vez. Pero fue detenido otra vez. Esta vez, un embajador romano caminó hacia él bajo las murallas de Alejandría y le ordenó que abandonase Egipto. Antíoco IV no tuvo otra opción que retirar a todos sus ejércitos, ante este hombre desarmado que le hablaba en nombre de la poderosa Roma, y volver sobre sus pasos.

Humillado, se dirigió contra algo que pensó podía derrotar, y saqueó Jerusalén. Profanó el Templo de los judíos empujando a los nacionalistas judíos a iniciar una larga y fastidiosa rebelión, bajo el liderazgo de una familia conocida por los Macabeos.

En el 163 a. C., Antíoco IV fue muerto en el curso de una inútil campaña en oriente. A consecuencia de esto el imperio seleúcida comenzó a declinar de manera más drástica y rápida que el Egipto ptolemaico. Toda una serie de contiendas dinásticas mantuvo al país en continuo sobresalto, mientras que la rebelión judía siguió siendo un mal perenne.

En un determinado momento, incluso el pacífico Ptolomeo VI estuvo tentado de intervenir en los asuntos internos de los seleúcidas, con la esperanza de recuperar todo lo que había perdido su padre. Trató de realizar cambios en lo que quedaba del imperio seleúcida (las provincias orientales se habían separado, esta vez para siempre), apoyando primero y atacando después a un usurpador seleúcida llamado Alejandro Balas. Sin embargo, estando en Siria, cayó del caballo, muriendo a causa de las heridas en el 146 a. C.

Esto hizo que Ptolomeo VII gobernase solo. Este rey ha sido difamado constantemente por los historiadores antiguos. Aunque su nombre oficial era Evérgetes,

como el de su abuelo, se lo conoce, universalmente, por Fiscón, o "de vientre grueso", porque, según se cree, su gula le hizo engordar notablemente. Se le atribuyen toda clase de maldades y crueldades, pero no sabemos hasta qué punto esto es exagerado o no.

Las inscripciones nos lo presentan como protector del saber y como una persona que hizo mucho por restaurar los templos y por fomentar la prosperidad egipcia. Es posible que los griegos no aprobaran lo que hacía debido a que, en su opinión, se mostraba excesivamente indulgente con los nativos. Fueron los griegos y no los egipcios los que escribieron la historia y ello puede haber afectado negativamente a la imagen de Ptolomeo VII.

El reino egipcio comenzó a fragmentarse tras la muerte de Ptolomeo VII, en el 116 a. C. Este dejó Cirene a un hijo y Chipre a otro, mientras que Egipto quedó bajo un tercer hijo que reinó como Ptolomeo VIII Sóter II.

Este último fue desposeído por su hermano menor, Ptolomeo IX Alejandro, pero el pueblo de Alejandría expulsó a Ptolomeo IX y restauró a Ptolomeo VIII.

Esta especie de vaivén, sin embargo, carecía ya, realmente, de trascendencia, pues Egipto y todo el resto del oriente estaban perdiendo su importancia. Ahora sólo contaba una potencia, y ésta era Roma.

Sólo cabe mencionar un acontecimiento de importancia en este período. Algún tiempo después de que Ptolomeo VIII fuera restaurado de nuevo en el trono, en el 88 a. C., la ciudad de Tebas se rebeló. Exasperado, Ptolomeo envió una expedición contra la ciudad, la asedió durante tres años, y finalmente la saqueó de manera tan absoluta que no sólo no se recobraría jamás, sino que acabaría hundiéndose en una ruina total.

Este fue el fin, después de dos mil años de gloria, de la capital del Imperio Medio y del Imperio Nuevo, de la ciudad que bajo Ramsés II había llegado a ser la más grande del mundo.

Pero Menfis, que tenía mil años más, sobrevivía aún como centro del Egipto nativo y perenne recordatorio de la grandeza perdida.

11. Cleopatra

Julio César

A pesar de la debilidad e inefectividad de los Ptolomeos que siguieron a Fiscón, Egipto experimentó medio siglo de paz, interrumpida por un motín en Alejandría provocado por una controversia sobre quién de los don nadies ptolemaicos tenía derecho a llevar los suntuosos ropajes, a permanecer sentado durante los rituales estatales y a disfrutar de los pródigos pasatiempos que conllevaba la condición de rey de Egipto.

Los Ptolomeos entretenían su ocio tratando de arrebatarse unos a otros el ya impotente trono, pues las ocasiones para guerrear habían desaparecido. Los romanos controlaban ya completamente la situación y estaban haciendo pasar a un segundo plano a todas las potencias del oriente.

Macedonia se había convertido en una provincia romana en el 146 a. C., y la misma Grecia era un protectorado de la gran ciudad de occidente. La mitad occidental del Asia Menor se convirtió en una provincia romana en el 129 a. C., y gran parte del resto de la península, pese a ser nominalmente independiente, quedó reducida a un conglomerado de reinos títeres.

Cuando el Ponto, reino del Asia Menor oriental, entró en guerra con Roma y obtuvo algunas victorias, Roma empleó a fondo su poder y finalmente "limpió" todo el Oriente de una vez por todas. La liquidación de todo este asunto estuvo a cargo de un joven general romano llamado Cneo Pompeyo, más conocido por Pompeyo. Los últimos restos del imperio seleúcida, sobre los que reinaba Antíoco XIII, se redujeron a Siria, y en el 64 antes de Cristo, Pompeyo, con su sola autoridad, los incluyó en los dominios romanos, convirtiéndolos en la provincia de Siria. Esto significó el fin de un siglo y medio de guerras entre los Ptolomeos y los Seleúcidas y de las seis grandes guerras llevadas a cabo por los Ptolomeos II, III, IV, V, VI y VII ¡Todo ello desapareció! Ambas dinastías macedonias perdieron y salió vencedora la advenediza Roma. Y cuando Siria fue absorbida, también lo fue Judea.

También fueron sometidas otras lejanas porciones del imperio ptolemaico. El hijo de Ptolomeo VII, Fiscón, que había heredado Cirene, la legó a los romanos a su muerte, en el 96 a. C, convirtiéndose en provincia romana en el 75 a. C. La isla de Chipre fue engullida por Roma en el 58 a. C.

En el 58 a. C., todo lo que quedaba del vasto imperio macedonio, erigido tras las victorias de Alejandro Magno, dos siglos y medio antes, era un Egipto formado sólo por el Valle del Nilo. Aun así, era un mero títere de Roma, ya que ningún Ptolomeo podía ser rey sin permiso de los romanos.

Este fue el caso de Ptolomeo XI (o quizá XII o XIII; pues se discute si deben ser contados los últimos y oscuros Ptolomeos). Su nombre oficial era Ptolomeo Dioniso, pero se lo conoce popularmente por Ptolomeo Auletes, "el Flautista", ya que su principal habilidad parecía ser tocar la flauta. Era hijo ilegítimo de Ptolomeo VIII (el que había saqueado Tebas), y debido a que no había herederos legítimos, decidió aspirar al trono.

Fue proclamado rey en el 80 a. C., pero para asegurarse el título (dada su ilegitimidad) necesitaba la aprobación del Senado romano. Esto requería un discreto, y cuantioso, soborno y costó años negociar uno que fuese lo suficientemente abundante y discreto. Para poder reunir la cantidad necesaria elevó los impuestos, y las exacciones financieras acabaron provocando una revuelta en Alejandría en el 58 a. C., y su derrocamiento.

Como respuesta, Ptolomeo viajó hasta Roma, donde entonces mandaba Pompeyo. Auletes prometió otro inmenso soborno a los romanos si lo ayudaban a recuperar el trono

(Auletes estaba dispuesto a sacar hasta la última moneda a los campesinos egipcios, e incluso a saquear los tesoros del templo, modo de proceder mucho más arriesgado que el de matar de hambre a millones de personas).

Los dirigentes romanos nunca fueron inmunes al dinero, y en el 55 a. C. Auletes fue colocado de nuevo en el trono, ante la total irritación y enfurecimiento de los indefensos egipcios. Se mantuvo en ese puesto sólo gracias a la presencia de una numerosa guardia de corps romana.

Con todo, en el 51 a. C., le hizo un favor al mundo, y murió, dejando Egipto a su joven hijo Ptolomeo XII. En su testamento, Auletes puso a su hijo bajo la protección del Senado romano y éste, a su vez, asignó esta tarea al propio Pompeyo.

Ptolomeo XII tenía sólo diez años, pero gobernó junto a su hermana mayor, que tenía diecisiete. El gobierno conjunto de hermano y hermana no fue práctica infrecuente entre los Ptolomeos; era una costumbre que se remontaba a Ptolomeo II y su hermana-esposa, la reina Arsinoe, dos siglos antes.

La hermana del joven rey tenía un nombre que era corriente entre las reinas ptolemaicas. En realidad, era la séptima con este nombre, y éste, en rigor, era Cleopatra VII. Sin embargo, es *la* Cleopatra por antonomasia, y el numeral romano casi nunca suele utilizarse en relación con su nombre. (Es importante recordar que Cleopatra no era egipcia y que no tenía "sangre egipcia", por lo que cualquier intento de convertirla en una "morena temperamental" es una locura. Todos sus antepasados fueron griegos o macedonios).

Las mujeres ptolemaicas solían ser hábiles, incluso cuando los hombres no lo eran, y esta Cleopatra fue la más hábil de todas. Era natural que los intrigantes cortesanos prefiriesen al hermano pequeño, y no a la hermana mayor, pues ésta era menos dominable. En especial Potino, eunuco que en esa época controlaba el trono, era un acérrimo enemigo de la muchacha.

En el 48 a. C, Cleopatra tomó la decisión habitual para el Egipto de aquellos días. Abandonó Alejandría en busca de un ejército, lo reunió en Siria, y se preparó para volver y arreglar las cosas por medio de una pequeña guerra civil. Ambos ejércitos, el suyo y el de su hermano, se enfrentaron en Pelusio, pero antes de que se iniciase realmente la batalla, ocurrió algo que iba a cambiarlo todo.

Roma estaba atravesando su propia guerra civil por aquel entonces. Pompeyo mantenía una lucha desesperada con otro general, aún más importante que él, Julio César. Los ejércitos de los dos romanos habían chocado ya en Grecia, y César había resultado vencedor. Pompeyo no pudo hacer otra cosa sino huir, y el refugio natural (como en el caso de Cleomenes de Esparta dos siglos antes) fue Egipto. Egipto estaba a mano, y era nominalmente independiente. Era un país débil, pero rico, y podría proporcionar a Pompeyo el dinero que necesitaba para hacerse con un nuevo ejército. Además le debían un favor, pues Pompeyo había ayudado a Ptolomeo Auletes a subir al trono, y era el verdadero guardián del hijo de Auletes, el actual rey-niño del reino.

Pero la corte egipcia estaba inmersa en un mar de dudas cuando la nave de Pompeyo se aproximaba a la costa. La última cosa que deseaba hacer era tomar partido en una guerra civil romana justo en el momento en que estaba a punto de estallar la suya propia. Si apoyaba a Pompeyo, César podría a su vez apoyar a Cleopatra y acabar con la facción de Potino. Si se negaba a apoyar a Pompeyo, y si éste resultaba vencedor al final sin su ayuda, podría volver para vengarse.

Potino pensó en una salida. Envió una barca hasta el navío de Pompeyo. Lo recibió con grandes muestras de alegría y le rogó que desembarcara inmediatamente para poder ser aclamado por las gentes de Alejandría. Cuando Pompeyo puso el pie en la orilla (y mientras su esposa e hijo miraban desde el barco) fue muerto tranquilamente a

puñaladas.

Esto parecía ser exactamente lo que había que hacer. Pompeyo estaba muerto y no podía vengarse. César tendría que estar agradecido y ayudaría entonces a Potino contra la amenaza del ejército de Cleopatra. Había matado dos pájaros de un tiro.

César, con un pequeño contingente de cuatro mil hombres arribó a Alejandría algunos días más tarde, decidido a tomar prisionero a Pompeyo y retenerlo, para evitar que a su alrededor se formase un nuevo ejército. César pensaba también reunir un poco de dinero que necesitaba (los generales siempre necesitan dinero) de la siempre rica corte de Alejandría.

Inmediatamente, Potino le llevó la cabeza de Pompeyo y le pidió ayuda contra Cleopatra. Es posible que César, de haber recibido suficiente dinero, lo hubiera ayudado. Después de todo, ¿qué le importaba a él cuál de los Ptolomeos gobernaba en Egipto?

Pero nadie contaba con Cleopatra. Tenía una ventaja de la que carecía Potino: era una mujer joven y fascinante. No sabemos cuan hermosa pudo haber sido según los cánones modernos, o si realmente lo fue o no, pues ningún retrato suyo ha llegado hasta nosotros. Sin embargo, el hecho es que, bella o no, poseía el don de atraer y atrapar a los hombres; era consciente de ello.

Por tanto, lo único que tenía que hacer Cleopatra era dejar atrás de algún modo el ejército de su hermano y presentarse ante César. Tras lo cual estaba segura de que lograría hacerse con el control del asunto. Así, se hizo a la mar en Siria, desembarcó en Alejandría y desde allí envió (según la leyenda) una gran alfombra a César. Las fuerzas de Potino no vieron razón alguna para detener el envío, pues no sabían que envuelta en la alfombra estaba Cleopatra.

La estrategia de Cleopatra funcionó a la perfección. El sorprendido César quedó deslumbrado ante la joven que apareció al desenrollarse la alfombra. Ella lo convenció de la justicia de su causa y César ordenó que se volviese al acuerdo inicial, es decir, que Cleopatra y su joven hermano gobernasen juntos.

Esto no satisfizo en absoluto a Potino. Este sabía perfectamente que Egipto no podía ganar una guerra contra Roma, pero sí resultar vencedor en un enfrentamiento contra las exiguas fuerzas de César. Una vez muerto César habría múltiples oportunidades para que la oposición a César en Roma se hiciese con el poder, y, en ese caso, sólo habría elogios y gratitud hacia Potino. Así, más o menos, debió ser su razonamiento.

En consecuencia, suscitó una rebelión contra César, y durante tres meses el romano fue sitiado en la isla de Faros (la del faro). César pudo mantenerse gracias a su bravura personal y a la habilidad con que utilizó a sus escasas tropas. (En el transcurso de esta pequeña "Guerra Alejandrina" la famosa biblioteca de Alejandría resultó gravemente dañada).

Pero Potino no ganó nada, personalmente, con la rebelión que él mismo había provocado. Apenas atacaron los egipcios, el dinámico César capturó a Potino y lo mandó ejecutar.

Finalmente, César recibió refuerzos y los egipcios acabaron siendo derrotados. En la desbandada consiguiente, el joven Ptolomeo XII trató de escapar en una barcaza por el río Nilo. Esta iba muy cargada y zozobró. Y así acabaron sus días.

César podía, por fin, arreglar sus asuntos en Egipto. Según la historia generalmente aceptada, César y Cleopatra fueron amantes y aquél decidió mantenerla en el trono. Sin embargo, una reina debía tener a su lado a un hombre, por lo que César utilizó a otro hermano de Cleopatra, todavía más joven, un muchacho de diez años, que reinó como Ptolomeo XIII.

César no podía permanecer eternamente en Egipto. En Asia Menor se libraba una

guerra contra Roma que debía ser resuelta. En África occidental y en España subsistían aún ejércitos fieles a Pompeyo que había que combatir. Y sobre todo, en Roma había un gobierno que debía ser reformado y reorganizado. Así pues, zarpó de Egipto en el 47 a. C, de regreso a Roma.

Pero César se llevó consigo algo a Roma. Estando en Egipto había observado el funcionamiento del calendario basado en el sol (véase pág. 10) que, evidentemente, era mucho más práctico y eficaz que los calendarios lunares empleados en Roma y Grecia.

Buscó la ayuda de un astrónomo de Alejandría, llamado Sosigenes, y mandó elaborar un calendario semejante para Roma. El año fue dividido en doce meses, algunos de treinta días y otros de treinta y uno. Esto no era tan ordenado como el uniforme mes egipcio de treinta días, con su unidad adicional de cinco días al final del año, pero se le añadió una mejora que los propios egipcios no habían aceptado nunca. Como el año tenía 365 días y cuarto y no 365 solamente, cada cuatro años se le añadía un "Día Intercalar" extra. Este Calendario Juliano, llamado así por el gran Julio César, fue transformado superficialmente dieciséis siglos después, pero en conjunto, es todavía el que usamos hoy en día. Así pues, podemos hacer remontar nuestro calendario directamente a Egipto y a la breve estancia de César en ese país.

No mucho después de la partida de Julio César, Cleopatra tuvo un hijo. Se lo llamó Ptolomeo César, y los ciudadanos de Alejandría le pusieron el apodo de Cesarión ("pequeño César").

Marco Antonio

Tras su retorno a Roma, César vivió poco tiempo. Se organizó una conspiración contra él, y en el 44 a. C., fue asesinado. Tan pronto como César murió, Cleopatra ejecutó a su joven hermano Ptolomeo XIII. Este se había hecho demasiado mayor (tenía ya catorce años) y comenzaba a exigir ya que lo dejasen decidir en cuestiones de gobierno. Así, Cleopatra reinó conjuntamente con su hijo Ptolomeo César (que por entonces tenía menos de tres años), y al que se conoce por Ptolomeo XIV.

En Roma, finalmente, se había impuesto el orden tras un período de desorden, con el ascenso de dos hombres a la supremacía. Uno de ellos era Marco Antonio, que había sido lugarteniente y hombre de confianza de César; el otro, César Octavio, sobrino-nieto e hijo adoptivo de Julio César.

Aunque en realidad enemigos, ambos hombres llegaron a un tratado de paz por el que delimitaban sus esferas de influencia en el seno del Imperio Romano. Octavio se quedó con occidente, incluida Roma; Marco Antonio se quedó con el resto.

La naturaleza de la división mostraba el carácter de cada uno de ellos. Marco Antonio era atractivo, jovial, bebedor y juerguista, y muy querido por sus hombres. También mostraba rasgos de habilidad, pero era superficial, incapaz de plantear nada con frío raciocinio, y siempre dominado por la pasión del momento. La mitad oriental del mundo romano era la más rica y civilizada. En ella Marco Antonio podía esperar hallar comodidades, lujo y distracción.

Por otro lado, Octavio era astuto, sagaz y sutil. No escatimaba esfuerzos para lograr sus objetivos y tenía paciencia para esperar cuando las cosas se ponían difíciles. La mitad occidental del Imperio Romano era fría y pobre, pero en ella se encontraba Roma, y esta ciudad era el núcleo del verdadero poder. Y el verdadero poder era lo que pretendía Octavio.

Octavio no gozaba de la estima de Marco Antonio, en el fondo, y por lo general, los historiadores favorecen al romántico Marco Antonio en detrimento del frío y menos fantasioso Octavio. Pero están en un error al pensar así. Observando este período de la historia desde la ventajosa posición que proporciona una perspectiva de dos mil años, no

es difícil constatar que Octavio fue realmente el hombre más capacitado en toda la historia de Roma, sin excluir ni siquiera al mismo César -aunque Octavio carecía del genio militar de su tío-abuelo.

El partido que asesinó a César fue derrotado en una batalla librada en Macedonia en el 42 a. C, y entonces Marco Antonio se hizo a la mar para ocupar sus posiciones en oriente. Estableció su cuartel general en Tarso, ciudad de la costa de Asia Menor.

Evidentemente, la mayor necesidad de Marco Antonio era la de dinero, y éste siempre había estado en Egipto. Por ello, con modos de rey, emplazó a Cleopatra para que se encontrase con él en Tarso, para que le diese una explicación de la política egipcia posterior al asesinato de César. Naturalmente, Egipto se había mantenido a distancia y había tratado de mostrarse neutral, pues hasta el final no fue seguro quién iba a ganar. Esto no era una acción criminal, realmente, pero podía hacerse que lo pareciese por alguien interesado en hallar una excusa para sangrar a Egipto.

Sin embargo, Cleopatra conservaba aún la misma baza que había utilizado siete años antes con César. Llegó a Tarso en barcos engalanados con lo mejor que las riquezas pueden comprar o el lujo imaginar —y el cargamento más preciado era ella misma, que entonces tenía sólo veintiocho años—; Marco Antonio, como Julio César, se sintió completamente fascinado por la encantadora macedonia.

Pero mientras que César nunca había dejado que el amor ofuscase la política, Marco Antonio fue siempre incapaz de apartar la política de su amor.

La historia del general romano y de la reina egipcia ha pasado a la historia como uno de los más grandes relatos de amor de todos los tiempos, tanto más cuanto que tuvo un trágico fin y porque los amantes parecieron rechazar todo excepto el amor. William Shakespeare ha contribuido a inmortalizarlos con su magnífica obra teatral *Antony and Cleopatra* (Marco Antonio y Cleopatra), y cuando el poeta inglés John Dryden publicó su versión de la historia, el título que utilizó parece condensar todo el aspecto romántico popular de aquélla en un par de frases: *All for Love, or The World Well Lost (Todo* por el amor, o El mundo bien perdido).

En realidad, aunque no hay duda de que estuvieron enamorados, no fue sólo una cuestión de puro romance. Cleopatra tenía el dinero que Marco Antonio necesitaba. Y durante doce años le financió su lucha por el poder supremo. Y Marco Antonio tenía los ejércitos que Cleopatra necesitaba. Cleopatra se las compuso para utilizar a Marco Antonio, con bastante sangre fría, en su intento por satisfacer sus ambiciones como reina de Egipto, que en realidad era lo que ella fue, primero, al final y siempre.

Marco Antonio pasó el invierno del 41-40 a. C., en Alejandría con Cleopatra, consagrado por entero al placer, y más tarde Cleopatra le daría dos gemelos. Marco Antonio los reconoció y se los llamó Alejandro Helios y Cleopatra Selene (Alejandro "el Sol" y Cleopatra "la Luna").

Los dos amantes se separaron por un tiempo, pero Antonio finalmente se reunió con Cleopatra e incluso se casó con ella, a pesar de que en Roma estaba casado con una hermana de Octavio. Tranquilamente, envió a su esposa romana una notificación de divorcio.

En Roma Octavio supo sacar partido de la insensata falta de perspicacia de Marco Antonio, haciendo notar cuan libertino y mundano era. El populacho romano tomó buena nota de ello y también constató que Octavio estaba en Roma, trabajando duramente por la grandeza de la ciudad; que llevaba una vida frugal y que estaba casado con una respetable mujer romana. Indiscutiblemente, la mayoría de los romanos habrían preferido ser Marco Antonio y estar entre los brazos de Cleopatra, a ser Octavio dedicados a una incansable actividad; pero ya que no podían ser el primero, prefirieron al segundo.

Marco Antonio prestó escasa atención a las cautelosas manipulaciones de Octavio

sobre la opinión pública, pensando quizá que Octavio era un mal general (¡lo que era cierto!) mientras que él era muy bueno (pero no tan bueno como creía). Por consiguiente, siguió su camino descuidadamente y cometió error tras error.

Cleopatra trataba de recuperar los amplios dominios que habían pertenecido a sus predecesores, y Marco Antonio trató de complacerla a su vez. Le devolvió Cirene y Chipre (lo que no tenía derecho a hacer) y le asignó incluso aquellas porciones de la costa siria y del Asia Menor que, un día pertenecieron a Ptolomeo III en el apogeo del poderío ptolemaico. Asimismo, le regaló la biblioteca de Pérgamo (ciudad del Asia Menor occidental, cuya recopilación de libros era la segunda del mundo después de la de Alejandría), con el fin de compensar el daño causado por la breve guerra contra César.

Todo esto constituyó un excelente material propagandístico para Octavio. Le fue bastante fácil hacer que todo ello apareciese como si Marco Antonio pretendiese transferir todas las provincias a su querida reina. El rumor, en realidad, era que en la herencia concedía todo el oriente a Cleopatra, para que lo heredasen sus hijos. Lo que enfureció a los romanos fue pensar que una reina macedonia podía obtener, por medio de sus encantos, lo que ningún rey macedonio había sido capaz de conseguir de Roma por la fuerza de las armas.

Octavio utilizó la desconfianza y el odio del pueblo romano hacia Cleopatra para persuadir al Senado de que declarase la guerra contra Egipto, guerra que, en realidad, era contra Marco Antonio.

Marco Antonio trató de animarse a sí mismo. Seguro todavía de que podría derrotar a Octavio con facilidad, reunió algunos barcos, marchó hacia Grecia, e instaló un cuartel general en las regiones occidentales de este país, preparándose para invadir Italia a la primera oportunidad, y ocupar la ciudad de Roma.

Pero si Octavio no era buen general, contaba sin embargo con algunos buenos generales entre sus leales partidarios. Uno de éstos fue Marco Vespasiano Agrippa. La flota de Octavio, bajo el mando de Agrippa, se presentó a su vez en aguas de Grecia occidental.

Después de interminables maniobras y preparativos, Cleopatra urgió a Marco Antonio a forzar una batalla naval. Los barcos de Marco Antonio eran dos veces más numerosos que los de Octavio y también eran mayores. Si Marco Antonio resultaba vencedor en la batalla naval, su ejército, también más numeroso que el de Octavio, podía estar seguro de arrasarlo todo a su paso. La victoria final sería de Marco Antonio.

La batalla tuvo lugar el 2 de septiembre del 31 a. C., frente a Accio, promontorio de la costa oeste de Grecia. Al principio, los barcos de Octavio hicieron escasa impresión a los grandes navíos de Marco Antonio, y la batalla parecía ser un enfrentamiento inútil entre la maniobrabilidad y el poderío. Al final, sin embargo, Agrippa obligó a Antonio a dispersar sus líneas, por lo que sus barcos pudieron lanzarse a través de los huecos así formados, enfrentándose directamente con la flota de Cleopatra, compuesta por seis barcos, que permanecían detrás de las líneas de Marco Antonio.

Según cuenta la Historia, Cleopatra, presa del pánico, ordenó a sus barcos que se retiraran y se alejaran. Cuando Marco Antonio se percató de que Cleopatra había abandonado el escenario de la batalla con sus barcos, realizó el acto menos cuerdo de su carrera, en la que los actos de este tipo eran bastante numerosos. Huyó en un pequeño velero, abandonando a sus barcos y a sus hombres leales (con los que podía haber ganado todavía), y navegó detrás de la cobarde reina. Su flota, abandonada, hizo lo que pudo, pero sin su comandante se descorazonaron y antes de llegar la noche Octavio tenía ya en sus manos una victoria completa.

El último Ptolomeo

Marco Antonio y Cleopatra no pudieron hacer otra cosa que refugiarse en Alejandría y esperar a que Octavio se lanzase tras ellos hasta Egipto. En el mes de julio del año 30 a. C., Octavio se decidió por fin, y llegó a Pelusio. Marco Antonio trató de resistir, pero fue inútil. El 1 de agosto Octavio entraba en Alejandría y Marco Antonio se suicidaba.

Quedaba Cleopatra. Aún poseía su belleza y encanto, y esperaba utilizarlos con Octavio como había hecho con César y Marco Antonio. Contaba entonces 39 años, pero quizá su aspecto fuese aún muy juvenil.

Octavio era seis años menor que ella, pero éste no era el problema. El problema era que Octavio tenía en su mente un objetivo muy definido: realizar las reformas en Roma, reorganizar el poder, y establecerlo tan firmemente que pudiese durar siglos (cosas todas ellas que hizo).

Si quería alcanzar sus objetivos no podía ir dando rodeos, y mucho menos el fatal rodeo de Cleopatra. Su entrevista con la fascinante reina dejó bastante claro que era un hombre completamente inmune a ella. Octavio le habló con dulzura, pero Cleopatra sabía que hacía esto tan sólo para mantenerla tranquila hasta que pudiese apresarla y llevarla a Roma para caminar encadenada tras su carro triunfal.

Sólo había un camino para escapar a esta postrera humillación, el suicidio. La reina aparentó una completa sumisión, mientras hacía sus planes. El perspicaz Octavio previo esta posibilidad y retiró todos los objetos cortantes y punzantes y otros instrumentos peligrosos de los aposentos de Cleopatra. Sin embargo, cuando los mensajeros romanos llegaron hasta ella para obligarla a que los acompañase, la hallaron muerta.

De alguna forma, había conseguido suicidarse y dejar a Octavio chasqueado, y sin poder gozar de su victorioso final. Cómo lo hizo, nadie lo sabe, pero la tradición cuenta que utilizó una serpiente venenosa (un áspid) que le llevaron en una cesta de higos, y éste es quizá el incidente más dramático y mejor conocido de toda su encantadora carrera. Egipto se convirtió en provincia romana y llegó a ser, en la práctica, propiedad personal de Octavio, que procedió asimismo a proclamar lo que hoy conocemos como Imperio Romano. Y se coronó primer emperador con el nombre de Augusto.

Así llegó a su fin la dinastía de los Ptolomeos, que había gobernado Egipto durante tres siglos, desde los tiempos en que Ptolomeo I Sóter llegó al país después de la muerte de Alejandro Magno.

Y, sin embargo, con Cleopatra no termina del todo la dinastía de los Ptolomeos. Ciertamente, Octavio ordenó fríamente que los jóvenes hijos de Cleopatra, Cesarión y Alejandro Helios, fueran ejecutados con el fin de que no sirviesen de núcleo alrededor del cual pudieran agruparse rebeldes, pero aún quedaba Cleopatra Selene, la hija de Marco Antonio y Cleopatra.

Octavio no consideró necesario ejecutar a una niña de diez años, por lo que decidió casarla en algún lejano rincón del mundo, donde nunca pudiera representar un peligro. Sus ojos se fijaron en Juba, hijo de un rey de Numidia (país que se hallaba donde hoy está Argelia). El padre de Juba, que también se llamaba Juba, había combatido contra Julio César, había sido vencido y se había suicidado. Su joven hijo había sido conducido a Roma, donde había gozado de una excelente educación y se había convertido en un estudioso. Era un ser totalmente espiritual y nada inclinado a lo militar -era sólo un intelectual pedante.

Juba fue el hombre que los agudos ojos de Octavio juzgaron idóneo como tumba viviente para la hija de Cleopatra. Cleopatra Selene fue casada con él y, con el nombre de Juba II, fue instalado en el trono de Numidia que había pertenecido a su padre. Pocos años

después Augusto (como ahora se hacía llamar Octavio) decidió que sería deseable anexionar Numidia como provincia romana, por lo que Juba y su esposa fueron trasladados hacia el oeste, a Mauritania (el moderno Marruecos), donde continuaron gobernando pacíficamente como títeres de los romanos.

Además tuvieron un hijo, a quien, por orgullo de sus antepasados, llamaron Ptolomeo y que es conocido en la Historia como Ptolomeo el Mauritano. Nieto de Cleopatra, éste subió al trono en el 18 d. C.[5], cuatro años después de la muerte de Augusto, reinando pacíficamente durante veintidós años.

En el 41 Roma se encontró bajo gobierno de su tercer emperador, Calígula, bisnieto, por el lado materno, de Augusto. Comenzó bien su gobierno, pero sufrió una grave enfermedad que, al parecer, le afectó al cerebro, volviéndose loco. Sus despilfarras crecieron desmesuradamente y se halló ante una terrible necesidad de dinero. Resultó que Ptolomeo el Mauritano poseía un rico tesoro que había ido acumulando cuidadosamente. Calígula lo mandó llamar a Roma con un pretexto cualquiera y lo ejecutó. Mauritania se convirtió en provincia romana, y el tesoro mauritano pasó a manos del emperador. Así acabó el último monarca ptolemaico, nieto de Cleopatra, setenta años después de que ésta se suicidara.

Sin embargo, lo que es bastante extraño, un Ptolomeo especialmente famoso estaba aún por llegar. Un siglo después de la muerte de Ptolomeo de Mauritania, un gran astrónomo trabajaba en Egipto. Firmaba sus obras con el nombre de Claudio Ptolomeo y se lo conoce como Ptolomeo.

No sabemos casi nada de él, ni dónde nació, ni cuándo murió, ni dónde trabajaba, ni siquiera si era griego o egipcio. Todo lo que tenemos de él son sus libros de astronomía, y como éstos pertenecen por entero a la tradición griega, es perfectamente posible que fuera de origen griego.

Por supuesto, no tuvo ninguna relación con los Ptolomeos reales. En realidad, debió de llamarse así por su lugar de nacimiento que, según la escasa información que tenemos de escritores griegos posteriores, pudo haber sido la ciudad de Ptolemais de Hermio, una de esas pobladas, en tiempos de los romanos, por griegos.

Ptolomeo, el astrónomo, recopiló en sus libros la obra de los astrónomos griegos precedentes y preparó, de forma muy adecuada, la teoría de la estructura del universo que sitúa a la Tierra en el centro y al resto del Universo -el sol, la luna, las estrellas y los planetas- en órbita a su alrededor.

Este es el "sistema ptolemaico", y la expresión es conocida hoy en día aún por quienes nada saben de los monarcas Ptolomeos -exceptuando, quizá, lo que se refiere a Cleopatra.

---

[5] Las iniciales d. C. significan "después de Cristo", y se aplican a los años posteriores al nacimiento de Jesús. A partir de ahora en este libro indicaremos estos años sin poner iniciales. Los años anteriores al nacimiento de Jesús llevarán, como siempre, las iniciales a. C. ("antes de Cristo").

12. El Egipto romano

Los romanos

La transformación del reino ptolemaico en provincia romana no representó un trastorno tan grande como pudiera imaginarse. Es cierto que ahora el gobernante de Egipto residía en Roma y no en Alejandría, pero para el campesino egipcio esto carecía de importancia. Roma no era más extranjera de lo que había sido Alejandría, y el emperador romano no estaba más distante de lo que pudo haber estado un faraón o un Ptolomeo.

No hay duda de que Augusto y los emperadores que le sucedieron consideraron a Egipto como una propiedad personal, que podía ser saqueada a voluntad, pero Egipto estaba acostumbrado a ello. En su día había sido propiedad personal de los faraones y últimamente de los Ptolomeos, y así las cosas seguían siendo como habían sido siempre. Si los romanos exigían un alto tributo en materia de impuestos, también lo habían hecho los últimos Ptolomeos, y bajo los romanos (al menos al principio), la eficiencia del gobierno hacía que los impuestos fueran más fáciles de pagar.

Desde el punto de vista de la prosperidad material, Egipto salió muy beneficiado. Bajo los últimos Ptolomeos el reino había declinado, pero ahora la vigorosa administración romana puso las cosas en orden. El intrincado sistema de canales, del que dependía toda la economía agrícola, fue remozado completamente. Asimismo, los romanos construyeron caminos y cisternas, y restablecieron el comercio por el mar Rojo. Probablemente, la población egipcia ascendía a siete millones, muy por encima del nivel alcanzado en el apogeo imperial del pasado.

Tampoco se dejó que languideciese la vida intelectual. La Biblioteca y el Museo de Alejandría continuaron existiendo bajo un patrocinio gubernamental no menos generoso que el de antaño. No tenía ninguna importancia que el sacerdote que regentaba la institución fuese designado ahora por un emperador romano en vez de serlo por un Ptolomeo macedonio. Alejandría siguió siendo la mayor ciudad del mundo griego, superada sólo por Roma en tamaño, y por ninguna en riqueza y cultura.

Por otro lado, y por razones políticas, Roma permitió a los egipcios que conservaran plena libertad religiosa, y los virreyes romanos que residían en la provincia, rendían culto, aunque de forma puramente nominal, a las creencias nativas. Esto era más satisfactorio para los campesinos egipcios que cualquier otra cosa.

Su religión nunca prosperó tanto como bajo los primeros tiempos del dominio romano, nunca se construyeron y enriquecieron tanto los templos. La cultura egipcia continuó sin interrupciones, y los griegos siguieron confinándose en Alejandría y en otras pocas ciudades, mientras que la presencia romana se encarnaba principalmente en la omnipresente figura del recaudador de impuestos.

Sobre todo, Egipto gozó bajo los romanos, durante siglos, de una profunda paz. Todo el mundo mediterráneo participaba de la felicidad de la Pax Romana o «paz romana», pero en ningún lugar fue tan profunda, tan duradera, o menos violada que en Egipto. Hubo, es cierto, escaseces y plagas, ocasionalmente, y de cuando en cuando, escaramuzas entre ejércitos opuestos, por disputas acerca de la sucesión imperial, pero desde una perspectiva general pueden considerarse sin importancia.

El propio Augusto inauguró la paz romana como una cuestión de política establecida. Se preocupó de expandir el imperio por el norte, a costa de las tribus bárbaras del sur del Danubio y del este del Elba, pero esto era simplemente, en realidad, sólo un intento de conseguir fronteras fácilmente defendibles, tras las que el imperio pudiera existir cómodamente. Pues en las porciones civilizadas del imperio que poseían ya fronteras aceptables, no debía haber guerra.

Así, poco después de la ocupación romana de Egipto, el virrey romano Cayo Petronio pensó que sería buena idea revigorizar las costumbres del imperialismo faraónico. De este modo, pensó en invadir Nubia, lo que hizo en el 25 d. C. Y lo que es más, obtuvo algunas victorias. Pero Augusto lo destituyó. Nada había en Nubia que Roma necesitara tanto como la paz. Con todo, la expedición fomentó el comercio, y lo mismo hizo otra expedición a través del mar Rojo hacia el sudoeste de Arabia. Todo ello, bajo un emperador guerrero, podía haber conducido a la guerra y a intentos de anexión, pero Augusto prohibió firmemente cualquier acción en este sentido.

Durante casi medio siglo apenas llegó a Egipto un leve rumor del mundo exterior. El país pudo dormir al sol.

En el 69 se produjo un susto momentáneo. Nerón, quinto emperador romano, se había suicidado después de que varios contingentes del ejército se sublevaran contra él. No vivía ya nadie de la estirpe de Augusto que pudiese aspirar al trono. Y desde distintos confines del imperio comenzaron a llegar a Roma los generales romanos, llenos de ansiedad ante la magnífica presa.

Las gentes contuvieron sin duda el aliento. Esto podía significar una larga guerra civil, con la consiguiente devastación de las provincias por los ejércitos contendientes.

Podía incluso significar el desmembramiento del imperio y la vuelta al caos que siguió a la partición del imperio de Alejandro Magno.

Afortunadamente, el asunto se arregló rápidamente. Vespasiano, general romano que había liquidado una rebelión en oriente, llevó su ejército a Egipto, obteniendo así el control de los abastecimientos de trigo de Roma. (Durante los primeros siglos del imperio, Egipto fue el granero de Roma). Esto le aseguró la posesión del trono tras unas cuantas escaramuzas.

Egipto tuvo suerte. No había sufrido ningún daño, y el ejército de Vespasiano había pasado por el país sin causar ningún perjuicio digno de ser mencionado.

El siglo II se inició con una dinastía de emperadores particularmente ilustrados. Uno de ellos, Adriano, pasó gran parte de su reinado como una especie de viajero real, visitando las distintas provincias del imperio. En el 130 visitó Egipto, siendo sin duda el turista más distinguido que había recibido este antiguo país desde el desembarco de Pompeyo, Julio César, Marco Antonio y Octavio siglo y medio antes (y *éstos* habían ido allí por razones de trabajo).

Adriano viajó por el Nilo y apreció halagüeñamente todo lo que vio. Visitó las pirámides y las ruinas de Tebas. En Tebas se detuvo para oír al cantante Memnón (véase pág. 49). No quedaba mucho tiempo para seguir haciéndolo: algunas décadas después de la visita de Adriano la necesidad de restaurar la estatua era ya apremiante. Se le añadió obra de mampostería, y esto malogró el dispositivo que producía el sonido. El cantante Memnón nunca más volvió a cantar.

Una nota triste de la visita de Adriano fue la de un joven, compañero leal y amado del emperador, llamado Antínoo: se ahogó en el Nilo (algunos sugieren que se suicidó). Adriano experimentó un tremendo dolor por la muerte del joven, e incluso fundó una ciudad en su honor (Antinoópolis), en el lugar en que se ahogó. El hecho inspiró la imaginación romántica de los artistas, y se ejecutaron numerosas pinturas y esculturas del favorito muerto.

Los judíos

El acontecimiento más violento ocurrido en Egipto durante los dos primeros siglos del Imperio Romano tiene que ver con la suerte de sus judíos.

Bajo los Ptolomeos los judíos habían gozado de gran prosperidad, se les había concedido libertad de culto y habían sido tratados como iguales a los griegos. Nunca hasta

los tiempos actuales los judíos fueron tan bien tratados como minoría en un país extranjero (con la posible excepción de la España islámica del Medievo). Y, a su vez, contribuyeron a la prosperidad y cultura de Egipto.

Por ejemplo, uno de los principales filósofos de Alejandría fue Filón el Judío. Nació en el 30 d. C, año en que se suicidó Cleopatra, o quizá pocos años después. Se le educó concienzudamente en la cultura judía, pero también en la griega, por lo que estaba preparado para hacer comprender el judaísmo al público griego del mundo clásico. Su línea de pensamiento estuvo tan próxima a la de Platón que, a veces, ha sido llamado el Platón judío.

Por desgracia, la situación fue empeorando para los judíos en tiempos de Filón. Algunos de éstos no se conformaban con la pérdida de independencia y esperaban constantemente la llegada de un rey inspirado por la divinidad, de «un ungido» (esta última palabra equivale a «Messiah» en hebreo, a «Jristés» en griego, a «Christus» latino y a «Cristo» en castellano). El Mesías los conduciría a la victoria sobre sus enemigos e instauraría un reino ideal, a cuya cabeza estaría él, cuya capital sería Jerusalén y que dominaría sobre todo el mundo. Este desenlace había sido pronosticado una y otra vez en las Escrituras judías, e impedía a muchos judíos asentarse en el mundo, tal como era. De hecho, algunos judíos se autoproclamaban mesías de vez en cuando, y nunca faltaron otros que aceptaran esta pretensión y provocasen alteraciones contra las autoridades romanas en Judea.

Los judíos de Alejandría eran menos propensos a sueños mesiánicos que sus compatriotas de Judea, pero se daban numerosas situaciones de roce entre ellos y los griegos. Sus respectivos modos de vida eran radicalmente diferentes, y cada grupo estimaba que era difícil vivir según el modo de vida del otro. Los judíos continuaban firmes en su pretensión de que sólo el dios judío era el dios verdadero, y despreciaban a las demás religiones de una forma que debía parecer sumamente irritante a los no judíos. Y los griegos seguían firmes en su pretensión de que sólo la cultura griega era verdadera cultura, y despreciaban a las demás culturas de tal modo que debía parecer sumamente irritante para los no griegos.

Además, los griegos se sentían molestos por los especiales privilegios de que gozaban los judíos. A los judíos no se les exigía participar en sacrificios idólatras, ni que rindieran homenaje divino al emperador, o que sirviesen en las fuerzas armadas, mientras que todo esto se exigía a griegos y a egipcios.

Los gobernantes romanos de Judea estaban igualmente irritados ante la testarudez judía en materia de religión y ante su negativa a rendir el homenaje más insignificante, incluso de boquilla, al culto imperial. En un determinado momento, Calígula, el emperador loco, decidió erigir una estatua suya en el Templo de Jerusalén, y los judíos se apresuraron a desencadenar una desesperada revuelta si la orden se ponía en vigor.

Filón el judío (entonces un anciano) encabezó una delegación a Roma para tratar de evitar el sacrilegio, pero fracasó. Sólo el asesinato de Calígula y la revocación de la orden por su sucesor salvo la situación.

Pero esto únicamente pospuso lo inevitable. En el 66, la ira contenida de los judíos ante las negativas a concederles la independencia y ante la exigencia de impuestos hizo estallar una violenta insurrección. Las legiones romanas irrumpieron en Judea, y durante tres años se combatió una guerra de inusitada ferocidad. Los judíos resistieron con tenacidad sobrehumana, diezmando a las tropas romanas, con grandes pérdidas por su parte.

La guerra sacudió hasta los cimientos al Gobierno romano, pues Nerón, que era emperador al comenzar la rebelión, fue asesinado, en parte debido a las malas nuevas que llegaban del frente judío, de cuya situación se le culpaba.

El general de las tropas romanas en Judea —Vespasiano— fue quien llegaría a ser emperador después de Nerón. En el 70, finalmente, Judea fue pacificada. Jerusalén fue ocupada y saqueada por el hijo de Vespasiano, Tito; el Templo fue destruido y el judaísmo retrocedió a su peor momento desde los tiempos de Nabucodonosor.

Los judíos de fuera de Judea no tomaron parte en la revuelta y en la mayoría de los sitios fueron tratados con razonable justicia por los romanos. (Lo cual es notable si pensamos en las tremendas medidas puestas en práctica por el Gobierno estadounidense contra los norteamericanos de origen japonés en los meses siguientes al ataque de Pearl Harbor, en 1941).

Sin embargo, en Egipto, los excitados sentimientos de ambos bandos se desbocaron sin control; comenzaron los tumultos que pronto fueron sangrientos. Ni los judíos ni los griegos se vieron libres de la acusación de haberlos instigado, y se cometieron salvajes atrocidades en ambos bandos. Pero, como ha sido el caso invariablemente a lo largo de la trágica historia de los judíos, eran éstos los que se hallaban en minoría y, por lo tanto, fueron los judíos los que más sufrieron. El templo judío de Alejandría fue destruido, miles de judíos fueron asesinados y la judería de Alejandría nunca se recuperó.

Tras estos acontecimientos, los judíos conservaron una dura enemistad contra el Gobierno romano y contra los griegos de Egipto. Existía todavía una gran colonia judía en Cirene, y sus miembros pensaron, en el 115, que había llegado su oportunidad. El emperador romano Trajano se hallaba en ese momento ocupado en una remota guerra en el Oriente, y, en un último empujón de la expansión romana, había llevado a las legiones romanas hasta el golfo Pérsico.

Es posible que se filtrasen hasta Egipto rumores sobre su muerte (el emperador tenía sesenta años), o quizá llegaron noticias acerca de un nuevo mesías, pero, en cualquier caso, los judíos de Cirene se lanzaron a la rebelión de manera fanática y suicida. Masacraron a todos los griegos que se pusieron a su alcance, y fueron masacrados a su vez cuando los sorprendidos romanos pudieron enviar tropas contra ellos. Los desórdenes prosiguieron durante dos años, y hacia el 117 los judíos de Egipto habían sido virtualmente exterminados.

De nuevo, la rebelión afectó a la historia de Roma. Las noticias sobre los desórdenes egipcios contribuyeron a que Trajano se decidiese a volver (otros factores fueron su edad y los riesgos de unas líneas de comunicación demasiado largas). La oleada conquistadora romana nunca volvió a llegar tan lejos, y desde entonces la suerte de Roma comenzó a disminuir.

A Trajano le sucedió Adriano, del que ya he hablado como de un turista imperial. Antes de visitar Egipto, como ya he dicho, cruzó la desolada Judea y quedó impresionado por la veneración que tributaban a las ruinas de Jerusalén los judíos que aún quedaban. Le pareció que esto podía dar lugar a otra rebelión; por ello ordenó que Jerusalén fuese reconstruida como una ciudad romana, que se llamaría Elia, según su propio apellido, y que se edificaría un templo a Júpiter en el lugar del destruido Templo judío. Se prohibiría absolutamente la entrada en la ciudad a todos los judíos.

Pero la decisión de Adriano sirvió para fomentar la revuelta que quería evitar. Los judíos volvieron a rebelarse, inspirados por un individuo que se había autoproclamado mesías. Desesperados por la profanación del lugar sagrado de su Templo, resistieron durante tres años, del 132 al 135. Al finalizar la rebelión, Judea estaba destruida, y tan limpia de judíos como Egipto.

Desde esa fecha el futuro del judaísmo quedó limitado a las importantes colonias judías de Babilonia, donde vivían desde la época de Nabucodonosor, y a las colonias europeas, que no habían tomado parte en las revueltas y a las que se permitió subsistir

bajo la recelosa mirada de los romanos.

Los cristianos

La difusión de la cultura griega entre los pueblos que habían creado las más antiguas civilizaciones de África y Asia después de la muerte de Alejandro Magno, no se realizó, obviamente, sin contrapartida. Los griegos entraron en contacto con culturas extranjeras y, a su pesar, fueron atraídos por ciertos aspectos de éstas.

Las religiones extranjeras eran particularmente interesantes, pues con frecuencia solían ser más coloristas, más intensamente ritualistas y más emotivas que los cultos oficiales de griegos y romanos. (Los griegos tenían también sus «religiones mistéricas» populares relacionadas con el ciclo agrícola, pero eran más bien algo así como sociedades secretas y no religiones generalizadas). Las religiones de Oriente comenzaron a penetrar en Occidente.

Una vez que Roma hubo impuesto su dominio sobre todo el Mediterráneo e impreso sobre el mundo el sello de la paz, la mezcla de culturas continuó incluso con mayor rapidez y facilidad, y lo que en su día habían sido religiones locales extendieron su influencia de un extremo a otro del imperio.

Durante los dos primeros siglos del imperio, Egipto fue el origen de una de las más vitales de estas religiones en expansión. El helenizado culto egipcio de Serapis (véase pág. 88) se difundió primero por Grecia y después por Roma. Augusto y Tiberio lo desaprobaron, pues abrigaban el vano sueño de restaurar las primitivas virtudes de Roma, pero el culto se difundió de todas maneras. En tiempos de Trajano y de Adriano no quedaba un solo rincón en el imperio que no contase con sus devotos de esta forma de religión, que se remontaba a la época de los constructores de pirámides y de sus predecesores tres mil años antes.

Más atractivo aún fue el culto de Isis, la principal diosa egipcia, a la que se pintaba como la hermosa «Reina de los Cielos». Su influencia comenzó a penetrar en Roma ya en los oscuros días de Aníbal, cuando los romanos pensaban que la derrota era segura si no contaban con algún tipo de ayuda divina y estaban dispuestos a probar fortuna con cualquier divinidad. Con el tiempo se edificaron templos de Isis y se celebraron sus rituales incluso en la lejana isla de Britania, a dos mil millas del Nilo.

Pero si Egipto dio una religión al mundo, también recibió una del exterior: de Judea.

En el último siglo de la existencia de Judea, cuando muchos afirmaban ser el mesías que el pueblo judío esperaba tan ansiosamente, surgió uno que se llamaba Joshua. Había nacido durante el reinado de Augusto, hacia el 4 a. C, y fue aceptado como Mesías por sus discípulos. Dicho de otro modo: se trataba de Joshua el Mesías, o, en su forma griega, Jesucristo. En el 29, durante el reinado de Tiberio, fue crucificado como opositor político que aspiraba a ser rey de los judíos.

La creencia en el carácter mesiánico de Jesús no terminó con su crucifixión, pues se difundió la historia de que había resucitado de entre los muertos. A las diversas sectas judías que florecieron en esta época, se añadió así una más: la de los seguidores de las enseñanzas de Jesucristo, o, como pronto se los llamaría, la de los cristianos.

En los primeros años de existencia de esta secta, nadie podía pensar que fuera a tener futuro, excepto en el seno del judaísmo. Y el propio judaísmo distaba mucho de haber tenido éxito en su penetración del pensamiento griego y romano como lo habían tenido, por ejemplo, los ritos egipcios.

No obstante, el firme monoteísmo de los judíos y su elevado código moral constituían un factor de atracción para numerosos individuos hastiados de las supersticiones y del sensualismo de la mayoría de las religiones de la época. De ahí que

algunos no judíos (a veces bastante bien situados dentro de la estructura social del imperio) adoptaran el judaísmo.

Con todo, las conversiones no fueron demasiado numerosas, pues los propios judíos no facilitaban las cosas. No sólo no transigían con los gentiles o con su modo de vida, sino que insistían en la adopción plena y total de un conjunto de leyes sumamente complejo. Además, insistían en que el Templo de Jerusalén era el único lugar verdadero de culto y se negaban a admitir que los conversos participaran en los ritos del culto al emperador.

Así, los conversos del judaísmo quedaban sujetos a un nacionalismo extranjero, y aislados respecto a su propia sociedad. Después de la rebelión judía del 66-70, la conversión al judaísmo comenzó a ser considerada como una traición por muchos romanos, por lo que prácticamente no se dio más.

En cambio, el cristianismo operaba en circunstancias mucho menos desventajosas en este sentido, gracias, principalmente, a la labor de un hombre. Este era Saulo (o Pablo, como se le conoció posteriormente), judío de Tarso (la ciudad donde Marco Antonio se había encontrado por primera vez con Cleopatra). Al principio fue ferozmente anticristiano, pero se convirtió y llegó a ser el más famoso y eficaz de todos los misioneros cristianos.

Se dirigió al mundo gentil y predicó una forma de cristianismo en el que se habían abandonado la ley y el nacionalismo judíos. En su lugar propugnaba un universalismo según el cual todos los hombres podían ser cristianos sin distinción de nacionalidad o de posición social. Ofrecía el monoteísmo y una elevada moralidad, sin las complicadas restricciones de la ley mosaica, y los gentiles — en Egipto y en otras partes— comenzaron a afluir hacia el cristianismo en número sorprendentemente alto.

Sin embargo, a los cristianos también les estaba prohibido participar en el culto del emperador, por lo que, lo mismo que los judíos en general, se hacían sospechosos de traición. En el 64, en tiempos de Nerón, los cristianos de Roma fueron salvajemente perseguidos en represalia por el gran incendio que destruyó la ciudad y del que fueron hechos responsables (por supuesto, falsamente). Según la tradición, Pablo fue ejecutado en Roma no mucho después de comenzar esta persecución.

La obra de Pablo produjo una división en el cristianismo entre aquellos que persistían en la tradición judía y aquellos que la rechazaban. La crisis estalló durante la rebelión judía. Los judíos que seguían las enseñanzas de Cristo eran extremadamente pacifistas. Para ellos el Mesías, en la persona de Jesús, había llegado ya y esperaban su retorno. Por ello, participar en la lucha de independencia de Judea en nombre de algún otro mesías que no fuera Jesús carecía de sentido para ellos. Así pues, se retiraron a las montañas y no tomaron parte en la guerra. Los judíos supervivientes los tildaron de traidores y, prácticamente, la conversión de judíos al cristianismo se detuvo.

Por ello, del 70 en adelante, el cristianismo se hizo casi completamente gentil, y muy distinto del judaísmo. Al penetrar en el mundo gentil, él mismo resultó influido, aceptando y asimilando las filosofías griegas y las fiestas paganas —todo lo cual lo separaban aún más claramente del judaísmo—.

Ya en 95 el emperador romano Domiciano, el hijo menor de Vespasiano, ordenó ciertas medidas contra los judíos y los cristianos, pensando, según parece, que eran la misma cosa en el fondo. Esta vez fue quizá la última en que no se los diferenció convenientemente.

Existía una rivalidad natural entre el judaísmo y el cristianismo. Los cristianos censuraban a los judíos a causa de su negativa a reconocer al Mesías en Jesús y debido al papel desempeñado por los funcionarios judíos en la crucifixión (olvidando, a veces, que los propios discípulos de Jesús fueron también judíos). Por su lado, los judíos

consideraban al cristianismo como una herejía, y veían con amargura cómo, al tiempo que ellos sólo conocían desastres, el poder de sus rivales aumentaba progresivamente.

Con todo, la antipatía entre ambas religiones tal vez no hubiera alcanzado cotas tan altas de no haber sido por la influencia de Egipto. El cristianismo dio sus primeros pasos en un Egipto que acababa de atravesar los amargos episodios de los motines de Alejandría y de la rebelión de Cirene. El sentimiento antijudío en Egipto era más fuerte que en ningún otro lugar del imperio, y esto pudo contribuir al auge del gnosticismo en la Iglesia primitiva.

El gnosticismo era una filosofía precristiana que resaltaba la maldad de la materia y del mundo. Para los gnósticos, el gran Dios abstracto, que era verdaderamente real, bueno y señor omnipotente de todo lo existente, era el Conocimiento personificado (en griego *gnósis,* de donde proviene la palabra «gnosticismo»).

El Conocimiento, el Saber, se encontraba abruptamente divorciado del universo —inalcanzable, incognoscible—. El universo ha sido creado por un dios inferior, un «demiurgo» (de la palabra griega que significa «el que trabaja por el pueblo» —un gobernante práctico, una especie de ser terrenal más que un dios divino por encima y más allá de la materia—). Debido a que la capacidad del demiurgo era limitada, el mundo se torcía hacia el mal, como todo, incluida la propia materia. El cuerpo humano era el mal, y el alma debía separarse de él y de la materia y del mundo, en su intento de volver al espíritu y al Conocimiento.

Algunos gnósticos se sintieron atraídos por el cristianismo, y viceversa. El dirigente más importante de esta corriente de pensamiento fue Marción, nacido en Asia Menor y supuesto hijo de un obispo cristiano.

Marción escribió durante los reinados de Trajano y de Adriano; sostenía que el Dios del Antiguo Testamento era el demiurgo —un ser malvado e inferior que había creado el universo—. Por otra parte, Jesús era el representante del verdadero Dios, del Conocimiento. Ya que Jesús no participó en lo creado por el demiurgo, era un espíritu puro y su forma humana y sus experiencias fueron tan sólo una deliberada ilusión asumida para cumplir sus propósitos.

Una versión gnóstica del cristianismo fue durante un tiempo bastante popular en Egipto, ya que se adecuaba muy bien al sentimiento antijudío existente en el país, pues hacía del dios judío un demonio, y de las escrituras algo inspirado por el demonio.

Con todo, el cristianismo gnóstico no duró mucho tiempo, pues la corriente principal del cristianismo se le oponía firmemente. La mayoría de los dirigentes cristianos aceptaron al Dios de los judíos y del Antiguo Testamento como el Dios del que hablaba Jesús en el Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento fue aceptado como escritura inspirada y como introducción al Nuevo Testamento.

Sin embargo, aun cuando el gnosticismo desapareció, dejó tras de sí algunas oscuras huellas. En el cristianismo quedaron algunas ideas referentes al mal del mundo y del hombre, y con ellas, un sentimiento antijudío más fuerte que antes.

Por si fuera poco, los egipcios nunca abandonaron algún tipo de visión gnóstica respecto a Jesús. Consecuentemente, interpretaban la naturaleza de Jesús de tal forma que sus aspectos humanos quedaban minimizados. Esto no sólo contribuyó a fomentar una agotadora lucha interna entre los dirigentes cristianos, sino que sería un elemento importante, como tendremos oportunidad de ver, en la destrucción del cristianismo egipcio.

Otra influencia, aunque más placentera, del pensamiento egipcio en el cristianismo estaba relacionada con la encantadora Isis, Diosa del Cielo. Sin duda era una de las diosas más populares, no sólo en Egipto, sino en todo el Imperio Romano, y no fue difícil transferir la complacencia en la belleza y gentil simpatía de Isis a la Virgen María.

El importante papel desempeñado por la Virgen en el cristianismo dio a la religión un cálido toque femenino, que estaba ausente en el judaísmo, y qué duda cabe que fue la existencia del culto de Isis lo que facilitó que se añadiera este aspecto al cristianismo.

Y esto resultó aún más fácil dado que, con frecuencia, se mostraba a Isis con el niño Horus en su regazo (véase pág. 109). En este caso Horus, sin cabeza de halcón, era conocido por los egipcios como Harpechruti («Horus, el Niño»). Se llevaba los dedos a los labios, como un signo infantil —algo parecido a chuparse el dedo, por así decir—. Los griegos interpretaron el signo como una petición de silencio, y en su panteón este dios se convirtió en Harpócrates, el dios del silencio.

La popularidad de Isis y de Harpócrates, madre e hijo, pasó también al cristianismo, y contribuyó a hacer popular la idea de la Virgen y del Niño Jesús, que ha captado la imaginación de millones y millones de personas desde que existe el cristianismo.

La decadencia de los romanos

Los tiempos de Trajano y de Adriano, y de sus sucesores Antonino Pío y Marco Aurelio, señalaron los momentos culminantes del Imperio Romano: ochenta años de relativa paz y seguridad.

Pero todo esto terminó. Un hijo de Marco Aurelio, el inútil Cómodo, accedió al trono en el 180, y fue asesinado en el 192. Con esto el imperio se vio lanzado a un nuevo período de luchas entre los generales por la sucesión imperial, como sucedió después de la muerte de Nerón; sólo que esta vez duró más tiempo y fue mucho más costoso para el imperio.

El más popular de los generales rivales era Pescenio Níger, que se encontraba en Siria. Inmediatamente ocupó Egipto, el granero de Roma, como ya había hecho en su día Vespasiano, 125 años antes. En vez de asaltar Roma, se quedó allí, arropado por su popularidad y seguro sin duda de que la corona pasaría a sus manos automáticamente en el momento en que Roma comenzase a sentir la falta de alimentos.

Sin embargo, en Roma se encontraba el aguerrido comandante de las legiones del Danubio, Septimio Severo. Una vez fortalecida su situación en la capital, este general se lanzó hacia el Oriente, atrajo a Níger al Asia Menor y lo derrotó. Y Septimio Severo gobernó como emperador romano.

Su hijo mayor, Caracalla, le sucedió en el trono en el 211, y al año siguiente, en el 212, promulgó un famoso edicto por el que todos los habitantes libres del imperio se convertían en ciudadanos romanos. Los egipcios nativos, que anteriormente no tenían acceso al reducido círculo de la superioridad romana y griega, se vieron de repente convertidos en ciudadanos romanos en pie de igualdad con los hombres más orgullosos de Alejandría y Roma. Algunos egipcios fueron elevados a la categoría de senadores, siendo recibidos en el Senado romano (que, sin embargo, ya no gozaba de poder político y no era más que un club social).

Pero los tiempos se estaban poniendo difíciles para Roma. Una terrible peste había despoblado el imperio en tiempos de Marco Aurelio, y la decadencia económica estaba muy avanzada. El dinero requerido para gobernar era cada vez más difícil de recaudar en un imperio cada vez más empobrecido, y la decisión de Caracalla se inspiró probablemente en algo más que en el puro idealismo. Había un impuesto sobre el patrimonio aplicable tan sólo a los ciudadanos, y mediante el edicto de Caracalla se hizo extensible a todos los hombres libres, obteniéndose así grandes ingresos adicionales.

Caracalla fue el primer emperador, después de Adriano, que visitó Egipto. Pero las circunstancias eran completamente diferentes. Casi un siglo antes, Adriano había sido un turista inquieto que viajaba por un imperio en paz. Caracalla vivió en una época mucho

más dura, en la que los enemigos del norte y del este trataban de forzar las fronteras romanas. En su viaje a las regiones orientales en guerra se detuvo en Egipto, y no hay duda de que estaba de muy mal humor.

Bajo la presión del escaso dinero recaudado (situación empeorada por las guerras) Caracalla puso fin a la subvención estatal a los estudiosos del Museo de Alejandría.

Quizá esto no estaba completamente desprovisto de justificación desde el punto de vista de Caracalla. El Museo se encontraba en decadencia desde hacía un siglo, y después del año 100 había aportado pocas cosas de valor al mundo. El último científico de alguna importancia que trabajó en Egipto había sido el astrónomo Ptolomeo (véase pág. 104), y su contribución consistió sobre todo en resumir la obra de los primeros astrónomos. Quizá Caracalla pensó que el Museo estaba ya moribundo y que no merecía las sumas gastadas en él, sumas a las que el decadente imperio no podía hacer frente. Con todo, la suspensión del apoyo estatal hizo de todo punto improbable la revitalización del Museo.

La decisión de Caracalla ofendió sin duda a los estudiosos de todo el mundo, y los historiadores de la época son los más hostiles al emperador y lo acusan de todos los crímenes y brutalidades imaginables. Se cree que ordenó el saqueo de Alejandría, y que miles de ciudadanos fueran asesinados en represalia por una ofensa insignificante. No hay duda ninguna de que esto es exagerado.

Pero si la ciencia decayó en Alejandría, no sucedió lo mismo con el saber en sí. Surgió un nuevo tipo de estudioso, el teólogo cristiano, y Alejandría, siguiendo este camino, continuó a la cabeza del mundo del pensamiento.

En el primer siglo posterior a Pablo, el cristianismo se difundió principalmente entre las clases inferiores y entre las mujeres; es decir, entre los pobres y entre las gentes sin instrucción. Las clases instruidas y acomodadas eran refractarias a sus enseñanzas. Para aquellos que habían sido instruidos en la sutileza intelectual de los grandes filósofos griegos, las escrituras judías parecían bárbaras; las enseñanzas de Jesucristo, ingenuas, y los sermones de la gran mayoría de los cristianos, risibles y propios de ignorantes. La tarea de los teólogos de Alejandría fue precisamente combatir esta creencia.

Activamente comprometido en este combate estuvo Clemente, sacerdote nacido en Atenas hacia el 150, y que enseñaba en Alejandría. Era tan experto en filosofía griega como en doctrina cristiana, y era capaz de interpretar a esta última en términos de la anterior, de forma que el cristianismo pareciese respetable (aun cuando no siempre resultase convincente) a los griegos más inteligentes. Por si fuera poco, reinterpretó la doctrina cristiana de forma que no se presentase como una doctrina social revolucionaria, y aportó argumentos para demostrar que los ricos también podían alcanzar la salvación. Fue, además, una poderosa fuerza contra las agonizantes doctrinas del gnosticismo.

Naturalmente, Clemente era un griego que llegó a enseñar en Egipto. Pero había un seguidor suyo, quizá su discípulo, que al parecer, era realmente egipcio. Se trataba de Orígenes.

Orígenes había nacido en Alejandría en el 185, quizá de padres paganos, pues su nombre griego significa «hijo de Horus». Al igual que Clemente, mezcló mucha filosofía griega a su cristianismo, y era capaz de enfrentarse a los filósofos paganos en pie de igualdad.

Entró en lid contra un escritor griego llamado Celso, filósofo platónico pagano que había escrito un libro frío y desapasionado contra el cristianismo. Fue el primer libro pagano que se vio obligado a tratar al cristianismo seriamente —quizá como resultado de la labor de Clemente—. Orígenes replicó en un libro titulado *Contra Celso,* que fue la defensa más completa y concienzuda del cristianismo que se publicó en los tiempos antiguos.

El libro de Celso no sobrevivió mucho tiempo, pero casi las nueve décimas partes del mismo se citan en el libro de Orígenes, que sí ha llegado hasta nosotros. Así pues, gracias a Orígenes conocemos todavía las opiniones de su adversario.

De este modo Egipto contribuyó de forma muy importante a la intelectualización del cristianismo y a hacerlo aceptable para los hombres de formación clásica. En realidad, en los primeros siglos del cristianismo, Alejandría fue el centro cristiano más importante del mundo.

Pero los tiempos siguieron empeorando. En el 222 llegó a emperador Alejandro Severo, sobrino nieto de Septimio Severo. Este era un hombre bondadoso pero débil, dominado por su madre. Fue asesinado en el 235.

Lo que siguió puede describirse como una verdadera orgía de emperadores. Un general tras otro fue exigiendo el trono, siendo rápidamente asesinado a continuación por aspirantes rivales o por invasores bárbaros. A pesar de la impasible valentía de las legiones, se consumía tanta energía en luchas internas que los bárbaros germanos del norte irrumpían en el imperio y establecían aquí y allá gobiernos independientes.

Esta fue la oportunidad esperada por Persia.

Este país había experimentado un resurgimiento desde que Alejandro Magno lo había derrotado seis siglos antes. Después de Antíoco III, las provincias orientales del imperio seleúcida habían obtenido una independencia duradera y erigido un reino conocido por los romanos como Partia (palabra que en realidad es una forma de «Persia»).

Durante tres siglos los romanos se habían enfrentado a Partia en batallas de resultado dudoso, que a la larga no conseguían nada sino sangre y ruina para ambos bandos. En el 228, cuando ocupaba el trono Alejandro Severo, una nueva dinastía tomó el poder en tierras partas; la dinastía se remontaba a un dirigente persa llamado Sasán. Por ello, la dinastía se llama sasánida.

En tiempos del caos que en Roma siguió a la muerte de Alejandro Severo, los persas creyeron llegado su momento y se lanzaron hacia occidente. En el 260 se encontraron con los ejércitos romanos en Edesa, al este del Alto Eufrates. Los romanos estaban dirigidos por su emperador, Valeriano.

No sabemos qué ocurrió exactamente, aunque parece ser que los romanos, mandados de un modo inexperto, cayeron en una trampa y fueron forzados a aceptar la derrota, y el propio Valeriano fue hecho prisionero. Era la primera vez en toda la historia de Roma que un emperador era capturado por el enemigo, y la repercusión de la catástrofe fue terrible. El ejército persa continuó avanzando orgullosamente por toda Asia Menor.

Y entonces ocurrió algo sorprendente. En Siria, a unas 130 millas de la costa y cerca de la frontera oriental del imperio se hallaba la ciudad de Palmira, en el desierto. Esta era un centro comercial que había crecido en paz y prosperidad en tiempos más tranquilos, cuando el Imperio Romano estaba en su cenit.

En la época de la derrota de Valeriano, Palmira se hallaba gobernada por Odenato, dirigente de origen árabe. No tenía intención de cambiar el relajado y beneficioso dominio de Roma por el más sofocante y quizá más riguroso dominio persa. Por ello atacó a Persia.

No se enfrentó directamente a los ejércitos persas (que se hallaban lejos, hacia el oeste), sino que atacó por el este y el sur, hacia Ctesifonte, la casi desprotegida capital persa. Los airados persas se vieron obligados a volver sobre sus pasos, y la oportunidad de aplastar a Roma se esfumó.

Los agradecidos romanos llenaron de títulos a Odenato, y lo convirtieron casi en un soberano independiente. Pero en aquellos tiempos la realeza era una profesión insegura y en el 267 Odenato fue asesinado.

A ocupar el lugar vacante se presentó inmediatamente su esposa Zenobia, una mujer tan ambiciosa y enérgica como Cleopatra. Esta reclamó todos los títulos de su marido para su hijo y se preparó para obtener el título imperial de la propia Roma. En el 270 sus ejércitos alcanzaron Asia Menor, y ese mismo invierno la reina marchó sobre Egipto.

Los sorprendidos egipcios se encontraron frente a un ejército hostil a las puertas del Sinaí, algo que hacía tres siglos que no veían, desde que Augusto se había presentado en Egipto. No opusieron ninguna resistencia.

Una vez obtenido el control del tercio más oriental del imperio, Zenobia se proclamó a sí misma y a su hijo coemperadores de Roma.

Pero por entonces había un nuevo emperador en Roma: Aureliano, uno de los más capacitados del período de anarquía. Rápida y violentamente, éste llevó a su ejército a Asia Menor. Inmediatamente, las tropas de Zenobia se replegaron a sus bases nacionales, evacuando Egipto. En el 273 Aureliano había acabado totalmente con el ejército de Palmira, había ocupado la ciudad, y puesto fin a la amenaza. Zenobia tuvo menos suerte que Cleopatra. Capturada, fue conducida a Roma, para adornar el triunfo de Aureliano.

Pero Aureliano no había terminado con la captura de Zenobia. Un rico egipcio, llamado Firmo, aprovechó la confusión para proclamarse emperador. A la vuelta de Palmira, Aureliano irrumpió en Egipto, tomó Alejandría y crucificó a Firmo.

Egipto, una vez recuperado del susto provocado por la doble invasión, la de Zenobia y la de Aureliano, se dio cuenta de que había salido prácticamente indemne de todo ello, y volvió a sus apacibles costumbres.

Pero algo había desaparecido. En la breve contienda entre Aureliano y Firmo, habían sido destruidos los edificios del Museo de Alejandría. El mayor logro de los Ptolomeos —que había durado seis siglos y había sobrevivido durante tres siglos a la propia dinastía— se había esfumado.

Y, sin embargo, no todo se había perdido. Los innumerables rollos de papiros de la biblioteca existían todavía, y con ellos el conocimiento y la sabiduría acumulados de mil años de cultura griega.

13. El Egipto cristiano

Persecución

La expansión del cristianismo en los primeros siglos del imperio no fue del todo fácil, ni se llevó a cabo sin oposición. Había varias religiones que competían entre sí: el culto imperial oficial, las religiones mistéricas griegas, y los ritos egipcios de Serapis y de Isis. Todos ellos existían ya, y continuaron existiendo.

La más influyente de todas ellas era el mitraísmo, una religión de origen persa que era, en la práctica, una forma de culto del sol. Sus primeras manifestaciones comienzan a aparecer en Roma en tiempos de Augusto y de Tiberio. Un siglo más tarde, en tiempos de Trajano y de Adriano, llegó a ser verdaderamente prominente, y quizá la más popular de las nuevas religiones. Quien observase el Imperio Romano hacia el 200, podía creer fácilmente que si había una religión que iba a predominar en el futuro en Roma, ésta era el mitraísmo, y no el cristianismo.

Pero el mitraísmo tenía un inconveniente fatal. Sólo los hombres podían participar en sus ritos. Las mujeres, al verse excluidas, solían volverse hacia el cristianismo, y eran éstas las que criaban a los niños e influían en ellos cuando se trataba de elegir una religión.

También se daba una fuerte competencia entre versiones consolidadas de las viejas filosofías griegas, y en esto desempeñó un papel importante Plotino, de origen egipcio. Había nacido en el 205 en Licópolis, ciudad a sólo cincuenta millas al sur del lugar donde una vez se levantó la desventurada ciudad de Ijnaton, en tiempos de Ajetaton. Estudió en Alejandría y elaboró un sistema filosófico basado en las enseñanzas del filósofo ateniense Platón, pero que iba a ampliarse, en buena medida, en la dirección de las nuevas religiones: se trataba, en efecto, de algo así como una fusión entre la racionalidad griega y el misticismo oriental, una fusión que se llamaría neoplatonismo y que habría de convertirse en la más popular e importante de las filosofías paganas en los dos siglos siguientes.

De todas las religiones y filosofías del imperio, el cristianismo era la más exclusivista, si pasamos por alto al judaísmo, que hacia esta época había perdido mucha importancia. Las demás religiones carecían de verdaderos deseos de imponerse por la fuerza a los demás, conformándose con competir deportivamente en el mercado libre de las ideas. En oposición a todas ellas se hallaba el cristianismo, que rechazaba todo compromiso y que se consideraba la única religión verdadera, enfrentada a un hato de falsedades inspiradas por el diablo.

Era profundamente irritante para los no-cristianos el hecho de que la hostilidad de los cristianos no impedía a éstos apropiarse de lo que estimaban útil en otras religiones. Así, el mitraísmo celebraba el 25 de diciembre como día del nacimiento del sol, que era una fiesta popular y alegre. Los cristianos la adoptaron como día del nacimiento del Hijo, y lo convirtieron en la Navidad. El cristianismo adoptó también como propio mucho de lo que en realidad era neoplatónico.

Además, los cristianos de los primeros tiempos del Imperio Romano eran profundamente pacifistas, y rehusaban combatir por la causa de emperadores paganos (en especial porque, como soldados, se les exigía que participasen en el culto del emperador). Por su parte, sostenían que sólo si el imperio se convertía al cristianismo, la guerra desaparecería y se instauraría la sociedad ideal.

Todo esto hizo a los cristianos extremadamente impopulares para los fieles de las demás religiones (que solemos meter en el mismo saco con el nombre de «paganos»).

Ya había habido persecuciones de cristianos en los primeros tiempos, sobre todo

bajo Nerón y Domiciano, pero habían sido relativamente breves y no demasiado duras. Ahora, en el período de caos que siguió al asesinato de Alejandro Severo, cuando el imperio se halló enfrentado a graves problemas, se intensificó la búsqueda de una cabeza de turco, y nadie mejor, para ello, que un grupo de extremistas impopulares que predicaban ideas pacifistas radicales.

Alrededor del 250, el emperador Decio ordenó la primera persecución total y general de cristianos, extendida a todo el imperio, por lo que durante casi un decenio los cristianos atravesaron una gravísima crisis. Dos cosas los salvaron.

En primer lugar, que los cristianos estaban tan fanáticamente convencidos de la verdad absoluta de sus creencias que muchos se mostraban dispuestos a morir por ellas, seguros de merecer la felicidad eterna en el cielo a cambio de una muerte como mártir en la tierra. La firme actitud de numerosos cristianos al hacer frente a la tortura y a la muerte era algo impresionante, y muchos de los testigos presenciales debieron de convencerse, sin duda, del valor de una creencia que llevaba la lealtad a tales extremos. No hay duda de que las persecuciones hicieron más cristianos de los que mataron.

En segundo lugar, que las persecuciones no duraron el tiempo suficiente ni se llevaron a cabo tan completamente como para exterminar al cristianismo. Siempre, a un emperador perseguidor le sucedía otro más moderado, y, siempre, el trato duro en determinada provincia se compensaba con una relativa flexibilidad en otra.

Así, en el 259, Galieno se convirtió en emperador. Era discípulo de Plotino, que entonces enseñaba en Roma, y el neoplatonismo predicaba la tolerancia. Plotino creía que la verdad no debía ser impuesta por la fuerza, y que la falsedad podía combatirse con argumentos razonados. De ahí que la presión sobre el cristianismo se aliviase.

Con todo, el decenio de persecuciones dejó su marca. Muchos obispos fueron asesinados y, en Alejandría, Orígenes fue tratado con tal violencia que, aunque no murió, su salud se vio afectada seriamente. Se retiró a Tiro, donde murió en el 254.

Asimismo, a un período de relajamiento seguía siempre otro de renovadas persecuciones, y durante casi cien años los cristianos no pudieron sentirse realmente seguros. En Egipto se dio una respuesta a este período de persecuciones que introdujo un nuevo elemento en el modo de vida cristiano.

La respuesta fue el retiro.

Existía ya un precedente. El judaísmo había tenido siempre una veta ascética, y la austeridad que algunos creían necesaria para honrar mejor a Dios era más fácil de observar alejándose de las tentaciones del mundo. Hubo judíos que se retiraron al aislamiento para poder llevar una vida de frugalidad y renuncia, consagrada a la adoración de Dios. Los retiros se efectuaban en solitario, como hizo Elias en el siglo IX a. C, o en grupos y comunidades, como en el caso de los esenios en tiempos de Roma.

Durante las persecuciones estos ejemplos atrajeron la atención de los cristianos. En efecto, el retiro de Elias se debió en parte a su deseo de salvarse de las persecuciones de Jezabel, reina de Israel, y los esenios hallaron la salvación en el aislamiento cuando los Macabeos, los Herodes y los romanos hicieron difícil la vida para las sectas judías más estrictas.

¿Por qué no habían de retirarse los cristianos, pues? El mundo era perverso; era mejor abandonarlo. Vivir en el mundo significaba estar expuesto continuamente a las torturas de los perseguidores paganos y a la constante tentación de abandonar el cristianismo para salvar la vida. En el desierto se podía estar solo para salvar el alma.

La situación era tal en Egipto que el retiro solitario resultaba más atractivo que cualquier otra cosa. El desierto no estaba lejos, era solitario y se vivía en paz, y en él no había fríos inviernos, ni aparatosas tormentas o ventiscas. La vida podía resultar sencilla y sin problemas.

El primero de los que decidieron retirarse fue un egipcio llamado Antonio. Había nacido hacia el 250, y al llegar a los veinte años, decidió emprender una vida ascética. En el 285 llegó a la conclusión de que ésta sólo podía llevarse a la práctica lejos de las continuas tentaciones de la vida social, y se retiró al desierto.

La fama de su santidad y piedad comenzó a ser conocida y muchos decidieron imitarlo. Cada año cierto número de personas huía del mundo pagano para ir al encuentro de Dios cristiano en el desierto egipcio, que pronto se vio salpicado por numerosas ermitas solitarias en las que los ermitaños practicaban una vida austera. Sin embargo, ninguno superó la fama de Antonio, y se multiplicaron las leyendas sobre las tentaciones a que se veía sometido por el demonio y de las que salía siempre triunfante. Se cree que llegó a la avanzada edad de ciento cinco años.

Antonio fue el primer monje cristiano, palabra que deriva del término griego que significa «solo», o «ermitaño», que deriva a su vez de otra palabra griega que quiere decir «desierto». La palabra siguió aplicándose a aquellos que se retiraban del mundo, aun cuando lo hiciesen de forma comunitaria y ya no estuviesen «solos».

Antonio puede ser considerado, así, como uno de los que contribuyeron a fundar la institución del »monacato», que iba a desempeñar un papel tan importante en la futura historia del cristianismo —y así, una vez más, otro aspecto del cristianismo tuvo su origen en Egipto—.

Los arrianos

El Imperio Romano recibió una nueva inyección de vida cuando un rudo y competente soldado, Diocleciano, se convirtió en emperador en el 284. Consiguió reparar la maquinaria del imperio, abolió los restos del antiguo sistema republicano, al que Augusto y sus sucesores habían otorgado una importancia de boquilla. En su lugar, instauró una monarquía absoluta.

Por si fuera poco, Diocleciano eligió un coemperador, y tanto él como su asociado en el poder eligieron a su vez a dos «cesares» como asistentes. Así pues, había cuatro individuos que se repartían los deberes administrativos y militares del imperio. Diocleciano, preocupado por la amenaza persa, se asignó las provincias asiáticas y Egipto, que quedaron bajo su directo control, y fijó su capital en Nicomedia, ciudad del Asia Menor noroccidental.

Pero los malos hábitos del período de crisis persistieron. Los generales seguían pensando que podían ser aclamados emperadores por sus tropas cada vez que les viniese en gana. En Egipto, un general llamado Aquileo se hizo proclamar emperador en el 295. Como se trataba del territorio de Diocleciano, éste se puso a la cabeza de un ejército con el que se dirigió a Egipto. Alejandría fue asediada durante ocho meses. Finalmente fue tomada y Aquileo ejecutado.

En el 303 Diocleciano dio comienzo a la última y, en cierto sentido, más dura persecución general de los cristianos, continuada por el sucesor de Diocleciano en el este, Galerio, y, en menor grado, por su sucesor, Licinio.

En la mitad occidental del imperio los gobernantes mostraban una mayor simpatía hacia los cristianos. En el 306, Constantino I logró hacerse con el dominio de ciertas partes de la mitad occidental del Imperio. Su poder fue creciendo gradualmente hasta el 312, en que pudo controlar totalmente la mitad occidental. Constantino era un político astuto y pronto se percató de que si obtenía el apoyo de los cristianos (que ya formaban una fuerte minoría dentro de la población, y que era, además, con mucho, la más activa y ruidosa) su camino hacia el poder se vería allanado. Así pues, consiguió obligar a Licinio, que en ese momento controlaba la mitad oriental del imperio, a unirse a él y aceptar un «Edicto de Tolerancia» por el que se concedía igualdad de derechos a todas las religiones.

Licinio no tenía en gran concepto al edicto, pero en el 324 fue derrotado finalmente por Constantino I que, como había planeado, *gozaba* del apoyo pleno y entusiasta de los cristianos del imperio. Faltaba todavía medio siglo para que la victoria cristiana fuera total, pero el período de las grandes persecuciones había pasado. (Trece años más tarde, ya en su lecho de muerte, Constantino I permitió que lo bautizaran, por lo que se convirtió en el primer emperador cristiano).

Pero si el peligro de las persecuciones había pasado, existía el de las querellas internas. Siempre había habido diferencias de opinión entre los cristianos, e incluso las epístolas de San Pablo, escritas en los primeros años del cristianismo, tuvieron que ocuparse de estas diferencias. Sin embargo, mientras el cristianismo como tal estuvo en peligro constante debido a las persecuciones, tales diferencias no pasaron de las palabras. Pero cuando los emperadores romanos se convirtieron al cristianismo, cabía la posibilidad de que tomasen partido por una u otra de las facciones, con lo que la facción marginada se las tendría que ver con el poder del Estado. Así, si los cristianos en general ya no eran perseguidos por los paganos, ciertos cristianos continuaron siendo perseguidos por otros cristianos.

Alejandría, como centro importante del pensamiento cristiano, desempeñó un notable papel en estas disputas internas. Así fue, por ejemplo, durante el reinado de Constantino I, cuando se produjo una agria disputa sobre el problema de la naturaleza de Cristo. El problema se refería a si Cristo tenía un aspecto divino o no. Una de las posturas, que podemos llamar *unitaria,* sostenía que Jesús no era en absoluto un ser divino, que sólo había un Dios, el Dios del Antiguo Testamento. Jesús era un ser creado, como todo lo que existe en el universo menos Dios. Jesús podía ser el más grande y el mejor de los hombres, el más santo de los profetas, el maestro de inspiración más divina, pero aun así no era Dios.

La segunda postura mantenía que Cristo tenía tres aspectos, todos ellos iguales entre sí y que habían existido siempre: el Padre, aspecto que se manifestó especialmente en la Creación; el Hijo, aspecto que se manifestaba a través de la forma humana de Jesús, y el Espíritu Santo, que se había manifestado varias veces a través de hombres normales, a quienes había inspirado acciones de las que habrían sido incapaces sin ayuda divina. Los tres aspectos de Dios se denominan Trinidad, y la creencia en estos tres aspectos iguales se denomina *trinitarismo.*

El principal defensor de la postura unitarista era un sacerdote de Alejandría llamado Arrio. Tan firme era su postura que esta creencia se conoce con el nombre de arrianismo, y quienes la defienden toman el nombre de arrianos.

Pese a que su más firme defensor era alejandrino, el reducto más importante de arrianismo en tiempos de Constantino I fue el Asia Menor. En Egipto se conservaba todavía el recuerdo del gnosticismo, según el cual Jesús era espíritu, no-materia (véase pág. 111). ¿Cómo podía ser, pues, totalmente humano? *Tenía que ser por:* igual divino y humano.

Si embargo, la mayoría de los sacerdotes de Alejandría eran trinitaristas, y Alejandro, obispo de Alejandría, era objeto de constantes presiones para que actuara con fuerza contra el molesto sacerdote. En el 323 Alejandro convocó una reunión de obispos (un «sínodo»), en la que se condenó oficialmente la postura arriana, pero Arrio rehusó aceptar la decisión.

Eran precisamente los tiempos en que Constantino comenzaba a ser preponderante en todo el Imperio, y hubo intento de llamar su atención sobre el problema. (Los obispos podían denunciar, pero era el emperador quien disponía de un ejército que podía forzar la aplicación de la denuncia). Constantino estaba ansioso de poder llevar la voz cantante en el asunto. El no sabía nada de las ideas teológicas que intervenían en la

disputa, ni le interesaban, pero comprendía perfectamente cuáles podían ser los peligros políticos. Dependía de los cristianos del imperio, que le daban su apoyo, pero sólo a cambio de su actitud pro-cristiana. Ahora bien, si los cristianos comenzaban a pelear entre sí, su apoyo perdería eficacia. Además, sus oponentes políticos podrían siempre ofrecer su apoyo a una de las facciones, prometiéndole la supresión de la otra.

Por ello, en el 325, Constantino I convocó una gigantesca reunión de obispos en la ciudad de Nicea, a unas treinta y cinco millas al sur de su capital, Nicomedia, a quienes ordenó que resolvieran la cuestión de una vez por todas. Fue éste el primer «Concilio ecuménico» —es decir, el primero «a escala mundial»—, al participar en él obispos de todo el Imperio, y no sólo de una o dos provincias.

La disputa quedó zanjada, al menos sobre el papel. El Concilio votó la adopción de una fórmula («la doctrina de Nicea») a la que todos los cristianos debían adherirse, que aceptaba el trinitarismo. Arrio y muchos de los más inveterados arrianos fueron enviados al exilio.

Teóricamente, el punto de vista trinitarista fue aceptado por toda la Iglesia, por la Iglesia universal o, para usar el término griego que significa «universal», por la Iglesia católica. Por ello se llama católicos a los que apoyaron el trinitarismo y se considera al arrianismo como una herejía (un sector minoritario, cuyas opiniones no han sido aceptadas oficialmente por la Iglesia).

En el 325, pues, Alejandría parecía haber alcanzado un nuevo momento cumbre. La propia Roma le estaba a la zaga. El medio siglo de caos político que había precedido a la subida al poder de Diocleciano había llevado a la ciudad de Roma a un serio declive en su riqueza y prestigio. En el 271 Aureliano se vio obligado a construir murallas alrededor de Roma —lo que significaba una tácita admisión de que la ciudad ya no estaba tan a salvo como antes de sus enemigos.

Luego, cuando Diocleciano fijó su capital en Nicomedia, Roma perdió algo más de su prestigio, pues no era ya la sede del emperador. Pero tampoco Nicomedia se benefició gran cosa: pese a la presencia del emperador, esta ciudad siguió siendo una ciudad de provincia de segunda fila.

Esto dejó a Alejandría sin rival. Esta era la gran ciudad del imperio, el centro que irradiaba influencia, la cabeza de la teología cristiana, la fuerza que respaldaba la victoria trinitarista de Nicea. Nunca, desde los tiempos de Ptolomeo III, seis siglos antes, había parecido tan grande el dominio de Alejandría y Egipto sobre el mundo.

Constantinopla

Y entonces Constantino I tomó una decisión que asestó un tremendo golpe a la posición de Alejandría: decidió crear una nueva capital. El lugar elegido estaba situado en la orilla europea del Bósforo, el angosto estrecho que separa a Europa de Asia menor, y en el que se levantaba la ciudad griega de Bizancio desde hacía casi mil años.

Constantino tardó cuatro años en construir su nueva capital, no escatimando esfuerzo alguno para que fuera todo lo amplia, pródiga, lujosa que pudiera ser; saqueando las obras de arte de las ciudades del imperio para llevarlas a la nueva capital; alentando a la burocracia y aristocracia de Roma para que se instalase en la «nueva Roma». En el 330 la ciudad, dedicada al emperador, se denominó Constantinopla (la «ciudad de Constantino»). Súbitamente Alejandría se encontró desplazada de nuevo a un segundo lugar, pues la nueva ciudad se enriqueció pronto, aumentando su esplendor y población, y pronto se convirtió en lo que iba a seguir siendo durante casi un milenio: la mayor ciudad del mundo cristiano.

La situación de Alejandría se hizo más insoportable que en el pasado. Ser segundona respecto de Roma, que era una ciudad no griega, cuyo renombre le había

venido de la guerra más que de la ciencia, del músculo más que de la inteligencia, era una cosa; serlo respecto de Constantinopla —también griega— era otra.

En buena medida la querella religiosa que se produjo posteriormente se agudizó debido a la rivalidad entre las dos ciudades. Y esto fue así sobre todo por lo que se refiere a la controversia arriana, que, después de todo, no había quedado zanjada en Nicea.

Los arrianos habían sido derrotados en Nicea, pero no eliminados. Cierto número de obispos continuaban predicando el arrianismo en Asia Menor. Destacaba entre ellos Eusebio, obispo de Nicomedia, antigua sede de la corte de Constantino antes del establecimiento de la capital en Constantinopla.

Eusebio gozaba de la confianza de la corte, y su influencia sobre Constantino y otros miembros de la familia real crecía sin cesar. Pronto Constantino hubo de lamentar el modo en que había concedido plena libertad a los obispos de Nicea. Vio claramente que la decisión de los obispos no había resuelto los problemas ni influido en la cristiandad en general. En realidad, la mayor parte de los cristianos del Asia Menor, la provincia más próxima a la sede imperial, seguía siendo arriana, y Constantino no quería enfrentarse a la mayoría.

En el 335, pues, convocó un sínodo de obispos, no un concilio ecuménico, en Tiro, y les hizo variar la decisión de Nicea. Arrio volvió a ocupar su puesto (aunque murió antes de que la orden fuese cumplida), y el arrianismo vio aumentar de golpe su poder.

Pero tampoco entonces se puso fin al catolicismo, con una simple decisión de un grupo de obispos. Quedaba Alejandría.

Diez años antes había participado en el Concilio de Nicea, como secretario privado del obispo Alejandro de Alejandría, un joven sacerdote, Atanasio. En el 328 sucedió a Alejandro en el cargo de obispo, y rápidamente se convirtió en el más vocinglero y formidable de los defensores de la doctrina trinitaria del catolicismo. A causa de la decisión del sínodo de Tiro, Atanasio fue desterrado, pero ni aun así se logró acallar su voz, que, incluso desde el exilio, hablaba con el peso y la influencia no sólo de Alejandría, sino de todo Egipto.

Al morir Constantino I en el 337, le sucedieron sus tres hijos, a quienes se confió el gobierno de diversas partes del imperio. Constancio II, su segundo hijo, gobernaba en el este. Era un arriano convencido y radical, y en el 339 nombró a Eusebio, arriano por excelencia, obispo de Constantinopla. Naturalmente, Eusebio y sus sucesores en el cargo, como obispos de la capital de la cristiandad, estimaron que tenían todos los derechos para considerarse a sí mismos cabeza de la Iglesia. (Este mismo punto de vista sostenía, por las mismas razones, el obispo de Roma, y la controversia entre ambos llevó, finalmente, a una escisión entre los cristianos que ha durado hasta hoy en día).

Eusebio y Atanasio, por tanto, no estaban separados tan sólo por una disputa doctrinal, sino por una verdadera lucha por el poder. Mientras Constancio II reinó, Atanasio siguió en el exilio la mayor parte del tiempo. En el 353, una vez muertos los hermanos de Constancio II y derrotados o asesinados los demás pretendientes al trono, el vencedor gobernó en solitario sobre todo el imperio, y parecía que la victoria del arrianismo era total.

Pero Constancio no podía vivir eternamente. Murió en el 361 y le sucedió su sobrino Juliano, quien, pese a su educación cristiana, se declaró pagano. Decretó una completa libertad religiosa en el imperio, en parte por idealismo, y en parte porque creía que el mejor modo de acabar con el cristianismo era permitir que las distintas sectas se despedazasen entre sí sin impedimentos.

Pero las cosas no ocurrieron como Juliano había esperado. Su reino duró menos de dos años, muriendo en una batalla contra los persas, en el 363. Por añadidura, las distintas sectas cristianas, sacudidas por el repentino resurgir del paganismo, acallaron

sus querellas y tendieron a unirse contra el enemigo común.

El breve reinado de Juliano, sirvió, sin embargo, para romper el predominio de los arrianos. Bajo el edicto de Juliano los obispos católicos pudieron volver del exilio y ocupar de nuevo sus puestos. Incluso Atanasio retornó, como obispo de Alejandría (aunque no por mucho tiempo). Una vez que los católicos se hubieron instalado de nuevo en el imperio, fue muy difícil apartarlos, pues los emperadores posteriores nunca llegaron a ser tan acérrimos del arrianismo como lo había sido Constancio II.

Para la época en que murió Atanasio, en el 373, el catolicismo se encaminaba ya hacia la victoria. Y ésta llegó en el 379, cuando Teodosio I, católico tan convencido de su fe como lo había sido el arriano Constancio II, se convirtió en emperador. En el 381, Teodosio convocó un segundo concilio ecuménico, esta vez en Constantinopla.

El arrianismo fue declarado de nuevo fuera de la ley, y esta vez todo el poder del Estado respaldaba la decisión. Se les prohibió reunirse a los arrianos y a los miembros de las demás sectas heréticas, y se les confiscaron sus iglesias. Había acabado la libertad religiosa para todos los cristianos menos aquellos que adherían a la postura oficial de la Iglesia católica.

Alejandría había vencido de nuevo, y esta vez sobre la propia Constantinopla, al menos dentro de los límites del imperio. (El arrianismo subsistió por lo menos durante tres siglos en el seno de algunas tribus germánicas, que pronto comenzarían a inundar los dominios del imperio).

Teodosio I se mostró tan duro con los restos de paganismo como lo había sido con los herejes cristianos. En el 382, el coemperador de Teodosio en el oeste, Graciano, había derruido el altar de la victoria pagana que se hallaba en el Senado, puesto fin a la institución de las vírgenes vestales, que habían cuidado la llama sagrada durante más de mil años, y abolido el título sacerdotal pagano de Supremo Pontífice. Asimismo, en el 394, Teodosio acabó con los Juegos Olímpicos, que habían perdurado casi mil doscientos años como uno de los grandes festejos religiosos de los griegos paganos. Más tarde, en el 396, invasores bárbaros (que, por cierto, eran arrianos) destruyeron el templo de Ceres, junto a Atenas, y pusieron fin a los Misterios de Eleusis, la religión mistérica más venerada por los griegos.

De todos modos, y de alguna forma, subsistieron unos cuantos pobres restos de paganismo. En Atenas, filósofos paganos impartían sus lecciones ante auditorios cada vez menos nutridos en la Academia, la escuela que había fundado Platón muy poco tiempo después del final de la Edad de Oro ateniense.

Tampoco se esfumaron las ancestrales religiones egipcias. Paulatinamente, la población egipcia había ido sustituyendo a Osiris por Jesús y a Isis por María, y a sus numerosos dioses por los numerosos santos. Los viejos templos fueron olvidados o convertidos en iglesias. Que el paganismo estaba sentenciado se vio más claramente en el 391, cuando el Serapeum mismo fue destruido en Alejandría, por orden imperial, tras seis siglos de existencia.

Alejandría lo iba a pasar aún peor. El último filósofo pagano de importancia que enseñaba en Alejandría fue Hipatia, una mujer. Cirilo, obispo de Alejandría desde el 412, la consideraba un peligro, en parte, por su popularidad, que atraía a numerosos estudiantes a escuchar sus lecciones sobre filosofía pagana, y en parte, porque era amiga de uno de los funcionarios seculares de Egipto, funcionario con el que Cirilo no se llevaba bien.

Se cree que fue por instigación de Cirilo que un grupo de monjes mató brutalmente a Hipatia en el 415 y luego destruyó gran parte de la biblioteca de Alejandría. El modo en que ciertas facciones de la Iglesia despreciaban y denigraban el saber mundano fue una ominosa primicia del oscurantismo que pronto se abriría paso y del cual

le iba a ser tan difícil salir a la humanidad.

Sin embargo, aun en tiempos de Cirilo, subsistió una pequeña porción de la antigua religión.

Lejos, en el sur, junto a la Primera Catarata, en la isla de Filé, Nectanebo II, último rey nativo de Egipto, había construido un templo dedicado a Isis, seis siglos antes. Había sido reconstruido por Ptolomeo II Fidalelfos y reparado de nuevo en tiempos de Cleopatra.

Allí, en tanto que el mundo se hacía cristiano, podía admirarse todavía la pálida sonrisa de la Reina de los Cielos y se ejecutaban aún los viejos ritos en secreto, lejos del centro del poder cristiano.

Los monofisitas

Pero Alejandría siguió siendo la gran rival de Constantinopla, y la porfía religiosa continuó entre ambas ciudades.

Por ejemplo, en el 398, Juan Crisóstomo fue nombrado obispo de Constantinopla. Su segundo nombre, que en griego significa «boca de oro», le fue adjudicado poco después de su muerte, en recuerdo de su elocuencia.

Dicha elocuencia fue empleada sin piedad en la denuncia del lujo y de la inmoralidad, de la que no se salvó nadie, ni siquiera la propia emperatriz. Irritada, ésta decidió desterrar a Crisóstomo, y en esta tarea halló un aliado natural en Teófilo, entonces obispo de Alejandría y predecesor de Cirilo. Juntos, aunque con algunas dificultades, consiguieron su propósito, y Crisóstomo murió en el exilio. Alejandría triunfaba de nuevo.

Con todo, esto no pasó de ser una cuestión de personalidades, pero otras disputas de naturaleza doctrinal, más peligrosas, iban a involucrar a ambas ciudades.

En el 428, en tiempos del emperador Teodosio II, Nestorio, sacerdote de origen sirio, se convirtió en obispo de Constantinopla. Bajo este emperador los arrianos y los herejes del pasado fueron condenados nada menos que a la pena de muerte —pero ¿qué sucedía con las nuevas herejías?—.

El propio Nestorio provocó una nueva disputa sobre la naturaleza de Jesucristo. Ahora que el arrianismo había sido derrotado en toda la línea, se daba por sentado que Jesús tenía aspecto divino, pero restaba aún un aspecto humano, y el problema surgió acerca de cómo podían relacionarse estos dos aspectos.

Nestorio parece haber predicado la doctrina de que ambos aspectos eran completamente distintos y de que María sólo era la madre del aspecto humano, y no del aspecto divino. Se la podía llamar Madre de Cristo, pero no Madre de Dios. Según este punto de vista, que se llamó nestorianismo, Jesucristo parece casi un ser humano en el que hubiera arraigado un aspecto de Dios, utilizando al ser humano como instrumento.

Esto significaba, cuando menos, un parcial retroceso hacia el arrianismo, y de nuevo fue Alejandría la que acaudilló la lucha contra esta opinión. Cirilo de Alejandría era un enemigo inflexible. Teodosio II convocó un concilio ecuménico en el 431, que se celebró en Efeso, ciudad de la costa del Asia Menor. Fue un concilio turbulento, controlado en distintos momentos por diferentes grupos de obispos. Pero, en líneas generales, fue Cirilo quien dominó sus sesiones, y las opiniones de Nestorio fueron condenadas y puestas fuera de la ley. El propio Nestorio fue depuesto de su cargo y desterrado al Alto Egipto.

Por tercera vez, en tres concilios ecuménicos sucesivos, Alejandría resultaba vencedora.

Pero el nestorianismo continuó existiendo en Asia Menor y en Siria y, finalmente, cuando la oposición oficial se hizo demasiado fuerte como para poder resistirla, sus

seguidores se exiliaron a Oriente, a Persia. Y, con el tiempo, contribuirían a la difusión de la cultura griega hasta confines tan remotos como China.

Pero por aquel entonces un sacerdote de Constantinopla llamado Eutiques, pasó a sostener la opinión opuesta. Afirmaba que Jesucristo tenía una sola naturaleza, absolutamente divina, que absorbía totalmente a la humana. Esto se considera el acto fundacional del «monofisismo» (palabra griega que significa «una naturaleza»), que obtuvo una considerable audiencia en Egipto, pero que fue rechazado en Constantinopla.

Cirilo de Alejandría murió en el 444, y su sucesor tuvo creencias acendradamente monofisitas. La disputa se fue haciendo tan seria y peligrosa como lo había sido la cuestión arriana un siglo antes, y Teodosio III no supo cómo enfrentarse al problema.

Sin embargo, Teodosio III murió en el 450, y su sucesor Marciano, era un acérrimo defensor de la doctrina de las dos naturalezas. Convocó, pues, un nuevo concilio ecuménico, el cuarto, en el 451, en Calcedonia, suburbio de Constantinopla en el lado asiático del estrecho.

Aquí, por fin, perdió Alejandría. La doctrina de la doble naturaleza, defendida por Constantinopla y Roma, se convirtió en parte del dogma católico, y la doctrina monofisita de la única naturaleza fue declarada herética. Eutiques fue desterrado.

Aun así, Alejandría no aceptó su derrota de buena gana. Tercamente siguió apegada al monofisismo, tanto más porque Constantinopla se oponía a él.

La desunión religiosa del imperio (que persistió pese a la celebración de sucesivos concilios ecuménicos) se hizo aún más peligrosa a causa de los desastres militares que sacudieron al imperio tras la muerte de Teodosio I.

Tras su muerte, le sucedieron sus dos jóvenes hijos, uno en Oriente, otro en Occidente, y a partir de este momento, el imperio ya no volvería a estar completamente unido. En la práctica hubo dos mitades, que por lo general se denominan Imperio Romano de Oriente e Imperio Romano de Occidente. Teodosio II y Marciano, que presidieron el tercero y el cuarto concilios ecuménicos, respectivamente, fueron emperadores romanos de Oriente. Naturalmente, Egipto formó parte del Imperio Romano de Oriente.

Fue el Imperio Romano de Occidente el que sufrió la primera embestida del desastre. En el siglo siguiente a la muerte de Teodosio I, los hunos y diversas tribus germánicas avanzaron y retrocedieron por las provincias europeas del imperio. Una tribu germana, los vándalos, cruzó incluso el estrecho de Gibraltar, penetró en África, y estableció un reino cuyo centro estuvo alrededor de Cartago. Algunas de las provincias del Imperio Romano de oriente fueron invadidas también, temporalmente. Sin embargo, Egipto siguió intacto, siendo la única provincia que permaneció enteramente en paz durante este siglo lleno de catástrofes.

En el 476, el Imperio Romano de Occidente llegó a su fin, en el sentido de que el último emperador reconocido como tal fue depuesto.

Sin embargo, el Imperio Romano de Oriente siguió intacto, e incluso pareció que iba a recuperar todo lo perdido. En el 527 subió al trono un emperador fuerte y capacitado, Justiniano, que envió a sus ejércitos hacia Occidente, para recuperar las provincias ocupadas por los bárbaros.

Los ejércitos romanos lograron destruir el reino vándalo del norte de África, añadiendo estos territorios al Imperio Romano de Oriente. También Italia fue reconquistada, y parte de España. Por un momento pareció que, como en la época de Aureliano, dos siglos y medio antes, podría hacerse retroceder a la marea bárbara.

Aun así, las conquistas en la mitad occidental del imperio agudizaron los problemas de Justiniano relacionados con la religión. Justiniano era un ferviente católico y bajo su reinado desaparecieron los últimos vestigios del paganismo. En el 529 cerró la Academia de Atenas, después de casi nueva siglos de existencia, y los afligidos filósofos

se exiliaron a Persia. Fue también en este siglo cuando se cerró definitivamente el templo de Isis en Filé, muriendo la antigua religión egipcia, casi cuatro mil años después de la época de Menes. Asimismo, Justiniano combatió encarnizadamente a los judíos y a las herejías del pasado.

Pero ¿qué ocurrió con los monofisitas? El monofisismo se había hecho cada vez más fuerte en Egipto y en Siria, y Justiniano se sentía atormentado. Su esposa manifestaba fervientes simpatías hacia el monofisismo, que él no compartía. Además, sus nuevas conquistas en Occidente eran inamoviblemente antimonofisitas y reclamaban medidas firmes contra le herejía.

Justiniano no deseaba hacer nada que le enajenase la lealtad de las provincias occidentales, reconquistadas tan recientemente, y con tantas dificultades, pero tampoco quería que se debilitase su dominio sobre las importantes y ricas provincias de Egipto y Siria.

En el 553 convocó el quinto concilio ecuménico, celebrado en Constantinopla, en el que trató de apaciguar de alguna manera a los monofisitas y conseguir alguna forma de unión. Se utilizó el poder imperial para persuadir a los obispos de Alejandría y de Roma de que aceptaran las decisiones del concilio, pero esto no consiguió mejorar las cosas. El núcleo principal de cristianos de Occidente y el núcleo principal de cristianos de Egipto y de Siria se oponían a cualquier compromiso.

En verdad, los esfuerzos de Justiniano sirvieron para promover al monofisismo al rango de movimiento nacional en Egipto y en Siria. Por ejemplo, en Egipto, donde los griegos de Alejandría y de otros lugares se aproximaron a la postura de Constantinopla por presiones imperiales, los egipcios se adhirieron más fuertemente al monofisismo. Comenzaron incluso a utilizar su propio idioma (con caracteres tomados del griego) en sus plegarias, rechazando el griego de Constantinopla y de Alejandría.

La lengua nativa ha venido en llamarse copto (distorsión de «egíptico»), por lo que a veces la Iglesia monofisita egipcia se denomina Iglesia copta.

En cierto sentido, la Iglesia copta fue como una muestra del renacimiento egipcio. A través de los largos siglos de dominación extranjera, Egipto había subsistido poderosamente conservando su identidad y su propia cultura y religión. Había seguido siendo egipcio pese a haber sido anegado por las influencias asiria, persa, griega y romana.

Sólo con la llegada del cristianismo había capitulado Egipto y adoptado una nueva forma de vida; una forma de vida impuesta desde fuera. E incluso en este caso, luchó por imprimir su propio sello en el cristianismo, lo hizo de varias formas, y finalmente encontró una variedad que hizo suya. La Iglesia copta se convirtió en algo así como un contraataque nacionalista egipcio contra la cristiandad católica del oriente griego y del occidente latino.

14. Las escenas finales

Los persas

La expansión del Imperio bajo Justiniano fue de breve vida. Inmediatamente después de su muerte, en el 565, nuevas invasiones bárbaras penetraron violentamente en Italia, y hacia el 570 la mayor parte de la península se había perdido de nuevo.

Por si esto fuera poco, había otras causas de aflicción, además de los bárbaros de occidente; el Imperio Romano de Oriente tenía enemigos también en el este. Todos los años en que los emperadores (y no sólo Justiniano, sino los que le habían precedido y sucedido) habían tenido la vista fija en occidente, en un intento de restaurar el dominio romano en ese área, habíanse visto obligados a combatir constantemente contra Persia, en su retaguardia.

E incluso mientras Justiniano conquistaba territorios en el oeste, tuvo que combatir dos guerras contra Persia y, al final, se vio obligado a «comprar» la paz. El problema llegó a su culminación durante el reinado del persa Josrau II, conocido por los griegos con el nombre de Cosroes.

Cosroes II aprovechó la ocasión cuando el Imperio Romano de Oriente estaba siendo arrasado y debilitado por las incursiones de un pueblo nómada, los avaros. Establecido en el Danubio, este pueblo había realizado numerosas incursiones en las provincias balcánicas desde la muerte de Justiniano.

Por ello, el rey persa pudo llevar a cabo una penetración sin precedentes, marchando directamente a través de Asia Menor. En el 608 Cosroes II había alcanzado Calcedonia, al otro lado de los estrechos frente a la propia Constantinopla.

Sus ejércitos se dirigieron también hacia Siria, donde los monofisitas vieron en el rey persa no a un invasor, sino a un libertador que podía rescatarlos de la ortodoxia de Constantinopla. En tal situación, la conquista se presentaba fácil. Cosroes II tomó Antioquía en el 611 y Damasco en el 613.

En el 614 el Imperio sufrió un golpe descorazonador, cuando el ejército persa llegó hasta la propia Jerusalén y se llevó la «Vera Cruz» (es decir, la cruz en que, según la leyenda, Jesús había sido crucificado).

Asimismo, en el 619 los persas penetraron en Egipto y, a causa de la controversia monofisita, lo conquistaron fácilmente, lo mismo que Alejandro Magno mil años antes. En aquella ocasión Alejandro había sido considerado como libertador del yugo persa, y ahora, por una ironía de la Historia, el rey persa era considerado como libertador de la dominación griega.

De hecho, con esa victoria, parecía que Cosroes II había desbaratado finalmente la obra de Alejandro. Un milenio después del gran desastre persa, las luchas de generaciones enteras de dirigentes persas con los reyes seleúcidas primero, y luego con los emperadores romanos, habían llegado a su culminación. Por fin habían recuperado lo que habían perdido: la meseta irania, Mesopotamia, Siria, Asia Menor e incluso Egipto.

Un nuevo emperador, Heraclio, apareció en escena para hacer frente a la crisis, pero daba la sensación de que gobernaba sobre un imperio tan reducido que estaba a punto de desaparecer. No sólo los persas se habían apoderado de todo el oriente, sino que en el 6l6 las tribus germanas de España se habían hecho con todas las posesiones del imperio en ese territorio. Al mismo tiempo, los avaros presionaban sobre las fronteras del Danubio, haciendo su aparición en las comarcas próximas a Constantinopla, en el 619, mientras las huestes persas observaban amenazadoramente la ciudad desde el otro lado del estrecho.

Heraclio tardó diez años en reorganizar y reforzar a su ejército. Compró la paz a

los avaros, y en plena explosión de entusiasmo religioso, lanzó a su ejército contra el Asia Menor. En el 622 y en el 623 limpió de persas la península, y tras esto, inició una larga y ardua penetración hacia el corazón de Persia. Nada lo apartó de esta decisión, ni siquiera la noticia de que los avaros habían roto la tregua y, en el 626, estaban tratando de asaltar Constantinopla. Heraclio decidió abandonar a la ciudad a su suerte, en vez de aminorar la presión sobre su principal enemigo.

Constantinopla pudo sobrevivir gracias a que sus murallas aguantaron el asalto avaro. Luego, hacia finales del 627, junto al lugar donde se hallaba la antigua Nínive, Heraclio derrotó al grueso del ejército persa tras una dura lucha. Los persas tuvieron bastante con esto; Cosroes fue depuesto y muerto, y su sucesor se vio obligado a firmar la paz rápidamente. Todas las tierras conquistadas por los persas fueron recuperadas, incluso Egipto. La Vera Cruz fue devuelta también, y Heraclio en persona la llevó a Jerusalén. Las oleadas avaras de los Balcanes comenzaron a refluir, y durante algunos años pareció que todo había vuelto a su cauce, como había sucedido en tiempos de Justiniano (salvo por lo que se refiere a la pérdida de Italia y España).

Pero Heraclio se había dado cuenta de que existía una grieta fatal en el imperio, y ésta era la persistente diversidad de creencias religiosas. Siria y Egipto habían caído tan fácilmente por sus contrastes religiosos con la capital del imperio, y Heraclio sabía que esto se repetiría una y otra vez, siempre que un ejército extranjero se aproximase a esos territorios, a menos que no se alcanzase algún tipo de reconciliación.

Intentó, así, llegar a un compromiso. Constantinopla sostenía que Jesucristo tenía dos naturalezas, divina y humana, en tanto que Egipto y Siria defendían que tenía sólo una. ¿Por qué, entonces, no podían aceptar todos que aun cuando Jesucristo tuviera dos naturalezas, tenía una sola voluntad -en otras palabras, ambas naturalezas no podían entrar en conflicto-. La idea de que había dos naturalezas que actuaban siempre como una sola se denominó monotelismo («una única voluntad»), y pareció que todos, con seguridad, tenían que estar de acuerdo con este feliz compromiso.

Quizá podría haber sido así, si la disputa religiosa hubiese sido solamente religiosa. El problema está en que los elementos nacionalistas de Siria y Egipto no estaban interesados en una reconciliación. Es muy posible que si Constantinopla hubiera aceptado completamente el monofisismo, Siria y Egipto habrían hallado cualquier otra causa de disputa. El contraste subsistió, y nada, ni las palabras ni los hechos, lograron paliarlo.

Los árabes

Por otro lado, todo el problema de la controversia monofisista y del contraste religioso estaba a punto de convertirse en un asunto puramente académico -incluso cuando Heraclio se hallaba todavía en el trono-. No faltaba mucho para que se produjese un giro decisivo en la Historia.

Los cuatro siglos de guerras entre el Imperio y Persia y, en particular, los últimos veinte años de luchas desesperadas, habían privado a ambos bandos de sus últimos residuos de energías. Se habían combatido entre sí hasta quedar inertes y jadeantes, cada uno en su rincón y ahora entraba en lid un nuevo combatiente, fanático y con sus fuerzas intactas.

El nuevo factor provenía, para mayor sorpresa de todos, de un lugar inesperado: la península arábiga.

Arabia, en gran parte desértica, había conocido interesantes civilizaciones en sus regiones marginales más fértiles, y éstas habían incidido de vez en cuando con las regiones del mundo consolidadas. Los reyes egipcios habían comerciado con el sudoeste de Arabia, donde estaba la tierra de Punt; y allí se localizaban también los países bíblicos

de Saba y de Ofir.

Los árabes no habían sido nunca más que un estorbo, a lo sumo, y cada vez que los imperios del noroeste y del noreste decidieron ejercer a fondo su poder, habían sido aplastados sin contemplaciones.

Pero ahora las tribus árabes se hallaban bajo jefes nuevos y dinámicos, justo cuando los dos reinos del norte tenían que hacer equilibrios para mantenerse y ya no podían emplear «a fondo» su poder.

Esto fue así como resultado del renacimiento religioso árabe. El primitivo politeísmo árabe había retrocedido ante las sofisticadas creencias de judíos y cristianos. Pero el avance del monoteísmo fue lento, por razones nacionalistas, ya que tanto el judaísmo como el cristianismo eran religiones extranjeras y extrañas. Se hacía necesaria, pues, una versión nativa de estas religiones.

En La Meca, la ciudad santa de las tribus árabes, que se hallaba justo al otro lado del mar Rojo, frente a la costa egipcia, había nacido hacia el 570 un muchacho llamado Mohammed. Había pasado su juventud de manera oscura, pero a la edad de cuarenta años comenzó a predicar un tipo de monoteísmo basado en los dogmas del judaísmo y del cristianismo, pero con modificaciones adaptadas a los gustos y al temperamento árabes. Finalmente, sus disertaciones fueron recopiladas en un libro llamado *Corán* (nombre que proviene de una palabra árabe que significa «leer»).

La nueva religión predicada por él se llamó Islam («sumisión», a los deseos de Dios), aunque con frecuencia se la denomina mahometanismo, en honor al profeta, cuyo nombre se escribe también Mahomet. A los que aceptan el Islam se los llama musulmanes («aquellos que se someten», de nuevo también a Dios).

Mohammed, llamado más comúnmente en español Mahoma, se halló con que, como le había ocurrido a Jesucristo en su época, era difícil obtener la benévola atención de sus propios paisanos. En el 622 Mahoma fue obligado a abandonar la Meca (la «hégira», palabra que en árabe significa «huida»), acompañado por un puñado de seguidores. Halló refugio en la ciudad de Medina, a 350 millas al norte.

Así pues, mientras el mundo tenía puesta su atención en los hercúleos esfuerzos de Heraclio para invadir y derrotar a Persia, en Arabia -sin que nadie se percatase de ello- estaba desarrollándose una lucha semejante, incluso más trascendental. Poco a poco, muy despacio, Mahoma reorganizó a sus seguidores en la ciudad de Medina, los agrupó, e hizo de ellos una fuerza de combate, impulsada por su fervor hacia la nueva fe.

En el 630 volvió por la fuerza a La Meca, que lo había expulsado ocho años antes. En ese mismo año el mundo vio cómo Heraclio regresaba triunfalmente a Jerusalén; sólo unas cuantas oscuras tribus supieron de la vuelta, también triunfal, de Mahoma a La Meca.

Ahora los progresos de Mahoma eran muy rápidos. En la época de su muerte, en el 632, todas o casi todas las tribus árabes estaban unidas bajo la bandera del Islam. Estaban dispuestas a difundir su fe con fanática autoconfianza, en el nombre de Alá (palabra afín a la bíblica «El», que significa «Dios»). Con Alá a su lado no podían perder, pues aunque fueran muertos, morir en batalla contra el infiel significaba ir inmediatamente, y para la eternidad, al paraíso.

A Mahoma le sucedió Abú Bakr, su anciano suegro y uno de sus primeros discípulos. Este fue el primer califa (de la palabra árabe que significa «sucesor»). Bajo su gobierno, los ejércitos árabes se desparramaron por el norte hacia Persia, y por el noroeste, hacia Siria, pues los rudos e inexpertos árabes no veían ningún mal cálculo en ocupar Persia y el Imperio Romano oriental al mismo tiempo.

No hay duda de que lanzar este ataque veinte años antes, antes de la desastrosa guerra romano-persa, o veinte años después, cuando ambos imperios habían podido

recuperarse, habría significado su fin. Pero cuando el ataque tuvo lugar, Alá pareció orientarlos para hacerlo en el momento adecuado.

Heraclio subestimó el peligro árabe. Agotado por los sobrehumanos esfuerzos de la guerra romano-persa, saciado por la gloria de la victoria, aspiraba sólo a la paz y al descanso en sus últimos años, y estaba decidido a no salir en campaña. Por ello envió a su hermano, con fuerzas nada adecuadas. Los árabes lo derrotaron y entraron en Damasco en el 643. Según cuenta la leyenda, Abú Bakr murió ese mismo día y ocupó su puesto Omar, otro viejo compañero de Mahoma.

La derrota inicial del Imperio Romano de Oriente conmocionó a Constantinopla, y un poderoso ejército imperial comenzó a avanzar hacia el sur, penetrando en Siria, con el fin de poner las cosas en su sitio. Los árabes se retiraron, abandonando Damasco por el momento.

Sin embargo, el ejército imperial era sólo poderoso en apariencia. Estaba compuesto mayoritariamente por mercenarios que no estaban seguros de cobrar la paga, y la población monofisita de Siria se mostraba indiferente o algo peor. Esta no sabía mucho sobre los árabes y sobre su recién inventado Islam, fuese lo que fuese, pero sabían con certeza que odiaban a Constantinopla y a su política religiosa.

El 20 de Agosto del 636, pues, se combatió una de las batallas decisivas de la historia del mundo. La lucha tuvo lugar a orillas del Yarmúk, río que fluye hacia occidente, a través de Trans-Jordania, y desemboca en el Jordán. La batalla fue dura, y los árabes retrocedieron una y otra vez ante el empuje del ejército imperial.

Pero, sobre sus caballos y dromedarios, los infatigables árabes siempre lograban volver a la carga. Y cuando finalmente el ejército imperial se hubo agotado, fue exterminado casi hasta el último hombre.

La victoria árabe fue definitiva. El Imperio Romano de Oriente estuvo casi a la defensiva durante los ocho siglos que le quedaron de vida.

Los árabes se expandieron libremente en las provincias que los acogían con simpatía, en el mejor de los casos, y en el peor, con indiferencia.

En el 638, conquistaron Jerusalén, tras un asedio de cuatro meses. Sólo ocho años antes Heraclio había llevado a la ciudad la Vera Cruz, y toda la cristiandad se había regocijado; pero ahora se le había escapado de nuevo, y esta vez para siempre.

También fue conquistado el resto de Siria; y lo mismo sucedió con Mesopotamia, arrebatada de las manos vacilantes de los monarcas persas. En efecto, Persia, que había combatido tan animosamente y con tanta tenacidad contra los romanos, se encontró desarmada frente a esa nueva fuerza cuya irresistibilidad parecía casi demoníaca. Los persas perdieron una batalla tras otra, y en el 641 ya no fueron capaces de ofrecer una resistencia organizada. La Persia que sólo veinte años atrás parecía haber recuperado su poder como en los mejores tiempos, cesó de existir. A los árabes sólo les quedaba la tarea de ocupar y limpiar, de hacer frente a alguna escaramuza ocasional y saquear alguna que otra ciudad.

Entre tanto, otros ejércitos árabes de Siria se volvieron hacia el sur, bajo el mando del general Amr ibn al-As. En el 640 sus huestes aparecieron ante Pelusio, donde en su día se detuvieran los ejércitos de Senaquerib, trece siglos y medio antes.

Tras un mes de asedio Amr tomó la ciudad, y como en el caso de otros muchos invasores de Egipto, de los hicsos en adelante, la primera batalla fue también la última, y Egipto fue conquistado casi sin lucha.

Heraclio murió en el 641, descansando por fin para siempre, en medio del clamor de la derrota total, a pesar de las victorias de la primera mitad de su reinado, y al año siguiente, en el 642, Amr ocupaba Alejandría. Un contraataque imperial proveniente del mar recuperó por poco tiempo la ciudad —pero sólo por poco tiempo-. Casi mil años de

gloria griega y romana terminaron para siempre.

Existe la leyenda de que la biblioteca de Alejandría fue destruida finalmente en esta época. Su contenido fue dispuesto a los pies de ese terco y rígido primer califa, Omar, a quien se atribuyen las siguientes palabras: «Si estos libros coinciden con el Corán, son innecesarios; si están en desacuerdo con él, son perniciosos. En cualquier caso, destruidlos».

Con todo, como siempre ocurre con muchas leyendas, los historiadores sospechan que en ésta hay interés pero no verdad. En realidad, en los siglos de régimen cristiano, fuertemente antipagano, de Egipto, poco debió quedar en la biblioteca que Omar pudiera destruir.

El Egipto islámico

Los monofisitas de Egipto debieron pensar que la supresión del dominio constantinopolitano les iba a proporcionar la posibilidad del libre ejercicio de su religión y, de hecho, los árabes tendieron a ser tolerantes con el cristianismo. Sin embargo, había que contar con el aliciente del éxito.

En los veinte años posteriores a la conquista árabe de Egipto, los ejércitos musulmanes avanzaron hacia Nubia, en el sur, y hacia el oeste, contra las provincias que aún pertenecían a Roma del norte de África. Cartago fue conquistada en el 698, y en el 711 toda la costa norte de África era musulmana. ¿Qué argumentos podía haber contra la victoria?.

Además, los cristianos egipcios no sentían ninguna afinidad por sus hermanos europeos. En el 680 se celebró el sexto concilio ecuménico, en Constantinopla, y en él quedó excluido todo posible compromiso sobre la teoría de la doble naturaleza de Cristo.

Los cristianos de Egipto se sintieron doblemente aislados, primero por la victoria musulmana, y luego por la intransigencia europea. Poco a poco, pues, Egipto fue cambiando.

Menfis, la capital cuya antigüedad se remontaba a 3.500 años atrás, se hundió finalmente en la ruina total. Se construyó una nueva capital musulmana junto a ella, Al-Fustat.

También cambió la vieja lengua, y en el 706 el árabe se convirtió en la lengua oficial del país. El cristianismo decayó cuando el pueblo vio que la conversión al Islam abría el camino a las ventajas que proporcionaban las preferencias gubernamentales. Lo peor de todo fue que la prosperidad desapareció. Los árabes -hijos de una sociedad del desierto poco habituada a la agricultura- no hicieron ningún esfuerzo por mantener en pie el sistema de canales, que decayó. La depauperación y el hambre se enseñorearon del país, que se hundió en la más abyecta pobreza, que perdura todavía hoy.

Los egipcios nativos se rebelaron varias veces. Una revuelta que tuvo lugar en el 831 fue aplastada tan sangrientamente que no volvió a repetirse. (A decir verdad el cristianismo no desapareció nunca, e incluso hoy día la Iglesia copta cuenta con un cinco por ciento de la población egipcia y en la liturgia utiliza su antiguo idioma. Antes de la llegada de los árabes, los misioneros egipcios habían introducido el cristianismo en Nubia y en lo que hoy se llama Etiopía, y hoy sigue siendo la religión dominante en este último país. Tanto la Iglesia copta como la etíope siguen siendo monofisistas).

Con la desaparición total del antiguo Egipto —ciudades, idioma, religión, prosperidad— el autor tiene la tentación de finalizar aquí la historia. Pero la tierra y la gente aún están ahí, y expondremos brevemente su historia hasta nuestros días.

El vasto imperio islámico, creado en el siglo VIII, era demasiado extenso como para perdurar unido. En el siglo IX comenzó a resquebrajarse en fragmentos opuestos entre sí.

En 866 Egipto consiguió de nuevo la independencia durante un tiempo, bajo una débil dinastía, los tulúnidas. En el 969 tomó el poder una dinastía más poderosa, los fatimíes. El primer fatimí decidió abandonar Al-Fustat, que había sido capital durante casi tres siglos. En el 973 fue erigida una nueva ciudad a tres millas al norte, que se llamó Al-Qáhira («la Victoriosa»), que nosotros llamamos El Cairo, y que hace ya mil años que es la capital de Egipto.

El más conocido de los gobernantes fatimíes de Egipto fue Al-Hakim, fanático religioso que persiguió encarnizadamente a los cristianos. En el 1009 demolió la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Esto provocó gran indignación en Europa y ayudó a preparar las bases de las Cruzadas.

Las Cruzadas fueron la causa de que Egipto volviese a entrar de nuevo en la historia occidental. Durante cuatro siglos, mientras Europa se había abierto camino penosamente a través de una época de oscuridad, Egipto se había mantenido fuera de su horizonte. Sin embargo, en el 1096, comenzaron a avanzar hacia Oriente, hacia Palestina, ejércitos cristianos pobremente organizados, ingeniándoselas para obtener algunas victorias contra los desunidos musulmanes. En el 1099 tomaron Jerusalén.

En este momento la dinastía fatimí estaba en decadencia pronunciada. Un visir (lo que nosotros llamaríamos un primer ministro) cuyo nombre era Saláh al-Din Yúsuf ibn Ayyúb, tomó el poder. Los occidentales lo conocen por el nombre de Saladino.

Saladino fue el gobernante más capacitado que tuvo Egipto desde la época de Ptolomeo III, nueve siglos antes. Estableció su control sobre Siria y Egipto, y estuvo a punto de echar al mar a los cruzados, recuperando Jerusalén en el 1187.

Pero bajo sus más débiles sucesores los cruzados se recuperaron e incluso trataron de invadir el propio Egipto. El más ambicioso intento europeo fue el de Luis IX de Francia (san Luis), que desembarcó en el delta del Nilo en 1248. Pero Luis IX fue derrotado y capturado en 1250.

Durante largo tiempo los gobernantes egipcios habían gobernado con ayuda de un ejército personal de esclavos, o «mamelucos» (de la palabra árabe que significa «esclavo») . En la confusión originada por la invasión de Luis IX, su poder aumentó.

Baibars, uno de los generales mamelucos, mandaba el ejército egipcio en el momento en que los mongoles -una irresistible horda nómada proveniente de Asia Central- arrasaban todo lo que se les ponía por delante. Habían conquistado China y Persia, e incluso, mientras los cruzados combatían inútiles batallas en Siria y Egipto, los mongoles habían ocupado toda Rusia. Ahora estaban arrasando el Asia sudocidental.

Parecía no haber esperanzas para nadie. En cuarenta años, los mongoles no habían perdido una sola batalla.

Pero en 1260 se enfrentaron a Baibars en el norte de Palestina. Para sorpresa del mundo, Baibars y sus mamelucos resultaron victoriosos. Los mongoles retrocedieron, una vez derruido el mito de su invencibilidad. Y Baibars se hizo con el dominio de Egipto.

Los mamelucos continuaron gobernando de manera piratesca durante varios siglos, pero finalmente hallaron un contrincante digno de ellos en los turcos otomanos. Estos últimos habían extendido su dominio por Asia Menor, habían llegado hasta Europa, y en 1453 habían tomado la gran ciudad de Constantinopla. Y continuaron su expansión no sólo contra los cristianos de Europa, sino contra los musulmanes de Asía y África.

En 1517 el sultán otomano Selim I («el Inflexible») aplastó en una batalla a los mamelucos, y marchó contra El Cairo. Durante un tiempo Egipto volvió a estancarse. Sin embargo, el imperio otomano decayó lentamente y en 1683, tras una última ofensiva lanzada contra las murallas de Viena, inició su retroceso ante las embestidas de austríacos y rusos. En 1769 el poderío otomano había decaído de tal forma que Egipto se encontró

de nuevo bajo el dominio de los mamelucos.

Pero por esta época era en Europa occidental donde se hallaban las mayores potencias de la Tierra. En 1798, un ejército francés invadió Egipto por primera vez desde Luis IX, cinco siglos y medio antes. Este ejército francés estaba mandado por Napoleón Bonaparte.

De nuevo los mamelucos se unieron contra un invasor, pero, pese a su coraje, sus sables y sus anticuadas cargas no eran enemigo suficiente frente al disciplinado orden del ejército occidental, mandado por el general más importante de los tiempos modernos. En la batalla de las Pirámides los mamelucos fueron destrozados. Cuando Napoleón fue forzado a abandonar Egipto, lo fue debido a la actividad de la flota británica, que cortó sus líneas de comunicación, y no la de los egipcios o turcos.

De 1805 a 1848 fue de nuevo prácticamente independiente, bajo el firme gobierno de Mohammed Alí. En 1811 atrajo a los jefes mamelucos a una fortaleza, con el pretexto de invitarlos a un banquete para festejar una victoria. Todos fueron asesinados, y el poderío mameluco tocó a su fin, después de seis siglos de existencia.

De nuevo se hicieron planes para conectar el mar Mediterráneo y el mar Rojo por medio de un canal. En 1856 un gobernante egipcio, Abbás I (sobrino-nieto de Mohammed Alí) concedió al promotor francés Ferdinand de Lesseps el permiso para proyectar la construcción de un canal a través del istmo de Suez. En 1869 el canal de Suez fue inaugurado oficialmente por el nuevo gobernante egipcio, Ismail, nieto de Mohammed Alí.

En su honor, Ismail había encargado al gran compositor italiano Giuseppe Verdi una opera de tema egipcio. El resultado fue *Aida,* estrenada en El Cairo la víspera de Navidad de 1871. Fue una hermosa e impresionante interpretación de las antiguas guerras entre egipcios y etíopes (nubios).

Pero el disparatado tren de vida de Ismail condujo a Egipto a la bancarrota, y en 1875 se vio forzado a vender el control del canal a Gran Bretaña, a cambio de dinero suficiente para poner en orden sus asuntos. En 1882, Gran Bretaña ocupó directamente Egipto.

En el curso de la primera guerra mundial el imperio otomano llegó a su fin, y se hicieron promesas de liberación a los diversos países de lengua árabe. En 1922 Gran Bretaña accedió a conceder a Egipto una independencia formal; su gobernante, Fuad I, hijo menor de Ismail, se autoproclamó rey. Con todo, los británicos conservaron el control militar de Egipto.

En 1936 a Fuad I le sucedió en el trono su hijo Faruk I, y en 1937 Egipto ingresó en la Sociedad de Naciones.

En 1939, Gran Bretaña entró en guerra con la Alemania nazi, y envió tropas a Egipto para mantenerlo del lado británico por la fuerza, si era necesario. Poco después, en 1940, Italia se unía a Alemania. Italia dominaba Libia, al oeste de Egipto, desde 1911; así pues, también el norte de África se vio envuelto en la guerra.

Los italianos trataron de invadir Egipto, pero fueron rechazados con facilidad, y los británicos llevaron la guerra a Libia. Alemania acudió en ayuda de su aliado, y en 1942 las fuerzas alemanas lograron penetrar profundamente en Egipto. Gran Bretaña se vio entre la espada y la pared en El-Alamein, a sólo sesenta y cinco millas al oeste de Alejandría.

En noviembre de 1942 los británicos lanzaron una ofensiva en El-Alamein, que rápidamente se transformó en su más grande victoria de la guerra. Los alemanes fueron obligados a retirarse mil millas, Egipto se salvó, y con estos hechos se produjo un giro decisivo en la segunda guerra mundial.

Después de la segunda guerra mundial, sin embargo, hubo de hacerse frente a las

peticiones egipcias de plena independencia. Paulatinamente Gran Bretaña fue obligada a abandonar el país, reteniendo únicamente el control sobre el canal de Suez.

Mientras tanto, un nuevo enemigo había surgido al noreste de Egipto. Durante muchos siglos los judíos habían soñado con un eventual retorno a su antigua patria Judea, y ahora, finalmente, este momento había llegado. En 1948, y en contra de la continua y furiosa oposición del mundo de habla árabe, se fundó en Palestina un estado independiente judío, Israel. Egipto trató de impedir esto por las armas, pero sus tropas fueron derrotadas por las judías rápida y humillantemente.

En Egipto comenzó a surgir una irritación general contra los extranjeros y en particular contra los británicos. Y en 1952 estalló la revolución. Hubo matanza de extranjeros; el rey Faruk fue obligado a abdicar, y Egipto quedó libre de casi todos sus lazos con Occidente.

En 1954 un oficial del ejército egipcio, Gamel Abd al-Násser, tomó el poder e instauró una dictadura total.

Egipto planeó la construcción de una inmensa presa cerca de la Primera Catarata, en Aswan, que daría lugar a un gran lago artificial y convertiría millones de hectáreas en tierra fértil. Se esperaba para ello la ayuda financiera de Estados Unidos. Sin embargo, Egipto estaba tratando asimismo de mejorar sus relaciones con la Unión Soviética y con otros países comunistas, y el secretario de Estado norteamericano, John Foster Dulles -un diplomático inepto-, lo desaprobaba. De forma repentina, en 1956 anunció que Estados Unidos no podía proporcionar ninguna ayuda.

Egipto, ofendido, se vio obligado prácticamente a echarse en brazos de los soviéticos. Násser nacionalizó el canal de Suez, suprimió los últimos restos del control extranjero, y procedió a obtener de la Unión Soviética una promesa de ayuda económica.

Gran Bretaña, Francia e Israel, pagando los vidrios rotos de Dulles, se unieron en un intento de evitar que Egipto fuese arrastrado completamente al campo comunista y dieron el poco diplomático paso de lanzarse a una guerra abierta de agresión.

Probablemente Egipto no habría podido resistir, pero la Unión Soviética exigió el inmediato cese de hostilidades y Dulles, víctima de sus propios desatinos, tuvo que situar a Estados Unidos del lado de la Unión Soviética, en este caso. Estados Unidos no podía apoyar una guerra de agresión, y perder con ello, para siempre, la amistad árabe.

Las potencias invasoras fueron forzadas a retirarse.

Sin embargo, tampoco habría paz de aquí en adelante. Egipto continuaba considerándose en estado de guerra con Israel, negándose a permitirle el paso por el canal de Suez, y tratando de organizar, abiertamente, una fuerza unida árabe para la revancha contra Israel. La Unión Soviética, viendo una oportunidad para extender su influencia sobre todo el Próximo Oriente (gracias a las chapuzas occidentales de los años cincuenta), proporcionó armas en abundancia a Egipto y a otros Estados árabes. A su vez, Israel obtenía armamento de Francia y organizaba a su población de dos millones de personas para la lucha contra los sesenta de árabes hostiles de los países circundantes.

Násser continuaba aspirando al liderazgo de los árabes, basándose en su política antiisraelí. En 1965 fue elegido presidente por otro mandato de seis años —tras presentarse a unas elecciones en que no había oposición—. Mantuvo lazos especialmente estrechos con Siria, y organizó la oposición contra los gobiernos árabes que intentaban adherirse a una postura moderada respecto de Israel y de Occidente. Inició incluso una larga, brutal y desdichada guerra contra sus parientes árabes del Yemen, en el suroeste de Arabia.

Finalmente, en 1967, consideró llegado el momento ideal. Movilizó a sus tropas, a las que concentró en la frontera con Israel, cerró la entrada sur del mar Rojo para impedir la navegación a los israelíes, y se alió con Jordania, vecino oriental de Israel. Esperaba

poder empujar a Israel a atacar y después aplastar al «agresor» por el simple peso del número y de las armas.

Násser sólo vio cumplidas la mitad de sus esperanzas. Incitó a Israel a atacar el 5 de junio. Y por tercera vez, los israelíes infligieron una humillante derrota a Egipto (y también a Jordania y a Siria). Pasados seis días toda la península del Sinaí estaba en manos de Israel y sus fuerzas ocupaban la orilla oriental del canal de Suez.

Y ésta es la situación hoy en día[6]. Egipto, todavía tremendamente pobre, tiene una población de treinta millones de habitantes. El Cairo tiene ya tres millones. Es la mayor ciudad de África y una de las diez mayores ciudades del mundo. Egipto puede, con todo, desempeñar todavía un gran papel en el mundo si logra resolver sus problemas internos.

Para resolverlos, sin embargo, deberá llegar a algún tipo de acuerdo con Israel. No puede seguir basando todos sus actos en un perpetuo estado de guerra con Israel, guerra que, evidentemente, no puede ganar, mientras su pueblo se hunde cada vez más profundamente en la miseria.

Aun así, habrá que esperar todavía mucho tiempo antes de que el Próximo Oriente deje de ser un peón de la política mundial en el enfrentamiento entre las dos grandes potencias, la Unión Soviética y Estados Unidos. En el mundo de hoy, ¿puede haber paz en algún lugar hasta que no la haya en todas partes?

[6] El autor escribe en 1967; por ello, no recoge la muerte de Násser en 1970; la subida al poder de Anwar al-Sadat; la nueva guerra árabe-israelí de 1973-en la que los egipcios consiguieron por primera vez éxitos militares-, y el gran giro de la política egipcia, patrocinado por Sadat, que ha significado la ruptura con la URSS, el acercamiento a Occidente y el tratado de paz egipcio-israelí, con la oposición de la mayoría de los países árabes, en 1978-1979.

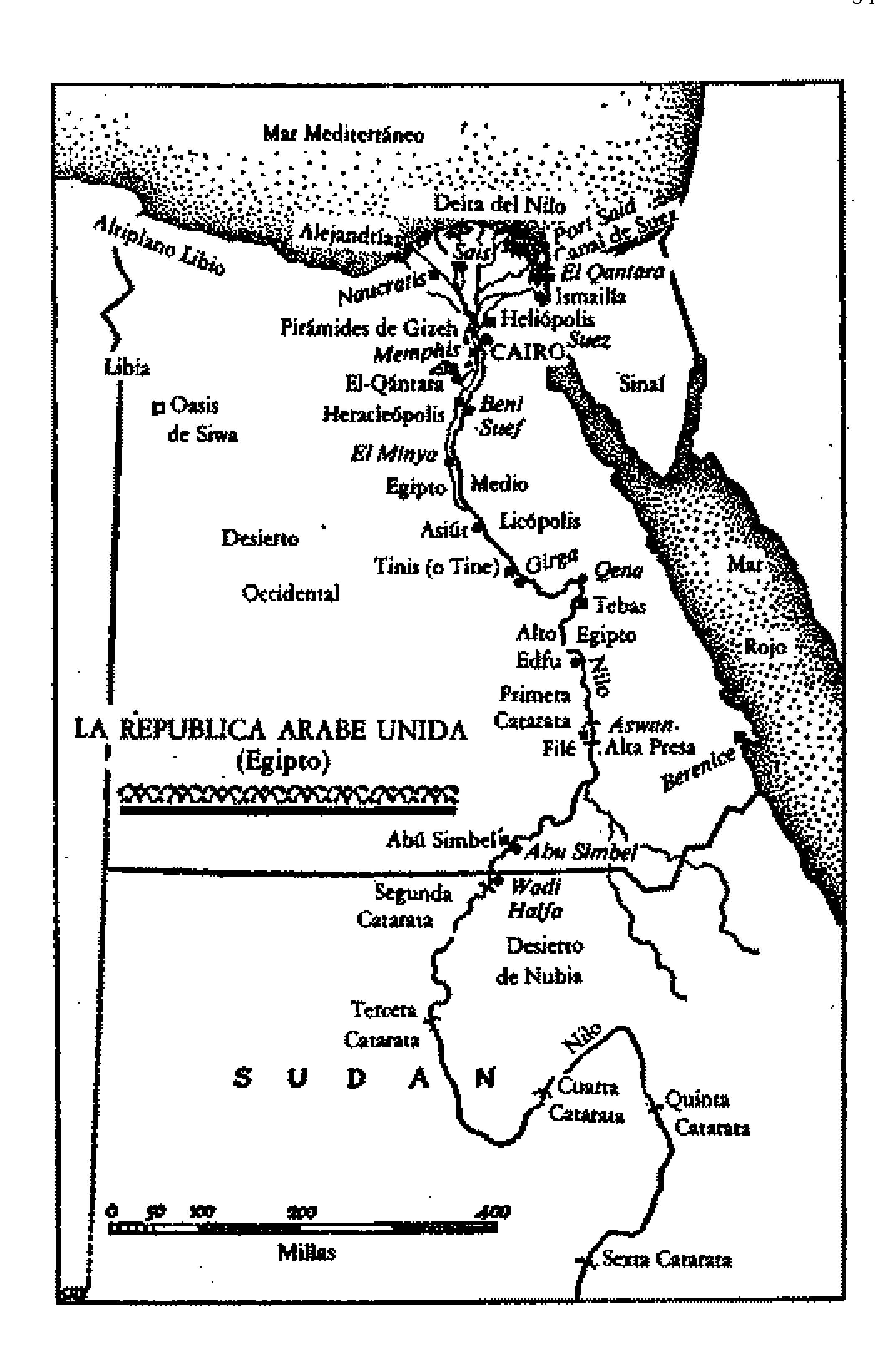

Mar Mediterráneo
Delta del Nilo
Port Said
Canal de Suez
Alejandría
Sais
Altiplano Libio
Naucratis
El Qantara
Ismailía
Pirámides de Gizeh
Heliópolis
Memphis
CAIRO
Suez
Libia
El-Qántara
Sinaí
Oasis de Siwa
Heracleópolis
Beni Suef
El Minya
Egipto Medio
Asiût
Licópolis
Desierto Occidental
Tinis (o Tine)
Girga
Qena
Mar Rojo
Tebas
Alto Egipto
Edfu
Nilo
Primera Catarata
Aswan
LA REPUBLICA ARABE UNIDA
(Egipto)
Filé
Alta Presa
Berenice
Abû Simbel
Abu Simbel
Wadi Halfa
Segunda Catarata
Desierto de Nubia
Tercera Catarata
Nilo
S U D A N
Cuarta Catarata
Quinta Catarata
0 50 100 200 400
Millas
Sexta Catarata

Tabla cronológica

Nota—Todas las fechas son anteriores a Cristo, salvo en las que se indica lo contrario.

8000 Los glaciares comienzan a retirarse; el valle del Nilo se seca.
4500 Aldeas neolíticas a orillas del lago Moeris.
3100 Menes unifica Egipto; comienza la I Dinastía.
2800 Se adopta el calendario solar egipcio.
2680 III Dinastía; comienza el Imperio Antiguo.
2650 La pirámide escalonada de Zoser termina de construirse.
2614 IV Dinastía.
2580 Se termina la Gran Pirámide; auge del Imperio Antiguo.
2530 Se construye la pirámide de Kefrén; se termina la Esfinge.
2510 Se construye la pirámide de Micerino.
2500 V Dinastía.
2430 VI Dinastía.
2272 Pepi II.
2180 Fin del Imperio Antiguo.
2132 Comienza la XI Dinastía.
2052 Mentuhotep II unifica Egipto; comienza el Imperio Medio.
1991 Amenemhat I.
1971 Sesostris I.
1842 Amenemhat III; construcción del Laberinto; auge del Imperio Medio.
1790 Fin del Imperio Medio.
1720 Los Hicsos conquistan Egipto.
1570 Dinastía XVIII; Ahmés expulsa a los hicsos e inicia el Imperio Nuevo.
1545 Amehotep I.
1525 Tutmosis I.
1490 Hatshepsut.
1469 Tutmosis III.
1457 Tutmosis III derrota a Mitanni en Kadesh.
1397 Amenhotep III, auge del Imperio Nuevo.
1371 Akhenatón.
1366 Akhenatón erige Ajetatón.
1353 Muerte de Akhenatón.
1343 Muerte de Tutankhamón.
1339 Horemhed restaura la antigua religión.
1304 Dinastía XIX.
1303 Seti I.
1290 Ramsés II.
1286 Ramsés II combate con los hititas en Kadesh.
1223 Merneptah; los Pueblos del Mar; [¿Éxodo?].
1192 Dinastía XX; Ramsés III derrota a los filisteos; termina el Imperio Nuevo.
1075 Comienza la Dinastía XXI.
973 Psusennes II; alianza con Salomón.
940 Dinastía XXII (Libia). Sheshonk I.
929 Sheshonk I invade Judá.
730Comienza la Dinastía XXI (Nubia).
701 Senaquerib en Asiria llega hasta la frontera egipcia.
671 Esarhaddón de Asiria toma el Delta.

66l Esarhaddón saquea Tebas; Dinastía XXVI (Saita).
640 Los griegos fundan Naucratis en el Delta.
630 Los griegos fundan Cirene en la costa africana.
610 Necao.
608 Necao derrota a Josías de Judá en Megiddo.
605 Necao derrotado por Nabucodonosor de Caldea en Karkemish.
595 Psamético II.
589 Haibria.
570 Ahmés II. Auge del Egipto saítico.
525 Psamético III. El rey persa Cambises conquista Egipto.
486 Egipto se rebela después de la muerte de Darío I de Persia.
464 Egipto se rebela tras la muerte de Jerjes I de Persia; recibe ayuda de Atenas.
404 Egipto se rebela con éxito tras la muerte de Darío II de Persia.
378 Dinastía XXX, la última nativa.
360 Agesilao de Esparta muere en Cirene.
340 Artajerjes III de Persia conquista Egipto; se pone fin a la última dinastía nativa.
332 Alejandro Magno conquista Egipto.
331 Se funda Alejandría.
323 Muerte de Alejandro Magno; Egipto cae bajo el poder de uno de los generales de aquél, Ptolomeo.
320 Ptolomeo conquista Jerusalén.
306 Ptolomeo adopta el título de rey; fundación de la Dinastía Ptolemaica.
285 Ptolomeo II; museo, biblioteca y faro de Alejandría.
280 Manetón escribe la historia de Egipto.
276 Primera Guerra Siria.
270 Ptolomeo II firma un tratado con Roma.
260 Segunda Guerra Siria.
246 Ptolomeo III; Tercera Guerra Siria: las fuerzas egipcias entran en Babilonia; auge del Egipto Ptolemaico.
221 Ptolomeo IV.
220 Cleomenes III de Esparta muere en Alejandría.
217 Ptolomeo IV derrota a Antíoco III, del imperio Seleúcida, en Rafia.
205 Ptolomeo V.
201 Quinta Guerra Siria. Egipto pierde Siria y Judea, que pasan a Antíoco III.
197 Se graba la Piedra Rosetta.
181 Ptolomeo VI.
171 Sexta Guerra Siria. Egipto es derrotado por Antíoco IV, rey seleúcida.
168 Antíoco IV ante las murallas de Alejandría; Roma le ordena que se retire.
116 Muerte de Ptolomeo VII. Egipto, virtual títere de Roma.
96 Cirene se convierte en provincia romana.
88 Ptolomeo VIII saquea Tebas y pone fin a la existencia de la ciudad.
80 Ptolomeo XI.
75 Chipre, provincia romana.
51 Ptotomeo XII y Cleopatra.
48 Cleopatra se rebela; Pompeyo es muerto en Alejandría; Julio Cesar desembarca en Alejandría; Cleopatra, único gobernante.
42 Marco Antonio se encuentra con Cleopatra en Tarso.
31 Marco Antonio y Cleopatra son vencidos por Octavio en Accio.
30 Octavio se apodera de Egipto; Cleopatra se suicida; fin del Egipto Ptolomaico.
25 Cayo Petronio invade Nubia.

Nota—Todas las fechas son posteriores a Cristo.

115 Los judíos se rebelan en Cirene.
130 El emperador romano Adriano visita Egipto.
216 El emperador romano Caracalla visita Egipto; se pone fin a la ayuda estatal al Museo de Alejandría.
270 Zenobia de Palmira ocupa Egipto durante un breve período de tiempo.
285 Antonio funda el monaquismo en el desierto egipcio.
295 Diocleciano derrota a Aquileo; ese emperador toma Alejandría.
328 Atanasio, obispo de Alejandría.
391 El emperador Teodosio ordena que sea destruido el Serapeo de Alejandría.
412 Cirilo, obispo de Alejandría.
415 Muerte de Hipatia en Alejandría.
451 Condena del monofisismo en el IV Concilio ecuménico.
619 Cosroes II de Persia conquista Egipto.
627 Egipto vuelve a formar parte del Imperio Romano de Oriente.
642 Los árabes toman Alejandría.
706 El árabe se convierte en la lengua oficial de Egipto.
831 La última revuelta nativa egipcia es aplastada.
973 Fundación de El Cairo.
1099 Los cruzados tomas Jerusalén.
1187 Saladino reconquista Jerusalén.
1248 Luis IX de Francia invade Egipto.
1260 Baibars derrota a los mongoles; se instaura el poder mameluco en Egipto
1517 El sultán otomano, Selim el Inflexible, conquista Egipto.
1798 Napoleón Bonaparte invade Egipto.
1799 Hallazgo de la Piedra de Rosetta.
1811 Mohammed Alí acaba con el poder mameluco.
1869 Apertura del canal de Suez.
1875 Gran Bretaña se hace con el control del canal.
1882 Gran Bretaña ocupa Egipto.
1922 Se descubre la tumba de Tutankhamón.
1937 Egipto ingresa en la Sociedad de Naciones.
1942 Gran Bretaña derrota a los alemanes en Al-Alamein.
1948 Independencia de Israel; los israelíes derrotan a Egipto.
1952 Egipto se convierte en república.
1954 Násser toma el poder.
1956 Egipto nacionaliza el canal de Suez. Fracasa la invasión anglo - franco - israelí.
1967 Continúa la hostilidad entre Egipto e Israel. Tercera Guerra.

Nota— Fechas añadidas por el traductor.

1970 Muerte de Násser y subida al poder de Anwar al-Sadar.
1973 Cuarta guerra árabe-israelí.
1978-1979 Acuerdos de Camp David y tratado de paz egipcio-israelí.